PENÍNSULA ODISEAS

Viajes de entreguerras

John Dos Passos

Una visión del mundo entre la Primera Guerra Mundial y la Guerra Civil española

PENÍNSULA ODISEAS

Viajes de entreguerras

John Dos Passos

Una visión del mundo entre la Primera Guerra Mundial y la Guerra Civil española

Índice

Portada
Viaje
I. El descubrimiento de Rocinante (1919-1920)
1. El oro del Rin
2. El caballero de la triste figura
3. Hablando en el camino
4. Posada de la luna
5. Toledo
6. El muchacho del burro
II. Orient Express (1921-1926)
1. Hacia el este
2. Constant', julio de 1921
3. Trebizond
4. Cáucaso rojo
5. Cien vistas del Ararat
6. De los faetones
7. Moharram
8. Sobre la ruta de los peregrinos
9. Bagdad Bahnhof
10. El pedregoso desierto de Damasco
11. Kif
12. Avión de correos
III. Visado ruso (1928)
1. Brooklyn a Helsingfors
2. Días lluviosos en Leningrado
3. Entre los dos caminos
4. Noches de aguanieve en Moscú
5. Foto de pasaporte
IV. Introducción a la guerra civil (1916-1937)
1. El panadero de Almorox
2. Córdoba, que fue de los califas
3. Tres poetas
4. Lo que era el ágora para los atenienses
5. Un líder muerto
6. Las marchas fantasma de Zapata
7. La ley de la selva
8. La república de los hombres honestos
9. Un mes de primavera en París
10. Por la costa hacia el sur
11. Valencia-Madrid

12. Madrid bajo sitio
13. La fiesta en la Decimoquinta Brigada
14. Los pueblos son el corazón de España
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre**

Comparte

Viaje

> Hoity-toity
> Cha de noite
> Sea's still high
> An sky's all doity,*

cantaban, apoyados contra la barra, mientras combatían el mareo con vino de madeira. Sobre la banca de enfrente, los demás pasajeros están sentados en fila y con la cara verde. Cada largo bamboleo del Mormugaõ terminaba con un bandazo y el desagradable traqueteo de un mecanismo roto proveniente del cuarto de máquinas. Fuera, el viento aullaba y volaba el rocío, mientras el barco se bamboleaba en el seno de las olas; adentro, el madeira descendía más y más en el ámbar oscuro de la botella, y los americanos que viajaban hacia el este cantaban más y más fuerte frente a las nerviosas caras verde manzana de los pasajeros recostados en fila:

> Sea's still high
> An sky's all doity.

Más tarde navegamos sobre un oleaje inmenso, tranquilo y paulatino, empujados por un húmedo viento del oeste. El madeira se ha terminado. El cielo y el mar se confunden en un amplio trazo de nubes, plateadas como un vilano de cardo bajo la luz de la luna escondida. El húmedo viento empuja las nubes hacia el occidente, y en ellas, la primavera, para que caiga en forma de lluvia sobre Lisboa, San Vicente, Madrid, para que sacuda las ventanas de Marsella y de Roma, para que broten los retoños de enmalezados cementerios de Estambul. De vez en cuando las nubes se separan, y una luna diminuta y redonda se transparenta entre volutas y espirales de niebla veloz que se hacen densos como cuajos combados o adelgazan en largos espacios, luminosos y arrugados como papel aluminio.

La proa se estremece al clavarse en la embestida de cada nueva colina. Un chubasco oculta la luna y nerviosamente me salpica de lluvia la cabeza, y sigue deprisa su camino, dejando hacia el este, donde están las islas, algunas estrías de claro de luna. Entonces navegamos de nuevo enfundados en niebla de cardos. Me he quedado dormido, acurrucado en la V de la proa.

Cuando abro los ojos, el viento ha cesado. En lo alto, sólo unos pocos parches de nube giran hacia el este. Bajo la luz de la luna, el inmenso oleaje se ve luminoso y pesado como mercurio. No es un sonido lo que cruza sobre el agua, es un olor, una fragancia creciente que me golpea la cara en un estallido de viento cálido del este, un olor de rosas y bosta quemada por el sol, un hedor como de repollo podrido recubierto de jacinto, acritud de almizcle, frío dulzor de violetas. Horas más tarde, al mirar hacia el este, se podía distinguir el cono oscuro de Pico, envuelto en nubes.

I

EL DESCUBRIMIENTO DE ROCINANTE (1919-1920)

1

El oro del Rin

El viajero estaba sentado en un banco de felpa amarilla, en el café El oro del Rin, plaza de Santa Ana, Madrid, limpiando con un poco de pan las últimas manchas de salsa de un plato en cuyos bordes se acumulaba el esqueleto desmembrado de un pichón. Frente a su plato había un plato similar, que su compañero ya había pulido. Se llevó a la boca el último pedazo de pan, se bebió el vaso de cerveza de un trago espasmódico, suspiró, se inclinó sobre la mesa y dijo:

—Me pregunto por qué estoy aquí.

—¿Y dónde más?—dijo su amigo, un joven de mejillas huecas y manos lentas en cuya boca una sonrisa débil y afligida flotaba continuamente, y también él bebió su cerveza.

Al final de una perspectiva de mesas de mármol blanco, de cabezas asomadas entre cojines de felpa amarilla y volutas de humo de tabaco, cuatro mujeres alemanas tocaban *Tannhäuser* sobre una pequeña tarima. Olores de cerveza, aserrín, gambas, pichón asado.

—¿Conoces a Jorge Manrique? Ésa es una razón—continuó lentamente el viajero. Con una mano gesticuló hacia el camarero para pedir más cerveza, y agitó la otra como para limpiarse la música de la cara; entonces recitó, pronunciando las palabras con voz vacilante:

> Recuerde el alma dormida,
> avive el seso y despierte
> contemplando
> cómo se pasa la vida,
> cómo se viene la muerte
> tan callando:
> cuán presto se va el placer,
> cómo después de acordado
> da dolor,

cómo a nuestro parecer
cualquier tiempo pasado
fue mejor.

—Siempre la muerte—dijo su amigo—. Pero hay que seguir adelante.

Había estado lloviendo. Las luces rojas y naranjas y amarillas y verdes rutilaban sobre los limpios adoquines. Un viento frío de la Sierra silbaba en el fragor de las calles. Mientras caminaban iban hablando sobre cómo este noble castellano, cortesano y hombre de armas, se había encerrado al morir su padre, Señor de Santiago, y había escrito este poema, había creado ese tremendo ritmo de muerte que recorría el mundo como un viento. No había escrito nada más. Lo imaginaron en el patio de su mansión polvorienta de Ocaña, donde los aleros se llenaban con el arrullo de las palomas y los amplios corredores tenían vigas oscuras pintadas con arabescos bermellón, vestido de terciopelo negro y escribiendo en una mesa bajo un limonero. En la calle marcada por el sol, en la catedral olorosa de andamiajes y polvo de piedra que se construía por esos días, debió de haberse erguido un tremendo catafalco en el cual yacía, cruzado de brazos, el Señor de Santiago; en los asientos tallados del coro, los robustos canónigos entonaban el murmullo de una letanía infinita; en la puerta de la sacristía, con el resplandor de las velas destellando ocasionalmente sobre las joyas de su mitra, el obispo toqueteaba su báculo con nerviosismo, y de vez en cuando le preguntaba a su corista favorito por qué no había llegado Don Jorge. Y los mensajeros debieron de haber corrido para avisar a Don Jorge de que el servicio estaba a punto de comenzar, y él debió de haberlos despedido con el gesto grave de una mano blanca y alargada, mientras en su mente el sonido remoto de los cantos, el tintineo del freno de plata cuando piafaba su ruano, atado al espiral de una columna morisca, las memorias de cabalgatas que desfilaban con un estruendo de trompetas y un revoloteo de damasco carmesí al entrar en los pueblos conquistados, las cortesanas bailando y el ruido de las palomas en los aleros, se unían como una sucesión de cuerdas de guitarra pulsadas en una ola rítmica en la cual su vida era arrastrada al interior de este único poema en alabanza de la muerte:

Nuestras vidas son los ríos

que van a dar en la mar,
que es el morir…

Mientras entraban en el teatro, el viajero se repetía las palabras en voz baja. La orquesta tocaba una sevillana; al buscar sus asientos alcanzaron a ver, más allá de las cabezas y los hombros de la gente, a una mujer enorme que bailaba con lenta dignidad, y cuya peineta le alzaba la punta de la mantilla medio metro sobre la cabeza. Su vestido era color de rosa y bordado de encaje; debajo, el bulto de los senos y el vientre y los tres mentones temblaba con cada golpe de sus tacones diminutos sobre el escenario. Al sentarse los amigos, ella se retiró haciendo venias, como un barco aparejado en una borrasca. Cayó el telón, el teatro quedó en silencio; la siguiente era Pastora.

Rasgueo de guitarra, rápido y seco como cigarras dentro de un seto en un día de verano. Pausas que le hielan a uno la sangre de repente, como el crujido de una rama en un bosque silencioso y nocturno. Un gitano de faja roja está tocando, repantigado en una silla de caña barata, con una cortina de carmesí desteñido a sus espaldas. Fuera de escena, unos tacones azotan el tablado, cogen el ritmo con interés tentativo, como adormilados; entonces, añadido de repente, el ruido de dedos que chasquean al compás; el ritmo se hace más lento, flota como una abeja sobre una flor de trébol. De repente, un sonido corto y templado de aire aspirado atraviesa las filas de asientos. Con el más leve taconeo, con el más leve chasquido de los dedos de una mano morena sostenida sobre su cabeza, erguida y envuelta en un chal amarillo y ceñido cuyas flores bordadas forman un manchón granate sobre un seno, hombros y muslos salpicados de verde y púrpura, Pastora Imperio entra en escena, en silencio, sin prisa.

Cómo se viene la muerte
tan callando.

Su cara es morena y su barbilla termina en punta; sus cejas, que casi se tocan sobre su nariz, se alzan como una «A» aplastada hacia el brillo negro de su pelo; sus labios se fruncen en media sonrisa, como si reprimieran un secreto. Camina lentamente sobre el escenario con una mano en la cintura, el chal templado sobre su codo, los muslos inquietos: una pantera en su

jaula. Al fondo del escenario, se gira súbitamente y avanza; el chasquido de sus dedos se hace más sonoro, más insistente; un escalofrío zumba en la guitarra como una nidada de perdices espantada en un campo. Tacones rojos que golpean, amenazan,

> Decidme: la hermosura,
> la gentil frescura y tez
> de la cara
> el color y la blancura,
> cuándo viene la vejez
> ¿cuál se para?

Se acerca a las candilejas; su cara, las cejas juntas en el ceño fruncido, ha entrado en la sombra; el chal llamea, la flor granate sobre su seno brilla como brasa. La guitarra guarda silencio, los dedos de la mujer continúan chasqueando a intervalos con aprensión terrible. Entonces se endereza con un hondo suspiro; los músculos de su vientre se tensan bajo las templadas arrugas de seda, y ella arranca de nuevo, liviana, alegre, arrojando miradas indulgentes a la audiencia como lo haría una nodriza mirando a un niño al que sin querer ha asustado con un terrible cuento de hadas.

El ritmo de la guitarra ha cambiado de nuevo; el chal se ha soltado, el largo fleco se agita; ella camina con paso lento, con pompa, como un barco llevado al muelle para una fiesta, como una reina en plumas y brocado.

> ¿Qué se hicieron las damas,
> sus tocados, sus vestidos,
> sus olores?
> ¿Qué se hicieron las llamas
> de los fuegos encendidos
> de amadores?

Ya se ha ido, y el guitarrista gitano se rasca la nuca con una mano color tabaco mientras la guitarra descansa contra sus piernas. Enseña los dientes en un bostezo como para tragarse el mundo.

Cuando salieron del teatro, las calles estaban secas, y en el viento frío, sobre las casas, titilaban las estrellas. Sobre la acera, las ancianas vendían castañas, y niños pequeños y andrajosos voceaban diarios.

Entraron en un café y automáticamente pidieron cerveza. Esta vez los asientos eran de felpa roja y muy gastada. Alrededor había grupos de hombres barbados, apoyados sobre las mesas, sentados a horcajadas sobre las sillas, hablando.

—¿No lo sientes en los brazos? Algo repentino, tremendamente muscular.

—Cuando Belmonte le dio la espalda al toro y se fue, arrastrando el capote rojo, lo sentí.

—Un aire de arrogancia en medio de una letanía de muerte. Eso es España… Castilla, por lo menos.

—«Aire de arrogancia»… ¿Es ésa la expresión apropiada?

—A ver si encuentras una mejor.

—Para el gesto de un caballero medieval cuando arroja su guante de malla a los pies de su enemigo o una rosa a la ventana de su amada, o el que hace un arriero cuando lanza al aire un vaso de aguardiente, o el de Pastora Imperio al bailar… ¡Una palabra! ¡Tonterías!

Ambos rompieron a reír. Su amigo reía desde el fondo de la garganta, con la cabeza echada hacia atrás.

—¿Has notado lo cerca que se mantenía del ritmo de Jorge Manrique? —preguntó el viajero.

—Por supuesto. Por supuesto—gritó su amigo, riendo.

El camarero vino con dos jarras de cerveza.

—Lléveselas—gritó el amigo—. ¿Quién ha pedido cerveza? Traiga algo fuerte: champaña. Bébase usted mismo la cerveza.

El camarero era escuálido y amarillo, de ojos biliosos, pero no pudo resistir tanta risa. Simuló que se bebía la cerveza.

A través de la ventana de cristal cilindrado pasó un campesino, cantando. Su voz se detuvo en una nota profunda y vibrante, se elevó, trastabilló, resbaló por la escala y se elevó de nuevo, como un cohete, hacia un nuevo estallido de música.

—Ahí está otra vez—gritó el viajero.

Se levantó de un salto y salió corriendo a la calle. La ancha acera estaba vacía. Un viento mordiente silbaba entre las luces blancas como ojos muertos.

—Idiota—dijo el amigo entre ataques de risa, cuando el viajero volvió a sentarse—. ¡Idiota!

Llenó las copas. Su cara se veía más llena y colorada; sus labios, húmedos y muy rojos. Aquí y allá había un rizo crespo en el pelo negro de sus sienes.

Se quedaron un buen rato allí sentados, bebiendo.

Al fin el viajero se levantó, vacilante.

—No puedo evitarlo… Es tremenda, inconcebible, infinitamente importante para mí.

—Ahora sabes por qué estás aquí—dijo su amigo en voz queda.

Tras salir del café bajaron por una calle de arcadas; caminaban con paso veloz, para evitar tambalearse. Las cúpulas, las fachadas de volutas barrocas, una torre cuadrada, el bulto de un edificio de mercado, techos de teja, sombreretes, mordían el cielo estrellado a derecha y a izquierda, hasta que, en medio de una gran ráfaga de viento, los amigos salieron a una plaza vacía iluminada por unas pocas lámparas de gas; frente a ellos había un arco de piedra, pesado y lleno de estrellas, sobre el cual se expandía Orión. Bajo el arco, una pila de harapos pedía limosna quejumbrosamente. El tintineo de las monedas crujía en el aire frío.

—¿Adónde va este camino?

—A Toledo—dijo el mendigo, y se puso de pie. Era un hombre viejo, barbado y maloliente.

—Gracias… acabamos de ver a Pastora—dijo con desenfado el viajero.

—¡Ah, Pastora! La última de las grandes bailarinas—dijo el mendigo, y por alguna razón se santiguó.

El camino helado crujía como seda bajo sus pies.

—Vamos a Toledo. Te apuesto que tienen buen vino en Toledo—dijo el amigo.

El camino se encorvaba sobre una colina. Al girarse vieron Madrid recortado sobre la oscuridad contra la luz de las estrellas. Ante ellos, llanuras sembradas, barrancos llenos de niebla y las luces trémulas sobre tantos carros que avanzaban sin apuro, cada uno detrás de tres mulas lentas y tintineantes. Cantó un gallo. Y en ese instante, súbitamente, una voz

estalló en un trémolo arrogante desde la oscuridad del camino, se elevó, se elevó, luego se hizo débil, luego destelló con vehemencia como una bufanda roja ondeada en un día de viento, como el descenso de un halcón en picado, como un cohete irrumpiendo en las estrellas.

El viajero caminaba con la mirada fija en el camino. En la oscuridad podía ver a Pastora, envuelta en el chal amarillo con aquel manchón de bordado granate que moldeaba un seno, pararse trémula de aprensión ante las candilejas, y enseguida tomar aliento y regresar con gesto exultante al ritmo de su baile. Tan sólo el instante culminante y victorioso del gesto le resultaba borroso. Caminaba con paso largo sobre los traquidos del camino.

2

El caballero de la triste figura

Habían caminado toda la noche. El cielo, al este, era color de rosa cuando salieron de un pueblo en la cresta de una colina. Detrás de las paredes de estuco cantaban los gallos. El camino se transformaba en una avenida de álamos desmochados como fantasmas de escarcha. A lo lejos, en el marrón del poniente, se extendían tramos y tramos de lucecitas, como un lago; aquí y allá, unos pocos árboles se abrían paso con brazos irregulares en las tierras inundadas. Inmóviles, los amigos respiraban trabajosamente.

—Es el Tajo, que se ha salido de cauce—dijo el viajero.

Su amigo sacudió la cabeza.

—Es niebla.

Estaban de pie sobre la cima de la colina con los corazones acelerados, observando las llanuras de niebla temblorosas e inexplicables, encerradas por montañas como carbones que comenzaban a arder ante la mirada a medida que amanecía. La luz a su alrededor era de un amarillo limón. Las paredes del pueblo a sus espaldas eran de un amarillo pálido salpicado con manchas de cobalto. Sobre las casas, verdes espirales de humo liso.

El amigo levantó las manos sobre su cabeza y gritó y empezó a correr colina abajo como un loco. Cuando el viajero lo alcanzó, caminaban ya entre enroscados fantasmas de niebla teñidos de rosa por un borde de sol que asomaba tras el púrpura claro de las colinas. Una ráfaga de viento fría y repentina silbó sobre la llanura, haciendo que la niebla se contorsionara en un delirio de formas derrumbadas. Más adelante, proyectando sombras azules y gigantescas sobre los campos surcados, cabalgaban un hombre sobre un burro y otro a caballo. Era un caballo gris, de lomo curvado, que avanzaba en su trotecito sacudiendo una cola andrajosa; su jinete llevaba un curioso sombrero de pico, e iba sentado recto y esbelto sobre la silla. Sobre

un hombro descansaba un largo palo de bambú que en la exagerante luz del sol proyectaba una sombra como la sombra de una lanza. El hombre del burro tenía la forma de una bola de masa y cabalgaba con los dedos de los pies apuntando hacia afuera.

Durante un buen rato caminaron detrás de los jinetes, pero sin alcanzarlos. Entonces, al llegar finalmente cerca de las colas del burro y del caballo, exclamaron:

—¡Buenos días!

Entonces se volvieron para saludarlos una cara roja y redonda, llena de líneas pequeñas como un tomate pasado, y una cara larga y pálida con la quijada terminada en una punta de barba entrecana.

—Qué temprano van ustedes, caballeros—dijo el hombre alto del caballo gris. Su voz era profunda y sepulcral, con un ocasional revuelo de ternura como un destello de luz en un río negro.

—Tarde—dijeron ellos—. Hemos venido a pie desde Madrid.

El gordo se santiguó.

—Están locos—dijo.

—Ésa—dijo el hombre del caballo gris—es siempre la respuesta de la ignorancia al verse confrontada con lo inusual. Estos caballeros tienen indudablemente buenas razones para actuar como lo hacen; además, la noche es momento de paseos largos y profundos pensamientos, ¿no es así, caballeros? El hábito de la vigilia es muy necesario en este mundo moderno y distraído. Si más hombres pasaran las noches pensando y caminando, menos miseria habría bajo el sol.

—¡Pero en una noche tan fría!—exclamó el gordo.

—En noches más frías que ésta he visto niños durmiendo en los portales de las calles de Madrid.

—¿Hay mucha pobreza por estos lados?—preguntó el viajero.

—Hay personas, miles, que, desde el día en que nacen hasta el día en que mueren, carecen de comida suficiente.

—Tienen vino—dijo el amigo.

—Una copita los domingos, y están tan hambrientos entonces que quedan borrachos como una cuba.

—He escuchado—dijo el amigo—que las sensaciones del hambre son muy interesantes… la gente tiene visiones más vívidas que la vida real.

—Se necesitan muy pocas sensaciones para llevar una vida de humildad y belleza—dijo el hombre del caballo gris en tono amable de reproche. Y girando hacia el viajero su delgado rostro, donde brillaban, bajo cejas despobladas, dos ojos de un verde suave y oscuro—: Quizás ocurre que he meditado demasiado acerca de las injusticias del mundo… la sociedad entera, una gran injusticia. Hace muchos años que hubiera debido partir con la intención de reparar las injusticias… pues nadie más que un hombre, nadie más que un individuo, puede reparar una injusticia; una organización sustituye tan sólo una injusticia por otra… Estoy demasiado viejo. Ya lo ven ustedes: mejor me voy de pesca.

—Es una caña de pescar—exclamó el amigo—. Al verla, he pensado que era una lanza.

Y soltó su risa arrolladora.

—Y qué truchas—exclamó el gordo—. Las truchas están en aquel arroyuelo, un poco más arriba de Illescas. Por eso nos hemos levantado tan temprano, para ir a pescar truchas.

—Me gusta ver el alba—dijo el hombre del caballo gris.

—¿Eso es Illescas?—dijo el viajero, y señaló una torre parda coronada por un sombrero de pizarra azul que hacía guardia sobre un macizo de techos, delante de ellos. Había sacado de su bolsillo un mapa arrancado de un *Baedeker*.

—Eso, caballeros, es Illescas—dijo el hombre del caballo gris—. Y, si me lo permiten ustedes, me dará mucho gusto ofrecerles una taza de café. Deben disculparme, pues nunca como antes del mediodía.

Una sonrisa nostálgica torció las comisuras de su boca.

—Podría tragarme un tonel de café acompañado de vastas procesiones de tostadas, puestas en columnas de a cuatro—gritó el amigo.

—Estamos de camino de Toledo—interrumpió el viajero; no quería dar la impresión de no pensar más que en comida.

—Veréis las pinturas de Domenikos Theotocopoulos, el único que ha reflejado jamás el alma de Castilla.

—Este hombre—dijo el amigo, dando una palmada sobre el hombro del viajero—, está en busca del gesto de Castilla.

El hombre del caballo gris cabalgó en silencio durante un rato. Ya el sol había derretido la escarcha a los lados del camino; sólo una veta ocasional continuaba reluciendo en la sombra de una zanja. Dos hombres vestidos de pana marrón pasaron de camino a los campos.

—¿Quién habrá de decir cuál es el gesto de Castilla? Yo soy de La Mancha—el hombre del caballo gris empezó a hablar con gravedad mientras se acariciaba la barba con una mano huesuda y muy blanca—. Será algo frío y altivo y distante… Rapacidad, crueldad, franqueza… La vida de cada hombre es una búsqueda solitaria y despiadada.

El amigo intervino:

—Recuerden la infinita delicadeza de los santos que bajaban al Conde de Orgaz hacia la tumba, en el cuadro de Santo Tomás…

—Ah, de eso trataba de acordarme… Estas generaciones, mi generación, la generación de mi hijo, se ocupan en enterrar con delicadeza infinita el cadáver, lujosamente vestido, de la vieja España… Caballeros, decirlo es un poco ridículo, pero una vez más hemos emprendido, con lanza y yelmo, la caballería andante, para liberar a los dominados, reparar las injusticias de los oprimidos.

Habían llegado al pueblo. En la plaza mayor, las campanas de la iglesia llamaban a misa matutina. Un rebaño de cabras correteaba por el amplio camino principal, arreadas por un hombre delgado de colmillos de perro que caminaba vestido con una capa color tabaco y un ancho sombrero de fieltro en la cabeza.

—¿Cómo está usted, Don Alonso?—exclamó—. Buena fortuna para ustedes, caballeros—y se descubrió la cabeza con un ademán curvo y abierto, como lo hubiera hecho un cortesano del rey Don Juan.

El olor cálido de las cabras los rodeó al sentarse en la soleada terraza del café, bajo una acacia desnuda, con la mirada en las arcadas de ladrillo, rigurosamente proporcionadas, del ábside mudéjar de la iglesia de enfrente. Don Alonso estaba en el café, haciendo el pedido; el gordo había desaparecido. El viajero se incorporó sobre sus pies entumecidos y estiró las piernas.

—Uf—dijo—, estoy cansado.

Entonces se acercó al caballo gris, el animal de cabeza colgante y rodillas desfallecidas, que estaba recostado en una de las acacias.

—Me pregunto cómo se llamará—dijo, y acarició la cara escuálida del caballo—. ¿Será Rocinante?

El caballo movió las orejas, enderezó el lomo y las piernas y entreabrió los labios negros para enseñar unos dientes amarillos.

—¡Por supuesto, es Rocinante!

Los flancos del caballo se agitaron. Echó hacia atrás la cabeza y relinchó.

3

Hablando en el camino

—España—dijo Don Alonso mientras el viajero y él salían caminando de Illescas, seguidos a poca distancia por el amigo y el gordo—nunca ha sido barrida del todo. Ha habido romanos y visigodos y franceses, hombres armados cascabeleando por caminos de montaña. Las conquistas han distorsionado y esterilizado nuestra mente ibérica sin cambiar de ella un átomo. Un ejemplo: nos perdimos la revolución y a Napoleón lo sufrimos. No tuvimos casi nada de Reforma, y sin embargo la Inquisición fue más fuerte entre nosotros que en ninguna parte.

—¿Cree usted que será necesaria esa barrida?

—Él sí que lo cree.

Don Alonso señaló con un amplio movimiento del brazo a un hombre que trabajaba el en campo, al borde del camino. Era un hombre pequeño, en camisa; con un azadón pesado y triangular, rompía los terrones que había dejado el arado. A veces alzaba el azadón tan sólo un palmo sobre la tierra para preparar el golpe, a veces lo impulsaba desde detrás de su hombro. Su cara, sus ropas, sus manos, su azadón, se veían marrones contra el marrón de la ladera, donde una sombra púrpura imitaba cada ademán con gesticulaciones desgarbadas. En el silencio de la mañana, los golpes del azadón azotaban el aire con amortiguada insistencia.

—Y él es el hombre que la reconstruirá—continuó Don Alonso—. Es apenas justo que le abramos paso.

—Pero ustedes son pensadores—dijo el viajero.

—El pensamiento es el ácido que destruye—repuso Don Alonso.

El viajero se volvió para mirar al hombre que trabajaba en el campo. El azadón se alzaba y caía, se alzaba y caía, emitiendo un resplandor en cierto momento preciso. El viajero vio la tierra entera en un instante,

campos arados llenos de hombres del color de la tierra: hombros echados hacia atrás, cuerpos inclinados, músculos que se tensan y se relajan, azadones que relampaguean al mismo tiempo contra el cielo y al mismo tiempo se clavan, con un golpe seco, en los terrones. Y se sintió tranquilo, como se siente un pasajero al oír en el mar el continuo silbido de maquinarias bien aceitadas.

En el primer cruce de caminos tras salir de Illescas, el gordo y Don Alonso se desviaron para ir en busca del arroyo de las truchas. Don Alonso se despidió de los dos caminantes agitando la mano solemnemente.

—Quizás nos encontremos en Toledo—dijo.

—Que consigan muchos peces.

—Y acaso alguna idea—dijo Don Alonso. Fue la última frase que le oyeron decir.

El sol, ya alto en el cielo, derramaba sobre sus hombros y cabezas un calor picante. Tenían arena en los zapatos, un dolor intermitente y agudo en las espinillas, un vacío amargo en el estómago.

—En el próximo pueblo voy a acostarme. Tú puedes hacer lo que gustes—dijo el amigo con voz lacrimosa.

—Eso me gustará.

—Buenos días, señores viajeros.

Se dieron cuenta de que caminaban en compañía de un hombre que vestía un ceñido abrigo azul claro, un sombrero de fieltro color crema debajo del cual asomaban largos bigotes negros con puntas de taladro, y zapatos de color amarillo limón. Se dieron los buenos días con la poca alegría que lograron reunir.

—Ah, Toledo—dijo el hombre—.Van ustedes a Toledo, mi pueblo. Allí nací a la sombra de la catedral, y allí habré de morir. Soy viajante de comercio.

Sacó dos tarjetas grandes como postales, en las cuales se leía:

ANTONIO SILVA Y YEPES
AGENTE UNIVERSAL
IMPORTACIÓN EXPORTACIÓN PRODUCTOS NACIONALES

—A su servicio, caballeros—dijo, y les entregó a cada uno una tarjeta—. Comercio con quincallería, hierro, cerámica, tuberías, vajillas esmaltadas, utensilios de cocina, artículos de aseo americanos, perfumería francesa, cubertería, lino, máquinas de coser, sillas de montar, riendas, semillas, aves finas, gallos de pelea, objetos de *vertu*… Ustedes son extranjeros, ¿no es así? ¡Qué bárbara es España, qué gente, qué mugre, qué incultura, qué mala educación, qué falta de energía!

El agente universal se atoró, tosió, escupió, sacó un pañuelo de seda carmesí con el cual se limpió los ojos y la boca, se atusó el bigote y se sumergió de nuevo en un torrente de palabras, de vez en cuando poniéndose de cara a ellos y enseñando unos ojos pequeños y enrojecidos, llenos de húmedo patetismo, como los de un perro.

—Oh, hay momentos, caballeros, en los que todo esto es demasiado, en los que me alegra pensar que ya no me quedan pulmones y que de cualquier manera no viviré mucho más… En América yo habría sido un Rockefeller, un Carnegie, un Morgan… Lo sé, porque soy un hombre de genio. Es verdad. Un hombre de genio… Y mírenme ustedes aquí, caminando entre estos pueblos malditos y ruinosos por no tener dinero suficiente para contratar un taxi… ¡Y además enfermo, muriendo de tuberculosis! ¡Oh, España, España, cómo aplastas a tus hombres más grandes! Qué pensarán de nosotros, ustedes que vienen de países civilizados, donde la vida es ordenada, donde el comercio es oficio caballeresco, incluso noble…

—Pero ustedes disfrutan más de la vida…

—*Ca, ca*—interrumpió el agente universal con un gesto descendiente de la mano—. Pensar que llaman con el mismo nombre vivir aquí, en un cobertizo, como un cerdo, y vivir en París, Londres, Nueva York, Biarritz, Trouville… camas lujosas, peinados, vestidos, funciones teatrales, automóviles suntuosos, damas elegantes cubiertas de destellos de diamantes… ¡El mundo de la luz y el encanto! ¡Oh, tan sólo pensarlo! ¡Y España podría ser el país más rico de Europa si tuviéramos energía, organización, cultura! Piensen en las exportaciones: hierro, carbón, cobre, plata, naranjas, cueros, mulas, olivas, productos alimenticios, lanas, tela de algodón, caña de azúcar, algodón crudo… cuplés, bailarinas, gitanas…

El agente universal se había quedado casi sin aliento. Tosió durante un buen rato en su pañuelo carmesí; enseguida echó una mirada a su alrededor, sobre las laderas pardas a las que los brotes de grano joven daban un brillo verde, intenso como la pátina de un vaso de bronce de Pompeya, y se encogió de hombros.

—¡Qué vida!

Durante un rato, un capitel había estado empinándose hacia el cielo desde el final del camino; ahora podían verse techos de tejas amarillas como jorobas en los trigales; la iglesia montaba guardia sobre ellos con sus contrafuertes arqueados como las patas de un buldog. A la vista del pueblo, un cierto frescor regresó a las piernas fatigadas de los caminantes.

—Si explotáramos nuestros productos de exportación como es debido, seríamos la gente más rica de Europa—seguía gritando el agente universal con remotos gestos de desespero.

Y lo último que le oyeron decir, al despedirse de él y desviarse hacia el patio de la Posada de la Luna, con su olor a abono y sus pollos escandalosos, fue:

—¡Qué pueblo indecente! Sin embargo, si explotaran sus productos de exportación con energía, con energía moderna…

4

Posada de la luna

Cuando despertaron ya estaba oscuro. Hacía frío. Tenían las piernas entumecidas. Estaban acostados, cada uno a lo largo de un lado de una cama tremendamente ancha; entre ellos, un enredo de mantas y sábanas angostas. El viajero se enderezó y suavemente puso los pies aún hinchados sobre el suelo. De un tirón volvió a levantarlos y se quedó sentado, con un chirriar de dientes, sobre el borde de la cama. El amigo se metió entre las mantas como si escarbara y volvió a dormirse. Durante un buen rato el viajero fue incapaz de deshelar su cabeza lo suficiente para comprender qué ruido lo había despertado. Entonces se percató súbitamente de que alrededor suyo retumbaban ritmos intensos, sonidos de tambores agitados y castañetas y golpes de cacerolas y voces estruendosas. Alguien cantaba en un trémolo estridente por encima del barullo de una canción de la cual cada verso parecía terminar con la frase «y mañana carnaval».

—Mañana es carnaval. Despierta—le gritó a su amigo, y se puso los pantalones.

Su amigo se sentó y se frotó los ojos.

—Huele a vino—dijo.

El viajero tomó a su amigo por los hombros y lo sacudió. Mientras luchaban, alcanzaron a ver el patio lleno de parejas que cabeceaban en medio de una jota. En el umbral había dos guitarristas y junto a ellos una mesa con jarras y vasos y un destello de vino derramado. Una luz débil les llegaba desde una constelación ocasional de lámparas de aceite. Cuando bajaron las escaleras y salieron dando tumbos entre los bailarines, todos gritaron «Hola», y dijeron a gritos que los extranjeros debían cantar una canción.

—Después de la cena—dijo el amigo, mientras se enderezaba el nudo de la corbata—. ¡No hemos comido en un año y medio!

El patrón, un individuo colorado, de cuello grueso, con la cara cubierta por una barba blanca de varios días, se acercó a ellos extendiéndoles dos manos tan grandes como jamones.

—¿Van a Toledo para el carnaval? ¡Qué suerte tienen los jóvenes, que viajan por todo el mundo!—con un gesto, se giró hacia la compañía—. Yo era así cuando era joven.

Lo siguieron a la cocina, donde se arrellanaron a ambos lados de una chimenea en forma de cueva en la cual ardía un fuego demasiado débil. Al darse cuenta de que tiritaban, la jorobada (cuyo rostro era como cuero curtido) que se ocupaba de las numerosas ollas humeantes de los fogones echó un par de leños secos, que chisporrotearon y se encendieron y despidieron un olor cálido y sabroso.

—Mañana es carnaval—dijo—. No hay que escatimar.

Entonces les puso a cada uno un plato de sopa llena de pan en el cual flotaban huevos escalfados, y el patrón acercó su mesa al fuego y se sentó frente a ellos, observando con interés sus caras mientras comían.

Después de un rato comenzó a hablar. De fuera seguían viniendo los aplausos y el castañeteo, interrumpidos por intervalos de gritos y risas y un trozo ocasional de la canción cuyos versos terminaban con «y mañana carnaval».

—Yo viajé cuando tenía su edad—dijo—. He estado en América… Nueva York, Montreal, Buenos Aires, Chicago, San Francisco… Vendiendo esas nuececillas… Sí, cacahuetes. ¡Qué país! Cuántas leyes hay allí, cuántos policías. Cuando era joven, no me agradaba, pero ahora que estoy viejo y tengo una posada, hijas y lo demás, vamos, sí que entiendo. Verán, en España hacemos como nos plazca; y después, si somos de los que vamos a la iglesia, pues nos arrepentimos y nos arreglamos con Dios. En los países europeos, modernos, civilizados, todo el mundo aprende lo que tiene que hacer y lo que no debe hacer… Por eso tienen tantas leyes… Aquí la policía existe sólo para ayudar al gobierno a saquear y robar todo lo que quiera… Pero en América es distinto…

—La diferencia—intervino el viajero—, como dijo Butler, está entre vivir en un estado de leyes y vivir en estado de gracia. Yo preferiría vivir en estado de gracia.

—Bueno, después de todo sabemos cantar—dijo el patrón—. ¿Tomarán café con coñac? Y los poetas, hombre, ¡qué poetas!

El patrón sacó pecho, se puso una mano en la faja negra que le sostenía los pantalones, y recitó, marcando el ritmo con la botella de coñac:

> Aquí está don Juan Tenorio;
> no hay hombre para él…
> búsquenle los reñidores,
> cérquenle los jugadores,
> quien se precie, que le ataje,
> a ver si hay quien le aventaje
> en juego, en lid o en amores.

Terminó con una floritura y puso más coñac en las tazas de café.

—¡Qué bonito!—exclamó la vieja jorobada, acurrucada junto al fuego.

—Es lo que hacemos—dijo el patrón—. Nos peleamos y jugamos y seducimos a las mujeres, y cantamos y bailamos, y después nos arrepentimos y el cura nos reconcilia con Dios. En América se vive de acuerdo con la ley.

Cuando se hubieron calentado con el fuego, la comida y la bebida, el viajero y su amigo salieron a la puerta de la posada y vieron la calle principal del pueblo, donde todo era blanco como la nieve bajo la fría mirada de la luna. En el patio, el baile había cesado. Un grupo de hombres y niños se movía lentamente calle arriba, cada uno con un instrumento. Estaban las dos guitarras, las cacerolas, las castañuelas, los platillos y un pellejo de vino que se pasaba de mano en mano. Cada vez que la botella completaba una ronda, una nueva canción comenzaba. El grupo se movía calle arriba, lentamente, bajo la luz de la luna.

—Vamos con ellos—dijo el amigo.

—No, quiero levantarme temprano…

El viajero comenzó a subir las escaleras para volver a la cama. El amigo salió corriendo, y de inmediato le fue ofrecido un trago del pellejo.

En el último escalón el viajero encontró a un hombre sentado con la cabeza entre las manos y murmurando, una y otra vez:

—¡Ay de mí!

—Disculpe—dijo con formalidad el viajero, tratando de pasar.

—Señor, ¿ha visto usted la función esta noche?—preguntó el hombre, mirándolo con ojos llenos de lágrimas. Tenía un rostro amarillo, una quijada delgada y azul, mejillas bien afeitadas y un pequeño bigote encerado que en ese momento había perdido toda su altivez, pues el hombre tenía las puntas metidas en la boca.

—¿Qué función?

—En el teatro… soy artista, soy actor.

El hombre se puso de pie y trató de atusarse el bigote y devolverle la forma. Entonces sacó pecho, se arregló el chaleco de manera que tintineara la larga cadena de un reloj, e invitó al viajero a tomarse un café con él.

Bajaron de nuevo por la escalera estrecha y se sentaron en la mesa de roble negro, enfrente del fuego. El actor contó que sólo habían asistido doce personas a su presentación. ¿Cómo podía pedírsele que se ganara la vida si sólo doce personas iban a verlo? Y en la víspera del carnaval, además, cuando de costumbre había multitudes. Había aprendido una canción nueva especialmente para la ocasión, demasiado buena, demasiado artística para esos cerdos provincianos.

—Aquí en España el teatro está arruinado, ¡arruinado!—exclamó finalmente.

—¿Arruinado? ¿Cómo?—preguntó el viajero.

—La zarzuela está muerta. Los días de los grandes escritores de zarzuelas se han ido para no volver. ¡La música, la levedad, la belleza de las zarzuelas de tiempos de mi padre! Mi padre era un gran cantante, un tenor de voz encantadora… Yo conozco la vida espléndida de un gran cantante de zarzuela… La viví cuando era niño… ¡Y ahora míreme!

El viajero pensó en lo curiosamente fuera de lugar que parecía la anémica figura de avispa del actor en aquella inmensa cocina donde todo era oscuro, masivo, de olores fuertes. El techo estaba sostenido por vigas negras con manchas rojas aquí y allá, erizadas con ganchos cuadrados de hierro de los cuales colgaban jamones y chorizos y blancos collares de ajo.

La mesa en la que estaban sentados era una tabla de roble, ennegrecida por el humo y por generaciones enteras de alimentos derramados, y apoyada firmemente sobre un grueso caballete. Sobre el fuego colgaba una olla de cobre, cubierta de hollín, con un resplandor grasiento en los lugares donde la sopa hervida había rebosado. Al inclinarse para poner un par de palos en el fuego, uno podía ver por la chimenea un parche oblongo de negrura salpicado de estrellas. Al borde de la chimenea estaba la figura grande y encorvada del patrón, medio dormido, vigilando la olla del café con un pañuelo de seda alrededor de la cabeza.

—Era una vida elegante, llena de viajes—continuaba el actor—. Suramérica, Nápoles, Sicilia y toda España. Había cenas formales, recepciones, vestidos de ceremonia… Damas de la alta sociedad venían a felicitarnos… Yo representé todos los papeles infantiles… Cuando tenía catorce años, una duquesa se enamoró de mí. Y ahora míreme, andrajoso, muerto de hambre, incapaz siquiera de llenar un teatro en este pueblo de cerdos. En España se ha perdido todo amor al arte. Sólo les interesan las importaciones extranjeras, las comedias musicales vienesas, las indecentes farsas de París…

—¿Con coñac o con ron?—rugió el patrón de repente con su voz profunda, balanceando la olla del café al sacarla del fuego.

—Coñac—dijo el actor—. ¡Qué café tan horrible!—y lo olisqueó con petulancia mientras ponía azúcar en su vaso.

De repente, el llanto de un bebé surgió del extremo oscuro de la cocina. El actor comenzó a tirarse del pelo a manos llenas. «¡Ay, mis nervios!», chilló. El bebé lloraba más alto en un espasmo tras otro. El actor se levantó de un salto.

—¡Dolores, Dolores, ven acá!

Después de que hubo llamado varias veces, una muchacha entró en la habitación caminando sin ruido, y se detuvo ante él, tambaleándose medio dormida junto al fuego. Los párpados pesados le colgaban sobre los ojos. Un mechón de pelo negro se enroscaba en su garganta rolliza y se desplegaba como harapos sobre sus senos. Se había puesto una manta sobre

los hombros, pero, a través de una rendija de su tosco camisón, el fuego dibujaba un parche de brillo rojo, curvo como un pétalo de rosa, sobre un muslo moreno.

—¡Qué desvergonzá!—murmuró el patrón.

El actor la reñía con quejidos interminables y estridentes. La muchacha permanecía quieta, sin responder, con los dientes apretados para evitar que le castañetearan. Entonces, sin decir nada, se dio la vuelta y trajo al bebé de la caja de cartón en la cual yacía al fondo de la habitación, y, cubriéndolo con la misma manta, se acurrucó muy cerca de la llama con los pies desnudos junto a las cenizas. Cuando hubo cesado el llanto, se dio la vuelta hacia el actor y dijo, sonriendo con labios gruesos:

—No le pasa nada, Paco. Ni siquiera tiene hambre. Lo has despertado, pobre angelito, hablando tan alto.

Se paró de nuevo y con dignidad lenta e indescriptible caminó de un lado al otro de la habitación, llevando al niño en su seno. Cada vez que se daba la vuelta, hacía que la manta arrastrada girara en redondo con un súbito golpe de caderas.

El viajero la observaba furtivamente mientras olía el aroma cálido de su vaso de café y coñac, y siempre que la mujer se giraba, los músculos de su cuerpo se contraían en nudos tensos.

—Es buena chica… Es de Málaga. La conocí allá. Es un poco estúpida… Pero estos días…—decía el actor, encogiendo los hombros—. Baila bien, pero no le agrada al público. No tiene cara de parisina. Pero estos días, vamos, uno no puede ponerse muy fastidioso. Este gusto por las obras francesas, las mujeres francesas, la cocina francesa, ha arruinado el teatro de España.

El fuego llameaba, crepitante. Sentado, el viajero bebía sorbos de café, esperando el placer insoportable del contoneo de la muchacha, el momento en que se giraba y comenzaba a cruzar la habitación, caminando hacia él.

5

Toledo

A la mañana siguiente el sol ardía. El viajero llevaba en la boca el sabor de un tazón lechoso de café y unos churros crocantes, y en el pelo un viento fresco; sus pies raspaban agradablemente la grava del camino. A sus espaldas el pueblo se hundía en la llanura parda y esmeralda: los techos se agolpaban, se apiñaban más y más bajo la sombra amenazante de la iglesia, y la torre adelgazaba y se oscurecía contra las nubes vaporosas que surgían en hileras humeantes sobre las montañas del norte. Los cuervos aleteaban sobre los campos; aquí y allá, un hombre y un par de mulas subían por una larga pendiente. En una curva del camino, dos urracas se habían sentado sobre los cables del telégrafo; cuando se movían, el sol reverberaba en los parches blancos de sus alas.

Antes de mediodía se encontró con el mismo Don Alonso que había visto el día anterior en Illescas. Don Alonso estaba acostado debajo de un olivo con una salchicha roja en la mano; frente a él, sobre el césped, un pan y un pellejo de vino. Atado al árbol, masticando la corteza con dientes largos, estaba el caballo gris.

—Hola, amigo—exclamó Don Alonso—, ¿todavía de camino a Toledo?

—¿Cuánto tardaré en llegar?

—Llegará a tiempo para ver el castillo de San Servando contra el crepúsculo. Iremos juntos. Viaja usted tan veloz como mi viejo jamelgo. Pero hágame el honor de comer algo, debe de estar hambriento.

Y al instante Don Alonso le alcanzó la salchicha y un cuchillo para pelarla y cortar tajadas.

—Debe de haber partido muy temprano.

Sentados, mascaron el pan con esa salchicha a la cual la pimienta molida daba un color rojo y brillante, y de vez en cuando, echando la cabeza hacia atrás, dejaban que un poco de vino les chorreara la boca desde el pellejo.

Don Alonso sacudía un trozo de salchicha discursivamente, sosteniéndolo contra el pan con las yemas de sus largos dedos grises.

—Amigo mío, está usted ahora en el corazón de Castilla. Mire usted, nada más que robles a lo largo de los barrancos y trigales ondulantes bajo un cielo tremendo. ¿Alguna vez ha visto usted más cielo? En Madrid no hay tanto cielo, ¿o sí? ¿Hay tanto cielo en su tierra? Mire usted las gigantescas volutas de esas nubes. Éste es un escenario para pensamientos tan abarcadores como los cúmulos blancos sobre la Sierra, pensamientos como los que invaden la mente de esos hombres delgados, de paso largo, de piel quemada por el viento…—Don Alonso se llevó un dedo a la frente amarilla —. Hay en Castilla una belleza potencial, amigo mío, algo humano, tolerante, vívido, robusto… No digo que aquello exista en mi interior. Mi único mérito es reconocerlo, formularlo, pues no soy más que un pensador… Pero vendrá el día en que tengamos frutas y flores en esta áspera tierra.

Don Alonso sonreía con labios delgados y la cabeza echada hacia atrás sobre el tronco torcido del olivo. Entonces, de repente, se puso de pie, y después de un momento de buscar en el saco que colgaba de su hombro, distraídamente sacó un puñado de pequeños dulces blancos en forma de piedras de molino, y se quedó mirándolos con perplejidad durante unos segundos.

—Después de todo—continuó—, en estos viejos pueblos castellanos se hacen dulces famosos. Estos son melindres. Tome usted uno.

Un carro tirado por un conjunto de cuatro mulas pasó tintineando por el camino, detrás de un burro diminuto que llevaba tres collares de abalorios azules alrededor del cuello. Como las cortinas de lienzo estaban cerradas, la única evidencia de un carretero era la canción adormilada y monótona que el carro dejaba atrás, junto a la nube de polvo. Lo veían pasar y alejarse desde el borde del camino, cuando una cara sonrosada surgió de entre las cortinas, y una voz gritó: «¡Hola!»

Con un sonido metálico de campanillas y un grito ronco del carretero, el carro se detuvo, y el amigo del viajero bajó dando tumbos. Tenía el pelo desordenado y briznas de paja sobre la ropa. De inmediato volvió a meter la cabeza entre las cortinas. Para cuando el viajero lo alcanzó, el carro iba ya tintineando de nuevo y el amigo estaba parado en medio del camino, sonriendo y parpadeando con ojos adormilados, con un odre de vino en una mano y un saco de lienzo en la otra. Entonces, al llegar Don Alonso con su caballo gris, el amigo dijo en tono explicativo:

—Estaba dormido en el carro.

—¿Y?

—Es una larga historia—dijo el amigo.

Caminando junto a ellos, Don Alonso recitaba, al oído de su caballo:

> Sigue la vana sombra, el bien fingido.
> El hombre está entregado
> al sueño, de su suerte no cuidando,
> y con paso callado
> el cielo vueltas dando
> las horas del vivir le va hurtando.

—¿De quién es eso?—preguntó el viajero.

—El cielo vueltas dando las horas del vivir le va hurtando… No lo sé —dijo Don Alonso—. Tal vez, igual que nuestro amigo, esta España avanza dormida tanto como despierta. ¿Qué importa un día más? El carretero ronca pero las buenas mulas siguen por el camino señalado.

Entonces, sin decir otra palabra, saltó sobre su caballo y, sonriendo y agitando una mano en el aire, comenzó a trotar delante de ellos.

El sol abrasaba sus cabezas. A ambos lados del camino recto había olivos que al paso de los amigos contorneaban sus troncos gotosos. Sobre un terraplén, junto a un burro que pastaba en silencio, un hombre dormía envuelto en una manta marrón. De vez en cuando un pequeño pájaro gris gorjeaba alentadoramente desde los cables del telégrafo. Cuando hacía viento había un frío de invierno, y volutas de nube flotaban frente al sol y un temblor de plata recorría los olivares.

—Deberías haberme acompañado anoche—dijo el amigo.

—¿Qué pasó anoche?

—Nada especial—sacudió un puño cerrado junto a su cara—. La gente más amable. Tú no has visto nunca gente como ésa. Me dieron una pandereta. Aquí está; espera un minuto.

Puso sobre un mojón el saco que llevaba al hombro y lo desató. La pandereta que sacó estaba llena de higos.

—Mira, guárdate éstos. Le enseñé a escribir su nombre en la parte de atrás; mira, «Pilar». No sabía escribir.

El viajero se aclaró la garganta involuntariamente.

—Era el mejor antro. Mitad casa, mitad cueva. Todos entramos en tropel, había una niña pequeña, la más graciosa del mundo… Mucha otra gente, mujeres gordas, pero mis ojos se encontraban en un estado altamente selectivo. Era muy delgada, tenía unos ojos negros y enormes, ojos de coneja, tímidos como los de un perro. Tenía un cachorrito gordo y sonrosado en su regazo.

Caminaron en silencio.

—Paremos aquí. Veo un arbusto sobre la puerta—dijo el amigo.

—¿Para qué parar? Ya casi hemos llegado. Queremos llegar a Toledo, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque fue hacia allí que salimos.

—Ésa no es razón—dijo el amigo entre risas, mientras entraba a la taberna.

Al salir encontraron a Don Alonso esperándolos y sosteniendo su caballo por las riendas.

—Los espartanos—dijo con una sonrisa—nunca tomaban vino en las marchas.

—¿A cuánto estamos de Toledo?—dijo el viajero—. Qué amable de su parte habernos esperado.

—Como a una legua, cinco kilómetros, no es nada… Quería verles las caras cuando vieran la ciudad por primera vez. Creo que les gustará. El pueblo entero estará en el paseo enfrente del hospital de San Juan Bautista… Es domingo de carnaval; la gente llevará máscaras, hará mucho ruido. Es un día en el cual le gastan bromas a los extraños.

—Ésta es la broma que me gastaron en el último pueblo—dijo el amigo, agitando su bolsa de higos—. Comamos un poco. Seguro que los espartanos comían higos en el camino. ¿Los comerá Rocinante… quiero decir, su caballo?

Puso la mano con unos cuantos higos bajo la boca del caballo. El caballo olisqueó ruidosamente con sus narices negras manchadas de rosa, y enseguida tomó los higos. El amigo se limpió la mano en los pantalones. Siguieron su camino.

—Simbólicamente, Toledo es el alma de España—comenzó Don Alonso tras unos minutos de silencioso andar—. Con ello quiero decir que a través de las muchas Españas que han visto ustedes y verán, hay siempre una corriente de fantástica tragedia, el Greco de un lado, Goya del otro, una gran llama de desesperanza que se eleva entre el polvo, los harapos, como una úlcera en esos espacios desolados, abandonados, parduscos. Toledo expresa, en mi opinión, la belleza suprema de aquella trágica farsa… Y su cúspide, su inmortalidad, está en el Greco… Qué extraño resulta que haya sido ese chipriota, que vivió con semejante majestuosidad veneciana en esa casona cerca de una sinagoga abandonada, escandalizándonos a nosotros, españoles austeros, con los sonidos de jolgorio y música desenfadada que de ella salían a la hora de las comidas, diciendo cosas descaradas bajo las narices de visitantes sin humor como Pacheco, viviendo en soledad en un país donde siguió siendo incomprendido y extraño hasta su muerte, y donde durante dos siglos se le creyó tan loco como Don Quijote… Qué extraño que fuese él quien expresara con más fuerza el pueblo de Toledo… A menudo me he preguntado si esa fiera vitalidad del espíritu que sentimos en el Greco, que sentíamos en mi generación cuando éramos jóvenes, que encuentro de vez en cuando en los hombres del presente, ha cobrado conciencia sólo al verse a punto de quedar ahogada en las grandes olas de la banalidad europea. Estaba pensando el otro día que acaso sólo cobremos conciencia de un estado de vida cuando ya su intensidad ha comenzado a diluirse.

—Pero la mayor parte de los intelectuales que encontré en Madrid—intervino el viajero—parecían muy ansiosos por tener metro y progreso mecánico, parecían pensar que la existencia podía volverse perfecta por

medio de máquinas tragaperras.

—Están ansiosos por comprar acciones en las empresas del metro y tragaperras, y así tener más dinero con el cual ir a deshispanizarse en París… pero no hablemos de eso. A partir de la siguiente curva, al rodear aquella pequeña colina, se verá Toledo.

Don Alonso montó de un salto sobre su caballo.

Primero, sobre el bulto azafrán rayado de oscuro de un campo arado, vieron una veleta; después, bajo la veleta, la pizarra de una torre. «El Alcázar», dijo Don Alonso. El camino dio un giro y la veleta quedó oculta por los olivos. En la curva siguiente ya las torres eran cuatro, sólidos refuerzos de un edificio cuadrado en cuyas ventanas brillaba el reflejo del poniente. Mientras caminaban, más torres del color del polvo, domos y el chapitel de una catedral, verdoso y espinoso como la cola de un lucio, sobresalían a la derecha de la ciudadela. El camino descendió de nuevo, pasó ante algunas casas en cuyos portales se sentaban los niños; de las habitaciones interiores llegaba el sonido de una fritura de aceite y un fuerte olor de jara quemada. Al subir por la siguiente ladera, bordeando una pendiente sembrada de almendros, avistaron un castillo, torres redondas de piedra gris y tosca unidas por muros almenados, que aparecían a veces tras el errático encaje de ramas angulares en las que habían comenzado a florecer dispersos nudos de flores color de rosa. En la cima había una taberna con mulas recostadas en la pared, y más abajo, el Tajo y el puente grandioso, y luego Toledo.

Contra el teatro de los Cigarrales, ocre y gris, se apilaban masas de muros reforzados que recibían la luz naranja del atardecer en varias superficies planas, formando almenados y torres cuadradas y domos y chapiteles de pizarra sobre un reguero de techos amarillentos cuyas terrazas resbalaban desde los puntos más altos y rodaban, partiendo de las paredes, hacia el río y los muelles, de los cuales surgía el enorme arco del puente. Las sombras eran violetas y de un verde azuloso. La pálida niebla cobalto de las hogueras colgaba sobre los barrios más cercanos al río. Cuando empezaron a bajar por la colina hacia la pesada pila de San Juan Bautista,

que se alzaba bajo su ancho domo tejado junto a las puertas más cercanas, un fuerte campanilleo les cruzó los oídos. Rebuznó un burro; se oyó un griterío que venía desde el pueblo.

—Henos aquí, caballeros. Los buscaré mañana en la fonda—gritó Don Alonso. Se quitó el sombrero y galopó hacia las puertas, dejando al viajero y a su amigo parados junto al camino, mirando la ciudad.

Detrás de la barra de zinc había una habitación irregular de paredes verde oscuro en la cual la luz todavía se filtraba a través de tres arcos pequeños en lo alto de una pared. En una esquina había varios toneles de vino; en otra, mesas pequeñas con bancos de tres patas. De fuera llegaba el estruendo de una banda, el escándalo de una calle llena de gente, risas y el sonido intermitente y tembloroso de una pandereta. El amigo se había echado sobre una banca y extendido las piernas sobre el suelo de baldosas.

—Nunca he caminado tanto en mi vida—dijo—. Tengo los dedos de los pies hechos polvo, ¡polvo!

Se agachó y se quitó los zapatos. Tenía huecos en los calcetines. Se los quitó también, y comenzó a mover los dedos de los pies pensativamente. Sus tobillos estaban sucios de tierra.

—Pues bien…—comenzó el viajero.

El patrón, un hombre delgado y bigotudo vestido con un elegante chaleco amarillo, que usaba sin abrochar sobre una camisa lavanda, trajo dos vasos de denso vino tinto.

—¿Han caminado mucho?—dijo, mirando con interés los pies del amigo.

—Desde Madrid.

—¡Caray!

—No en un mismo día.

—Son ustedes marineros que van a coger el barco en Sevilla.

El patrón miraba a uno y a otro con expresión cómplice, torciendo la boca de manera que una de las puntas de su bigote se inclinaba hacia el techo y la otra hacia el suelo.

—No exactamente…

Otro hombre acercó su silla a la mesa, quitándose antes el sombrero y diciendo gravemente:

—Con permiso de ustedes.

Su rostro, ancho y algo fofo, estaba muy pálido; bajo sus escasas pestañas rubias se veían dos ojos grandes y grises. Puso ambas manos sobre los hombros de los amigos, como para acercar sus cabezas, y dijo en susurros:

—No serán desertores, ¿o sí?

—No.

—Esperaba que lo fueran. Tal vez les hubiera ayudado. Escapé de una prisión de Barcelona hace una semana. Soy sindicalista.

—¿Quiere beber algo?—dijo el amigo—. Otra copa… Y podemos también darle algo de dinero, si lo necesita, si quiere salir del país.

El patrón trajo el vino y se retiró discretamente a una silla junto a la barra, desde la cual los observaba con aprobación casi religiosa.

—¿Son ustedes camaradas?

—De los que escapan—dijo el amigo, ruborizándose—. ¿Cómo han progresado los acontecimientos? ¿Cuándo cree usted que se derramará el vaso?

—Pronto o nunca—dijo el sindicalista—. Es decir, no en esta vida. Como el resto de Europa, el industrialismo nos está enterrando. Nuestra gente (incluso los camaradas) está adquiriendo rápidamente mentalidades burguesas. Corremos el riesgo de perder todo lo que hemos ganado en la lucha… Verán, si tan sólo hubiésemos podido capturar los medios de producción cuando el sistema era joven y débil, lo habríamos podido desarrollar poco a poco y para beneficio nuestro, habríamos hecho de la máquina el esclavo del hombre. Cada día que pasa lo vuelve más difícil. Es una carrera por ver si esta península será capturada por el comunismo o el capitalismo. En lo profundo del alma, todavía no es ni lo uno ni lo otro.

Se golpeó el pecho con el puño cerrado.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted en prisión?

—Sólo un mes en esta oportunidad, pero será grave si me cogen. No me cogerán.

Hablaba en voz baja y sin gestos, haciendo girar de vez en cuando un cigarrillo apagado entre sus dedos.

—¿No deberíamos salir antes de que se ponga oscuro?—dijo el viajero.

—¿Cuándo podré verlo de nuevo?—dijo el amigo al sindicalista.

—Si se quedan algunos días en Toledo, ya nos volveremos a encontrar…

Al levantarse tomó al hombre por el brazo.

—Mire, déjeme darle algún dinero. ¿No querrá usted irse a Portugal?

El hombre se ruborizó y negó con la cabeza.

—Si nuestras opiniones coincidiesen…

—Yo estoy con los que escapan—dijo el amigo.

—No es lo mismo, mi amigo.

Se dieron la mano y salieron de la taberna.

Dos coches de los cuales colgaban chales de adornos chabacanos, llenos de dominós y pierrots y arlequines que arrojaban puñados de confeti a la gente de las aceras, irrumpieron en la ciudad a través de los arcos oscuros de la puerta. El viajero recibió un puñado de confeti en la boca. Una multitud de niños pequeños bailaba burlándose a su alrededor mientras él resoplaba de indignación en el bordillo. Su amigo lo tomó del brazo y lo llevó por la calle, tras los coches, doblado de la risa. Eso irritó al viajero, que retiró el brazo de un golpe y comenzó a irse a zancadas por una calle oscura.

Una luna menguante brillaba a través de las perforaciones de una chimenea de terracota, iluminando la sombra angular y verdosa de la calle. De alguna parte llegaba el ruido de agua sobre una represa. El viajero estaba recostado a una pared húmeda, cansado y exultante, observando vagamente el óvalo de una cara de mujer medio escondido tras las barras de una ventana superior, cuando escuchó el traqueteo de unos pies inestables sobre los adoquines y apareció su amigo, balanceándose un poco, con los labios mojados y las cejas levantadas en una expresión de ebria jovialidad.

—Soy feliz—exclamó el viajero, dando un paso adelante para saludar a su amigo—. Caminando por aquí, en estas calles vacías y sinuosas, de repente he sentido familiaridad con todo esto, como si fuera parte de mí, como si hubiera absorbido su esencia.

—Qué bobo eso de las esencias, los gestos, qué estúpido… Despierta, despierta lo que haga falta.

El amigo estaba de pie sobre una piedrecilla gastada que protegía de las ruedas la esquina de la casa, allí donde la calle giraba. Agitó los brazos.

—¡Despierta! *Dormitantium animorum excubitor*… No, no es así. El latín no sirve. Significa: «Despierta, hijo de pe...».

—Estás borracho. Se trata de algo mucho más importante. Es como aprender a nadar. Durante un buen tiempo luchas por mantenerte a flote, es desagradable, el agua se te mete por las narices y te atoras. Y de repente estás nadando como un pato. Así es como me siento con todo esto…

—Mira, soy san Simeón el Estilita.

El amigo levantó un pie, luego el otro, agitando los brazos como un equilibrista.

—Después de dejarte, me he ido caminando hasta el otro puente, el puente de San Martín, y he subido…

—Cállate. Una chica está riéndose en esa ventana.

El amigo se quedó parado y muy recto en su columna y lanzó un beso a la oscuridad. La risita nerviosa se convirtió en una carcajada; una cabeza se asomó por la ventana opuesta. El amigo le hizo señas con ambas manos.

—No te preocupes por ellos—dijo con seriedad el viajero—. Cuidado, alguien ha arrojado algo… Ah, es una naranja… Te quiero decir… Había subido por una de las colinas del Cigarrales y estaba observando la silueta del pueblo, tan negra contra el mármol del cielo tormentoso. La luna no había salido aún… Vámonos de aquí.

—Ven, flor de mi corazón—gritó el amigo hacia la ventana superior.

—Un rebaño de cabras pasaba por el camino, y de alguna parte venía la cadencia tremenda de…

—¡Atención!—gritó el amigo, arrojándose a una esquina de la pared.

El viajero levantó la mirada. Una chica se asomaba por la ventana, sacudiéndose de la risa, apuntando con un balde de agua que balanceaba con ambas manos.

—Espere—dijo el viajero—. Ha sido él…

Mientras hablaba, una columna de agua fría le golpeó la cabeza, le quitó el aliento, lo dejó empapado.

—Hablando de gestos…—susurró entrecortadamente el amigo desde el umbral donde estaba acurrucado, y la calle se llenó de una risa incontrolable.

6

El muchacho del burro

Donde la lucha y faena del labriego
Se cambian apenas en faena y lucha,
Tiene la vida una semilla en riego,
Que cuenta: ¡grano, vino, aceite, fruta!

El sendero zigzagueaba a través del olivar, entre el resplandor delgado y risueño de las acequias que de vez en cuando se transformaban en piscinas verdes, bordeadas de juncos, llenas de ranas, y alrededor de las cuales se erizaban matorrales de adelfas. A través del brillo de las hojas de los olivos pude ver el pálpito rubicundo de las montañas surcadas con el esmeralda de los campos de mijo, y arriba, cumbres nevadas contra una bóveda añil, bosques recortados como metal en la luz caudalosa del mediodía. Frente a mí, el tintineo de la campanilla de un burro; entonces, en la curva de un sendero, las patas traseras del burro, entre gris y malva, cuidadosamente trasquiladas en un diseño de rombos y diamantes, y una cola que se batía como pensativa mientras el burro avanzaba entre piedras, la cabeza aún escondida por las cestas de mimbre de la carga. En la curva siguiente rebasé al burro y caminé junto al arriero, un joven moreno de pantalones azules y apretados y una túnica corta y gris que le daba a la cintura; tenía los pómulos pronunciados, la nariz de halcón y las caderas delgadas de un árabe, y hablaba un andaluz aspirado como el árabe.

Nos saludamos con cordialidad, como lo hacen los viajeros en lugares montañosos donde los senderos son estrechos. Hablamos del clima y del viento y de los molinos de azúcar de Motril y de las mujeres y los viajes y la cosecha, todo el tiempo esforzándonos como náufragos por entender la jerga del otro. Cuando supo que yo era americano y había peleado en la guerra, el joven pareció interesarse de repente; por supuesto, dijo, yo era un

desertor, había tenido la astucia de escapar. Hacía un año hubo en su pueblo dos desertores, alemanes; tal vez eran amigos míos. Anoté que los alemanes y yo habíamos estado en extremos opuestos del cañón. El hombre rió. ¿Qué importaba? Entonces repitió varias veces: «Qué burro, la guerra. Qué burro, la guerra». Protesté, señalando al burro que nos seguía con pasos delicados, mirándonos con aire socarrón por debajo de sus largas pestañas. ¿Había algo más sabio que un burro?

Rió de nuevo, separando sus labios gruesos y enseñando el brillo de sus dientes apretados, se detuvo y se dio la vuelta para mirar las montañas. Su mano larga y morena barrió el aire.

—Mire—dijo—. Allá arriba están las Alpujarras, el último refugio de los reyes moros. A veces hay bandidos por allí. Ha venido usted al lugar correcto; aquí somos hombres libres.

El burro se escabulló junto a nosotros lanzando una mirada burlona por el rabillo del ojo, y comenzó a ir de lado a lado del sendero, cortando aquí y allá un poco de hierba seca. Lo seguimos; el arriero contaba cómo su hermano habría sido reclutado si la familia no hubiera recogido mil pesetas para comprar su salida. Ésa no era vida para nadie. Escupió sobre una piedra roja. A él nunca lo cogerían, de eso estaba seguro. El ejército no era vida para un hombre.

En el fondo del valle había un arroyo ancho que atravesamos tras una breve disputa acerca de quién debería ir sobre el burro, mientras el burro arrugaba la nariz, disgustado por el agua fría y las piedras resbalosas. Cuando salimos a la extensa morrena de piedras del lado opuesto del arroyo nos topamos con un hombre delgado, de piel oscura y dientes caballunos y amarillos, que se emocionó mucho al escuchar que yo era americano.

—América es el mundo del futuro—exclamó, y me dio tal palmada en la espalda que por poco me tumba de la grupa del burro.

—En América no se divierten—musitó el arriero, sacudiendo sus pies fríos por el vado sobre el ardiente polvo azafrán del camino.

El burro se adelantó al trote, pateando guijarros, corcoveando, tratando de sacudirse los grandes cestos de mimbre que llevaba a ambos lados de la silla de carga, deleitándose con la suave sequedad del ambiente después de

tanta agua y tantos caminos pedregosos y ondulantes. Los tres continuamos discutiendo. La claridad del sol azotaba los alrededores.

—En América hay libertad—dijo el hombre de piel oscura—. No hay guardias rurales, los obreros trabajan ocho horas al día y usan camisas de seda y ganan… un dineral.

El hombre de piel oscura se detuvo, ahogado tras su forcejeo con el infinito. Enseguida continuó:

—A sus niños los educan en libertad, sin curas, y a los cuarenta cada hombre tiene un coche propio.

—*Ca*—dijo el arriero.

—Sí, hombre—dijo el hombre de piel oscura.

Durante un buen rato el arriero caminó en silencio, mirándose los pies que a cada paso se enterraban en el polvo. Entonces, espaciando sus palabras con convicción, exclamó:

—*Ca*, en América no se hace ná má que trabajá y descansá, pa podé trabajá otra vé… Ésa no es vida para nadie. La gente no se divierte allí. Un marino de Málaga que iba a pescar esponjas me lo dijo, y él sabía.

El burro se detuvo frente a una pequeña taberna, bajo un enrejado en el cual polvorientas hojas de calabaza escondían el resplandor azul dorado del cielo y del sol.

—El burro quiere decir «bebed algo, caballeros»—dijo el hombre de piel oscura. En la sombra verdosa de la taberna olía a anís y se oía un goteo de agua. Después de relamerse frente a un vaso pequeño de denso vino amarillo, señaló al arriero—: él dice que la gente no se divierte en América.

—Pero en América la gente es muy rica—gritó el tendero, un hombre con cara de remolacha, cuya gruesa circunferencia estaba envuelta en una faja roja de algodón, e hizo un gesto que sugería monedas, frotando el pulgar y el índice.

Hubo un rugido de burla hacia el arriero. Pero él persistió, y salió sacudiendo la cabeza y murmurando:

—Ésa no es vida para nadie.

Cuando abandonamos la taberna, donde el hombre de piel oscura pintaba a grandes rasgos la leyenda del Oeste, el arriero me explicó casi con llanto que no había sido su intención hablar mal de mi país, sino explicar

por qué no quería emigrar. Mientras hablaba pasamos un cargamento de uvas amarillas que nos dejó empapados en un tintineo de campanas y mareados con un dulzor de fermento burbujeante. Un hombre sombrío de cejas pobladas caminaba frente a la mula; en el carro, con sus pies morenos firmemente plantados en el barro humeante de las uvas y el rostro enrojecido mirando el sol feroz, un niño pequeño de cabeza negra y rizada iba gritando triunfante, y sus dientes resplandecían como si fueran a morder el sol.

—Lo que usted quiere decir—le dije al arriero—es que ésta sí es vida.

—Exacto—respondió, y le gritó al burro—. ¡Arre!

Aceleramos el paso. Mi camisa sudorosa se hinchó de repente sobre mi espalda cuando un viento fresco nos envolvió en un recodo del camino.

—Ah, huele a mar—dijo el arriero—. Desde la próxima colina veremos el mar.

Esa noche, cuando salí dando tumbos—tras demasiado comer y beber— del hotel de Motril, la luna llena sobresalía por los arcos de la cúpula de la iglesia rosa y azafranada. Por todas partes había sombras de color verde acero rayadas por la luz de la luna. Al sentarme en la plaza junto a mi mochila, tanteando ideas en el apabullante hechizo de la noche, tres mulas desatadas, azuzadas por un grito ronco, salieron tintineando de la sombra. Cuando se detuvieron de golpe junto a la fuente, bajo el pleno resplandor de la luna, fue evidente que estaban atadas a un coche, un coche con forma de araña inclinado hacia adelante como si estuviera descendiendo perpetuamente una colina; en el interior, voces ahogadas como el cloqueo de aves de corral que fueran llevadas al mercado en su gallinero.

En el asiento del conductor, los pies quedaban sobre las varas, y uno podía ver cada trapo y cada cordón con que estaba remendado el arnés. Crujiendo, gimiendo, con las ruedas bamboleándose y los pasajeros rezongando entre chasquidos del látigo y largas sartas de insultos de parte del conductor, el coche salió dando bandazos del pueblo y atravesó una gruesa llanura llena del gorgoteo de las acequias, del chillido de los sapos, del susurro en falsete de la caña de azúcar. De vez en cuando era visible el

resplandor de la luna sobre las hojas de plátano y un sendero de plata sobre el mar. Tierra adentro, colinas como montones de ceniza; al fondo, la nublada insinuación de unas montañas.

Junto a mí, mentándole generosos pedigrís a la mula puntera, con la boca abierta y un sombrero cordobés echado hacia atrás sobre la cabeza, del cual emergía un mechón de pelo negro que le colgaba entre los ojos, sobre la nariz, y le daba el aspecto de un duende, el conductor saltaba y se retorcía y pateaba los flancos de las mulas, que erraban como borrachas de un lado al otro del irregular camino. Bajamos por un barranco, cruzamos un suelo de guijarros, subimos por un puente de tablas, enseguida bajamos de nuevo hacia el lecho del río que yo había vadeado esa mañana con mi amigo el arriero, bordeamos una playa de botes de pesca y pequeñas cabañas donde dormían los pescadores; luego, el ladrido de unos perros, un puente más, y entonces comenzamos a subir, entre ruidos y traqueteos, por la calle empinada de un pueblo, hasta parar de súbito, catastróficamente, frente a una taberna de la plaza principal.

—Vamos tarde—dijo el conductor duende, girando de repente hacia mí —. No he dormido en cuatro noches. Bailando, cada noche bailando.

Sorbió el aire entre los dientes y estiró brazos y piernas a la luz de la luna.

—Ah, las mujeres, las mujeres—añadió filosóficamente—. ¿Tiene usted un cigarrillo?

—Ah, la juventud—dijo el viejo que había traído la saca del correo. Nos miró, rascándose la cabeza—. Es para disfrutarla. Un momento, sólo un momentito, y ya se ha ido. Los viejos trabajan durante el día, y los jóvenes, durante la noche… Ay de mí—dijo, y rompió a reír.

Como si alguien las susurrara, las palabras de Jorge Manrique se colaron en la noche:

> ¿Qué se hizo el rey Don Juan?
> Los infantes de Aragón
> ¿qué se hicieron?
> ¿Qué fue de tanto galán,
> qué fue de tanta invención,
> cómo truxeron?

Todos entraron a la taberna, de la cual llegaba un ruido de canciones y aplausos simultáneos, y un tintineo de vasos y un golpeteo de mesas que hubieran podido salir del *Mermaid* en los días de la Reina Virgen. Fuera, la luna remontaba el cielo, brillante, con una marca verdosa como la mancha del tiempo sobre un tazón de plata. De la cabeza rota del león de la fuente goteaba el tintineo de una corriente de azogue. La brisa marina traía olores de basura podrida y hogueras de tomillo y jazmín. Calle abajo, los geranios de una ventana ardían bajo la luz de la luna; sobre ellos, en la oscuridad, se veía el mero contorno de un rostro, que antes había sido el brillo de un par de ojos; del lado opuesto, parado en silencio contra la pared blanca, un hombre miraba hacia arriba con narices dilatadas: el amor.

Cuando el coche, torpe y vacilante, salió del pueblo, todavía nos palpitaba en los oídos el ritmo de la taberna, de manos duras y morenas que palmeaban al tiempo, de tacones que golpeaban el piso de roble. Un hombre saludó desde la última casa del pueblo. En medio del estruendo de escaparates de porcelana estrellados contra el suelo, el coche se hundió en el silencio. Un hombre enjuto y pálido de bigote pequeño y encerado como los resortes de una ratonera se encaramó al asiento delantero, mientras hombres musculosos levantaban cantidades de baúles acordonados y los metían por la parte de atrás.

—Muy tarde, dos horas tarde—farfullaba el hombre, echándose la gorra a cuadros de un lado al otro—. A partir de ahora, nada de comer salvo un par de huevos hervidos… Piense en eso. ¡Qué incultura! ¡Qué pueblo indecente! En todo el día, dos huevos pasados por agua.

—Tenía unos asuntos en Motril, don Antonio—dijo el conductor duende, con una sonrisa.

—¡Asuntos!—exclamó don Antonio con una risa chillona—. Después de todo, ¡qué noche!

Algo me incitó a explicarle a don Antonio la historia del rey Micerino de Egipto referida por Herodoto: cómo, al oír de un oráculo que viviría tan sólo diez años más, el rey pidió antorchas y se negó a dormir, y así metió veinte años en diez. El conductor duende escuchaba a intervalos, entre sus toscas investigaciones acerca de la vida privada de la abuela de la mula puntera.

Don Antonio se dio una palmada en el muslo, encendió un cigarrillo y exclamó:

—En Andalucía todos hacemos lo mismo, ¿no es así, Paco?

—Sí, señor—dijo el conductor duende, afirmando vigorosamente con la cabeza.

—Eso es lo flamenco—dijo Don Antonio—. La vida de Andalucía es lo flamenco.

La luna ha comenzado a perder apoyo en el cenit negro y resbaloso. Vamos a toda velocidad por un camino que bordea un acantilado; abajo, el mar, lleno de brillos inesperados, bordeado de encaje, se agita como el vestido de seda de una bailarina. El conductor duende se tambalea, medio dormido, de un lado al otro. La gorra a cuadros cubre la cara del hombrecito de manera que ni siquiera sus bigotes son visibles. Al mismo tiempo, la mula puntera, víctima de impulsos suicidas, da un salto de lado hacia el precipicio. Derrumbes de tierra, ruido de tirantes quebrados, gritos, alboroto dentro. Alguien se las arregla para tirar de la mula y la mula se encabrita. Abajo, en el mar, la sombra de un coche se tambalea al borde de la sombra del precipicio.

—¡Hija de puta!—grita el conductor duende, saltando a tierra.

Don Antonio se despierta con un gruñido y comienza a explicar quejumbrosamente que en todo el día no ha comido más que dos huevos pasados por agua. Los dientes del conductor duende resplandecen como llamas blancas mientras cuelga coronas enteras de insultos sobre las mulas temblorosas. Con una sacudida sensacional, el coche se balancea hacia el lado seguro del camino. Desde adentro asoman cabezas furiosas como cabezas de gallina en un gallinero volcado. Don Antonio se da la vuelta hacia mí y grita en tono de triunfo:

—Qué flamenco, ¿eh?

Cuando llegamos a Almuñécar, don Antonio, el conductor duende y yo nos sentamos en una mesa pequeña fuera del casino vacío. Un camarero salió de alguna parte con vino y café y jamón duro y pan viejo y cigarrillos. Sobre nuestras cabezas, unas polvorientas hojas de palma temblaban con ráfagas intermitentes que venían desde el mar. En los dedos flacos de don

Antonio los anillos destellaban bajo la luz de la bombilla eléctrica, cansada y solitaria, que brillaba sobre nosotros entre palpitantes letreros, mientras él me explicaba el significado de lo flamenco.

—En esta costa, señor inglés, no trabajamos mucho, somos sucios y poco educados, pero por Dios que vivimos. Por ejemplo, la gente pobre de los pueblos, ¿sabe usted lo que hace en verano? Arriendan una higuera y van a vivir bajo ella con sus perros y sus gatos y sus bebés, y comen los higos a medida que maduran, y beben el agua fría de las montañas, y vaya si son felices. No temen a nadie y no dependen de nadie; cuando son jóvenes hacen el amor y cantan acompañados de una guitarra, y cuando son viejos cuentan historias y crían a sus hijos. Usted ha viajado mucho; yo he viajado poco (Madrid, nunca he ido más lejos), pero le aseguro que en ninguna parte del mundo son más hermosas las mujeres o más rica la tierra o más perfecta la cocina que en esta vega de Almuñécar… Si tan sólo el vino fuera menos espeso…

—Entonces ¿usted no quiere ir a América?

—¡Hombre, por Dios! Cántanos una canción, Paco… Verá usted, él es gallego…

El conductor duende sonrió y echó hacia atrás la cabeza.

—Vaya usted al fin del mundo y encontrará un gallego—dijo. Entonces terminó su vino, se limpió la boca con el dorso de la mano, y comenzó con un sonsonete:

> Si quieres qu'el carro cante
> Mójale un rato en el río
> Que después de bien mojao
> Canta com'un silbío.

—¡Hala!—exclamó Don Antonio—. Sigue, sigue.

> A mí me gusta el blanco,
> ¡viva lo blanco! ¡muera lo negro!
> porque el negro es muy triste.
> Yo soy alegre. Yo no lo quiero.

—¡Así es!—exclamó Don Antonio, emocionado—. A ustedes los del norte, ingleses, americanos, alemanes, lo que sea, a ustedes les gusta el negro. Les gusta estar tristes. A mí no.

> Yo soy alegre. Yo no lo quiero.

La luna, hinchada y roja, se había hundido en el poniente. El este había comenzado a blanquearse con el sol venidero. Los pájaros empezaban a gorjear sobre nuestras cabezas. Me despedí, pero desde mi cama podía escuchar la voz ronca del conductor duende cantando a voz en cuello:

> A mí me gusta el blanco,
> ¡viva lo blanco! ¡muera lo negro!

En Nerja, en una pérgola de campanillas moradas de un acantilado rojizo, sobre una playa en la que unos niños morenos se bañaban, hubo una nueva charla acerca de lo flamenco.

—En España—decía mi amigo Pepe—, vivimos con el estómago y las entrañas, o bien con el corazón y la cabeza: entre Don Quijote el místico y Sancho Panza el sensualista no hay terrenos intermedios. El Panza más bajo es lo flamenco.

—Pero se vive…

—Entre la suciedad, las enfermedades, la falta de educación, la bestialidad… La mitad de nosotros muere por exceso de comida o por falta de ella.

—¿Qué desea usted?

—Educación, organización, energía, el mundo moderno.

Esa tarde san Miguel salió a buscar a la Virgen de las Angustias en un oratorio del camino y la trajo de vuelta al pueblo en una procesión de velas y cohetes y mucho canto, y mientras el cono oscilante de la figura, llevado en hombros por seis hombres sudorosos, era colocado en la entrada de la plaza donde todas las muchachas se adornaban con jazmines la oscuridad del pelo, todos sacudían los sombreros y gritaban:

—¡Viva la Virgen de las Angustias!

Y la virgen y san Miguel tenían que agachar las cabezas para pasar bajo la puerta de la iglesia, y la gente los seguía al interior gritando «¡Viva!» de manera que las viejas bóvedas se estremecían entre los gritos y la trémula luz de las velas. Algunos maleducados pedían agua en voz alta, pues las lluvias tardaban y todo estaba muy seco, y cuando salieron de la iglesia vieron una nube delgada como una mantilla de encaje blanco sobre la luna, así que regresaron felices a sus casas.

Cada vez que caminaban por las calles limpias y estrechas, iluminadas de vez en cuando por el sendero de luz naranja de una ventana, las mujeres iban dejando tras ellas largos rastros de fragancia: eran los jazmines de su pelo.

Pepe y yo caminamos un buen rato a la orilla del mar hablando de América y de la Virgen y de una cierta sopa llamada ajoblanco y de Don Quijote y lo flamenco. Y mientras caminábamos por ese campo cultivado sobre los pequeños diques enmalezados de las acequias, los dueños de los campos que atravesábamos solían, por el mero hecho de que fuésemos extraños, ofrecernos un vaso de vino o una tajada de sandía.Yo le había explicado a Pepe que en su moderno mundo americano esa misma gente nos hubiera perseguido con escopetas cargadas de roca de sal. Respondió que aun así, el viejo mundo estaba cambiando, y, puesto que no había más remedio que seguir el proceso de industrialización, le convenía a los españoles asegurarse de que su país tomara la delantera en lugar de quedarse rezagado en la cola del desfile.

—¿Y crees que lleve a algún lado, toda esta interminable complicación de la vida?

—Por supuesto—repuso.

—¿Adónde?

—¿Adónde lleva cualquier camino? Al menos, más lejos que lo flamenco.

—¿Pero no será mejor hacer que el camino se vuelva importante?

Se encogió de hombros.

—Trabajo—dijo.

Habíamos llegado a un rinconcito del acantilado donde había botes de pesca recogidos y con las velas dobladas como patos dormidos. Escalamos el acantilado por un sendero sinuoso. Los guijarros se hundían bajo los pies; arbustos espinosos y aromáticos nos rasguñaban las manos. Entonces salimos a una cañada que se abría paso en las montañas, llena de la risa de las cataratas y del frufrú de las hojas de savia. Los siete arcos de un acueducto sobre pilotes se veían blancos tierra adentro, por entre las cañas. A nuestro alrededor se agolpaban las fragancias; el olor del tomillo seco que crecía en las tierras altas, de los campos ricos y mojados, de las cabras y el jazmín y el girasol, y del agua fría de los campos nevados que corría veloz en las acequias. A lo lejos rebuznaba un burro. Entonces, al desvanecerse el último gruñido del burro, la voz de un hombre se elevó de repente desde los campos oscuros, flotando anhelante sobre el temple de las cuerdas vocales, descendió entonces nota a nota como un bote deslizándose de lado sobre una ola, y abriendo sobre la noche un lento y grandioso espiral de ritmo, y cesó de súbito en una cadencia ascendente como se extingue el chisporroteo de una vela.

—Algo que ni es trabajar ni es prepararse para trabajar…

Y pensé en el arriero sobre cuyo burro había vadeado el arroyo viniendo de las Alpujarras, y su dicho: «*Ca*, en América no se hace ná má que trabajá y descansá».

Lo había dejado en su pueblo, un pequeño amasijo de techos rojos y amarillos alrededor de una torre gruesa que los moros habían construido y una iglesia adusta que se encorvaba solitaria sobre una plaza de tierra pisada. Habíamos descansado un rato bajo una higuera antes de entrar en el pueblo, mientras él se ponía zapatos de lona blanca sobre sus pies delgados y morenos. El viento sacudió las anchas hojas, y el olor de la fruta morada, colgando en estallidos carmesí sobre el cielo intenso, cayó sobre nosotros como terciopelo cálido. Y el arriero había disertado acerca de los méritos de su burro y la dicha de ir de pueblo en pueblo con su mercancía, subir a las montañas por leña y castañas, bajar al mar por pescado, ir a Málaga por lata, a Motril por azúcar de las refinerías. Noches de baile y guitarra en tiempo de cosecha, fiestas de la Virgen en las que se adoraba a dioses más viejos que Jehová y la Madre del Cristo pálido, toros, sangre y sedas

bordadas llameando al sol, palabras susurradas en la noche a través de los barrotes de una ventana, largos días de viajar por caminos pedregosos en las montañas… Y yo me había recostado con los ojos cerrados y el murmullo de las abejas en mis oídos, y había deseado que su vida fuera la mía. Después de un rato nos paramos de golpe, me eché al hombro la mochila, llena de libros y lápices y cuadernillos estúpidos, y marché penosamente por un camino sin sombra, y pensé con una especie de amarga alegría en ese cristiano mojigato y su maldita carga.

—Algo que ni es trabajar ni es prepararse para trabajar, hacer que el camino sea tan importante que no se necesite destino, eso es lo flamenco —le dije a Pepe cuando estábamos en la cañada, mirando los siete arcos del acueducto.

Él asintió, escéptico.

II

ORIENT EXPRESS
(1921-1926)

1

Hacia el este

TERMINUS MARITIME

En Ostende, el barco al Continente atraca al lado de un hotel alto y negro. Tras pasar por aduana y hacerse sellar los pasaportes, los pasajeros de Europa Central y Oriente entran en fila por la puerta negra y alta y trágica de un vasto restaurante salpicado de escasas mesas redondas. Ocupan las mesas, y un barullo de conversaciones en varios idiomas flota hacia las bóvedas altas del techo y sale hacia las plazas oscuras de la bahía azotada por la lluvia. La gente pide comida y la come de prisa, lanzando de vez en cuando miradas nerviosas al reloj. Después de comer, los pasajeros ocupan sus puestos en el tren, reservados previamente con piezas de equipaje. Los trenes van más bien vacíos, las delgadas ventanas del hotel están cerradas con postigos de color gris oscuro, en las grandes plazas de la bahía no hay nadie. Un revisor que lleva en su gorra un galón dorado camina de aquí para allá sobre la plataforma, acariciándose de vez en cuando las cerdas de un bigote color ladrillo.

Al otro lado de la plataforma, junto a una máquina tragaperras, hay un gran termómetro construido, según se anuncia en letras rojas, por Monsieur Guépratte, que mide el frío en grados centígrados, Fahrenheit y Réaumur, y que añade pequeños lemas informativos, como que 60º es la temperatura media de Pondichery, 35º es la ideal para un baño ordinario, 25º es la más agradable para el gusano de seda, y también para las enfermerías.

Todavía no es la hora del tren. El americano que va hacia el este regresa por las puertas de la perdición al restaurante vacío, en cuya quietud ártica hay un camarero solitario de pie junto a la mesa, tambaleándose como un pingüino. Se sienta junto al camarero y ordena un brandy con soda,

diciéndose, con apasionada melancolía, que 60º es la temperatura ideal de Pondichery. Si en Pondichery hace sesenta a la sombra, ¿cuánto frío debe hacer para congelar vodka en Nijni Novgorod? Contéstame a eso, Miguel Strogoff.

Por la puerta puedo leer las letras de bronce del lado húmedo del vagón dormitorio, COMPAGNIE INTERNATIONALE DES WAGONS LITS ET DES GRANDS EXPRESSES EUROPÉENS. Una ráfaga de aire húmedo me golpea la cara de vez en cuando, trayéndome un olor de barniz y grasa para ejes, un olor de partida y distancia que evoca la imagen de un niñito tembloroso al que convencen de entrar en un tren inmenso y brillante, en un cobertizo de alguna parte del mundo. Un tren recién pintado y recién barnizado que huele a bolas de caucho nuevas, a juguetes de latón, a máquinas de coser, un tren que está a punto de ser encendido pero que nunca enciende. Estamos a punto de movernos. El motor da un largo silbido. Partimos. No, son las paredes las que se mueven, eso es todo, se mueven los pueblos y las montañas y los árboles: panorama del Transiberiano.

—*En voiture, messieurs, mesdames*…

El americano que va hacia el este se para de repente, deja caer sobre la mesa el precio de su bebida, sale corriendo por el alto portal y sobre la plataforma mojada, sube al tren que ya ha comenzado, muy lentamente, a moverse.

VENISE LA ROUGE

Cena sin compañía, junto a una caperuza rosada y amarilla (*categoria de lusso*); en la ventana, la postal en colores de San Giorgio Maggiore. Venecia, la Coney Island de las Coney Islands, la Ruta de la historia construida para occidentales de ojos desorbitados con las paparruchas chabacanas del este, y todo atravesado por el olor de la marea, de pilotes podridos, de la marisma, un olor áspero y corpóreo bajo el pintalabios y el perfume y el polvo de arroz, un olor desoladamente amoroso como de castañas en flor, como datura, como repollos pisoteados. Las mujeres que pasan por el muelle llevan el pelo esponjado como las prostitutas de los cuadros de Carpaccio y chales de seda largos y negros con flecos más

largos que las sevillanas; su piel es de un color amarillento y firme, y tienen narices rectas de marfil. Un ocasional titileo de luz sobre el Domo y la torre afilada de San Giorgio revela el hecho de que se trata tan sólo de una silueta, que el agua no es más que un efecto muy bien logrado, que la gente sobre el muelle es el coro de una ópera mezclado con unos cuantos figurantes, que la luna es un lunar.

Salgo apurado del restaurante por miedo de que se acabe el acto, camino apresuradamente por calles colgantes, sobre puentes jorobados, por callejones en los cuales, a través de las puertas de las tabernas, se ve gente bebiendo en mesas largas y barnizadas. Chicas pelirrojas en la cárcel, borrachos que tocan la guitarra frente a un burdel junto al agua, olores metálicos de vino y ajo; en todas direcciones, tenores espagueti cantando en un bote. En la *piazza*, una orquesta está tocando *Guillermo Tell* por lo que pueda valer, y en el Gran Canal una soprano se eleva con «Santa Lucia» sobre un graznido de bajos gordos. En el cielo, el electricista ha apagado la luna. Puedo distinguir la Osa Mayor y la Menor en un ciclorama negro y estrellado. En los canales, la imitación de las ondas del agua sería tan perfecta como en la escena del Nilo en *Aída*, si no fuera por el inexorable olor de la marea que sube por escalones viscosos, el olor de la marisma y de las barcazas anegadas, las frías manos del Adriático agarrándonos por el cuello.

Florian's; camareros de anchas pecheras, parasoles color helado, mujeres en sedosos vestidos de verano, franelas blancas, bajo un cielo gris que alguien desde arriba del Campanile ha llenado de repente con un revoloteo de papeles verdes, rosas, amarillos, que terminan por descender sobre las mesas anunciando los artículos de baño Lulli. Entre el público hay jóvenes caminando erguidos, en grupos de cuatro o cinco, cantando «Giovanezza, giovanezza». En alguna parte, tras los ornamentos de las fachadas, escondida en callejones para no asustar a los turistas, hay una pelea. Hay algo incómodo en el gorjeo de aviario de Florian's. En cada pared desnuda hay carteles: VV LENIN o M LENIN. Camino sin rumbo fijo por las calzadas de mármol, a través de la luz moribunda de un crepúsculo amarillo. Un bote de vela ocre con un gran parche carmesí en el medio procede lentamente sobre el agua de narciso; una barcaza negra con cuatro

hombres remando sin esfuerzo y al unísono se arrastra hacia el Lido. Bajo un arco, detrás de mí, unas personas miran una pintada garabateada con tiza negra. Las palabras están en inglés, en letras gruesas y redondas:

ESTE FARDO DEBE MORIR

—Ajá—dice el caballero de las patillas tiesas y sombrero de paja, dirigiéndose a la multitud—, eso en inglés quiere decir *Muerte a los Socialisti*.

SIMPLON-ORIENT EXPRESS

Tres veces al día nos metemos, a sacudidas, en el vagón comedor. Primero, a través del Reino de los serbios, croatas y eslovenos, después a través de Bulgaria y un pedacito de Grecia. Allí está la dama de Wellesley que escribe para el *Atlantic Monthly*; un armenio de Nueva York con forma de huevo que fue criado en el monasterio de San Lázaro en Venecia, estudió pintura en Asolo, odia a los curas, a los clérigos y la comida balcánica, y habla en tono de queja de Tiffany's y del restaurante del viejo Martin en la calle 28; hay otro armenio cuya familia, padre, madre y tres hermanas, fue cortada en pedacitos por los turcos en Trebizond; hay un hombre de la Standard Oil, alto y de pelo entrecano, cuya barriga tiene la forma de media pelota de fútbol. Dice que puede juzgar a la gente de una mirada, y durante todo el día se sienta a escribir ripios descriptivos de su viaje para su sobrina favorita. Enseguida hay un hombre con muchos sellos sobre su reloj que parece un subastador de la calle 14, y dos inglesas esqueléticas y coloniales; todos ellos contra un fondo de cetrinos habitantes de los Balcanes, gente de narices grandes y aros negros debajo de los ojos.

Entre comidas suelo quedarme en la intimidad de mi pequeño compartimiento verde lleno de pomos y adornos niquelados, leyendo a Diehl, que es muy aburrido, y de vez en cuando soportando las interrupciones de los hombres de los pasaportes, los agentes de aduanas, detectives, la policía secreta o el portero, un viejo belga que respira con dificultad, como una locomotora, un hombre irrevocablemente exhausto por

demasiadas millas de camino, demasiados postes de telégrafo contados, demasiadas cenizas cepilladas de demasiados asientos verdes y lujosos. En las estaciones, camino de arriba abajo en compañía de un frágil francés, fumando cigarrillos locales; el francés habla con conocimiento de Bucarest, del amor, el asesinato, el matrimonio triangular y la diplomacia. Lo sabe todo y sus cuellos y mancornas están siempre inmaculados. Su gran frase es *Aller dans le luxe… Il faut toujours aller dans le luxe*.

Día tras día las colinas se vuelven más secas y escuálidas y el tren va más y más lento y los jefes de estación tienen bigotes más y más largos y uniformes más y más desastrados, hasta que al final nos encontramos serpenteando entre el mar verde claro y unos cabos amarillos y quemados por el sol. De repente el tren queda atrapado entre paredes derrumbadas del color de la mostaza, la línea corre entre cipreses y montañas de basura. El tren se mueve a duras penas; se detiene imperceptiblemente, como si hubiera llegado a una vía muerta. ¿Es así? No, sí, tiene que ser… Constantinopla.

2

Constant', julio de 1921

PERA PALACE

Bajo mi ventana, un camino surcado y polvoriento; aquí y allá un adoquín solitario sobre el cual los coches pasan tintineando, traqueteando, subiendo a sacudidas hacia Pera, bajando estruendosos hacia el viejo puente, durante todo el día, desde que sale el sol hasta que se oculta; más allá, casas altas y aun más apretadas entre sí que las casas neoyorquinas, un techo plano donde una muchacha de piernas desnudas cuelga su ropa, y al otro lado de las tejas rojas los cipreses polvorientos del cementerio, los mástiles y el Cuerno de Oro, con su color de acero y sus vapores anclados; y más allá, contra el cielo nublado, Estambul: domos, casas marrón oscuro, luminosos minaretes puestos por todas partes como hombrecitos de marfil sobre un tablero de juego. Arriba, donde el camino rodea el cementerio de Petits Champs—más cipreses polvorientos, postes de piedra con turbantes tallados que se inclinan a un lado y al otro—, unos coches tiran basura colina abajo, cenizas, harapos, papeles, cosas que centellean en la luz del sol; y tan pronto como lo hacen, llegan mujeres con sacos a la espalda, abriéndose paso a codazos, y escarban con manos delgadas entre los deshechos. Un ruido áspero y débil de voces quejumbrosas emana de ellas, y flota entre los gritos de los verduleros y el rumor indeterminado y pululante de las muchas vidas apretadas en calles estrechas.

Tum-tam-tum: el tum-tam-tum de una enorme pandereta y el quejido de conquista de una gaita. Dos hombres altos, con turbantes chabacanos alrededor del fez, salen de un callejón llevando un mono. La tonada rítmica, espasmódica, es el alma misma del paso irregular y lánguido del mono. Los carreteros detienen sus carretas. Los vagabundos surgen de donde estaban

acurrucados junto a la pared sombreada. Las recogedoras de harapos intentan enderezar sus espaldas torcidas y se llevan la mano a la frente para ver mejor. Camareros en traje de etiqueta cuelgan de las ventanas del hotel. Aprovechando la multitud, dos hombres que llevan un fonógrafo de cuerno blanco y esmaltado sobre una especie de mesa con manijas lo instalan y empiezan a tocar una tonada sorprendente, parecida a un escape de agua. Los hombres altos del mono golpean la pandereta en son de burla y se van con paso arrogante.

Abajo, en el vestíbulo rojo y lujoso del Pera Palace, reina la confusión y el desorden. Están sacando a un hombre de levita que lleva en su cabeza un gorro negro de astracán. Hay sangre en la silla roja y lujosa; hay sangre en el piso de mosaico. El administrador camina de arriba abajo con el ceño cubierto de sudor; se puede limpiar el piso, pero la silla está arruinada. Gendarmes franceses, griegos e italianos se pavonean por el lugar, hablando todos al tiempo y cada uno en su lengua. «Señor, este pobre ha muerto», dice el miembro del Parlamento británico al coronel, que no sabe si terminar o no su cóctel. Azerbaiyán. Azerbaiyán. Era el enviado de Azerbaiyán. Un armenio, un hombre de barba, estaba parado en la entrada y le había disparado. Un hombre de gafas y barbilla lisa, un espía bolchevique, se acercó a él y le disparó. El camarero que trae las bebidas del bar está desesperado. Los clientes se han ido todos sin pagar.

JARDIN DE TAXIM

Una mesa bajo una sombrilla a rayas, al borde de la terraza del restaurante del Jardín Taxim (*Entrée cinq piastres, libre aux militaires)*. «Dardanella», por una orquesta rusa. Sobre la pendiente, una cerca hecha de latas martilladas de Standard Oil encierra una choza de barro junto a la cual rebuzna un burro. Dos hombres, plácidamente acuclillados sobre la pendiente, junto al portón, observan el Bósforo y las colinas de Asia a través de pequeñas *villas* de mal gusto, como las que hay en Niza, y una cisterna rayada de rojo con pintura fresca. Ya casi es de noche. El Bósforo brilla alrededor de la hilera de acorazados grises anclados en sus aguas. Entre el primer plano de colinas marrones y las colinas azules de la

distancia ondula un grueso pilar de humo. Uno piensa en pueblos quemándose, pero eso ocurre demasiado al norte, y en el campo por esta época se tiene la costumbre de prender fuego a las colinas para que el humo ahuyente a los bandidos. La orquesta descansa un instante. De los barracones amarillos de la izquierda llega una música de organillo y el canto de una voz trémula.

Entonces el anillo de una luna enorme y sanguínea se eleva sobre Asia.

Ahora, cuando uno ya ha comido caviar y pilaf y pez espada del Mar Muerto pasado con cerveza Nectar fabricada en los suburbios, en la cervecería de un cierto caballero de riqueza inconmensurable llamado Bomonti, el espectáculo comienza en el escenario que hay entre los árboles. Vodevil internacional. Primero, una dama rusa agita un pañuelo verde en un baile de campesinos con cierta tímida gracia que, estamos seguros, fue aprendida en alguna academia de moda en Moscú. Enseguida, dos chicas inglesas en suéter y medias, extraordinariamente fuertes, que acaso son ex miembros del ballet de ponis del Folies Bergères: una de ellas canturrea de forma curiosamente aburrida y entrecortada, mientras siguen la rutina de pasos y piernas levantadas que tanto escandalizaba a los clérigos provincianos del Gaiety en los tiempos en que la reina Victoria era una niña. Entonces vienen los acróbatas griegos, una cómica rusa a quien sólo sus compatriotas entienden, una francesa vestida de negro con brazos operísticos y maneras de conservatorio que canta varias veces la escena de locura de *Lucia* y recibe generosos aplausos, una mujercita lamentable de tul rosa que baila el *Moment Musicale* con esa peculiar inanidad gestual que tanto gusta a las profesoras de baile de las capitales americanas, y así, infinitamente.

Mientras tanto, la gente se mueve por los jardines y entre los algarrobos; se cuentan bromas, se sirven bebidas. Hay coqueteos, nuevas parejas. Tres chicas cogidas del brazo corren a un sendero lateral seguidas por tres marineros italianos, jóvenes morenos y nervudos de traje blanco. Hay un grupo de oficiales griegos que se ven muy alegres. Su ejército ha tomado Eski Chehir. Los kemalistas están a punto de abandonar Ismid. Después de todo, Tino es un gran rey. Frente a ellos, dos ancianos caballeros turcos de levita y chaleco blanco dan caladas impacientes a sus

narguiles. Más atrás, siete bocazas se emborrachan ruidosamente en una mesa redonda. Junto a la puerta está un gendarme italiano, completamente importado desde los botones de sus faldones hasta su tricornio brillante, y un miembro del Parlamento británico con su CPA (Comisión de Policía Aliada) bordada en letras elegantes sobre su manga.

—¿Por qué quiere usted aprender turco?—me pregunta una chica griega con gesto de perpleja irritación—. Debe usted ponerse del lado griego; no debe aprender turco.

Por mi cabeza pasa el recuerdo de las sillas pequeñas y mesas amarillas bajo el gran plátano de la mezquita de Bayazid, en Estambul; el recuerdo de las palomas, de los viejos con barbas tan blancas como el blanco algodón de sus turbantes, que asentían con gravedad en discusiones lentas e interminables; y de cómo un mendigo inconcebiblemente viejo, amarillo como el damasco desgastado, nudoso como un ciruelo moribundo, me había pedido fuego de mi cigarrillo y entonces, sonriendo, había señalado el vaso de agua que estaba junto a mi taza de café, y cuando le alcancé el agua se tuvo que agachar en el suelo para beberla, por lo doblada que tenía la espalda; y del gesto, como el de un rey de cetro y corona, con el cual había devuelto el vaso y me había dado las gracias con un movimiento de la mano correosa y flacucha. En ese movimiento hubo algo de los erguidos minaretes, de la llamada de los almuédanos, de los ojos impasibles de los ancianos caballeros turcos vestidos de blanco y sentados en silencio junto a los griegos divertidos del Jardín Taxim. Hay razones para aprender turco.

Entonces, cuando uno ha visto todo el vodevil internacional que puede soportar, todas las damas rusas tratando de ganar unos peniques para comprar el duro pan del exilio, todos los bailarines levantinos y todos los cantantes europeos encallados, puede volver a casa caminando por la Grande Rue de Pera. En las esquinas hay más refugiados rusos, soldados en varios uniformes gastados que alguna vez fueron parte del ejército de Wrangel, y que ahora venden todo lo imaginable con bandejitas colgadas del cuello: flores de papel, siluetas coloradas de mezquitas y cipreses puestas debajo de un vidrio, tortas redondas y cuadradas y en forma de salvavidas. Son hombres de todas las edades y condiciones, la mayoría de

piel blanca, densa y norteña, y pelo rubio y corto, todos con una expresión hambrienta y demacrada en los pómulos y un velado escalofrío de dolor en los ojos. A través de las ventanas abiertas de los restaurantes uno puede ver muchachas pálidas con el pelo amarrado por velos tensos. Del brazo de dos corpulentos armenios, dos damas densamente maquilladas con idénticos vestidos de volantes rosa salen de un callejón, flotando en las olas sonoras que escupe un piano mecánico.

Más allá hay un soldado ruso, cojo de una pierna, parado contra un poste de luz, cubriéndose la cara con grandes manos rojas y sollozando en voz alta.

MASACRE

El salón rojo y elegante del hotel Pera Palace. El arzobispo, un hombre alto de traje negro y amplio con una hermosa barba castaña y rizada y una mirada asesina, lanza un impetuoso torrente de griego. Escuchándolo están una dama griega elaboradamente vestida en satén color de rosa, un oficial naval americano, un periodista, una miscelánea de personas de levita. Tintineo de hielos en los vasos de whisky que les traen, a través del salón, a dos mayores británicos. El arzobispo levanta una mano delgada y bizantina y ordena café. Entonces cambia a francés, ceceando un poco en sus largas y balanceadas frases, en las cuales predominan las palabras *horreur, atrocité, oeuvre humanitaire, civilisation mondiale*. Los turcos de Samsun, los kemalistas, que hace unas semanas deportaron a los hombres de religión ortodoxa, ahora han anunciado la orden de deportar a las mujeres y los niños. Tres días de plazo. Por supuesto, eso quiere decir…

—Masacre—se apresura a decir alguien.

Los gruesos labios del arzobispo atacan el borde de su diminuta taza de café. El arzobispo bebe con rapidez y meticulosidad. Más allá del terciopelo rojo, uno imagina una escena de oscuras multitudes arrastrándose hacia el interior del país a través de colinas marchitas por el sol. En las calles de Samsun, dice el oficial, las mujeres lloraban y gemían. La noticia debe anunciarse, continúa el arzobispo; el mundo debe enterarse de la barbarie de los turcos; América debe saberlo. Debe enviarse un telegrama al

presidente de Estados Unidos. De nuevo uno imagina—más allá de los salones rojos y elegantes y de las frases pulidas de los telegramas oficiales—los caminos nocturnos bajo la luna terrible y sanguínea de Asia, y el viento de los desfiladeros levantando el polvo entre mujeres amontonadas, hiriendo los ojos oscuros y atentos de los niños, y en la distancia, sobre las colinas endurecidas por el sol, un rumor de jinetes.

En una silla grande junto a la ventana un turco de cejas desordenadas y ojos tan suaves y tan marrones como la barba del arzobispo mira impertérrito hacia la nada. Una a una, los abalorios ovalados y ambarinos de un rosario resbalan por sus dedos blancos e inescrutablemente lentos.

ASESINATO

Extractos de una carta publicada bajo «Tribune Libre» en la *Presse du soir*, que sale en Pera cada tarde con dos páginas en francés y cuatro en ruso:

«El dieciocho de junio, mi marido, Bekhboud Djevanchir Khan, fue asesinado.

»Yo, la abajo firmante, su esposa, de origen ruso, confío en vuestra gentileza para la publicación de ciertos hechos que darán fin, espero, a los rumores que atentan contra el buen nombre del difunto.

»Nunca me he separado de mi esposo y Dios me ha hecho testigo del horror de estos últimos años.

»Marzo, 1918. Los restos del ejército ruso se retiran del frente turco. En Baku, el poder está en manos de los armenios, que han adoptado la plataforma bolchevique. Por orden de nadie sabe quién, de acuerdo a un plan previamente arreglado, se organiza una masacre de la población musulmana.

»Nunca, hasta mi último aliento, olvidaré esos días terribles. Perseguían a mi marido; su nombre estaba en la lista de los proscritos. Escapó de milagro. Huimos de la ciudad, y, tras increíbles privaciones, logramos llegar a Elisabethpol.

»Pasaron meses. El poder cambió de manos, y mi esposo fue llamado al puesto de ministro del Interior en el primer gabinete de Azerbaiyán. Destacamentos turcos se acercan a Baku y de nuevo, antes de que lleguen a la ciudad, los sangrientos sucesos de septiembre se precipitan. Era la terrible respuesta de los musulmanes a la masacre de febrero.

»Mi esposo viaja de prisa a Baku para poner fin a los disturbios, pero para cuando llega, la ola de odio nacional ya ha cedido. El odio nacional cede el paso al odio de clase; los bolcheviques aspiran al poder y la población local, cansada de luchas nacionales y religiosas, ve en los Rojos una fuerza neutral.

»A principios de 1920, los bolcheviques tienen el control, y empiezan a arreglar cuentas pendientes con los representantes de los partidos nacionales. Nos expulsan de nuestra casa; nos arrebatan todo lo que tenemos. Mi esposo es arrestado por la comisión extraordinaria y sentenciado a muerte. Pero las condiciones particulares en Baku y su gran influencia obligan a los poderes soviéticos a liberarlo. A pesar de sus reiteradas peticiones, se niegan a permitirle abandonar el país, conscientes de que mi esposo es ingeniero de minas y uno de los mejores especialistas en la industria de la nafta. El destino mismo le reserva el papel de "por si acaso". Le ofrecen un puesto en el Comisariado de Asuntos Extranjeros, que abre la posibilidad de una misión internacional.

»Mi esposo acepta y algún tiempo después viajamos a Constantinopla. Aquí lo esperaba la muerte: la mano de un asesino terminó con la vida de mi esposo, cuyo único crimen fue amar a su pueblo y a su país sobre todas las cosas, ese país al cual había consagrado sus estudios, su trabajo y toda su vida.

»Dos palabras más acerca de los rumores de que mi esposo traicionó a sus compañeros del partido "Moussavat", y que por eso lo condenaron a muerte. A los ojos de aquellos que conocieron, aun someramente, al difunto, estos rumores son tan absurdos que no vale la pena negarlos. Tales habladurías no podrán empañar, en los corazones de quienes lo trataron íntimamente, la gloriosa memoria del difunto.

Atentamente, etc.»

MEDIA LUNA

En el patio de la mezquita de Bayazid se venden abalorios de ámbar, y los notarios y escribas tienen allí sus pequeños escritorios. La gente caritativa ha dejado fundaciones para la alimentación de las palomas que vuelan por ahí, alrededor de las perchas y las ramas veteadas de los plátanos, bebiendo, con los picos inclinados hacia arriba y gargantas que titilan con cada trago, sobre el borde de mármol de la fuente. Una tarde resplandeciente, me encontraba recostado en el frío granito de una columna, mirando a un beduino vestido con un rígido albornoz de lana blanca que le dictaba una carta a un escriba con los gestos de un emperador que compone un edicto para una ciudad conquistada, cuando me percaté de que una hilera interminable de gente entraba por el alto portal de la mezquita. Tras aventurarme inquisidoramente cerca, me vi conminado a entrar por un joven que llevaba una borla de seda verde colgada de su cuerda de abalorios. Con servilismo, un viejo puso unas grandes zapatillas sobre mis zapatos, y entré sorteando el umbral elevado. Bajo el domo, el inmenso piso alfombrado de rojo y los alerones de los lados estaban llenos de hombres, mendigos y portadores y artesanos en delantales de cuero y niños pequeños con feces demasiado grandes para sus cabezas de bala, y caballeros majestuosos de levita y chaleco blanco con lujosos relojes de leontina, y estudiantes de teología de barba grave y turbantes de lana blanca bien enrollados, todos en cuclillas, muy pegados entre sí, con sus zapatos a un lado. Un rayo de sol amarillo y pálido que golpeó en el resplandor perlado del domo dio de lleno en la cara de bronce y la barba reluciente del ulema que estaba leyendo el Corán, y añadió una feroz llama magenta al tapiz de seda que caía desde la plataforma del púlpito. El ulema leía en un *staccato* de voz rígida, balanceándose levemente con el ritmo, y en la pausa al final de cada verso un suave amén gruñía desde el público.

—Es por la toma de Constantinopla. Todos los años en este día—me dijo en francés, susurrándome al oído, el joven de la borla verde—. Muchas de estas personas vienen de Adrianópolis, huyendo de los griegos… Conmemoración.

El hombre que había estado leyendo bajó con torpeza y atravesó el tapiz de seda magenta, y tomó su lugar un hombre más alto, de labios gruesos y ojos huecos y mejillas oscuras y ruborizadas.

—Ahora rezará por el ejército que está en Anatolia.

Con el cuerpo erguido, los ojos mirando al sol, las manos levantadas al nivel de la barba en actitud de plegaria, el nuevo ulema gritó una oración llena de consonantes ásperas y resonantes, de cadencias osadas y altaneras. Su voz era como timbales, como trompetas de guerra. Y por toda la mezquita, bajo el domo azul pálido, los hombres fijaban sus miradas más allá de las palmas de sus manos levantadas, sobre la seda magenta y el sacerdote que rezaba en la franja de sol, y el amén de cada pausa pasó de gruñido a rugido, se volvió feroz y jadeante hasta que las lamparitas de gas titilaron en los candelabros planos sobre los turbanes y los feces, escaló las paredes de estuco, sacudió el gran domo como debieron de sacudirse los domos de las iglesias con el grito de los guerreros del Islam el día en que la ciudad de Constantino fue tomada por asalto y el último constantino murió con sus botas moradas.

Al salir, todos recibieron una tarjeta en la que aparecía la silueta de la gran mezquita de Adrianópolis y una pequeña bolsa de papel de seda llena de dulces.

DOUZICO

Un aroma frágil emana de las hojas de albahaca, redondas y diminutas, de una tetera que hay al borde de la mesa del café. Más atrás, sobre una pequeña plataforma cercada por un paño rojo, los músicos mantienen un tarareo reiterativo del cual un tema en clave menor sube y baja formando un arabesco interminable. Hay una especie de laúd, una cítara, un violín y una mujer que canta. En el medio hay una banca con tazas de café y una botella de masilla. Quien toca la cítara es un hombre entrecano con gafas y nariz de botella que de vez en cuando echa la cabeza hacia atrás, abre la boca y deja escapar de buen grado un *yodel*[*] gregoriano que las demás voces siguen hasta que logran, con dificultad, devolverlo a la red del sonido. En las mesas, apiñadas bajo el algarrobo donde les dará la sombra en la tarde, hay

gente con narguiles o cigarrillos o pipas alemanas o cigarros americanos, bebiendo masilla y cerveza y café y aun vodka. Hay un olor a tabaco y carbón y anís (por la masilla) y *douzico* y carne asada (por los pinchos de *shish kebab*), y una discordancia de muchas lenguas hostiles y un ruido de pies arrastrados proveniente de la calle que pasa bajo la terraza.

Con la barbilla apoyada en las manos, con la mirada fija en la franja de pavimento agrietado y polvoriento que se ve abajo, entre los pies desnudos de los niños que venden tortas y pistachos y dulces moteados entre la pared de la terraza y la fila de coches de alquiler, cuyos conductores, en su mayoría rusos con uniformes parcheados, holgazanean y duermen y conversan, esperando un cliente en las largas horas de la tarde… a través de ese espacio, veo zapatos, pies, piernas desgarbadas, brazos cruzados, brazos vacíos que se bambolean, hombros inclinados, espaldas bien moldeadas bajo delgadas telas de algodón, pechos morenos perlados de sudor, chales, velos negros de mujer, *yakmaks*, caras. La vida entera queda absorbida por la expresividad de las caras. Un niño—su piel del color de una vasija de tierra, sus ojos y labios los de un Baco ebrio—se pavonea con una bandeja de maíz asado en la cabeza. Una niña lo sigue con pasitos de ratón; tras el delgado velo negro se alcanzan a ver sus facciones blancas como una fresia. Un hombre de barba cana, camisón azul, ojos de borde colorado y nublados como ópalos, que va de la mano de un niño moreno. Dos *hammals* de facciones profundas y ausentes y barba negra como la de los arqueros asirios, cada uno tan fuerte que podría llevar un piano por su cuenta. Tres rusos, rubios y gruesos de pecho, de la misma altura, con túnicas de lienzo apisonadas por el cinturón, ojos azules, aspecto de recién lavados y pelo partido por el medio y alisado como el de un niño vestido para una fiesta. Un corpulento negociante griego con traje Palm Beach. Varios conscriptos ingleses, tiesos y muy sonrosados. Marineros agresivos de gruesas mandíbulas jugando con niños mendigos pequeños como gusanos. Levantinos pálidos con ojos avergonzados y narices ganchudas. Armenios con bocas quejumbrosas y grandes ojos de color miel. Bajo el sol brillante y las sombras violentas, las caras se emborronan y se mezclan al pasar. Son suaves y amarillas como melones, aceradas como hachas; son como raquetas de invierno, como calaveras y lámparas de calabaza y cocos y

patatas con brotes. Se mezclan lentamente en la luz cruel y blanca: caras morenas bajo feces, caras amarillas bajo sombreros de paja, caras norteñas y pálidas bajo gorras caqui… se mezclan en una sola cara de ceño hosco y contraído, ojos negros de sufrimiento, piel templada en los pómulos, líneas hambrientas en las comisuras de la boca, labios inquietos, envidiosos, iracundos, lujuriosos. La cara de un hombre que todavía no se rinde.

Estas caras son las notas producidas por las temblorosas cuerdas de esa madeja de vidas frustradas que es Pera. Tantos hilos para salir del laberinto. Si uno tan sólo pudiera seguir los hilos y regresar a las empinadas y dilapidadas calles donde cuelgan casas de madera negra, y mujeres de gruesos tobillos y ojos manchados de col ven a los portadores subir las escaleras desiguales y trastabillar bajo el peso de sus cargas, sudando tanto que el rojo de sus feces resbala en forma de vetas por la barba de sus mejillas nudosas; o regresar a través de senderos, bajo la sombra repentina de los plátanos, senderos que de vez en cuando capturan increíbles imágenes de mar azul, imágenes de colinas en sombra, imágenes vistas a través de las lápidas inclinadas y delicadamente talladas de los cementerios turcos, senderos que van a dar a montañas de mampostería de lugares quemados donde a veces se abre un domo derrumbado junto a un minarete roído, donde ladrones y vagabundos viven en los restos de las casas o en cisternas rotas; o regresar por los malecones de Galata, con sus puestos de fruta y sus mujeres griegas moviéndose en los umbrales y sus cafés de marineros llenos del tintineo de pianos mecánicos o de los trombones ordinarios de una orquesta, cafés donde el baile de parejas apretujadas y mal avenidas tiene algo del bamboleo del mar; o regresar a través de los frescos bazares de Estambul, donde en la penumbra, bajo la bóveda decorada de azur, los comerciantes persas y griegos y judíos y armenios extienden telas prensadas y mercancías de Manchester que un rayo ocasional de sol polvoriento hace vibrar en llamaradas de color; o regresar al interior de palacios ruinosos del Bósforo donde los refugiados de un lugar y de otro viven en perpleja y apretujada miseria; o al interior de bellos apartamentos amueblados y relumbrones donde millonarios griegos y especuladores sirios dan fiestas continuas muy cerca de la Grande Rue de Pera; o a los patios y puertas donde duermen rusos, apiñados como ovejas

en una tormenta. Algún día, en alguna parte, podremos encontrar el centro, la llave que descifre este intrincado arabesco garabateado con descuido sobre una tierra de puro dolor.

Esta tarde tan sólo puedo quedarme bebiendo un douzico—que mezclado con agua se vuelve blanco opalino—, con los oídos mareados por la monotonía extrañamente agradable de la orquesta turca y su queja incesante. El fresco viento del norte se ha levantado y en la plaza Taxim hace que el polvo y los papeles bailen en remolinos.

Junto a la línea de taxis, aboliéndolos, aboliendo los tranvías rojos y las victoriosas polainas de los oficiales griegos, con su cabeza inclinada contra el viento bajo su gorra bordada, con sus ojos almendrados cerrados como ranuras negras contra el polvo, dando pasos cortos en sus sandalias, con las mangas inmensas de su bata de seda carmesí aleteando en el viento, camina un mandarín de la China.

¡Cathay!

CONSTANTINO Y LOS CLÁSICOS

El pequeño señor Moscoupoulos levantó unas manos regordetas.

—Pero los turcos no han estudiado a los clásicos griegos. Son ignorantes. No conocen a Aristófanes, ni a Homero, ni a Demóstenes. Ni siquiera los diputados. *Et sans connaître les classiques grecs on ne peut être ni politicien, ni orateur, ni diplomate*. Turquía no existe. Le aseguro, señor, es una simple cuestión de bandolerismo. Y esta ciudad—por la ventana del Pera Palace atisbamos un coche oficial aliado que pasaba por ahí—, usted conoce la leyenda. Un Constantino la construyó, un Constantino la perdió, y un Constantino habrá de recuperarla…

Sobre nuestras cabezas, racimos de uvas verdes cuelgan del denso techo de hojas de vid y tallos entrelazados. El café queda fuera de las puertas de la gran muralla de Heraclio. El camino polvoriento desciende hacia una puerta de poca altura que parece demasiado pequeña para los carruajes pesados y polvorientos que pasan traqueteando bajo ella. A ambos lados, torres grises y cuadradas cuya parte más alta está ya derruida por el tiempo. En ambas direcciones, interminables paredes grises manchadas aquí

y allá con el verde claro de una higuera, y más torres grises y cuadradas. Hacia el este, un parche del luminoso aguamarina del mar de Mármara; hacia el oeste, colinas de color umbrío. En la sombra púrpura de la parra, pequeñas mesas y bancas de madera rústica, y en cada mesa una vasija de romero o albahaca o tomillo o geranios en flor. En una esquina, un grupo de ancianos de gesto grave discute algún problema con voz suavemente modulada. Sus blancos turbantes están casi inmóviles; de vez en cuando hay un resplandor de blanco, cuando una de las cabezas se asoma al sol al asentir, o cuando una mano, morena y delgada, se acerca a una barba gris. Junto a mí, tres jóvenes con fez intercambian agudezas. Un anciano caballero de cara hinchada y roja, vestido con el eterno traje de chaleco blanco y levita de cola ancha, escucha, mira a través de su narguile con ojos chispeantes y de vez en cuando echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. A su lado, un hombre esbelto y amarillo de sandalias verdes mira al vacío con grandes ojos de color miel; hay en su mano una larga boquilla de ámbar que se vuelve de oro cuando le da el sol.

Sans connaître les classiques on ne peut être ni diplomate ni politicien, ni orateur... Pero puede uno sentarse en la sombra, donde el viento fresco revuelve las hojas de parra, y dejar que los días se le escurran entre los dedos, días suaves y tallados con tanto decoro como los terrones de ámbar de los abalorios con los que juega constantemente una u otra mano.

Por la puerta, resoplando y chirriando con el motor al ralentí, sale un coche lleno de oficiales aliados, un destello de trenzas de oro y cháchara de voces. Una nube de polvo lo esconde a medida que se arrastra por el camino desnivelado.

Un rebaño de ovejas emerge balando del polvo, seguido por dos pastores que gritan y arrojan piedras y dan golpes de palo hasta que las ovejas comienzan a fluir, a través de la puerta angosta, como agua por el desagüe de un abrevadero.

Sans connaître les classiques... Un grupo de la Policía Interaliada se ha acercado, y mira inquisitivamente las caras de los turcos del café. Hay dos gendarmes italianos con tricornios brillantes y botones en sus faldones, algunos parlamentarios británicos de cuello duro y colorado, *flics* franceses con esas patillas que tan familiares resultan a los caricaturistas parisinos.

Tras terminar sus rondas, han quedado sudorosos y colorados, y hay polvo en sus pulidísimos zapatos. Cuando se han hartado de mirar a la gente del café, se dan la vuelta y atraviesan la puerta hacia el pueblo. Nadie bajo las parras se ha fijado en ellos. Las voces de algunos ancianos continúan, también el lento movimiento de una mano que acaricia una barba. En la cazoleta superior de los narguiles aparece un pequeño resplandor rojo a largos intervalos, cada vez que el fumador aspira con fuerza. Sobre las torres grises, sobre la muralla gris, hay cometas con picos de halcón y alas negras y curvas dando vueltas en el azul porcelana del cielo.

ALEXANDERS

Mientras bajaban a Therapia señalaron el lugar donde, dos noches atrás, un camión francés que llevaba la fanfarria de un regimiento había caído por el precipicio. *Ah, monsieur, nous avons vécu des journées atroces*, dijo la alta dama griega a mi lado con un gesto peligroso de sus ojos negros. En la curva siguiente el coche dio un bandazo terrible para esquivar a un viejo con una mula.

—Cuatro de ellos murieron en el acto. De todas formas, dicen que estaban borrachos perdidos. Nunca encontraron ni el camión ni los cuerpos… *le Bosphore, vous comprenez*.

Sus grandes labios, en los que el carmín estaba restringido a un arco cuidadoso, sonrieron con timidez coqueta.

Al llegar a Therapia nos acomodamos en la terraza, frente al verde y dulce Bósforo, y vimos a unos ingleses de franela blanca jugando al tenis. Una tarde calurosa y agobiante. Las langostas zumbaban frenéticamente entre los cipreses polvorientos. Gente de levita susurraba en las mesitas. El señor Deinos, que estaba abriendo una línea de vapores entre Constantinopla y Nueva York, se había sentado entre las dos damas altas de ojos inquietos y bocas arqueadas, fruncidas con coquetería…

—Grecia—comenzó—va a cumplir con su misión histórica…

Me alejé poco a poco y acabé llegando al bar. Un mayor británico—su cara era como una luna llena—estaba mezclando Alexanders. Un hombre de levita trataba de atrapar con la boca las aceitunas que un voluntario

americano arrojaba al aire. En el bar se hablaba inglés: con acento de Oxford, erres de Chicago, gangosidades yankis, el inglés y el americano hablados por griegos, armenios, franceses, italianos. Sólo la gente más sobria de las esquinas hablaba francés.

—Servicios de inteligencia han limpiado otro complot bolche… sí señor. Han recogido a todos los bolches de la ciudad y los han echado al mar Negro en una balsa ahuecada y los han dejado allí.

—Ahí estarán bien. Mendigos ingratos, estos rusos… Los sacamos de Odessa y de Sebastopol y ahora vienen a ponerse rojos con nosotros. El líder era una mujer… La encontraron en un cuarto del Tokatlian. Cuando la CPA llamó a su puerta, ella se desnudó y se metió en la cama. Creyó que serían demasiado caballerosos para entrar por la fuerza. Pues bueno, simplemente la envolvieron en sábanas y la sacaron como estaba.

—Sabe usted, yo fui el último blanco que salió de Sebastopol… Maquinaria agrícola, ésa es mi línea…

—Anoche, los bandidos turcos se llevaron a seis griegos del pueblo de enfrente…

—¿Oíste que el joven Stafford iba caminando con una enfermera de la Cruz Roja por el camino que hay cerca de las Aguas Dulces, y unos bandidos los atracaron? A la chica no la tocaron, pero a él lo dejaron en cueros… La chica hizo que le devolvieran sus calzoncillos, por pura decencia…

—Y el general dijo: No hay suficiente luz, necesitamos una antorcha en cada ventana. La gente trató de hacerle caer en la cuenta de que las cortinas de encaje podían prenderse, pero el general había tomado *beaucoup de champagne* y seguía pidiendo sus antorchas; pues bueno, le trajeron sus antorchas y las cortinas se incendiaron, y el Sultán se quedó con un palacio menos… Era una vista magnífica.

—Esto que le voy a contar ahora es altamente confidencial. Este hombre del que hablábamos. Su nombre comienza por Z… Usted sabe, el hombre de Vickers… Recuérdeme que le hable alguna vez de Vickers y los caminos de Ismid. Pues parece que el hombre no es ningún judío, sino griego de Constantinopla. En Pera lo conocía todo el mundo, tenía una tienda de ropa o algo parecido. Entonces, un día desapareció con el

contenido de una caja fuerte y un par de años después reaparece en Lyon como millonario, comerciante de seda, benefactor de la República Francesa y todo lo demás.

—No, ese tío fue coronel en el grupo de Wrangel. Se estaban muriendo de hambre, y un día se enteró de que su mujer y su hija se habían estado… ya sabes… por dinero… y las mató a ambas de un tiro y desapareció. Anoche unos carboneros encontraron su cuerpo en la colina…

—Sí señor, yo fui el último blanco que salió de Sebastopol… qué cosas raras ve uno en el mar Negro… Maquinaria agrícola, ésa es mi línea. La última vez que estuve en Batum vi seiscientas mujeres por lo menos, todas nadando sin un pedacito de tela en el cuerpo, todas como Dios las trajo al mundo.

—Bueno, mayor, ¿qué me dice de otro golpe de Alexanders? Son suaves y dan siempre en el punto.

—¡Kemal! El tío está terminado.

—Qué terminado ni qué nada. Todavía corren muchas leyendas sobre él. Por ejemplo, cómo el ejército turco en Eski Chehir se hundió en la tierra y volvió a salir por detrás de las líneas griegas. Aquí en Oriente, cosas así son las que hacen a los héroes.

—Dicen que tres divisiones de bolches están atravesando Armenia y que él les ha prometido Constantinopla a cambio de su ayuda.

—Pues que lo intenten.

—Algún día se quedarán con ella.

—Qué va, serán los griegos.

—Los ingleses.

—Los franceses.

—Los búlgaros.

—La Liga de Naciones.

—Los turcos.

—Sugiero que se haga neutral y se le entregue a Suiza. Ésta es la única solución.

Fuera, en la terraza, el señor Deinos y las dos griegas altas de labios arqueados comían pistachos y bebían douzico en la penumbra amatista.

—Grecia—continuó el señor Deinos—, ha sido siempre el bastión de la civilización contra la barbarie. Inspirados por Maratón y Salamina, y con la ayuda y la simpatía de Estados Unidos, Grecia cumplirá una vez más con su misión histórica…

3

Trebizond

UNA SIESTA VESPERTINA

Entre Ineboli y Samsun. Acostado en la cubierta vacía del vapor italiano Aventino, un bote escuálido que alguna vez fue austriaco y que va vacío en este viaje excepto por varios cientos de oficiales rusos apiñados en la bodega delantera, prisioneros repatriados. Estoy acostado boca abajo; a través de mi camisa el sol de las dos de la tarde me araña la espalda, ya irritada tras un día de nado en Prinkipo. En el espacio entre la cubierta y el bote salvavidas puedo ver una extensión de olas verdigrises como el pecho de una paloma, y, más allá, las colinas caqui de Asia menor, levantándose en pliegues enormes hasta las nubes blancas e infladas que flotan en cuencas de niebla empizarrada. El viento me sacude el pelo y susurra en mis oídos; la cálida cubierta me tiembla bajo la cara con el latido de los motores. No hay pasado ni futuro, tan sólo el impulso inexplicable y adormilado que nos mueve, a través del mundo ondulado, hacia el alba. No hay opio más dulce que el sueño soleado y desprotegido sobre la cubierta de un bote, después de comer y en verano, cuando no sabe uno en qué momento llegará ni en qué puerto tocará tierra, y ya no distingue Oriente de Occidente y ha olvidado su nombre y su dirección y cuánto dinero lleva en el bolsillo.

Y entonces uno se despierta de nuevo mirando el cielo azul y resplandeciente, pensando en Constant' y en la Policía Interaliada que se pavonea por ahí y en los chinches del Pera Palace y en largas filas de gente harapienta que espera visados para sus pasaportes, y en los ojos azules de los rusos, azules como el cielo en sus caras caídas y sebosas; en los rusos parados en cada esquina vendiendo papeles y muñecas Kewpie, cigarrillos,

bollos de azúcar, postales, flores de papel, buscapiés y joyas; y en los armenios narigones sentados sobre esteras en los patios de palacios ruinosos, y en los turcos de Macedonia sentados en silencio debajo de los árboles, alrededor de las mezquitas de Estambul, y en los refugiados griegos y las calles carbonizadas de bazares incendiados; y en el hombre de una sola pierna que una noche, muy tarde, lloraba y se cubría el rostro con manos nudosas.

Me puse de pie mareado por el sueño y el sol. Las gaviotas volaban alrededor del barco. Aquí el aire era limpio, limpio de miseria y refugiados y ejércitos y policía y oficiales de pasaportes. Los soldados rusos de la proa se veían felices. Era como mirar desde arriba un pozo lleno de oseznos. En sus abigarrados cuarteles jugaban y forcejeaban y se empujaban entre sí, hombres grandes y torpes y rubios en túnicas sucias y ceñidas a la cintura. Se derriban entre sí con fuertes manotazos osunos, se ayudan a levantarse como si nada pudiera hacerles daño, se besan y empiezan a golpearse de nuevo, inquietos como niños que han quedado castigados después de la escuela.

Un grupo de tártaros van solos y acuclillados en una esquina con expresión de gravedad. Son hombres de rostros anchos, con ranuras en vez de ojos, que miran, inmóviles, hacia la llanura luminosa del mar; unos pocos juegan a las cartas o cortan su pan en pedazos para ponerlo a secar al sol.

El capitán, un hombre alto con patillas estilo Umberto Primo, se ha puesto solemnemente a mi lado, y mira hacia la bodega chasqueando la lengua.

—Huelen mal, estos rusos. No tienen oficiales. ¿Para qué devolverlos? ¿Para hacer más bolcheviques? *I alleati son' pazzi… tutti*. Los aliados están locos, todos ellos. ¿No hay ya suficientes bolcheviques?

ANGORA

Fue una sorpresa encontrar a seis doctores militares turcos sentados en uniforme sobre la banca de la escalera de cámara. Nadie los había visto al salir de Constantinopla, eso es seguro. Estaban preocupados por el crucero

griego Chilkis, que andaba hundiendo botes pesqueros y jugando al tiro al blanco con los pueblos de la costa. Tenían los rostros tiesos de quien está contra la pared. Me trataban con una cortesía fría y entrecortada.

—Ustedes, los europeos, son todos unos hipócritas. Cuando los soldados turcos se salen de cauce y matan uno que otro armenio espía y traidor, ponen los ojos en blanco y gritan masacre, pero cuando los griegos queman pueblos indefensos y asesinan a pescadores pobres, eso es construir un mundo donde esté a salvo la democracia.

—No soy europeo, soy americano.

—Nosotros creímos en su mister Vilson… Sólo queremos que nos dejen solos para reorganizar nuestro país en paz. Si ustedes creían en los derechos de las naciones más pequeñas, ¿por qué dejaron que los ingleses nos echaran encima a los griegos? Ustedes creen que los turcos son hombres viejos y enfermos que fuman narguiles. Tal vez estemos viejos y enfermos, pero originalmente éramos nómadas. Somos gente sobria y entendemos cómo se lucha. Si es necesario, nos volveremos nómadas de nuevo. Si los aliados nos sacan de Constantinopla, muy bien. Es una ciudad de miseria y decadencia. Haremos de Angora nuestra capital. No estamos hechos para vivir en ciudades. Nuestra vida está en las colinas, en las llanuras. Si nos sacan de Angora volveremos a las grandes llanuras de Asia Central, de donde vinimos. Dígale eso a sus altos comisionados y a su mister Vilson. Usted ha estado en Estambul. ¿Ha visto algún turco allá? Sólo ancianos, mendigos, armenios y judíos: chusma. Los turcos están todos en Angora, con Mustafá Kemal.

—¿Van ustedes a Angora?

Asintieron con gravedad.

—Sí. Vamos a Angora.

ESCALERAS INEXPLICABLES

Hemos anclado en la bahía, frente a Trebizond. He gastado la cubierta superior de tanto caminarla. Las autoridades no permiten que nadie baje a tierra, pues esta mañana el Chilkis ha bombardeado el pueblo. Corre el

rumor de que están llevando a cabo represalias contra los restantes griegos y armenios, así que yo sigo gastando la cubierta superior y observando el pueblo hasta sentir que los ojos se me van a salir de la cabeza.

Un pueblo blanco y rosa construido sobre arcos, sobre terrazas y entre cipreses, domos y minaretes y torres desgastadas contra un cielo de madreperla que se apila sobre el bulto de una colina escarpada. Más allá, acantilados romos y bermejos cruzados con inexplicables escaleras blancas que suben desde el mar y se detienen de repente en la cara del acantilado.

Por el agua color de hierba, unos lugres negros vienen a descargar el equipaje.

Trebizond, una de las capitales de la geografía de mi niñez, lugar de espadas y ruiseñores y una princesa noble en un jardín en cuyos árboles crecían diamantes y rubíes en lugar de flores, una solitaria y nunca rescatable princesa, clara y fría y esbelta como un témpano, guardada por leones de oro y caballeros autómatas y un rocío de plomo fundido y el rugido y el humo de un fuego griego.

¿Y qué sucede en Trebizond, bajo la máscara blanca de las paredes y los domos? No sale humo de ninguna casa, ningún sonido viene sobre el agua. Camino de arriba abajo, gastando la cubierta superior y preguntándome por las escaleras blancas que suben en zigzag desde el mar y se detienen de repente en la cara del acantilado.

Al atardecer levamos anclas y comenzamos a movernos con ligereza costa abajo, hacia la oscuridad, hacia el este.

4

Cáucaso rojo

LA PENUMBRA DE LAS COSAS

Tras una ventana rota y reparada con cintas de papel, las Cosas permanecen en un cónclave de tristeza. En el centro está el brillo panzón de un gran samovar, algo abollado, el silbato de vapor un poco ladeado, polvo en los moldes de las asas. Debajo, disperso sobre un trozo de terciopelo negro mordido por las polillas, hay dos vainas de plata georgianas, varias copas de plata decoradas con enérgicos espirales, una garrafa rota llena de moho, unos cuantos relojes, dos de ellos suizos (con sus estuches de cacería manchados), uno de ellos un Ingersoll, bastante nuevo, de dial iluminado, varios relojes de repetición gruesos y antiguos, un par de candelabros de Dresden, un poco de encaje, un montón de jabones baratos, carretes de hilo, alfileteros. En la tienda, un anciano de cara amarilla babea sobre un mostrador donde hay unos cuantos rollos de algodón estampado. Bordeando las paredes, un elaborado taburete turco con incrustaciones de madreperla, un tocador de caoba sin su espejo y algunos lavatorios de hierro. Entre las cejas del anciano, las arrugas se han acumulado, y ahora forman un desfiladero profundo; sus ojos tienen la mueca furtiva de un perro sorprendido sobre un montón de basura. Mira por pupilas estrechas la calle soleada y mugrienta: en las aceras hay hombres de rostros enjutos con la cabeza entre las manos, de vez en cuando pasa un *droshky* tirado por caballos huesudos como potros de tortura, y los soldados holgazanean en los portales.

El anciano es el último guardián de las Cosas. Aquí, las posesiones, los objetos portátiles, los efectos personales, las Cosas que han sido el objetivo y el premio de una vida, el gran centro de todo esfuerzo, por las cuales las

generaciones todas han sudado y se han esforzado y han engañado, de algún modo han perdido su importancia y se han desmoronado y han sido pisoteadas. La gente que cojea hambrienta por las calles mal pavimentadas nunca mira las vitrinas de los especuladores, nunca se detiene a mirar con envidia los objetos que acaso una vez les pertenecieron. Parece haberse olvidado de las Cosas.

Sólo un extranjero esporádico, alguien que baja de un vapor anclado en la bahía, entra en la tienda del anciano, para regatear por una u otra baratija, para comprar joyas que revender en Europa, o entra en las habitaciones del fondo, pasando puertas cerradas con llave, para manosear pieles o alfombras que sólo pueden sacarse del país tras infinitas tomaduras de pelo y pequeños sobornos. El bote de la noche anterior a nuestra llegada a Batum estaba lleno de conversaciones acerca de esto y aquello, cosas que podrían ser conseguidas por muy poco, *pour un rien*, *per piccolo prezzo*. La gente ponía a punto su ingenio, revisaba sus medios, como revisan los pescadores su equipo la noche antes de que se abra la temporada de la trucha.

Cuando, caminando entre las calles sombreadas de Batum, uno lanza una mirada a las casas, lo que ve sobre todo son habitaciones altas y vacías, aquí y allá una cama o una mesa, unos cuantos utensilios de cocina, un trozo de mosquitera o una cortina de encaje sobre una ventana abierta. Toda la intrincada parafernalia, todos los objetos pequeños y brillantes y enmarañados y adornados con borlas que cubren las paredes de la existencia. Tal vez la mayor parte desapareció en la guerra, bajo las ruedas desintegradoras de tantos ejércitos invasores y ocupantes, los rusos, los alemanes, los ingleses, los turcos, los georgianos socialdemócratas y, por último, el Ejército Rojo. Después de estos años de constantes robos y pillajes, del frecuente y aterrorizado ocultamiento de objetos queridos, parece haber llegado la apatía. La gente pasa el día echada en la playa de guijarros, frente al pueblo, zambulléndose de vez en cuando en las olas largas y verdes que se bambolean en el mar Negro, o conversa en grupo bajo las palmas del curioso y desordenado Elisio del bulevar que bordea el malecón. Con las hambrunas ha llegado una silenciosa ausencia de todo

esfuerzo, probablemente más dulce de lo que se podría esperar, algo así como el delicioso sueño que, según dicen, droga a los hombres que mueren de frío.

Y los pobres restos de lo que la gente persiste en llamar civilización yacen apiñados y manchados y polvorientos en las ventanas de comerciantes de segunda mano, Cosas útiles e inútiles, bien hechas y hechas con torpeza, y poco a poco salen volando hacia Occidente a cambio de dólares y liras y libras esterlinas y libras turcas que yacen en las reservas secretas con las cuales los comerciantes, hombres que tienen los ojos de un perro asustado sobre un montón de basura, esperan la segunda venida de su Señor.

EL CABALLERO DE LA PIEL DE PANTERA

Hay en el cielo una esquirla luminosa de la luna. En el horizonte de un mar lustroso y verde y lila como el pecho de una paloma, un sol inmenso y colorado se hincha casi hasta estallar. Hojas de palma, anchas hojas de plátano, se balancean contra un cenit oscurecido. En el polvoriento espacio fuera de sus barracas, unos soldados georgianos se han reunido en círculo. Llevan uniformes harapientos y grasosos, algunos con gorras rojas y redondas, otros con los puntiagudos cascos de fieltro del Ejercito Rojo. Muchos van descalzos. De sus cuerpos sopla un olor sudoroso y desanimado y mal alimentado. Un hombre comienza a aporrear con sus palmas un *shuffle** doble sobre un pequeño timbal sostenido entre sus piernas. Los demás acompañan el ritmo con las palmas, hasta que un hombre empieza una frágil melodía. Se detiene al final de un par de frases, y un joven rubio, vestido de forma bastante acicalada y con una gorra blanca de piel en la parte posterior de la cabeza, comienza a bailar. El resto lleva el ritmo con las manos y canta «Tra-la-la, Tra-la-la», suavemente, como un trasfondo de la tonada. La danza es elegante y afectada; hay en ella pasos de pavo y rápidos gestos de cacería, algo de los romances elaborados y levemente maquillados de la caballería occidental. Uno puede imaginar espadas de plata y bolsas de lentejuelas y chabacanos cinturones de seda con hebillas recubiertas. Quizás sea un recuerdo lo que hace que

brillen de esa manera los ojos de los hombres mientras marcan el ritmo, un recuerdo de caballos finos y largas pistolas con incrustaciones e interminables brindis con cuernos, y de otras canciones más vehementes, cantadas en noches de montaña, acerca de las hazañas del Caballero de la Piel de Pantera.

PROLETCULT

Sobre las paredes, crudos cuadrados de pintura en blanco y negro, un hombre con un pico, un hombre con una pala, un hombre con una escopeta. Las siluetas son tan exageradas que parecen de muñecos de jengibre. Desde luego, el hombre que las pintó no había hecho muchas figuras antes en su vida. El teatro es un largo galpón de lata que solía ser una especie de cabaret cuya audiencia estaba formada sobre todo por obreros y soldados de túnicas blancas de cuello abierto y mujeres de vestidos de muselina blanca. Muchos de los hombres y todos los niños están descalzos; pocas de las mujeres usan medias. Cuando se levanta el telón, los correteos y los murmullos cesan de inmediato; todo el mundo teme perderse una palabra de lo dicho sobre el escenario. Es una obra bastante tonta, un dramón de principios de la era victoriana acerca de una chica ciega y un hermano bueno y un hermano malo, y un marqués malo y una marquesa que se desmaya a menudo, pero los jóvenes que la interpretan—ninguno de los cuales había actuado antes de que el Ejército Rojo entrara en Batum, tres meses atrás— lo hacen con tanta convicción que uno no logra conservar la distancia de la muy audible emoción de la audiencia durante los delicados momentos de la pelea con dagas entre el frágil hermano bueno y el vigoroso y malvado hermano mayor que se ha llevado a la cieguita contra su voluntad. Y cuando al final se reparan todas las injusticias y el telón cae sobre la felicidad de los personajes, es inevitable sentir que las vidas de esta gente que se agolpa en el patio dilapidado frente al teatro han recibido una cierta compensación por la desnudez de los salones y barracones hambrientos a los que regresarán después. En el escándalo de los pies, en el abandono con el cual lucharon los dos héroes, hubo quizás un átomo de

alguna expresión desatada, de algún ritual horripilante y chabacano que acaso reemplace, en la esperanza y las vidas de la gente, la arruinada dinastía de las Cosas.

ABEJAS

El secretario de la comisión escolar que hace poco se instaló en Batum era un hombre de pelo negro, nariz de águila, ojos huecos y barba de tres días. Poco alimento y demasiado trabajo le habían dejado unos ojos sanguíneos y una mirada curiosamente intensa. Tenía enfrente un fajo de papeles en los cuales garabateaba de vez en cuando una palabra apresurada, como si tuviera de prisa. Hablaba el francés con dificultad, escarbándolo palabra por palabra en alguna capa olvidada de su mente. Hablaba del nuevo sistema escolar que los bolcheviques habían implantado en Adjaria, cuya capital era Batum, y explicaba cómo se habían abierto ya campos de verano para niños en diversos pueblos, cómo se estaban haciendo todos los esfuerzos necesarios para preparar los equipos y abrir las escuelas primaria y secundaria a finales de septiembre.

—Toda educación debe hacerse a través del trabajo, nada sin un contacto real—abría las manos, manos anchas y angulosas y torturadas y dolorosas, y las cerraba con el gesto de quien se aferra a una realidad resbaladiza. También las palabras que usaba eran concretas, desenterradas de la tierra—. Desde el puro principio, el trabajo… En verano, en los campos, los niños deben cultivar jardines, criar conejos, abejas, pollos, aprender a cuidar el ganado. Deben ir a los bosques y aprender acerca de los árboles. Todo lo deben aprender por medio del tacto. Después, en invierno, deben estudiar sus lenguas nativas y el esperanto… Aquí habrá escuelas para armenios, griegos, musulmanes, georgianos, rusos… y rudimentos de sociología, aritmética, carpintería, cocina. Pues en nuestra república cada hombre debe ser capaz de satisfacer sus deseos por sí mismo. Ésta será la educación primaria. Como ven, nada de teoría, todo en la práctica. Entonces la educación secundaria será más especializada, preparación para oficios y ocupaciones. Así, quienes terminen la escuela podrán ir a las universidades para trabajar independiente en la dirección que hayan escogido. Como ven,

el mérito corresponderá al trabajo, no a teorías o exámenes. Y todo el tiempo habrá instrucción musical y gimnástica y teatral; las artes deben permanecer abiertas para cualquiera que desee trabajar en ellas. Pero lo más importante será la naturaleza; los niños deben pasar todo el tiempo en los campos y los bosques, en los huertos donde hay abejas… Nuestra esperanza está puesta en los niños pequeños… en los huertos donde hay abejas.

EL EXPRESO DE LOS CHINCHES

Ce n'est pas serios, había dicho el sueco alto cuando a él y a mí y a un levantino de aspecto muy malvado con puntiagudas patillas de taladro no nos había sido permitido bajar a tierra en Batum. *Ce n'est pas serios*, había dicho, señalando la bahía podrida y los largos techos del pueblo negro y gris y las montañas moradas y azules en la distancia y los Guardias Rojos holgazaneando en el muelle y el martillo y la hoz de la República Soviética pintados sobre las oficinas del embarcadero. La última vez que lo vi estaba todavía parado en un extremo de la plancha—las puntas de su cuello levantado hacían marcas sobre su grueso mentón—, sacudiendo la cabeza y murmurando *ce n'est pas serios*.

Pensé en él cuando, acompañado por un intérprete de paso arrogante y un hombre alegre muy preocupado por el tifus proveniente de las operaciones Auxilio a Oriente Próximo, me puse a sacudir frente al expreso Tiflis un manojo de papelitos, pases en georgiano y en ruso, órdenes de transporte, billetes para los coches cama, un pase de la Cheka y uno del Comisariado de Asuntos Extranjeros de la República de Adjaria. El Expreso Tiflis consistía en una locomotora, tres vagones gigantescos y sin pintar y un furgón de cola resquebrajado por el sol y muy chabacano. Un vagón estaba reservado para los oficiales civiles, uno para los militares y uno para el público en general. Hasta ahí resultaba extremadamente serio, pero el problema fue que mucho antes de entrar en la estación, el tren había sido ya invadido por más de setecientas personas, soldados de túnica blanca, campesinas con atados, hombres de largos bigotes y gorras de astracán, especuladores con maletas de vendedor ambulante y proletarios honestos con sus barras de pan, de tal manera que aquellos coágulos de gente

sudorosa y risueña que empujaba y serpenteaba cubrían los vagones como moscas en un terrón de azúcar. Había gente en cada mancha del techo, gente que colgaba en racimos de cada puerta, gente sobre el carbón en la carbonera, gente en el motor; gente que intentaba serpentear hacia adentro y cuyas piernas surgían de cada ventana. Los que ya estaban arriba intentaban parapetarse en los compartimentos, y con sorprendente amabilidad intentaban sacar a los recién llegados, empujándolos por las ventanas. Mientras tanto, el americano que viajaba hacia el este caminaba de arriba abajo sobre la plataforma, arrastrando su maleta hipopotámica, chorreando sudor por todos los poros e intentando encontrar una grieta para esconderse. Al final le fue preciso recurrir a la autoridad. Y la autoridad le dio un fuerte empujón por la parte posterior de sus pantalones, que lo catapultó junto con su maleta a un compartimiento lleno de hombres altos de botas grandes; seis de los siete soldados que ocupaban su asiento fueron expulsados, y entonces todos se acomodaron y empezaron a desempolvar sus lenguas extranjeras, sentados en silencio y sudando, esperando la partida del tren.

Finalmente, después de una considerable circulación de rumores de que no partiríamos ese día, de que los rieles estaban dañados, de que un ejército verde había tomado Tiflis, de que el tráfico estaba detenido debido al cólera, echamos a andar, eso sí, sin la formalidad de un silbato. El tren ondeó con lentitud a través de la rica selva jade y esmeralda del Mar Negro hacia las montañas altas del noreste, que asumían inconcebibles colores de pavo real a medida que declinaba el día. En el compartimiento, mordisqueábamos trozos de pan negro; yo trataba de entablar conversación con malabares de francés y alemán. Alguien se quejaba de la falta de artículos manufacturados, pintura y medias de mujer y medicinas y piezas de repuesto para automóviles y jabón y planchas de hierro y cepillos de dientes. Alguien más decía que nada de eso era necesario:

—Las montañas nos darán lana, los campos nos darán comida, los bosques nos darán casas; que cada hombre hornee lo suyo y cosa lo suyo y construya lo suyo; de esa manera seremos felices, independientes del mundo. Si tan sólo no transigieran con el industrialismo… Pero en Moscú piensan que la revolución se salvaría si lográramos conseguir suficiente maquinaria extranjera; deberíamos ser autosuficientes, como las abejas.

Es curioso que hablen de abejas con tanta frecuencia. El orden y la dulzura de un panal parecen haber impresionado mucho a los rusos de esta época. Una y otra vez la gente de Tiflis hablaba de abejas con una especie de afecto nostálgico, como si la fresca acritud de las abejas fuera para ellos un tónico en medio del caos saturado y sangriento de la revolución y la guerra civil.

Para entonces era ya de noche. El tren se abría camino a sacudidas desganadas a través de desfiladeros de montaña, bajo un cielo cubierto por sólidas masas de estrellas como un campo de margaritas. En el abarrotado compartimiento, donde la gente se había quitado las botas y cada uno apoyaba la cabeza en el hombro del vecino para dormir, hordas de chinches habían salido de las camas y literas desnudas, marchando en columnas de tres o cuatro, disciplinadas y bien dispuestas. Yo había puesto ya un periódico y había rociado con polvo insecticida la esquina de la litera superior a la cual había sido confinado por una sólida masa de durmientes. Las chinches tomaron el polvo insecticida por rapé y lo encontraron muy estimulante, pero a mí el polvo se me metía en la nariz y me quemaba, se me metía en los ojos y me cegaba, se me metía en la garganta y me ahogaba, hasta que la única solución fue subirme a la repisa de los equipajes, la cual, por fortuna, es muy amplia y fuerte en los Brobdingnaguianos trenes rusos. Y allí me quedé, devorado sólo por las más acrobáticas de las chinches, con la baranda penetrándome la espalda y el polvo insecticida envenenando cada respiro, tratando de convencerme de que una vida errante era la mejor vida para mí. Podía escuchar a la gente moviéndose arriba, por el techo.

A eso de la medianoche el tren se detuvo un largo rato en una estación. Pasaron repartiendo un té hecho en samovares grandes como tanques de agua cuyo fuego era la única luz del lugar; uno podía sentir que había un ruido más abajo, en el valle, y un olor de paredes secas y suciedad humana emanaba de algún pueblo. Los hombros redondos e inmensos de las colinas se recortaban sobre las estrellas. Animados por el té hirviendo, todos regresamos a nuestros hoyos respectivos; los racimos de gente aferrada a las puertas se volvieron a formar, y el tren arrancó. Esta vez me fui a dormir

muy decentemente mientras escuchaba los movimientos de la gente sobre el techo, el retumbo sonoro de las ruedas de vía ancha y la concertina de un vagón vecino, de la cual escapaba de vez en cuando un pedacito de música.

A la mañana siguiente vemos, a lo lejos, un río plateado y sinuoso en un amplio valle de colinas onduladas del color de un león. En la luz matutina, el tren proyecta una sombra extraña, sus ángulos parcialmente borrados por figuras de soldados que se sacuden o cuelgan; sobre el techo están las sombras de ancianas con canastos, de hombres que se paran y se desperezan, de niños con sombreros demasiado grandes. En un apartadero pasamos al tren largo de la segunda división de tanques del Ejército Rojo; una locomotora recién pintada, furgones interminables, soldados rubios y jóvenes tumbados en las puertas. Pocos aparentan más de dieciocho años; están descalzos y escasamente vestidos con túnicas y pantalones de lienzo; se ven felices y relajados: las piernas les cuelgan del techo y de las escaleras de furgones y coches cama. No se puede saber cuáles de ellos son los oficiales. En el gran coche bar, decorado con enseñas y carteles como si en su día hubiera sido un coche comedor, unos niños se asoman por las ventanas para decirle adiós al tren que pasa. Entonces aparecen vagones abiertos con equipamientos, y enseguida una larga hilera de tanques manchados y rayados de color verde lagartija.

—Regalo de los ingleses—dice el hombre a mi lado—. Los ingleses se los dieron a Denikin, y Denikin nos los dio a nosotros.

Nuestro tren (las ventanas llenas de caras sucias por el viaje y los asientos llenos de bichos) gana velocidad y se inclina en una curva. La imagen de los tanques verdes ha hecho que todos se sientan mejor. El hombre a mi lado, que era banquero en Batum y espera volver a serlo, exclama con fervor:

—Todas estas palabras, bolchevique, socialista, menchevique, ya no tienen ningún significado… Estemos conscientes o no, somos tan sólo rusos.

LOS AUXILIADORES

Los miembros del AOP firman un juramento de no beber licores fermentados o destilados. Un coche privado lleno de miembros de AOP está en Tiflis, intentando decidir quiénes tienen más probabilidades de volverse comunistas, quiénes se mueren de hambre o quiénes tienen el estómago lleno. En Tiflis, veinte personas al día mueren de cólera y cuarenta mueren de tifus, sin contar las que mueren donde nadie las encuentra. En las oficinas del AOP, todos dormimos en catres de lienzo y hacemos gárgaras con Listerine para evitar infecciones y limpiarnos de vodka el aliento. Las oficinas están atestadas de barones y condesas miserables que naturalmente suspiran por el antiguo régimen y empañan la actitud de los más honestos auxiliadores. ¿Qué americano puede enfrentarse a un título, mucho menos a un título de refugiado en peligro? ¡Bien podría tratarse de la princesa Anastasia disfrazada! El gobierno ruso entiende todo eso, pero prudentemente argumenta que un niño Blanco y vivo es mejor que un niño Rojo y muerto; así que da potestad a los auxiliadores para decidir qué ovejas vivirán y qué cabras morirán.

Pero la verdadera energía de los auxiliadores va al auxilio de las Cosas. Para un observador casual, Tiflis está vacío de Cosas: no hay nada en las vitrinas, las casas están tan vacías como las tiendas de los árabes, pero existe, hacia el AOP, un flujo constante de diamantes, esmeraldas, rubíes, dagas con incrustaciones de plata, alfombras georgianas, anatolias, alfombras de Persia y el Turquestán, relojes, trabajo de filigrana, bolsos de tejido de plata, pieles, ámbar, papeles de Mustafá Sirdar, cámaras, plumas estilográficas. (¡Qué gangas, por Dios! Con un maletín de rublos uno puede vestirse para toda la vida. Lo impresionados que van a quedar los viejos cuando les cuente lo que pagué por ese broche en forma de sol que le llevo a la mujer.)

Y quienes llevan las cosas son ancianos y ancianas de rostro gris, gente con un miedo terrible a la Cheka, a los bandidos, al cólera, a sus propias sombras, desechos de un mundo naufragado que venden, a cambio de unos pocos días de comida, Cosas que hasta 1917 habían sido los pilares de sus vidas; jóvenes arrogantes que escogieron en su momento el lado ganador y ahora estaban sacándole provecho; especuladores profesionales, hombres que eran con frecuencia (pero no siempre) griegos, armenios o judíos,

hombres de ojos agudos y picos de águila, vestidos con abrigos gastados, jorobados de tanta educación y tanto respeto, hombres que se frotan las manos, incapaces de soltar un billete por más devaluada que esté la moneda, hombres que en el futuro serán los fundadores de grandes bancos, filántropos y fundadores de familias internacionales. ¡Las gangas, las gangas!

Y el orgullo y la virtud de los miembros del AOP, que firmaron un juramento de no beber licores fermentados ni alcohólicos, que alivian los sufrimientos de la humanidad a riesgo de sus propias vidas, que se exponen a la contaminación del bolchevismo, del comunismo, del amor libre y las mujeres nacionalizadas, de la anarquía y Dios sabe qué más… su virtuoso orgullo del dólar, rey del intercambio, que ostentan mientras manosean las gangas: alfombras robadas de las mezquitas, lámparas de las iglesias, perlas del cuello de una gran duquesa asesinada, el abrigo de piel de alguna pobre mujer que ahora pasa hambre en una habitación sin muebles mientras observa por una rendija de las persianas el terrible mundo de los jóvenes, un mundo filoso, apasionado y crudo que nunca podrá entender, una anciana mirando a través de las persianas con los ojos de un gato que ha sido arrollado por un automóvil.

FUNICULAR

La inevitable Compañía Belga administra todavía el funicular. Se le paga el pasaje a una pequeña niña polaca, pulcra como un ratoncito en su vestido blanco. En sus piernas una leve rubicundez de piel quemada por el sol hace las veces de medias. Se queja de la falta de talco y medias, y se pregunta qué hará cuando se gasten sus zapatos. El vagón cruje a empujones colina arriba. Sobre el refugio del pueblo sopla un viento fuerte y continuo.

De vuelta después de una caminata por las colinas, me siento en una mesa frente a una pequeña chabola y bebo una botella de vino de Kakhetia no. 66. La vieja Tiflis, del color del polvo pero adornada aquí y allá con el parche azul o blanco de una casa, aparece como regada con descuido sobre el embudo por el cual se vuelca el río cobrizo a la llanura. Desde el desfiladero se levanta una columna de vapor proveniente de las fuentes de

azufre. Más abajo, los edificios grises y enormes de la ciudad rusa se extienden al azar sobre la llanura. Desde el valle surgen fila tras fila de colinas vastas y estratificadas, ocres y oliva, que se vuelven azules en la distancia hasta transformarse en la alta cadena del Cáucaso y bloquear el norte. El continuo río de viento, un viento tan fuerte que uno casi puede verlo veteado como mármol, un viento de inimaginable extensión, se queja en la boca de mi vaso y deja hecha jirones la musiquita loca del piano mecánico detrás de mí. Tengo que sostener la botella entre las rodillas para evitar que se vuele.

Solíamos soñar con un viento que saliera de Asia y limpiara nuestras ciudades de las Cosas que tenemos por dioses, las chucherías y los trozos de papel grabado y los vasos y las varillas de las cortinas, la maniática basura cuya posesión separa al hombre rico del pobre, los chapuceros artículos manufacturados que constituyen los premios todos de nuestra civilización, por los cuales nos dejamos la cabeza y las manos; de manera que el hombre ha pasado de ser un bípedo desnudo y erecto a ser una especie de cangrejo ermitaño incapaz de vivir sin un caparazón denso y aglomerado de trajes de gala y limusinas y cafeteras eléctricas y cupones de cigarrería y batidoras y máquinas de coser, de forma que cuanto más denso sea su caparazón, cuanto más débil sea su autosuficiencia, más será considerado un gran hombre y un millonario. Ese viento ha barrido Rusia; las cosas que se consideraban divinas hace unos años ahora son basura enmohecida en las esquinas; miles de vidas se han entregado y han sido arrebatadas (desde mi asiento puedo ver los edificios cuadrados de la Cheka, repletos en este instante con esos pobres diablos, los prisioneros de su engranaje), una generación aplastada como gravilla bajo una apisonadora, y todo para romper con la tiranía de las Cosas, los bienes, las necesidades, la civilización industrial. Ahora viene el descanso tras la pelea. Dioses y diablos cobran venganza de los victoriosos con cólera y hambrunas. ¿Será el resultado un nuevo montón de miserias, o una fe y muchas palabras como el Islam y el cristianismo, o será algo imposible, nuevo, impensado, una vida escueta y vigorosa sin ser salvaje, una vida desnuda y sin dios donde

los bienes y las instituciones sean moldeadas para acomodarlas a los hombres, en lugar de que los hombres sean molidos y tamizados al servicio de las Cosas?

El viento de Asia sopla más y más fuerte; ha volcado la mesa, me ha sacado la silla de debajo. Con la botella en una mano y el vaso en la otra, me planto contra el viento temible.

INTERNACIONAL

El americano que iba hacia el este cenó caviar y tomates y *shashlik* Grusinski y sandía, todo acompañado con el noble vino de Kakhetia, en el agradable y deteriorado Jardin des Petits Champs, donde nadie piensa en el cólera ni en el tifus ni en las hambrunas que hay a lo largo del Volga. Después, paseando por calles oscuras, uno no encuentra gente vieja, sólo grupos de muchachos de túnica y pantalones oscuros, algunos de ellos descalzos, chicas jóvenes de vestidos blancos elegantes y bien cortados sin medias ni sombrero, caminando alegremente en grupos de tres y de cuatro y todavía más, llenando las calles de asfalto anchas y vacías.

La noche era cálida y un viento seco se llevaba el polvo. En el jardín Grusinski, que antes era el Noblemen's Club, se agolpaban los nuevos jóvenes de risa suave. Una banda tocaba la *Caballería ligera*. Unas cuantas bombillas eléctricas de colores colgaban de los árboles mecidos por el viento. No había nada particular que hacer. A pesar de las hambrunas y el cólera y el tifus, todos parecían despreocupados y espontáneamente alegres. En una mesa de la esquina se vendía una cierta cantidad de vino, ilegalmente, según creo, pero nadie más que los americanos parecía tener rublos con qué comprarlo. Poco a poco la multitud se deslizaba en un teatro que tenía sobre la puerta grandes enseñas en ruso y en georgiano. El americano que iba hacia el este se encontró en un corredor estrecho; se dirigían a él como Amerikanski Poait, y antes de que se percatara de lo que ocurría ya lo estaban acomodando en un asiento dentro de una habitación curiosamente formada; mientras buscaba a alguien que hablara un lenguaje conocido, una pared de la habitación se levantó, y el americano se dio cuenta de que se encontraba en un escenario, frente a un enorme auditorio

repleto de gente. En primera fila estaban las amplias sonrisas de ciertos compañeros con los que el americano había estado esa misma tarde. Entonces, desde atrás de su silla, alguien le susurró al oído que se trataba de un festival internacional de poesía proletaria y que se esperaba de él que recitara algo. Ante esas noticias, el AE estuvo a punto de desmayarse.

El acto fue espléndido. Como máximo, diez de los presentes llegaron a entender algo. La gente recitó, salmodió, cantó poemas en armenio, georgiano, turco, persa, ruso, alemán y sabe Dios qué otro idioma. Todo fue recibido con el más grande entusiasmo. El AE se las arregló para tartamudear, como si fuera suya, una canción infantil de William Blake, lo único que logró recordar, estallido revolucionario que fue recibido con vítores. El AE se retiró confuso y empapado en sudor, sintiendo que probablemente se había equivocado de vocación. Lo cierto era que *Oh, Sunflower, weary of time* nunca hubiera podido recitarse bajo circunstancias más extrañas. Después de un largo poema en ruso por parte de un soldado joven y delgado —cuya cabeza cónica y rasurada hizo reír a carcajadas a todo el mundo hasta sacudirse el edificio—, la reunión se dispersó en medio del canto y la alegría internacional más grandiosos, y todos comenzaron a regresar en tropel a sus casas por esas calles oscuras como la boca de un lobo, los jóvenes de túnicas blancas, las chicas de cabeza descubierta y vestido blanco, todos se paseaban libremente por aquel mundo vacío como niños jugando en una casa abandonada, y todos eran devorados, poco a poco, por los edificios negros e inmensos como barracones.

Al subir la colina pasamos frente a la Cheka. Las calzadas de los alrededores estaban fuertemente iluminadas. Había alambre de púas en las ventanas. Los centinelas caminaban de un lado al otro. Mientras pasábamos, tratando de cerrar las narices al olor de la cárcel, el idilio se rompió en pedazos.

En el AOP había un alboroto considerable. A uno de los auxiliadores lo llevaban con mucho esfuerzo a su catre. Otros hablaban de tifus y de cólera. Un hombre iba mostrando a los demás un puñado de cucharas soperas de plata. («En dinero americano, cinco centavos cada una, ¿qué os parece?»

«¿Seguro que no son bañadas?» «Genuina plata esterlina, inglesa y marcada con el león; no se puede conseguir nada mejor». «Porque el mayor Vokes compró un collar en Batum y resultó que era de bisutería».)

Me quedé repantigado en mi catre escuchando las voces de la habitación vecina; el olor molesto de la noche de verano entró por la ventana abierta con una esquirla de luna. Fuera, la calle estaba oscura y vacía, pero de lejos llegaba el frágil sonido de una concertina. La tonada astillada y tintineante iba cojeando por la ciudad de piedra oscura y medio desierta: se deslizaba por las ventanas de los barracones, asustaba a los cincuentones que temblaban detrás de sus persianas y entre sus últimas Cosas, enloquecía a los pobres diablos presos en el sótano de la Cheka: hombres atrapados bajo las ruedas del camión gigantesco de la revolución como queda la gente atrapada bajo las ruedas cada vez que se mueve, hacia atrás o adelante, la apisonadora de la acción humana. La cárcel es la piedra angular de la libertad, pensó el AE al quedarse dormido.

5

Cien vistas del Ararat

TIFLIS

El tren consistía en un pequeño vagón de pasajeros repleto de soldados y muchos vagones de carga. Cuando entró en la estación, yo estaba en la plataforma, sentado sobre mi maleta y observando compungido la grandilocuente orden que me habían dado en la oficina del comisario de Asuntos Extranjeros y que me daba derecho a un compartimiento en el coche cama. La acostumbrada muchedumbre harapienta que ronda todas las estaciones ferroviarias del Cáucaso deambulaba de arriba abajo, arrastrando maletas y sacos de arpillera de un lado al otro, una mezcla sudorosa y raída de campesinos y soldados. El Sayyid (lo cual quiere decir descendiente del Profeta o de Alí, hijo de Abu Talib) caminaba por ahí pronunciando para quien lo escuchara un discurso grandioso sobre los derechos y las consecuencias de un pasaporte diplomático. Al final, tras mucho codearme con un intérprete indolente y entrevistarme con dignatarios de escritorio, se decidió que el equivalente más cercano de un coche cama sería el vagón de carga que llevaba los periódicos y que la instructiva compañía de gruesos atados del *Isvestia* y el *Pravda* sería aun mejor que un compartimiento y una litera, esto es, si el comisario encargado daba su consentimiento. Entrevistas con más comisarios de escritorio. Por supuesto que al comisario le daría muchísimo gusto… El vagón se abrió y descubrimos en su interior a un tal Samsoun, un armenio, a quien el Sayyid dirigió una locución ferviente en turco acerca de las virtudes de la limpieza y la higiene, con el resultado de que trajeron agua y rociaron Lysol sobre el techo mismo y sobre las copias nuevas de los periódicos más famosos de Moscú, desplegados sobre el suelo para que pudiéramos sentarnos. En este punto el

Sayyid sacó su cuchillo y empezó a masacrar un melón, y Samsoun efendi, o más propiamente Tovarich Samsoun, comenzó a hacer un sonido de borboteo lujurioso con la garganta y toscamente pidió coñac. Lo distrajimos prometiéndole vino más tarde y dándole una tajada de melón. En ese instante los dos jóvenes adustos, los subalternos de Samsoun, subieron al coche, y el tren, con tan sólo unas cinco horas de retraso, salió retumbando de la estación.

La gente lleva una curiosa existencia a lo largo del Cáucaso y, supuse, toda Rusia; las dilapidadas arterias de comunicación ejercen sobre ellos una atracción incómoda. En todas las estaciones hay multitudes, e incluso en cruces que parecen muy alejados de cualquier pueblo hay grupos de hombres y mujeres que se paran a ver pasar el tren. Quizás sienten una vaga propiedad sobre los rieles infinitos y relucientes y las locomotoras embadurnadas de aceite, sienten que por este medio de alguna manera sus vidas hambrientas y frustradas se unen a grandes acontecimientos lejanos. Así es como tanta gente parece vivir toda su vida junto a las vías del tren. En muchos casos los soldados del Ejército Rojo quedan permanentemente acuartelados en vagones de pasajeros y de carga, vagones con literas que cubren todos los apartaderos y que están unidos, en los trenes largos, con los vagones del personal y los coches bar y los vagones del hospital y los vagones cargados con el pan negro y los arenques que conforman las raciones básicas. Y luego están aquellos trenes blindados que han protagonizado cada una de las campañas de la guerra civil. Además hay cientos de furgones provistos de ventanas y estufas, que son usados como casas por todo tipo de familias (en particular cerca de las ciudades): refugiados de Dios sabe dónde, gente encargada de reparar el ferrocarril, oficiales menores, gitanos, vagabundos de todo tipo. Y cuando el tren pasa, toda esa población se asoma entre puertas corredizas y por las ventanillas y claraboyas y escruta con leve insolencia a los soldados y campesinos y empleados civiles que van tumbados sobre el techo o sentados con las piernas colgando en las puertas abiertas de furgones que se mueven a sacudidas.

La luz de la luna se filtra a través de los álamos altos que bordean el ferrocarril y se mezcla de forma extraña en el suelo del furgón con el resplandor de la vela de mi esquina. El Sayyid ha improvisado una especie de cama con su maleta y la caja de las provisiones, y duerme un sueño más bien intranquilo. Probablemente esté soñando con el Pan-Islam, tal vez sueñe que rechaza los ataques de cientos de pequeños diablos ingleses de pezuñas hendidas y salacots. En el otro extremo del vagón el georgiano y Samsoun y sus mirmidones se han hecho sus propias camas con las pilas de periódicos. Fuera, la plataforma de la estación está desierta, inundada por la luz de la luna. Se oye el sonido de un arroyo. A todo lo largo de la cerca hay sombras de gente dormida. Con el olor limpio del río y las montañas que levantan sus lomos espinosos tras los álamos, en la luz vertical de la luna, llega de vez en cuando un hedor miserable y desalentador de sudor frío y harapos y cuerpos sucios y desnutridos apiñados sobre la estación, en alguno de los cobertizos.

Desde el atardecer hemos estado en Armenia; ya hemos cruzado la zona neutral donde los georgianos y armenios se quemaron mutuamente los pueblos hasta que los ingleses los detuvieron, allá por 1918. En las últimas estaciones georgianas, antes de que comenzáramos a escalar el valle hacia el Cáucaso Menor, los pasajeros invirtieron sobre todo en sandías, que allá podían comprarse por unos dos mil rublos la unidad. Aquí en las montañas y en la zona de las hambrunas se venden por diez mil o más.

Al caer la tarde hubo mucho alboroto. Sonaron disparos y pitos a todo lo largo del tren. Samsoun efendi sacó un enorme revólver y comenzó a hacerlo girar con gran heroísmo, y mandó al niño más joven a averiguar cuál era el problema. Primero llegó la noticia de que una mujer se había caído del techo de un vagón de carga y se había matado, pero finalmente se supo que sólo se trataba de un costal de harina que había caído del vagón de auxilio americano. Así que la harina fue recogida y todo el mundo regresó a su lugar—en los vagones o sobre el techo o sobre las varillas—, y el tren comenzó de nuevo a resollar pendiente arriba. El accidente puso de buen ánimo a Samsoun efendi, que comenzó a hablarnos de valerosas hazañas

del pasado, apuntando distraídamente con el revólver a cada persona. Para lograr que el revólver regresara a su cartuchera, el Sayyid y yo tuvimos que abrir una botella de nuestro mejor vino de Kakhetia. El efecto fue mágico. El más joven, un niño curioso con una cara tan agobiada como la de un mono, comenzó a cantar canciones del Volga con una voz sorprendentemente profunda. El georgiano se apretó el cinturón y se dio una palmada en los muslos y comenzó a bailar, y una amplia sonrisa dividió los rasgos escabrosos de Samsoun efendi, parecidos en parte a los de un camello y en parte a los del Turco Terrible de las caricaturas.

ALEXANDROPOL

Soldados polvorientos y patios de carga repletos de furgones cuya pintura se ha pelado bajo el calor del sol. La pequeña armenia ha recogido su cesta y se ha ido. Apareció durante la noche a la zaga de un jefe de estación de patillas blancas, y causó un gran revuelo. El Sayyid se incorporó sobre su maleta, y al notar que la niña tenía en su mentón el lunar tan admirado por los orientales, se dio aires de la más espléndida patanería y exclamó, en voz alta:

—*Quel théâtre!*

Samsoun efendi encendió una vela y comenzó a suavizarse el pelo, al tiempo que se miraba con gran satisfacción en un espejito de bolsillo. Pero la niña armenia recibió impertérrita esas manifestaciones y se retiró a dormir calmadamente con su cabeza sobre la cesta.

Mientras se hacía de día cruzábamos la cuenca del Cáucaso Menor. En el lado norte, los pueblos, colecciones esparcidas de casas cuadradas de roca volcánica, tejados con césped y a menudo coronados con almiares, estaban intactos, y los saludables campesinos ya estaban en los campos recogiendo la cosecha, pero desde el momento en que el tren comenzó a bajar, serpenteando por la pendiente sur, todo se transformó en desierto. El último ataque turco, en 1920, había barrido esa zona por completo; ni una casa intacta en los pueblos, ni una cosecha; incluso los edificios de la estación fueron sistemáticamente destruidos, y todo lo móvil fue robado. Gengis Khan y sus tártaros no hubieran podido arrasar el lugar más a fondo.

Era evidente que Alexandropol, si bien totalmente desastrada por la guerra, había sido perdonada. La ciudad está dispersa entre depósitos ferroviarios sobre una llanura amarilla y chamuscada donde el viento empuja nubes de polvo de un lado al otro; los edificios más sobresalientes son las grandes hileras de barracones grises en los cuales el Auxilio a Oriente Próximo aloja a los huérfanos. Sobre la plataforma de la estación, la multitud habitual: campesinos y soldados andrajosos, rusos y armenios.

El Ararat, cuando lo vi por primera vez, aparecía grabado contra el cielo gris tan levemente como lo está el monte Fuji en algunas de las Cien Vistas de Hokusai: un cono manchado de blanco entre la niebla perlada. El tren serpenteaba por la ladera de las colinas a través de desiertos rojizos en cuyas planicies relucía el álcali. Poco antes, el georgiano había señalado la cima de aquellas montañas resecas y había dicho «Ani». En alguna parte del desierto rocoso que teníamos a nuestra izquierda se había levantado en otros tiempos la capital del antiguo reino de Armenia. La vista del Ararat me emocionaba tanto como si aún pudiera ver el Arca balanceándose sobre su pico, e hice un intento por despertar el entusiasmo de Sayyid sobre el tema. Pero él se negó a moverse de donde estaba, y siguió ocupándose de un elaborado aparato de palos y trozos de cáñamo cuyo fin era evitar que nuestra diminuta tetera se cayera de nuestra aún más diminuta lámpara de alcohol. Cuando por fin se puso de pie, observó la montaña como evaluándola durante un largo rato, mientras bebía sorbos pequeños de té de una taza de lata, sacudió la cabeza y dijo:

—Damavand es más alto y más puntiagudo.

—¡Pero el Arca y Noé y el elefante y el canguro y el resto del zoológico no tocaron tierra en Damavand!

—Solían decir que había *deevs* en Damavand—dijo el Sayyid, y considerando que el argumento había sido llevado a una conclusión satisfactoria, se acurrucó de nuevo en su esquina y comenzó a preparar una nueva tetera.

Bajamos de las colinas y entramos en un valle irregular como una cuenca al final del cual el pico blanco y manchado del Ararat se elevaba sobre dos curvas grandiosas y grabadas con fuerza sobre la masa azulosa de

las montañas. Durante un instante, el primer plano fue ocupado por las destechadas paredes de piedra de un pueblo; desde detrás de una de las cabañas salía el humo de una fogata, pero en ninguna parte del paisaje de colinas torturadas y llanuras alcalinas y pálidas se veía algo vivo. Entonces un chubasco que se había estado formando durante un buen tiempo sobre el borde de las montañas, hacia el oeste, cruzó el cielo y lo escondió todo entre sábanas oblicuas de lluvia y granizo.

En una estación de la llanura enviamos a Samsun efendi a buscar agua para el té, y en cambio trajo—para gran regocijo del Sayyid—lo que el Sayyid suele llamar una *mademoiselle*.

Sentados sobre la misteriosa maleta, mirábamos hacia las llanuras del Aararat, que ahora, desde más cerca, aparecían erectas y luminosas sobre el crepúsculo medio hundido en la llanura. Le habíamos dado a la mademoiselle una taza de té y un poco de pan negro y caviar de nuestra caja de provisiones, y ella parecía vagamente contenta y extrovertida, como un gato cuando se le acarician las orejas. Era evidente que había pasado el día tensa y a la defensiva. Había venido de Tiflis en un coche lleno de soldados. Tenía un agradable rostro teutón, con mejillas redondas y ojos de azul acerado, como las mujeres de Vermeer, y llevaba un traje blanco y sucio como una leve reminiscencia de estilo. Llevaba medias—un signo de distinción por aquellos lugares—y pequeñas sandalias de cáñamo. Poco a poco, recordando con esfuerzo su francés, empezó a hablar.

—Sí, voy a Erivan. Trabajo allí, soy estenógrafa en una oficina… Por supuesto que es una oficina del gobierno; no hay otras. No, las cosas no están tan mal allá. La gente se muere de hambre… Claro que es peor que Tiflis, pero ya nos hemos acostumbrado a todo, ¿saben? Ya no nos damos cuenta de esas cosas. Tenemos una bonita casa y rosas en el jardín, y yo tengo perros… Incluso monto a caballo. De todas formas es una existencia miserable, y todo porque mi padre y mi madre se asustaron cuando los alemanes estaban acercándose a Riga. Verán, nosotros somos estonianos, no rusos. Vivíamos en Riga, y cuando parecía que los alemanes iban a bombardear la ciudad, huimos a Rusia. Mucha otra gente también huyó. Y entonces comenzaron nuestros problemas—dijo riendo—. ¡Qué tiempos nos han tocado!

El tren se había detenido en una estación. Ahora, la llanura era pantanosa. Frente a nosotros, detrás de los sembrados de caña de azúcar, estaba el Ararat, color añil en la base, cortado por franjas horizontales de niebla, y rosa luminoso en la cumbre. Detrás, como una sombra, estaba el cono pequeño, todo oscuro, del Pequeño Ararat. Los enjambres de mosquitos nos zumbaban en los oídos.

—Pero como estaba diciendo—continuaba la mademoiselle—… ¡oh, estos mosquitos! No puede uno pasar una semana en Erivan sin enfermar de malaria; de verdad, es un lugar espantoso… Allí, todo el mundo está muriendo… Pero bueno, aunque en esa época yo fuera sólo una niña (ya ven ustedes que no soy demasiado vieja ahora), todo el tiempo les rogaba a mi padre y a mi madre que no nos fuéramos. Teníamos una casa grande y vieja, y era tan hermosa, con tilos alrededor y un jardín lleno de arbustos demasiado crecidos donde yo solía jugar. ¿Nunca han estado en Riga? El Báltico se ve tan bello en verano, allá entre las islas… Mi abuela no quería irse. Creo que todavía está viva, que está viviendo en nuestra vieja casa. Voy a volver, aunque muera en el intento… Ya he pedido un pasaporte, y he visto al cónsul estoniano en Tiflis… Fue para eso que hice el viaje. Pero aquí es tan difícil llevar algo a cabo… Se han acostumbrado a prohibir—dijo, riendo de nuevo—. Es que me ponen furiosa. Van por ahí, dando vueltas, y si ven a alguien que quiere hacer algo, le gritan: Deténgase, deténgase.

En su esquina, el Sayyid estaba hirviendo una nueva jarra de agua para el té. Una sacudida del tren volcó la jarra y la lámpara y todo, así que me apeé de la maleta misteriosa para ayudar a reconstruir el andamiaje del cual dependía la frecuencia de nuestras tazas de té. Un momento después vi que Samsoun efendi, tras visitar de nuevo su espejito de bolsillo, había ocupado mi lugar y estaba en medio de una intensa conversación con la mademoiselle. Ella me miró por encima del hombro de su interlocutor, y arrugando su nariz como un conejo, dijo:

—*Il me fait la cour. Pensez!*

El Sayyid miró a uno y a otro y de repente soltó un estentóreo «Quel théâtre!» Entonces, riendo, alargó el brazo y tomó la última sandía, la tajó habilidosamente con su navaja y me dio la mitad como ofrenda de paz.

A través de la ventanilla superior del furgón alcancé a vislumbrar el Ararat por última vez, sentado sobre mi maleta con los dientes clavados en la dulce y jugosa sandía, tres tajadas color de rosa que convergían contra un duro cielo de añil.

ERIVAN

Calles largas y rectas y enmalezadas llenas de un hedor empalagoso de estiércol y agua empozada. Niños medio desnudos con las mejillas caídas y los vientres hinchados de inanición que se encogen como animales heridos en las puertas y los recovecos de las paredes. Aquí y allá, sobre paredes grises, un manzano con frutas. Arriba, el turquesa homogéneo del cielo en el cual se puede ver, desde el promontorio más pequeño, el resplandor blanco y altivo del Ararat. Dicen, aunque yo no lo he visto, que una camioneta muerta pasa todos los días recogiendo a los que han muerto en las calles. La gente cuentas historias horribles de saqueos de tumbas recientes y de cuerpos repartidos como comida en los pueblos. Sin embargo, en el Boulevard, plaza central del lugar y sitio de mala muerte, la gente que se pasea parece estar moderadamente bien alimentada y vestida. Hay fruta suficiente en las fruterías, y carne y queso y ese pan negro, arenoso y horrible, en los bazares. Los rusos han abierto un cine y un teatro armenio que ostenta carteles de mal gusto justo enfrente de la iglesia ortodoxa.

Fue allí donde el Sayyid encontró a un persa dueño de una tienda. Era musulmán, y contó cómo los armenios habían masacrado y echado a la mayoría de los habitantes mahometanos de Erivan. Compramos una sandía y nos la comimos en el acto, mientras el Sayyid y el persa charlaban alegremente en *turki*. Escuché la palabra *Americai* asociada a Ararat un par de veces, y le pregunté al Sayyid qué estaban diciendo.

—Este hombre dice que el año pasado un americano, un periodista americano, subió a la cima del Ararat y murió allí. Un armenio lo envenenó. Era su sirviente.

Estaba preguntando los detalles cuando entraron varias personas en la tienda.

—No quiere hablar ahora—dijo el Sayyid, misterioso. Nunca escuchamos el resto de la historia.

Frente a la estación, una pared derruida y marrón. Bajo su sombra yacen hombres, niños, una mujer: atados de harapos que se retuercen febrilmente. Le preguntamos a alguien qué les ocurría.

—Nada, se están muriendo.

Un niño casi desnudo, de piel sucia y verdosa, sale tambaleándose de la estación con un trozo de pan en la mano, y se acerca a empujones a la pared. Allí se hunde, sin fuerzas para llevárselo a la boca. Un anciano con un palo en la mano renquea lentamente hacia el niño. Tiene ojos inyectados de sangre que miran a través de una maraña indescriptible de pelo y barba. Se queda parado un minuto frente al niño, y entonces, apoyándose con su palo, agarra el pan y se escabulle tras la esquina de la estación. El niño suelta un curioso ruido de queja, pero sigue recostado e inmóvil con la cabeza descansando sobre una piedra. Sobre la pared, contra el cielo violeta de la tarde, el Ararat se yergue blanco y frío y suave como una visión de otro mundo.

BAKHNURASHIN

Anoche salimos de Erivan en un furgón privado, lavado especialmente para nosotros, que nos fue procurado tras largas charlas con el jefe de estación y otros oficiales y no pocos cruces de manos. El Sayyid estuvo maravilloso, y usó su estilo *courrier diplomatique* con magníficos resultados. Cuando estábamos ya acomodados y esperábamos a que el tren arrancara, me dio un largo discurso sobre el tema *no les digas nada y trátalos duro* como método de viaje por Rusia y, en general, por el Oriente. Prometí conservar bien las perlas de su sabiduría. Además, Sayyid se adscribió uno de los hombres que balancean faroles, de nombre Ismael, un musulmán que corría por ahí llevando agua y melones e incluso conseguía unos pepinos más bien marchitos. Enviamos dos cajas de sardinas al maquinista y un paquete de té al conductor. Entonces, cuando sentimos que teníamos nuestra posición en

el tren asegurada, cerramos nuestras puertas y abrimos nuestras ventanillas cuadradas y dispusimos nuestra merienda habitual de té, queso, pan y caviar, y después de unas horas de retraso, el tren arrancó.

La mañana nos sorprendió detenidos en un valle fértil pero lleno de hierbajos, entre dos cadenas de colinas rosadas y desnudas. Detrás de nosotros, en el resplandor dorado del amanecer, se alzaban los dos Ararat. Junto al ferrocarril había una parcela de melones que un hombre moreno y enjuto de harapientos vestidos persas intentaba desesperadamente proteger de los avances de los pasajeros del tren. Nos lavamos en un pozo de irrigación y desayunamos esperanzados, pero antes de que el tren se pusiera en marcha ya había llegado el mediodía y un sol abrasador. El Sayyid pasaba el tiempo haciendo grandes discursos panislámicos para grupos pequeños reunidos por el fiel Ismael, que hacía colectas en la puerta del vagón y contaba las atrocidades de los armenios y los sufrimientos de los musulmanes. Mientras tanto, por la otra puerta, yo hablaba en mi francés desgreñado y mi inglés aún más desgreñado con un armenio que me contó las cosas terribles que habían hecho los turcos y los tártaros. Cuando el tren acabó por arrancar fue sólo para recorrer un par de millas, hasta llegar a este pueblo ruinoso de la frontera entre Armenia y Azerbaiyán. Y aquí estamos, en un patio de carga lleno de trenes, junto a una estación en ruinas. Como es usual, no hay en este pueblo una casa en pie. Los musulmanes dicen que fue destruido por los armenios, y los armenios, que fueron los turcos quienes lo hicieron. De vez en cuando Ismael viene para asegurarnos que en dos horas el tren se pondrá en marcha hacia Nakhichevan y Djulfa, el pueblo fronterizo de Persia que es nuestra meta.

El Sayyid ha ido al vagón vecino, a visitar a una mujer que está enferma. Regresa diciendo que tiene tifus, muy avanzado ya, nada que hacer, morirá en un par de horas. Vemos a la demás gente del vagón escabullirse uno por uno. Entonces la sacan y la acuestan sobre un pequeño trozo de alfombra rojo y amarillo junto al ferrocarril. Es una rusa. Su marido, un mahometano esbelto de barba descuidada, se sienta a su lado, y de vez en cuando acaricia su mejilla con un gesto animal y furtivo. La cara de la mujer está pálida como la muerte, verdosa, y alrededor de su boca hay un gesto pútrido y contraído. Yace muy quieta; sus piernas desnudas se

asoman torpemente bajo un vestido demasiado corto. Ni siquiera la luz roja del crepúsculo da un poco de color a su piel. Y el sol se hunde con furia carmesí tras el Ararat. Un grueso rayo de sol se dispara hacia el cenit desde un espacio triangular entre las pendientes de dos montañas. Un hombre está de pie junto a la enferma, sosteniendo torpemente un vaso de agua en la mano. Del otro extremo de la estación llega el quejumbroso tintineo de una tonada georgiana tocada con gaita y tun-tún, con la cual bailan unos soldados. La cara de la mujer parece marchitarse mientras uno la mira. Detrás del Ararat, todo lo que queda del sol es el parche triangular de un resplandor que ribetea de plata los bordes internos de los dos picos. Con el viento llega un olor agrio de mugre y soldados y basura. El Sayyid, encorvado y abatido sobre su misteriosa maleta en medio del furgón, exclama débilmente, sacudiendo la cabeza:

—*Avec quelle difficulté*.

Entonces, sin una palabra más, se levanta y cierra la puerta del lado del ferrocarril donde yace la mujer sobre su estera roja y amarilla.

Esa misma noche, mientras paseaba bajo la luz de la luna con un vaso de vino en la mano—el fiel Ismael nos había conseguido una botella Dios sabe dónde—, intentando evitar los enjambres de mosquitos, escuché al Sayyid alzar la voz en medio de una discusión estridente y reiterar a menudo la frase *courrier diplomatique*. Como no soy aficionado a las discusiones, proseguí mi caminata por el ferrocarril. Cuando regresé, todo estaba en silencio. Parecía que algunas personas habían intentado invadir el espacio sagrado de nuestro furgón privado, pero en medio de la discusión habían sido arrestados por viajar sin pases en regla, lo cual, según el Sayyid, era un ejemplo de la acción directa de la Providencia.

NAKHICHEVAN

Otro patio de carga, esta vez vacío salvo por un largo tren hospital. Las moscas pululaban en el calor sofocante. El pueblo está a varias millas de distancia, al final de un camino arenoso y abrasador. La locomotora ha desaparecido y los pocos furgones que aún quedan en el tren parecen estar abandonados. La gente se ha echado lánguidamente en el trozo de sombra

que hay bajo los vagones. Los vagones en sí mismos parecen hornos. Un soplo de viento intermitente sacude las ramas de una acacia flacucha sobre la plataforma y junto al cobertizo donde en otras épocas se servía el té, pero nada de la brisa parece llegar al patio. El Sayyid, sudando por todos los poros, corta en tajadas una sandía que luego tenemos que engullir apresuradamente bajo un pañuelo para evitar que las moscas se nos adelanten. Mientras tanto, pronuncia una conferencia acerca de la virtud y necesidad de la paciencia para aquéllos comprometidos con oficios relacionados con el de *courrier diplomatique*. Tras comer toda la sandía posible, y tras descubrir de forma definitiva que habremos de quedarnos en Nakhichevan unas ocho horas más, subo al vagón y me cubro la cabeza con una sábana para protegerme de las moscas, con la leve esperanza de que el calor me pueda idiotizar hasta dormirme. Rocíelo con su jugo en el horno holandés; la frase me viene de repente a la memoria y la imagen de un niño observando fascinado el proceso de rociar salsa sobre el pollo asado mientras éste es colocado al frente de la rejilla de la estufa sobre un reluciente artefacto de estaño. Vagamente me pregunto si estaré adquiriendo el bronceado rico y crepitante que solían adquirir los pollos en su horno holandés. Fuera de la sábana las moscas zumban sin cesar. El zumbido se transforma en la cancioncilla que cantaban en las calles de París en la época de la firma de la así llamada paz:

I'fallait pas, i'fallait pas, i'fallait pas y aller.

Entonces llega desde fuera la voz del Sayyid en su mejor estilo, pontificando sobre el pan-Islam y la resurrección de Persia. Ha debido de encontrar a un musulmán. Nuestra cabeza es como una olla sopera hirviendo a fuego lento al fondo de la estufa. Los pensamientos se mueven con lentitud en una gruesa salsa de estupor. Armenia. La visión instantánea de un mapa de guerra con pequeñas banderas, rusas, turcas, británicas. Qué buen juego. Las pequeñas banderas se mueven hacia adelante y hacia atrás. Más animado que el ajedrez. Enseguida, el mapa secreto de la inteligencia. Qué astucia extraordinaria. Explotaremos la religión de A para llevarlo a pelearse con B, sobornaremos a los hombres importantes de D para que ataquen por la retaguardia a los de A, y entonces, cuando todo el mundo haya caído, nos repartiremos limpiamente el mapa. Las moscas zumban:

trincha ese pavo, trínchalo hasta adentro. A cada tajada, pongámosle un nombre: Armenios, Georgianos, Asirios, Turcos, Kurdos. Pero por alguna razón cuando todo el mundo ha caído no pueden encontrar el cuchillo. Así que todo el mundo se queda en el suelo y cuando se cansan de masacrarse entre ellos se dan cuenta de que se mueren de hambre. Y la muerte y el desierto los invaden, los invaden. Donde el año pasado había un trigal, este año hay una parcela de cardos, y el año próximo ni siquiera los cardos crecerán en ella. Y los campesinos son mendigos o bandidos. Y eso es todo por ahora acerca del juego del mapa en el Este. Pero la sábana se ha vuelto un nudo y deja entrar las moscas. Bajaré para ver qué le dice el Sayyid a su audiencia.

El Sayyid está diciendo que Oriente debe arreglar sus propios problemas, que los mahometanos del mundo deben despertarse de su sopor de aceptación, que deben expulsar a los extranjeros que los explotan y organizar por sí mismos sus naciones. Dice muchas cosas muy buenas, pero no dice cómo se alimentará a los pequeños harapientos, esos esqueletos diminutos de ojos abiertos y horribles vientres hinchados, ni cómo habrá de comprarse el grano para la siembra de otoño.

Hay una docena de estos niños pequeños, en todas las etapas de la inanición, arrastrándose bajo los vagones en busca de sobras; no son como animales, porque cualquier animal distinto del hombre estaría muerto hace tiempo. El Sayyid les ha hablado a algunos en turki; algunos son de padres musulmanes de Erivan; algunos son cristianos del lago de Van; algunos ignoran si sus padres eran cristianos o musulmanes, y parecen no recordar nada de sus hambrientas vidas salvo este patio de carga y las sobras de comida que les tiran los soldados.

—Éste es el octavo mes—dice el Sayyid—. En tres meses, invierno. Y entonces todos morirán.

DJULFA (21 DE AGOSTO DE 1921)

Esa tarde la *politik*, como la llama el Sayyid, enfureció por completo. Se reveló que la locomotora tan sólo podía arrastrar dos vagones a la vez entre Nakhichevan y Djulfa. Los partidos en contienda eran el Sayyid y un grupo

de armenios vagamente oficiales. El jefe de estación se dejó engatusar; en nuestro vagón, lo agasajamos con té y cigarrillos, y, cuando las puertas se cerraron para alejar ojos curiosos, le deslizamos un par de libras turcas en papel. Ni siquiera entonces estaba asegurada la cosa, hasta que, en un golpe maestro, un doctor, el miembro más importante del otro partido, fue llevado aparte y recibió la oferta de un lugar en nuestro vagón. Los frustrados nos lanzaron miradas asesinas mientras salíamos de la estación entre ruidos de cadenas y detrás del resoplido de una pequeña locomotora. La luna estaba casi llena. La vía del tren serpenteaba por un desfiladero escarpado, bordeando un arroyo, a través de un aire de montaña fresco y muy seco. La mayor parte de la noche la pasé sentado sobre la maleta misteriosa junto a la puerta abierta, respirando la limpieza de las empinadas rocas del desierto. Ni una hoja de hierba, nada de vida, nada de sufrimiento, tan sólo acantilados e inmensas montañas escarpadas y el pedregoso lecho del río; más allá, cada curva ascendiente del valle escondía cosas nuevas e inimaginables, Persia.

Y esa noche Azerbaiján se deslizó del presente enmarañado al nítido pasado de colores pastel, igual que sucedió con Armenia la noche en que nos fuimos de Bakhnurachin, y en otra estación, cuyo nombre no recuerdo, vimos, mientras nuestras narices se llenaban del hedor de la gente hambrienta y dormida y los suspiros de una gaita provocaban nuestros oídos, el último resplandor bajo la luna del pico alto y desdeñoso del Ararat.

6

De los faetones

EL JARDÍN DE EPICURO

—El faetón está listo, *mssiou*—dijo el camarero narizón con un ademán de la mano sobre el samovar. Mientras hablaba, la calle se llenó de un repentino campanilleo.

Cuando me atreví a sugerir que los resortes se me clavaban en la espalda, el Sayyid se sintió ofendido en su orgullo patrio y siguió resentido hasta que de camino al bazar tropezamos con un burro cargado de ollas de barro y el burro fue a caer sobre una montaña de sandías, lo cual puso a todo el mundo de buen humor. El faetón era vagamente como una pequeña victoria posada sobre un peligroso sistema de cuerdas y ruedas. Lo conducía un hombre robusto de gorra de lana blanca llamado Karim. Detrás, en un diminuto cabestrillo, iba acurrucado entre bolsas de avena un pillo obsceno de cara ancha llamado Maa'mat, a quien Karim gritaba todo el tiempo. Así, con las piernas puestas encima de las maletas y nuestros regazos llenos de sandías verdes y amarillas y los resortes del asiento midiendo con astucia la médula de nuestras columnas, avanzábamos cascabeleando, arrastrando una nube de polvo grande y barrigona como la cola de un cometa, pasando frente a la Mezquita azul, saliendo de Tabriz.

Habíamos entrado en Persia por Djulfa, en las Araxas, algunos días antes. Tras la crudeza de las cosas de la muerte y las cosas del nacimiento de Rusia, el bálsamo de una civilización vieja y débil y llena de gracia resultó un alivio maravilloso. Recuerdo haber bajado entre prisas de la locomotora que nos había traído, a través del puente internacional, al tremendo brillo del sol del valle de Djulfa, donde ni un árbol verde crecía entre los precipicios amarillos y color de rosa que se balanceaban como

decorado de teatro en el calor que los rodeaba por todas partes. Casi de inmediato nos condujeron a una habitación fresca con paredes de barro del color de la masilla rosada, de las cuales colgaba un par de alfombras, y alguien trajo pequeños aguamaniles de cobre llenos de agua, y el Sayyid y yo nos quitamos los zapatos y nos sentamos frente a una sandía enorme, una de ésas que marcan hitos, atendidos por un hombre pequeño llamado Astulla Khan que tenía un lado de la cara inflamado por el dolor de muela y la cabeza entera envuelta con una tela blanca atada en la parte de arriba, de manera que dejaba dos extremos largos y puntiagudos en la forma en que se dibujaba la cara de la gente en los cuadernos de dibujo de hace cien años. Entonces, después del almuerzo, cuando trajeron colchones y almohadas color rosa grandes y cilíndricas, nos acostamos en medio del sopor de una tarde interminable, mirando hacia el techo de barro liso y el retrato del Shah tejido en una de las alfombras sobre la pared, y hacia el patio donde una mansa perdiz se pavoneaba por el borde de una pequeña piscina y donde un gatito yacía boca abajo al sol sobre un pedazo de alfombra azul y carmesí. El silencio era total salvo por el discreto burbujeo de la pipa de agua de Astulla Khan, proveniente de la habitación vecina. Uno podía sentir siglos y siglos de indolencia bien modulada asentarse como ropas de seda fina sobre sus inquietudes. Tal vez éste era el jardín más allá del dolor y el placer donde Epicuro mataba el tiempo durante días sin pasión. El gatito terminó por levantarse, estiró por turnos cada una de sus patas blancas y caminó sin prisas hacia la piscina. El sol ya estaba rojizo y proyectaba largas sombras. Detrás de los Araxes, las colinas eran de un rosa claro con sombras de color añil y morado. El Sayyid se puso de pie, se sacudió los pantalones y murmuró, meditabundo:

—*Quel théâtre!*

Momento en el cual Astulla Khan apareció tambaleándose bajo un samovar enorme y reluciente, y el curso del día comenzó de nuevo.

A partir de la llanura de Tabriz escalamos un desfiladero seco, tragando nuestro propio polvo al subir por una larga pendiente hasta que otro valle, lleno de álamos y pueblos de paredes de barro, se abrió a nuestros pies, y nos encontramos bajando de nuevo a tumbos y traqueteos por la colina. En Basmich, donde paramos a comer, había un jardín

memorable. Fue allí donde el Sayyid se puso lírico por primera vez. Estábamos despatarrados bajo unos álamos plateados en un jardín de hierba verde y relucientes canalillos de agua, y un muchacho cuyo corte de pelo le tapaba un poco las orejas como a un paje de la edad media, vestido con una túnica ceñida en la cintura y pantalones rectos y sueltos de color azul claro, nos trajo té y una brazada de manzanas rojas. El Sayyid se incorporó entonces y entrecerró los ojos y cantó con cadencia zumbona el poema de Hafiz que luego he podido encontrar en Miss Bell:

> Una mejilla color de rosa, el florido claustro
> De la tierra hermosa, me bastan:
> Me basta la sombra de un grácil ciprés
> Que en la pradera declina y luego crece.
> No soy amante de la hipocresía;
> De los tesoros que esta tierra ostenta,
> Nada aprecio más que una copa rebosante de vino:
> ¡Eso me basta!

—*Quel théâtre!*—gritó el Sayyid cuando hubo terminado. Se llevó un terrón de azúcar a la boca y se recostó sobre la hierba suave con las manos extendidas.

EL LUCHADOR DEL SHAH

Esa noche, después de un recorrido por lustrosos valles de álamos, a lo largo de una larga cadena carmesí de montañas erosionadas que se mantenía siempre a nuestra izquierda, nos detuvimos en un khan dilapidado junto a un gran caravasar de ladrillo bellamente construido pero ahora en ruinas, del tipo que los nómadas suelen adscribir al buen Shah Abbas. El lugar se llamaba Shibli; allí encontramos una compañía de guardias del camino bajo el liderazgo de un poderoso guerrero, Hakim Sultan. Hakim Sultan era un hombre corpulento envuelto en cartucheras. Estaba acuclillado en la esquina más honorable de la habitación, dando caladas a una pipa de agua, y sus ojos, enterrados en la carne de su rostro como los de un cerdo, nos miraban benignamente. Su pelo y su bigote encorvado estaban teñidos con henna carmesí. Entre prodigiosas chupadas que hacían que el agua de la

botella burbujeara enloquecida, nos contó cómo una vez, durante el Ramadán, había luchado ante el Shah y había derribado a todos sus oponentes. Con un rifle en las manos, era un tirador infalible. Y los subordinados de Hakim Sultan, nómadas desgarbados, menos envueltos en cartucheras que su capitán, acuclillados a su alrededor a una distancia respetuosa, asintieron a manera de confirmación como lo hacen tantos juguetes chinos. ¡Pero si hace apenas cinco días, en este mismo lugar, había derrotado a cantidades ingentes de shashivan! Nos mostró, como es debido, los hoyos de bala en las paredes. Pero admitió que los asaltantes lograron escapar con todo el ganado del lugar.

—Pero los mandé de vuelta a las colinas. Les disparé desde aquí mismo.

Uno podía imaginarlo de cuclillas con su rifle, manipulándolo como manipulaba su botella. ¡Ah, los shashivan eran hombres poderosos! Cierta vez, once shashivan lograron desarmar a mil soldados rusos que habían sido enviados a atacarlos con artillería. Vivían en las montañas, tan arriba que un hombre que conociera el camino lo habría olvidado para cuando llegara a su tierra. Sus tazas de té y sus tazones de yogurt eran de oro sólido, y nunca contaban el número de sus camellos. Tales eran los hombres que él, Hakim Sultan, pasaba la vida combatiendo.

En este punto, la perorata fue interrumpida por la llegada de un anfitrión que llevaba un pollo chillón en cada mano. Se los ofreció uno por uno al Sayyid, que los palpó y los pinchó con un gesto de sabiduría sobrenatural en el rostro. Finalmente, el Sayyid escogió uno y rechazó el otro, y los chillidos fueron abruptamente silenciados por la navaja de uno de los nómadas. Entonces, mientras de afuera llegaban chisporroteos esperanzados, adentro era el turno del Sayyid. Describió los pueblos de la Tierra de Berlín a Estambul, y su estado y la condición de su *politik*, y explicó que unos eran buenos y otros malos, y otros, en especial Turquía y los bolcheviques, estaban *tamaam*, terminados.

Más tarde me contó que no pensaba en realidad que Turquía o los bolcheviques estuviesen tamaam, pero que había querido contrarrestar la propaganda de los nómadas. «*Diplo-o-omatique*», dijo, desenvainando la palabra con un ademán extendido de su mano morena. Cuando terminamos

de comer pan y yogurt y queso y pollo acompañados con varios vasos de té pequeños y barrigones, nos envolvimos en nuestras mantas, sobre el suelo y junto a la ventana a través de cuya celosía sin cristales silbaba el aire fresco y cortante de los desfiladeros de montaña. Después de acostarme noté que el Sayyid se sentaba y sus ojos aprensivos iban del monedero que tenía en la mano a la forma boca abajo de Hakim Sultan. Pero pasamos la noche sin molestia alguna en el desfiladero de Shibli.

POLITIK

Al día siguiente comimos en Shishmedosh, lugar famoso por sus asaltos. Era un khan solitario de una sola habitación, encaramado en la cumbre de una colina en medio de un largo y desolado valle. Más cuentos de shashivan, de pueblos atacados y rebaños y mujeres obligados a huir.

Por la noche, un pueblo muy hermoso, Gareh Chaman, construido en los flancos de un cañón ocre, a ambos lados de un riachuelo chispeante, un pueblo arbolado y bien defendido por atalayas redondas. Sobre el techo de una casa de las afueras del pueblo, bajo dos enormes álamos de tronco plateado, fuimos recibidos con alfombras extendidas; trajeron un samovar, sacaron pollos para pellizcar y pequeños aguamaniles para lavarse, y el Sayyid, en su calidad de médico, armó un consultorio: sajó furúnculos y cortó úlceras y tomó pulsos y repartió pastillas hasta la cena. Entonces, mientras comíamos una comida de reyes dispuesta en bandejas cinceladas de peltre, el Sayyid pronunció, frente al ulema y el dueño del pueblo y el cocinero y el niño que nos atendía, la habitual alocución acerca de los *Inglizi* y los *Français* y los *Americai* y los *Osmanli* en general y sobre la política de Persia en particular, a propósito de *Irán para los iraníes* y de ganar a los farangi con sus propias reglas. Esa noche el viento crujió en los álamos y titilaron las facetas cambiantes de las estrellas, y en la distancia gañeron los chacales.

En el camino entre Gareh Chaman y Tourkemanchai, donde, dicho sea de paso, fue firmado el primero de los desastrosos tratados europeos de Persia, alcanzamos la caravana de algunos de los nobles de Tabriz, que iban en peregrinaje a la tumba del imán Riza en Meshed. ¡Qué cabrioleo el de

los caballos blancos, qué griterío el de los burreros, qué tumbos los de esos maleteros llenos de niños de ojos claros y mujeres invisibles bajo sus *chuddars*! Un ulema delgado de barba blanca que llevaba el turbante azul de un sayyid, descendiente del profeta, señalaba el camino sobre un caballo gris y bien cepillado cuya cola y crin habían sido teñidas con azafrán. No sólo los vivos sino también los muertos disfrutaban de los beneficios del peregrinaje; al final de la caravana venía un largo tren de mulas con ataúdes que iban camino de ser reenterrados en tierra sagrada.

—Si se preocuparan por los vivos como se preocupan por los muertos —dijo el Sayyid cuando nos hubimos alejado del polvo y el escándalo—, Irán sería uno de los mejores países del mundo. Si ahorraran el dinero que gastan en peregrinajes y lo invirtieran en fábricas y ferrocarriles…

—¿Pero por qué fábricas y ferrocarriles?

—¿Ha estado usted en Alemania?

—Hace mucho tiempo que no he vuelto.

—Ah, pero la *commodité*… Todo es tan conveniente. Aquí las cosas se hacen con tanta dificultad. Nuestros campesinos… si supiera usted qué duro trabajan, y a cambio de nada, de morir de inanición tan pronto hay una hambruna, y todo para que algún gerifalte pueda enriquecerse…

La conversación fue interrumpida cuando el faetón quedó atascado en el barro, al fondo de un barranco. Tuvimos que bajarnos y despertar a Maa'mat para obligarlo a empujar, y tuvimos que azotar y azuzar a gritos a los caballos hasta que al final el faetón dio un brinco y salió del barro carenando peligrosamente, y fue a detenerse a medio camino por la ladera de la colina. Se decidió que era una excelente oportunidad para el consumo de un melón, uno largo y amarillo, lechoso por dentro y de sabor almendrado. El melón arrojó al Sayyid a una niebla de reminiscencias optimistas, y, cuando nos acomodamos de nuevo en nuestro carruaje de calabaza, comenzó a hablar con lentitud:

—Recuerdo muy bien el día en que llegué a Leipzig desde Constantinopla… *Ah, quelle commodité!* Qué calmado estaba ese hotel, qué alfombras tan gruesas… Cuando uno pedía cualquier cosa, *zut*, ¡se la traían! Allí cené muy bien con vino, un vino magnífico, y el camarero hablaba francés (yo todavía no había aprendido alemán) y era muy amable. Cuando

terminé me pregunto si me agradaría algo más. Y yo pensé en voz alta y dije sí, una mademoiselle. El camarero sonrió y me dijo que vería qué podía hacer, y yo pensé que bromeaba y subí a acostarme. Cuando estaba a medio desvestir, quién más que el camarero llegó para decirme que la mademoiselle me esperaba abajo. Le dije que la hiciera subir, pero el camarero dijo que eso era imposible. Y ésa es toda la diferencia entre las mujeres orientales y las europeas. Así que me vestí de nuevo y bajé. En esa época ignoraba las costumbres de la civilización; y la mademoiselle era encantadora y me llevó a un cabaret donde tomamos champaña y había música y me enseñó muchas cosas… *Ah, quelle commodité!*

LAS CHINCHES BLANCAS DE MIANEJ

A partir de Tourkemanchai, no había camino visible. El faetón traqueteaba sobre laderas rocosas, se doblaba en dos y saltaba pozos como una pulga, se lanzaba a lo largo de las crestas de los riscos, descendía en picado por barrancos rocosos donde a cada instante esperábamos que el artilugio hiciera el truco de la carroza de un solo caballo.* En un caravasar desierto del estilo de los Sha Abbas, un guardia de camino, un gigante pelirrojo de aspecto villano, nos salió al paso y nos dijo que la noche anterior, en ese preciso lugar, un viajero había sido atacado por ladrones y sableado del hombro al ombligo. Le dimos dos kranes y siguió su camino. El sol ardía como un latigazo en la cara, nos habíamos terminado ya nuestros melones, y la jarra de agua se había roto, y a pesar de todos los *farsakhs* de ese día, no vimos ni un ser vivo.

—*Quel théatre!*—exclamaba el Sayyid a cada sacudida.

Précautions. Toujours des précautions, era la esencia del grito del Sayyid mientras supervisaba el lavado del techo del caravasar junto a las puertas de Mianej, un pueblo famoso por sus moscas, sus piojos, sus mosquitos y en particular sus chinches blancas, que generan su propia y particular fiebre, la cual ha dado renombre al pueblo en los anales de la medicina.

Esa tarde luchamos contra las moscas y bebimos té y discutimos de *politik*, comentando que la política de Persia debería alentar la penetración de cualquier país europeo que no tocara sus fronteras, pero mirar a sus dos vecinos con suspicacia constante. Ése había sido el motivo de la inclinación pro-germánica de los demócratas y los nacionalistas durante la guerra.

—Hasta ahora nos ha salvado el hecho de que Rusia y Gran Bretaña no se ponen de acuerdo. Al principio de la guerra estuvieron de acuerdo algunos instantes, y entonces nosotros caímos pisoteados como la hierba de un campo de batalla… Pero ahora no nos conocen. No pueden predecir nuestras acciones, y nosotros no revelamos nuestros pensamientos. Ahora es el momento de asegurar nuestra independencia. Para hacerlo debemos contar con capital y ayuda extranjera, pero no de nuestros vecinos, sino de países más desinteresados… Pero debemos trabajar lenta, cautelosamente, manteniendo en secreto nuestros objetivos, *toujours avec précautions, avec beaucoup de précautions*…—mientras hablaba, el Sayyid arrugaba su cara con expresión de astucia casi sobrehumana; entonces, quitándose cuidadosamente una mosca de la frente, dijo a manera de conclusión—: *diplomatique!*

La noche era la primera de Moharran, el mes de duelo por Hussein, el gran mártir de la fe Shiah. Los mosquitos y jejenes eran tan gruesos que dormir era imposible. Al Sayyid lo agobiaba el miedo a las chinches acechadoras, y se había acostado en un pequeño espacio desinfectado del suelo, gimiendo de vez en cuando de la manera más lúgubre: «Quel théâtre!» Me cubrí la cabeza y la cara con un pañuelo y me puse a caminar de un lado al otro de un balconcito, fumando y observando a la buena de Orión escalar con lentitud el cielo. Del pueblo llegaba un redoble de tambores y un ritmo de gritos inconstantes y entrecortados, *Hussein, Hassan, Hussein, Hassan*. Unos perros lanzaban ladridos ensordecedores en los intervalos. El aire del patio tenía un olor empapado y pútrido, y podía oírse el tintineo de las campanas de nuestros caballos espantando los mosquitos, y llegaba continuamente el sonido de hombres moviéndose al unísono y gritando, con toda la musculosa ferocidad del Islam, *Hussein, Hassan, Hussein, Hassan*.

Por la mañana, Khouflankou: un paso alegre y extenso cruzado por un camino pavimentado construido, supongo, por el infatigable Shah Abbas. Un aire limpio y oloroso a tomillo que se lleva los miasmas de Mianej. Pero el Sayyid se negaba a ser reconfortado. Me aseguraba con lágrimas en los ojos que lo habían picado, y que probablemente enfermaría y acabaría por morir. «Et après tellement de précautions», terminó diciendo con tristeza, mientras nos enfrentábamos a la última curva ascendiente. Ni el paisaje, ni una nueva provisión de melones, ni las uvas verdes sin semillas, ni su fragancia de ambrosía lograban distraerlo. Su diagnóstico lo había declarado enfermo, y su reputación profesional tenía la carga de la prueba, así que enfermo estaba. Resultó ser malaria.

Durante la comida, en un tono más bien acongojado, discutimos acerca de asuntos de religión bajo un manzano del pueblo ruinoso de Djemalabad, mientras un camello muy viejo, sarnoso y sin joroba, nos miraba fijamente desde el campo vecino con una expresión de «éstos-van-a-terminar-mal». El Sayyid dijo que todos los profetas tenían algo de verdad y que sus seguidores deberían unirse en lugar de pelearse, puesto que *le Dieu* era *le Dieu* se le llamara como se le llamara. No, él no era un baha'i, pero pensaba de muchas formas como pensaban los baha'is, un buen pueblo, honesto y tolerante y ansioso por tener educación y progreso; si al menos hubiera más como ellos en Persia… Pero los pobres eran muy ignorantes y fanáticos y creían todo lo que les decían los ulemas.

—Piense—dijo, incorporándose de repente—que yo pude haber sido ulema en lugar de médico y hombre de ciencia… Mi padre era mujtahid, un hombre muy sagrado, y, si los misioneros americanos no le hubieran hablado a mi padre, si no lo hubieran inducido a enviarme a estudiar al extranjero, seguro que yo ahora llevaría una barba y un turbante azul y habría sido mujtahid. ¿Le sorprende que me gusten las cosas de América?

Entonces el Sayyid empezó a hablar con un hombre harapiento que estaba sentado a poca distancia de nosotros y se comía las cáscaras de nuestros melones. Resultó que su padre había sido dueño de aquel campo y de muchos otros, pero habían llegado los rusos y los turcos y habían

destruido las cosechas y quemado la casa y matado a su padre, y ahora el hombre era un mendigo. Contó la historia con buen humor, como parte del orden divino de las cosas. Verdaderamente, el Islam es entregarse uno mismo.

ZENDJA: LOS DOMOS HUEVO-DE-PETIRROJO

En Tarzikand el único lugar que conseguimos para dormir era un artilugio de planchas peligrosamente balanceadas sobre una cisterna llena de ranas que croaban. La cisterna estaba entre las paredes de un pequeño jardín de almendros. Un viento maravilloso soplaba con tanta fuerza que los carbones no se quedaban en el samovar, y continuamente se llevaba pedazos del pan de la cena, delgado como papel. Acostado boca arriba, en cuidadoso equilibrio, sobre las planchas temblequeantes, podía ver las estrellas grandes como bolas de plata, como adornos de árbol navideño, colgadas de las ramas ondeantes de los almendros.

Durante esos días el Sayyid se mantuvo en silencio, tomando quinina y vigilando su temperatura. Pasamos otra noche en Yekendje, una cañada llena de álamos inmensos que crecían a lo largo del lecho pedregoso como esos árboles plateados en el *Bautismo* de Piero della Francesca. Allí levantamos nuestra morada sobre el techo del Khan donde había una pequeña habitación de barro a la cual el Sayyid—junto a su malaria—pudo retirarse. Allí nos atendió encantadoramente un muchachito llamado Kholam-Hussein que había huido de su casa en Zendjan porque, según decía, su padre ya no le gustaba. A la mañana siguiente, cuando le preguntamos si había algo que pudiéramos hacer por él, dijo que quizás el Sayyid, que era médico, podía darle algo de medicina para aclarar su tez, pues era muy negro.

En Zendjan el Sayyid se animó un poco bajo la influencia de una bebida aromática llamada bidmesh, que tenía un olor algo similar al de los naranjos en flor y bajaba por la garganta con suavidad deliciosa. Intentamos cenar en un restaurante de los bazares pero nos informaron, con brutal firmeza, de que *Farangi nadjiss*: los extranjeros son sucios. El Sayyid no logró siquiera convencerlos de que él era un buen musulmán y un

descendiente del profeta, porque llevaba, en ese momento, un sombrero de fieltro. Así que cenamos ignominiosamente en la posada y tuvimos una fuerte discusión acerca de la industrialización. Antes, mientras caminábamos por el bazar, el Sayyid había vociferado acerca de lo duro que trabajaban los orfebres y los hombres que fabricaban teteras de cobre y lo bueno que sería dejar que todo lo hicieran las máquinas. Parecía tener la idea, generalizada por estos lares, de que las máquinas funcionan solas. Traté de decirle que la vida de un trabajador industrial en Europa y América no era todo boliche y cerveza, y llegué incluso a preguntarme si esa gente que martilleaba sin parar sus ollas de cobre a cambio de una paga tan miserable no acabaría por sacar más de la vida que, por decir algo, un obrero siderúrgico en Alemania, por más cinematógrafo y más *bierhalle* que éste tuviera para divertirse. Pero el Sayyid me sepultó bajo una larga lista de hambrunas y extorsiones de parte de los gerifaltes, mujtahids y gobernadores.

—No—dijo al final—, debemos construir fábricas y ferrocarriles. Entonces seremos una gran nación.

A la mañana siguiente dejamos la ciudad dilapidada y sagrada de Zendjan. El sol reverberaba hipnóticamente sobre el domo de la mezquita, el cual tenía el color y la forma de un huevo de petirrojo. El asunto *nadjiss* se repitió una vez más esa tarde. Estábamos tomando el té en una pequeña casa del camino cuando un hadji con una inmensa barba teñida de rojo que estaba sentado en la esquina fumando una pipa de boquilla gruesa creyó conveniente objetar nuestra presencia. Pero el Sayyid estaba dispuesto a mostrar su entereza. Disparó un verso de Saadi sobre el tema de la cortesía para con los extranjeros, y sin tomar aliento se quitó de encima un enorme pasaje del Corán, del capítulo titulado «La vaca». Entonces, de repente, se detuvo, y retó al hadji a continuar a partir de donde se había detenido. El hadji balbuceó y tartamudeó, pero sin progreso alguno, y al final tuvo que admitir que el Sayyid era un buen musulmán y un hombre erudito. Incluso le pasó su pipa en son de paz.

Desde entonces la malaria del Sayyid quedó prácticamente curada. Cuando llegamos a Kasvin estaba alegre como un gorrión, y lleno de gratas reminiscencias de las mademoiselles alemanas.

—Me casaré con una alemana—dijo—. Tengo una amiga allá que es doctora, hija de un coronel. Creo que se casará conmigo cuando yo esté listo. Yo no podría casarme con una persa. Son muy hermosas, pero no están desarrolladas. Sería como casarse con un animal… Pero todo eso va a cambiar, ¡ya lo verá!

EL CUARTO DE HUÉSPEDES DE KASVIN

Kasvin estaba lleno de plátanos altos donde se posaban bandadas enormes de cuervos que en la tarde aleteaban graznando sobre las calles. Nos hospedamos con el hermano del Sayyid y recibimos vino y comida en proporciones reales, a pesar de que fuera Moharram, mes en el cual los persas no beben vino ni permiten ningún tipo de diversión. Hay algo muy agradable en la simpleza con que viven los persas de clase media. Las habitaciones están casi vacías, salvo por algunas alfombras y unas pocas sillas y sillones. No hay sirvientes alrededor; durante las comidas, los hijos de la familia traen las bandejas de peltre y atienden a los invitados. No hay camas ni ornamentos de ningún tipo; en los aparadores hay colchones y esteras que por la noche y a la hora de la siesta se sacan y se desenrollan. Todo parece continuar extrañamente en silencio y sin alborotos. En el diseño de las alfombras y las tazas de té y las sutiles conversaciones en voz baja y el sabor vagamente empalagoso de bebidas dulces se teje una extraordinaria armonía de indolencia. En Persia—supongo que lo mismo ocurre en todo el Islam—la vida me da la impresión de carecer de torrentes y oleadas. Es como un canal ya seco que una vez fue un río crecido, pero ahora se reduce a algunas charcas silenciosas que desvían el reflejo del azul y las nubes, charcas cuyos propios límites tal vez contengan una vida más intensa, más intrincada y retorcida, que la que nunca llegó a tener el río, pero que son discontinuas e intermitentes hasta niveles problemáticos.

Parece ser la costumbre en Persia irse a dormir inmediatamente después de la cena, y esa noche en Kasvin, cuando me dejaron solo con mi ropa de cama en una de las habitaciones superiores de la casa, me embargó un incontrolable deseo de caminar por las calles. No había caso, pues la puerta de la casa estaría de seguro cerrada, y temía que si salía de mi

habitación acabaría en los apartamentos femeninos. A manera de sucedáneo me las arreglé para arrastrarme por mi diminuta ventana hacia un pequeño techo desde el cual podía ver los patios de sombras oscuras como la tinta y los techos planos del pueblo extendiéndose en todas direcciones bajo la luna. Frente a mí estaba el domo gordo y el minarete alicatado y romo de la Mezquita del Viernes. En muchos de los techos se podían ver figuras envueltas en mantas y dormidas; de vez en cuando había algún movimiento en un patio. Pensé en un relato de Maupassant en el cual una chica se para misteriosamente desnuda bajo la luz de la luna en el techo plano de una casa en Marruecos. Y por alguna razón comencé a sentir un espasmo de revulsión contra el tipo de Oriente romántico a lo Morris Gest—y hay toneladas de él, incluso en el este—, hasta el punto de volver a entrar por la ventana y ponerme a llenar páginas y páginas de mi cuaderno de notas acerca de ello. Aun si se admitía el espectáculo, las barbas carmesí y las barbas azafrán y los inmensos turbantes y los sombreros de fieltro de domo alto y las alfombras y los caballos blancos con sus gualdrapas de mal gusto y los gestos hermosos de los ancianos y los fantasmas velados de las mujeres y los camellos con sus pasos largos y suaves y la apagada riqueza de los depósitos de techos altos y abovedados de los bazares, ¿no era todo ello rutina muerta, un rito medio olvidado, aprendido siglos atrás? Es en occidente donde la sangre corre cálida, y el mundo es desordenado y romántico, y suceden cosas fantásticas e inesperadas. Aquí todo ha sido ya intentado, experimentado, gastado. Extendí mi colchón; al mismo tiempo, deseé estar en Broadway con la cuarenta y dos. Tan pronto como me quedé quieto escuché en la distancia un ruido de tambores y voces roncas, templadas, feroces, gritando en ritmos rápidos y alternados, *Hassan, Hussein, Hassan, Hussein*, como si hubiera sido ayer que Hussein, el gentil nieto del profeta, murió de sed en Kerbela.

La mañana antes de irnos de Kasvin el Sayyid llevó a cabo una cirugía; enseguida, entre cascabeleos, pompa y ceremonia, partimos escoltados por varios gendarmes a caballo, dejando a la víctima sobre una mesa desvencijada del dispensario del gobernador, ensangrentada y quejándose a través del éter. Mientras el faetón se arrastraba con impresionante lentitud por caminos polvorientos, nos dedicamos a comer uvas y el Sayyid habló de

la revuelta de Asia. Primero, dijo, fue el colapso de Rusia en la guerra contra Japón lo que hizo que Asia se preguntara si estaba eternamente escrito en los libros del destino que su pueblo fuera esclavo de Europa. Entonces la constitución turca y la constitución persa demostraron que las sombreadas y dilapidadas arboledas de Oriente no se habían marchitado por completo bajo la energía asesina que vino de Occidente. Y durante la guerra, mientras Europa luchaba, Asia estaba pensando. Las cosas se movían con mucha lentitud en Asia, tanta que los europeos no se daban cuenta y decían que no se veía ningún movimiento; pero llegaría el momento en que las potencias explotadoras se darían cuenta de que no conocían el camino por el cual caminaban. Así se movían las cosas en Asia.

—Míreme—dijo el Sayyid estridentemente—. Cuando era pequeño, pensaba que los europeos eran una raza superior, parecían haber logrado tanto cinco o seis años antes; pensaba que lo mejor que podía pasarle a Persia era ser gobernada por los ingleses. Pero ahora… He estado en todos los países, he escuchado toda su propaganda, he visto el dinero que dan en sobornos, y sus métodos de lucha, he visto todas estas razas de Europa, exaltadas y altamente civilizadas, y sé lo que sé. Y lo que yo sé lo saben los muleros, y los que hacen ollas de barro y los que dan masajes en los baños y los granjeros y los nómadas. No, de buena gana moriría antes de permitir que mi país sea dominado por cualquier nación europea. Y no soy el único.

«En cuanto a los ingleses que hay en Persia… sí, ya sé que son un gran pueblo. Una vez estuve tres días en Londres; llovió todo el tiempo, pero yo salí y observé a esa gente, y supe entonces que eran *braves gens*. Pero aquí no es así, al menos no en lo que nos concierne, y por esa razón lucharé contra ellos, *avec diplomacie*, mientras viva.Y entre los turcos es lo mismo, y entre los árabes es lo mismo, y entre los afganos es lo mismo. Primero nos gustaban los ingleses porque eran mejores que los rusos, pero ahora no hay presión desde Rusia, y los ingleses han cambiado. Y ya no hay tanta resignación en el Islam como solía haber. Europa nos enseña, nos da armas.

Más tarde, mientras recorríamos, poco antes del amanecer, el último tramo del camino a Teherán, el Sayyid dijo de nuevo:

—¿Cuál es el error que cometen todas las potencias europeas en relación con Persia? Se lo diré. Piensan sólo en los grandes personajes. No se dan cuenta de que hay gente pequeña, como yo, doctores, ulemas, pequeños comerciantes, y de que incluso los campesinos hablan de *politik* en las casas de té que hay junto al camino. Los europeos saben que pueden sobornar y amenazar a los grandes personajes, y creen que tienen el país en la palma de la mano. Pero a nosotros, la gente pequeña, no nos pueden sobornar, porque somos demasiados. Si me sobornan o me matan habrá otros cientos que piensan igual que yo y tomarán mi lugar. ¿Qué conseguirán con ello?

Empezaba a amanecer; el ángulo agudo y ascendente de Damavand, la gran montaña que domina Teherán, aparecía bordeado por una frágil banda de oro. El viento era fresco, como de campo nevado.

—Y cuando vuelva a su país—dijo el Sayyid—, no se olvide de decirle a los americanos que en Asia hay gente pequeña.

7

Moharram

DERVICHE

Del lado exterior de la puerta, donde el camino polvoriento se aleja serpenteando entre los árboles y hacia las colinas, hay un viejo vestido de blanco y con un turbante azul. Su barba es densa, como moldeada con plata. Está inmóvil, mirando fijamente al frente con fruncidos ojos de halcón. En una mano sostiene una espada curva; en la otra, que descansa sobre su regazo, tiene un libro. La espada o el Corán. Los cuernos de la media luna hinchada uniéndose en el mundo. Al pasar, la gente le deja piezas de cobre en las esquinas de la alfombra para orar sobre la que está sentado. El viejo está inmóvil, a pesar de los remolinos de polvo, acuclillado junto al camino sobre un trozo de alfombra de Manchester con la cara de un emir llevando el Islam a la guerra santa.

En Persia hay algo sagrado en el hecho mismo de la mendicidad. Un mendigo es un instrumento por el cual un creyente puede cosechar tesoros en el cielo. En el khan de Mianej había un mercader cuya caravana había sido asaltada por bandidos. Tenía un certificado de un mujtahid según el cual Alá lo había desposeído de bienes materiales, y estaba sentado en la recámara superior esperando con paciencia que los viajeros le hicieran obsequios para poder, con el tiempo, reiniciarse en los negocios. Tenía el rostro de un hombre muy feliz, de alguien que ha dejado de luchar contra corrientes adversas. No es por nada que Islam significa sumisión, abandono de sí mismo.

Y en cada casa de té a lo largo del camino uno puede encontrar gente feliz, harapienta y de pies doloridos, hombres de todas las edades y condiciones que han renunciado al trabajo y vagabundean por los caminos

explotando como mejor pueden la santidad de la pobreza. Son, con toda seguridad, la gente más feliz de Persia. No se preocupan por los recaudadores de impuestos ni por los ataques de las tribus de las colinas ni por los bandidos en los desfiladeros. Van por ahí muriendo de hambre y cantando oraciones, resecados por el sol y el viento, llevando epidemias y la palabra de Dios desde el desierto de Gobi hasta el Éufrates. En todas partes hay vagabundos, pero en lo que a grandes rasgos podemos llamar Oriente, ser pedigüeño es un acto religioso. Toda la locura, toda la agitación viene de Dios. Si un hombre pierde a su único hijo o a su amada esposa o sufre cualquier otra calamidad irreparable, se despoja de sus ropas y corre al aire libre y se deja crecer el pelo y camina sin rumbo fijo mendigando y alabando a Dios. Los hombres se vuelven derviches igual que en la Edad Media se hubieran retirado a un monasterio.

En mis recorridos de ida y vuelta a la estación del telégrafo solía reflexionar profundamente sobre estas cosas, durante esas semanas de estadía en Teherán en las que mi bolsa de *krans* de plata había disminuido a un puñado y la cuenta de mi hotel crecía y crecía y cada cable que enviaba pidiendo dinero me costaba el alojamiento de una semana. Eso era en los primeros días de Moharram, el mes de congoja, en el cual no hay música ni baile, el mes de la pasión de Hussein, el hijo de Fátima, hija del profeta. Cada día Teherán se llenaba más y más de mendigos y religión y odio a los extranjeros. Me preguntaba entonces cómo será sentarse debajo de un plátano junto al camino y contar la historia de los mártires Shiah a un círculo de aldeanos, mientras la gente le trae a uno té y arroz y las lágrimas corren por sus mejillas cuando escuchan el relato de los sufrimientos del gran Imán, hijo de Alí, a cuya carne le fue infundida la sustancia de Dios, hombre condenado a la muerte por la falsedad de los hombres de Kufa, perros e hijos de perros, y por las artimañas de Hesitan, el lapidado.

Con el nombre de Alá por todo equipaje, uno podría viajar desde la gran muralla china hasta el Níger con suficiente certeza de recibir comida y a menudo dinero, siempre que uno esté dispuesto a tocar el polvo con la frente cinco veces al día, y a rechazar el ser y también el glamour de Occidente.

Y sin embargo, Occidente logra poco a poco la conquista. El evangelio de Henry Ford sobre la producción múltiple y las piezas intercambiables ganará corazones que antes se enfrentaban con firmeza a Tales y a Demócrito, a Galileo y a Faraday. No hay Dios cuya fuerza pueda resistirse al Suburbio Universal.

LA CASA DE TÉ

En las calurosas tardes, el AE se sentaba en un patio cubierto junto a una fuente donde nadaban peces de colores, bebiendo un vaso tras otro de té y comiendo una curiosa gelatina fresca con sabor a rosas. Había poca gente en la casa de té: de vez en cuando un armenio vestido con ropas europeas, un turco de fez y levita. En el mes de congoja la gente se queda en casa. En una esquina remota, los niños camareros hablaban en susurros. Una fuente titilaba; sonaba el zumbido intermitente de una mosca. Los pocos ruidos eran fallas en el silencio claro y cristalino.

Capturado en medio de la quietud penetrante de las tardes de otoño, el AE se dedicaba a cuestionarse en medio de un continuo y desigual rodeo de formas y medios. En el fondo de una vasta y silenciosa sensación de contento, algo mínimo seguía dando vueltas y vueltas: cómo llegar a Isfahan, como llegar a Khorasan yendo hacia el este, como llegar yendo hacia el este a Kabul, a las montañas afganas, a Cantón, a Frisco. Sacaba un anillo tras otro, pero nunca el anillo dorado que lleva el premio.

Pero a fin de cuentas, ¿para qué quiero yo arrastrarme por Oriente? ¿Qué me importan estos fragmentos marchitos de órdenes antiguos, estas religiones muertas, estas ruinas hundidas entre los gusanos de la historia? Viejos, eunucos sin dientes dormidos al sol. Es en Occidente donde está la vida, la vida terrible, la vida que va destruyendo los brotes de todo lo nuevo entre los basurales de los patios de trenes rusos, en el olor de la gasolina quemada en los talleres de Detroit. Entregarle Samarcanda en una bandeja a esa pequeña niña polaca del funicular de Tiflis.

Como espectáculo de segunda está muy bien, este Oriente que se desvanece. El paso inexpresable, suave, ágil, cadencioso y largo de un camello de dos jorobas; los viejos de barbas carmesí, los enormes turbantes,

blancos, azules, negros, verdes, posados sobre el mango de una herramienta, niños con bucles de pelo que asoman debajo de sus casquetes a la manera de los trovadores, los fantasmas encapuchados de las mujeres, los sombreros de fieltro de domo alto, los harapos chabacanos, las batas de seda color verde loro, árboles del verde violento del manganeso que brotan de las montañas amarillas, los canales de agua rápida, los burros blancos, los domos huevo-de-petirrojo, los campos de amapolas de opio blanco.

Si uno tuviera la edad suficiente y su sangre tuviera la suficiente calma, uno podría disfrutar de estos silenciosos jardines de álamos, de la deferencia con que nos traen el samovar, de las sutiles medias sonrisas sobre el borde de diminutos vasos de té, del resplandor del agua que se escabulle por el canal central de la habitación, de la clara tranquilidad de los patios soleados e inmutables, de la vida sometida sin esfuerzo a lo Escrito.

Pero antes hay cosas que vale la pena probar.

El AE se pone de pie, mareado y con una sensación repentina y ahogada de inacción y sale a la calle donde la penumbra cae aleteando como pedazos de papel de color a través de las anchas hojas de los plátanos. *Hassan, Hussein, Hassan, Hussein…* Una procesión pasa al ritmo de tambores, un paso salvaje de voces ásperas, las bélicas banderas y los estandartes del Islam, la mano de Fátima, la cola de la yegua, la media luna. Es la caravana de Hussein, ese viejo confiado de barba amable, que va de Medina a Kufa en su último viaje. Todavía no hay tristeza, pero sí un sentido de algo que da vueltas sobre sus cabezas, las alas de la perdición que vuelan sobre la débil luz de la penumbra, y en las calles el sonido del tambor y los pies que se arrastran y el áspero grito de triunfo: *Hassan, Hussein*.

Después de todo, ¿tan muertos están estos dioses?

MALARIA

El ingeniero ruso que decía ser dueño de un ford le dio una mirada al termómetro y sacudió la cabeza. La habitación estaba llena de gente que miraba termómetros y sacudía cabezas; una voz llegó desde una gran distancia y dijo:

—Tonterías, me siento muy bien.

La cama era curiosamente blanda, inflada, y flotaba sobre las cabezas del ingeniero ruso que decía ser dueño de un ford y su esposa y el Hotel de France y los gritos que salían a golpes de gargantas de latón: *Hussein, Hassan*.

Había un abismo. La Ciudad Sin Chinches estaba construida al pie de un abismo.

—Insh'allah—dijo el ingeniero ruso—, la ciudad no caerá en el abismo, que tiene ciento cinco grados de profundidad.

Entonces se levantó un gran profeta y dijo:

—*Ah mon ami, j'ai trouvé un poux. Avec le typhus qu'il y a c'est très dangereux*.

—Bismillah—exclamaron los aldeanos—. La ciudad caerá en el abismo.

Entonces habló el profeta:

—La Ciudad Sin Chinches está condenada a caer a la brecha.

—Bismillah—exclamaron los aldeanos—. Debemos llenar la brecha o abismo.

Momento en el cual comenzaron a arrojar sus muebles y posesiones y sus casas y niños y por último a sí mismos.

—*Intra venos*—dijo el Sayyid, con los ojos en blanco y engullendo un vaso de quinina.

Yo estaba acostado, frágil y frío, sobre la tundra pedregosa de mi cama, y el ingeniero ruso que decía ser dueño de un ford estaba explicándome sus planes en un francés cuidadoso. En uno o dos días se abriría el camino a Recht, sobre el Caspio. Riza Khan estaba en este momento limpiando los restos de la República de Ghilan. Entonces iríamos en ford hasta Recht, allí lo llenaríamos de caviar—que en el Caspio se consigue por nada—y conduciríamos de vuelta a Kasvin, Hamacan, Kermanshah y Bagdad, donde los ingleses pagarían un ojo de la cara, nos comprarían al gramo lo que nosotros habíamos comprado al kilo. Lo único que se interponía entre nosotros y la riqueza era un capital de pocos cientos de libras para comprar gasolina. Ahora bien, si yo estaba dispuesto a gastar

en gasolina y caviar la suma que finalmente gastaría en el pasaje a Bagdad, todos llegaríamos a Bagdad sin gastar nada y allí conseguiríamos ganancias considerables.

—¿Pero de verdad es usted dueño de la *voiture* ford?

—Prácticamente. Como si lo fuera.

El viento aullaba y chillaba alrededor de la casa. El patio no podía verse por el polvo. El polvo se filtraba en la habitación a través de cada rendija. Sobre mi almohada había una capa de dos centímetros de polvo fino y blanco. El edificio destartalado del Hotel de France se sacudía y vibraba como si estuviera a punto de caer sobre nosotros. Al final el estruendo se volvió tan terrible que ya no pude escuchar la voz melosa del ingeniero ruso que decía ser dueño de un ford.

De alguna parte del hotel nos llegó un estrépito desgarrado y un chillido. El ingeniero ruso salió corriendo y regresó en un santiamén con su esposa en brazos. Su pelo colgaba como serpientes sobre su cara, y el hombre gorjeaba agitadamente en ruso. El extremo del techo de su habitación se había volado. Era un techo de estaño, y el viento lo sacudía con un sonido de trueno de teatro. No había duda de que la casa entera caería antes de que anocheciera. Me acosté en la cama con la sábana sobre la nariz para protegerme del polvo, y la sábana sobre los oídos para protegerme del ruido, sintiéndome muy largo y frío y débil y cansado, y me fui durmiendo sin ningún esfuerzo, como un tronco en un vertedor.

BAHA'I

Las tres americanas eran misioneras Baha'i: una de Nueva York, una de Chicago y la más joven tal vez de algún pequeño pueblo de los Dakotas. Todas tenían los mismos ojos abiertos de párpados inmóviles y pupilas dilatadas. Estábamos en una habitación larga y negra amueblada al estilo persa mirándonos por obligación. La mujer de más edad habló de las persecuciones de los seguidores de Baha'ullah en Persia desde los tiempos de el Bab, el precursor, martirizado en Tabriz: contó que no era permitido enterrarlos, y cómo no los dejaban ruenirse, y cuántos de ellos llevaban su fe en secreto. Era vieja, su pelo gris y cansado se abombaba sobre su frente,

sobre sus labios grises y endebles y su cara llena de arrugas cansadas. Los misioneros presbiterianos que vivían en la misión, al otro lado del pueblo, no les hablaban porque no eran cristianas. Ignoran que el servicio de nuestro señor El Baha'ullah incluye el servicio de Cristo que fue también un gran profeta y emanación de Dios.

Otra de las mujeres era médica. Su cara era delgada y firme, y vestía con elegancia. Habló de los sufrimientos de las mujeres, de su floja ignorancia, sus vidas marchitas en la penumbra acaramelada del *anderun*, las enfermedades que había entre ellas y la dificultad con la que tenían hijos.

La más joven había llegado recientemente a Teherán. Su conversación estaba llena de milagros. Había subido desde la costa en invierno. Le habían dicho que intentar algo así era correr un riesgo mortal. Pero la muerte no tiene poder alguno sobre los siervos de la luz eterna. Había cruzado sola un desfiladero nevado que ni siquiera los kurdos se atrevían a cruzar en invierno; cuando llegaba a un vado, el río crecido se encogía en sus orillas; en el camino, los bandidos habían matado a todos los viajeros, salvo a ella; a cada paso había sentido la mano de Dios apoyándola, evitando que su mula tropezara, apartando los designios de los hombres malvados.

Cuando me despedí de ellas, ya era oscuro. Una procesión estaba pasando: primero unos pocos hombres vestidos como árabes a caballo, después viajeros con camellos cubiertos de gualdrapas chabacanas, después hombres con lámparas doradas de muchos brazos, después, tras un estandarte de acero parecido a una espada grande y doblada por el peso de una borla dorada que le colgaba de la punta y destellaba con la luz de las lámparas, los penitentes de cuatro en cuatro, golpeándose el pecho al unísono, hombres altos y negros con ojos sanguíneos, golpeándose el pecho al unísono al ritmo del grito entrecortado y agónico, *Hussein, Hassan*.

Era ése el ritmo latente que yo había oído en la distancia, que tanto me había inquietado, mientras escuchaba a las misioneras hablar de la dulzura y la tolerancia y el amor fraternal de Baha'i. Desde mi habitación de hotel, donde me encontraba leyendo una traducción francesa vieja y falseada de

Eurípides, aún podía escuchar—a veces desde una dirección, a veces desde otra, estremeciéndose a través del aire polvoriento de la noche de otoño—los golpes de pecho de los dolientes que seguían la caravana de *Hussein*.

HUSSEIN

Hussein, el hijo de Fátima y Alí, nieto del profeta, abandonó Medina y viajó a Kufa, ciudad de los primeros médicos del Islam, donde su padre, Alí, Señor de Todo el Mundo, había sido apuñalado hasta la muerte. Yazid era califa en Siria y estaba planeando envenenar a Hussein igual que había envenenado a su perezoso hermano, Hassan. El pueblo de Kufa le había propuesto, como único nieto sobreviviente de Mahoma, ser su califa. En el primer día de Moharram, el pequeño grupo del imán Hussein fue interceptado por Harro, que había sido enviado desde Kufa por los oficiales del califa para anunciar que Yazid era dueño de la ciudad y que los musulmanes partidarios de Hussein habían sido asesinados. Hussein viajaba con unos pocos esclavos y con su esposa y sus hijos. Una de sus esposas era una persa, hija del último rey sasánida. Harro, avergonzado por su encargo, regresó a Kufa para pedir que le fuera permitido al imán volver a Medina. El grupo de Hussein viajaba lentamente durante la noche, pues el calor era excesivo. Hussein dijo:

—Los hombres viajan durante la noche y el destino viaja hacia ellos. Sé que éste es un mensaje de la muerte.

A la manera árabe, siguieron parlamentando sin parar hasta que en el noveno día del mes la caravana de Hussein acampó en Kerbela, una pequeña loma junto al Éufrates. El ejército de Amr ben Saar los rodeó; tenían orden de Yazid de matar a los hombres y traer a las mujeres a Damasco. A último momento, Harro y sus hombres llegaron al campamento para morir con los santos varones. Esa noche acordonaron las tiendas de campaña e hicieron un pozo lleno de leña para que pudieran ser atacados sólo por el frente. Hussein lamentó amargamente haber traído a las mujeres y a los niños. No tenían agua.

Por la mañana Amr ben Saar atacó. El grupo de Hussein era netamente inferior en número. Al mediodía, cansado de luchar, Hussein se sentó un instante junto a su tienda y puso a Abdullah, su niño menor, en su regazo. Una flecha mató al niño. La sed se volvió insoportable para todos. Alí Afear y Alí Asgar, los dos niños mayores de Hussein, trataron de correr hacia el río para traer agua. Fueron asesinados. Al final Hussein en persona fue al río. Al principio los hombres del califa no se atrevieron a atacarlo, pero al agacharse para beber, una flecha lo alcanzó en la boca. Entonces los hombres del califa lo atacaron por todos lados. Treinta lanzas lo atravesaron y Amr marchó con su caballería una y otra vez sobre el cuerpo hasta que lo hundió en el barro del río. La cabeza fue enviada a Damasco.

Y en el último día, Alá, cuando esté a punto de mandar al infierno a toda la humanidad, impertérrito ante las súplicas de Mahoma y de Isa ben Miriam y de Moisés y de los doscientos setenta mil profetas, recordará los sufrimientos de Hussein, el martirio de su mente y los lamentos de sus mujeres y la muerte de sus hijos y su sed en las tiendas de Kerbela, y sus ojos se llenarán de lágrimas y todo aquel que haya llorado por Hussein, que haya sangrado por Hussein, que haya sufrido algún dolor por Hussein, será salvado, y entrará en los jardines, los fértiles jardines donde las huríes eternamente vírgenes esperan bajo árboles eternamente verdes.

En Teherán el diez de Moharram amanece lleno de terror y tristeza. Durante toda la noche ha habido turbulencia en las calles, antorchas y cantos y el sonido hueco de pechos azotados al unísono. Con las primeras luces, las calles se llenan de portadores que ofrecen vasos de agua a los paseantes en memoria de la terrible sed que sufrieron los hombres en las tiendas de Kerbela. En este instante Hussein recibe la primera carga de los jinetes de Amr, la primera descarga de flechas.

La multitud más densa está en una gran plaza del bazar. Sobre un techo se han dispuesto sillas para los cuerpos diplomáticos, europeos vestidos de levita y uniforme, de chaleco blanco y trajes Palm Beach como si fueran a una fiesta de jardín, damas de vestidos pastel, todas vigiladas por un pequeño contingente de gendarmes de Riza Khan. Al salir de los callejones

cubiertos de los bazares se escuchan, en todas direcciones, los tambores ahogados y el grito ronco y entrecortado: *Hassan, Hussein, Hassan, Hussein*.

Pasan oficiales de los cosacos y la gendarmería, con paso lento y la cabeza gacha, llevando sus caballos por la rienda. De vez en cuando se ven lágrimas que resbalan por una mejilla color tabaco. Los arneses tintinean, los estandartes resplandecen bajo el sol; y la mano de Fátima, la media luna con la cola de la yegua, las banderas verdes y anaranjadas, los penitentes de túnicas negras que azotan sus pechos desnudos, llenan la plaza con un extraño lamento, ronco y hueco. Tras el artefacto de láminas de acero lastradas por ornamentos dorados van hombres vestidos con taparrabos, con pinchos y dagas clavados en el cuerpo y ornamentos con púas que cuelgan de sus hombros desnudos, hombres que parecían haber sido ensartados con lanzas y flechas, sudorosos y polvorientos bajo el sol. Enseguida, detrás de ellos, dos largas filas de hombres y niños de velos blancos envueltos en cadenas; cada uno sostiene en su mano izquierda el cinturón del de delante y con la derecha se azota con una espada la cabeza rasurada y desnuda. La fila avanza lentamente, balanceándose, gruñendo, azotando. La sangre corre por caras y cuellos y forma coágulos con el polvo sobre los velos blancos. Hay un olor a sangre y a sudor agónico. De todas partes viene el grito continuo, ronco y ahogado: *Hussein, Hassan, Hussein, Hassan*. El sol perpendicular resplandece sobre las espadas, sobre las hojas tambaleantes de los estandartes, y va a enconarse en la madera ennegrecida. *Hassan, Hussein*. Quienquiera que llore por Hussein, que sangre por Hussein, que muera por Hussein.

8

Sobre la ruta de los peregrinos

YO DARIUS REY DE REYES: así comienza la inscripción sobre las esculturas de la gran roca de Bisitun. En la luz tenue de la tarde, apenas podíamos ver los contornos inmensos de las figuras. A cada lado de la gran montaña se levanta un pico, cada uno cortado en vertical, que forman, según dicen los kurdos, la silueta de una casa con una parhilera rota. En el precipicio más alto, manchado de ocre y cubierto de liquen, se pueden distinguir las gigantescas figuras de unos hombres barbudos. Los arqueólogos que se descuelgan en cestas desde la cima del precipicio aún pueden leer las fanfarronas inscripciones cuneiformes: Yo Darius rey de reyes…

Este camino, que va desde Hamadan (que tal vez fue Ecbatana) hasta Kermanshah y el desfiladero de Taqi Garra, esa vasta escalera que lleva a Irak, es uno de esos caminos por los cuales han marchado los grandes desfiles de la historia. Las rocas están gastadas y hendidas por los pies de incontables generaciones de hombres y animales. La gente ha hecho garabatos sobre las rocas por todas partes. Un curioso respeto por la historia cuelga de estos precipicios, sobre estos valles, sobre los lechos pedregosos de estos ríos. En el eco de los desfiladeros, los gritos de los elamitas y los soldados del Gran Rey parecen rugir todavía en la distancia, entre las maldiciones de los soldados ingleses y el ruido de cascos de la caballería rusa.

En estos últimos años la Historia ha regresado a esas regiones en la forma de tres ejércitos devastadores. Los turcos y los rusos pelearon aquí durante toda la guerra. En 1918 los ingleses atravesaron por aquí en medio de su campaña petrolífera, construyendo o más bien reconstruyendo el camino a medida que avanzaban. El resultado es que apenas hay un khan o un pueblo en pie; el desierto, heredero de los grandes desfiles de la historia,

se ha ido tragando toda la tierra arable; en un día de recorrido a bordo de un ford estropeado uno no encuentra más comida que un tazón de leche agria, si está de suerte, en la tienda de una familia de kurdos itinerantes.

El camino está lleno de peregrinos de Persia y el mundo Shiah, pues ésta es la mejor época para viajar; los ríos están secos, todavía no hay nieve en los desfiladeros y en las tierras bajas de Irak comienza a hacer frío. No puedo imaginar cómo comen, en especial las familias alegres y polvorientas que uno ve recorriendo el lugar a pie, porque el armenio y yo, por más monedas tintineantes que llevemos, nos consideramos afortunados si logramos encontrar una comida al día. Estos peregrinos están de camino a las Ciudades Santas de Irak, Kazimain y Samarra y Nedjef y Kerbela, lugares de entierro de los imanes, hombres que no hacen sombra, cuyas almas son el cuerpo de Dios. Los ricos a lomos de un caballo o de una mula, las mujeres dando tumbos sobre literas de camello, los pobres a pie o en burro, las caravanas con los pequeños ataúdes blancos de los muertos que serán enterrados en tierra sagrada. Una y otra vez pasamos a su lado, salpicándolos cuando hay barro en el camino, dándoles de comer polvo del camino, mientras el ford salta y se ahoga como un perro con tres patas, pues el armenio que conduce habla inglés y lleva un uniforme de oficial británico mal disimulado, y siente como propio el triunfo de la Cruz y los aliados sobre el turbante y los hunos.

Una noche, en el caravasar de un pueblo ruinoso cuyo nombre no recuerdo, ocupábamos una pequeña celda cuya puerta habíamos bloqueado con el coche. El armenio me había dejado allí para que vigilara nuestras cosas y se había ido a improvisar algo de comida. Me acuclillé sobre el techo bajo, agachándome para no derribar una de las bolas de vidrio frágiles y destellantes: las estrellas que colgaban del techo vidrioso, azulado e intenso del cielo nocturno. El patio estaba lleno de pequeñas hogueras alrededor de las cuales estaban sentadas las figuras inmóviles de los peregrinos; hablaban en voz tan baja que uno podía oír el masticar de los caballos y las mulas en el establo. De vez en cuando gruñía un camello. Me llegó un olor de palos secos quemándose, y, del *kahwe* debajo de la puerta, un sopor de opio. Todo estaba hecho de vidrio o de hielo; uno apenas se atrevía a respirar en la intensa fragilidad del momento.

El norte y el sur y el este y el oeste eran presencias intensas e incorpóreas, como el ser que uno solía imaginar tras las cortinas cuando era niño. Las cuatro direcciones eran puntas de tortura que nos ensartaban como las espadas de Nuestra Señora de los Dolores. ¿Por qué es tan distinto ir hacia el este de ir hacia el oeste; por qué es feliz el sur y desgraciado el norte?

Hubo en el aire un soplo de carne chamuscada y el armenio apareció abajo con algunos pinchos de *kebab* en la mano, y un pliegue de pan y un melón bajo el brazo. Comimos y caímos dormidos al instante.

A la mañana siguiente, el patio estaba vacío. Los peregrinos se habían escabullido antes del amanecer. Un trago de té, y nos pusimos en marcha. Ése era el día en que íbamos a descender mil doscientos metros por el gran desfiladero que lleva al Messpot. Me picaba el cuerpo y me sentía deprimido. Los nombres de esas ciudades que no había conocido zumbaban como mosquitos en mis oídos. Kabul, Herat, Khorasan, Isfahan, Shiraz. Bagdad no podría compensarlas. Bagdad, además, tenía un sonido alemán, olía a artículos en el *Nation* acerca del problema de Oriente Próximo, olía a Jardines de Invierno. ¡Ay, esas Mil y una Noches color de rosa!

> Y las damas del harén
> Sabían llevarlas muy bien
> En la antigua Bagdad de Oriente.

Después de todo, ¿de qué servía viajar a un lugar que se había establecido tan definitivamente en Berlín y Nueva York? Bagdad estaba en los planes más secretos del Estado Mayor alemán, en los almacenes de Kake y Lee Shubert, en las bóvedas de la Anglo-Persa. ¿Por qué molestarse en perseguirla por las orillas del Tigris? Después de todo, entre los ríos todavía eran visibles para los extranjeros las ruinas del Jardín del Edén y la higuera misma de la cual Adán y Eva arrancaron las hojas con las que dieron forma a la decencia, la moralidad y el vicio. Eso era algo para lo cual valía la pena esperar.

Mientras tanto el ford iba rodando. Rebasamos a todos los peregrinos que habían pasado la noche en el caravasar. La llanura seca y ondulada se volvía difícil, se abrían barrancos en la tierra. De repente, la llanura

comenzó a fluir a través de un espacio entre las colinas. El camino fue absorbido también, y empezamos a bajar por un valle cada vez más amplio, cada vez más empinado. El valle se estrechaba, se volvía desfiladero, y nos vimos bajando en zigzag por la pendiente escarpada de una montaña. Abajo, las colinas caían como pliegues, como enormes escalones, hacia una serie de horizontales rayadas y azules.

—¿El mar?

—El Messpot—dijo el armenio—. Más allá, Bagdad.

En Kasr Shirin todo el mundo parecía creer que yo tenía una prisa horrible. Era un agradable pueblo blanco y rosa con porches que se sostenían sobre columnas delgadas y embadurnadas de blanco. Yo quería esperar y comer algo, quedarme un poco y visitar el pueblo, pero todos parecían creer que perdería el tren si esperaba un segundo, así que antes de que me diera cuenta me habían puesto en un vehículo con tres gendarmes armados con rifles y despachado, según me pareció, hacia Khanikin.

El vehículo era tirado por dos mulas, y se parecía un poco a las imágenes de las camas de los reyes merovingios tiradas por bueyes que había antes en los cromos *bon point*, y que nos daban cuando habíamos aprendido bien la lección de francés. Tenía la forma de un vagón de muelles —pero no tenía muelles—con techo y cortinas laterales delicadamente enganchadas. La madera estaba pintada de rosa y azul y flores moradas. Dentro, el oficial de gendarmería y yo cabíamos acostados a todo lo largo, espalda con espalda, con la cabeza apoyada elegantemente en las palmas de las manos, mientras los dos hombres de guardia se acuclillaban a nuestros pies. El conductor caminaba al lado y maldecía a las mulas.

Así fue como me enseñaron, con esplendor digno de Sheba (pero a regañadientes por mi parte), la salida de Kasr Shirin y de Persia.

A través de una alborotada región rosa y violeta, de erosionadas lomas color naranja, de desiertos bermellones y del lecho pedregoso de un río. Ni una brizna de verde; tan sólo esa confusión de colores minerales desmoronados en el estruendo metálico del sol de la tarde. El vehículo caía y se sacudía en los surcos de la pista agrietada; un polvo rosa colgaba sobre nosotros, y al final, sacudidos y sedientos y hambrientos y zarandeados, llegamos a la cabeza del ferrocarril, el punto de partida hacia todos los

puntos de partida. En una parcela de polvo aplastado rodeada por barracones amarillos, unos viejos vendían melones; más allá había otros barracones, junto a una vía de servicio donde descansaban tres furgones sin acoplar. Todo ello, rodeado por una sucesión de cercas de alambre de púas. Ésa era la estación de cuarentena de la frontera iraquí.

Los gendarmes persas cargaron con mi hipopótamo y me escoltaron solemnemente al interior del edificio de la estación, y allí me dejaron; el vehículo arrancó, y me quedé solo con las moscas. Horas después encontré al *babu* jefe de estación. Era un hombre pomposo y severo. La hora no era igual que en Persia, tampoco el dinero; esto no era Khanikin; en ninguna parte se podía conseguir algo de comer. Así que me senté sobre mi hipopótamo en la sombra, junto a la puerta de la estación, y traté de comerme mi sandía antes de que se la comieran las moscas, sintiéndome más y más pegajoso, más y más polvoriento, más y más solo. Sobre la vía de servicio, un vago círculo de nativos sin carácter salidos de Kipling.

Al final llegó una locomotora negra y acezante arrastrando tres vagones grises con persianas, y expeliendo por cada hendidura el olor del vapor y del aceite y de la máquina, el olor que me traía a la memoria todas las terminales, el antiguo Seventh Street Depot en Washington y la Grand Central y la South Station y la Gare St. Lazare y la Gare d'Orléans y la Gare de Lyon y la Estación del Mediodía y la Bahnhof de Estrasburgo. ¡Ah, las comidas de los restaurantes de estación, y el café y las bebidas a medianoche en los pequeños bares que hay cruzando la calle! El guiso de ostras en Grand Central y los *langoustines* frente a la Gare St. Lazare, las comidas engullidas en Bobadilla y las castañas y churros del final de la calle de Atocha, las perdices con pepinillos y los caracoles pasados con manzanilla, todas las últimas comidas en las ciudades terminales, comidas mezcladas con el olor del vapor y el golpe y silbido, golpe y silbido, golpe y silbido de las locomotoras. Caramelos cigarros cigarrillos… Compren un buen sándwich de pollo, barras individuales de puro helado casero Horton's… No hay ventas después de que se vaya el tren… Ah, incluso los sándwiches de papel y el olor a pañal del New York, New Haven & Hartford.

Y no podía hacer nada más que quedarme allí sentado en la oscuridad entre el escándalo de mis memorias, y atragantarme de sandía y observar, en la luz débil de la única lámpara de la estación, a los peregrinos de Persia, que al cruzar la línea mágica del dominio británico habían perdido su alegría, la dignidad de sus rasgos y de sus gestos, la elegancia de sus harapos y sus sombreros de fieltro, y al entrar apiñados al tren sudoroso se habían convertido en meros nativos sin rasgos salidos de Kipling.

Al final, con el estómago disgustado por demasiada sandía, alarmado por lo que me había dicho un doctor francés—*Monsieur, en Iraq il ne faut pas abuser des pastèques*—, me repantigué sobre la manta Tabriz y me quedé dormido.

Desperté frente a un inglés que me ofrecía un trago; el tren estaba en Khanikin; el hombre había viajado desde unos yacimientos de petróleo en algún lugar del norte. Nos quedamos despiertos y bebiendo en la luz débil del coche cama, hablando de los yedzis. Todos sus trabajadores eran yedzis, adoradores del diablo. Estaba intentando recopilar información sobre ellos, aunque era muy difícil encontrar algo concreto. El culto se centraba en un pueblo o una tumba llamada Sheik Aadi, cerca de Mosul. Se suponía que eran los últimos restos de una secta maniquea. Tenían un libro sagrado, pero leer y escribir les estaba prohibido. El nombre Sheitan era sagrado, y los sonidos *s* y *sh* habían sido eliminados de su lenguaje. Se suponía que tenían fiestas promiscuas en ciertas noches como aquellas que los romanos gustaban de adscribir a los primeros cristianos. Siempre llevaban a cabo las labores más bajas posibles, arreglaban caminos y se ocupaban de los desperdicios orgánicos, y algunos, los más ricos, eran horticultores. Se suponía que creían en las siete emanaciones gnósticas de Dios, pero adoraban a Sheitan como señor de este mundo en la forma de un pavo dorado.

Finalmente, no hubo más whisky ni sandía ni cosas sobre los yedzis, y nos fuimos a dormir. Cuando desperté, el inglés se había ido. El sol se alzaba sobre una vasta llanura polvorienta y sin árboles como un patio trasero de Nueva York, que se extendía en todas direcciones con un gris homogéneo como de barco de guerra, sin colinas ni casas ni la menor esperanza de un desayuno.

9

Bagdad Bahnhof

ÁNGELES SOBRE RUEDAS

Te sientas en un jardín justo fuera del American Bar sobre la orilla del Tigris bajo unas palmeras escuálidas. A los pies de la gran orilla de barro, el Tigris corre casi del color de una cáscara de naranja en la luz de la tarde. En una hoguera de tallos de palmera, un árabe con las faldas subidas fríe patatas de Saratoga en una gigantesca sartén de grasa hirviendo. Tan rápido como las fríe las reparte en platos a anglosajones imprecisos y vestidos de caqui que aguardan lánguidamente bebiendo cerveza japonesa y hablando de la malaria, la fiebre del mosquito y la disentería. Por la rápida corriente del río navegan unos botes redondos hechos de mimbre y piel (ver Jenofonte), girando al pasar. De vez en cuando, una barcaza larga con un faro en la proa aparece como disparada por debajo de un puente modelado sobre aquel que usó César para cruzar el Rin. En el acto de beber un vaso de cerveza japonesa, el día se ilumina de amarillo como una lámpara de canalones y al extinguirse deja sólo la noche, los faroles de las barcazas deslizándose, las luces sobre el arco del puente y el denso cielo caldeo repujado de estrellas.

Desde muy lejos, en el otro lado del río, llegan el silbido de una locomotora y el azote de furgones relegados. Los Ferrocarriles de Bagdad. Las locomotoras de fuel silban burlonamente más allá de los horizontes de barro. Oh, interminada Bagdad Bahn, la que debía unir al sultán Shah Mulay Wilhelm Khan Pasha con sus dominios occidentales… Terror de los coroneles cobardes del servicio indio, Moloch engordado con vidas humanas, fantasma de ruedas pálidas que enviaba expresos desquiciados durante la década de 1890 y hasta bien entrados los años del nuevo siglo,

sólo para que se hicieran pedazos de una vez por todas en el brutal descarrilamiento de la guerra. Aún ahora la visión apocalíptica de esas ruedas de fuego que unían la India con Constantinopla, Viena, Zurich, Berlín, Ostende, flota sobre nuestras cabezas como un ángel codicioso y vengador, mientras nosotros, en la oscuridad de la orilla del Tigris, bebemos cerveza japonesa y comemos patatas fritas de Saratoga hechas por un árabe en una hoguera de tallos de palma. A través del cielo denso, los viejos dioses de Caldea observan sin parpadear el río y el puente y los vagones del personal y los barracones y los patios de los trenes cubiertos de basura y las cercas de alambre de púas y las trincheras y las fábricas de soda y los bazares desocupados y los teatros de películas y los grandes campos de refugiados, desordenados y malolientes.

—Pues bien—dice el gordo de Illinois que ha venido a comprar intestinos para las fábricas de embutidos de Chicago—, puede que algún día sea el Chicago de Oriente Próximo… De todas formas tendrá que haber un auge antes de que me decida a invertir en bienes inmuebles…

—Quién sabe… si me ofrecieran las parcelas cerca de la estación… —dijo el armenio de St. Louis.

Ya no hay más patatas de Saratoga. Estamos cansados de cerveza japonesa. La hora del cóctel está comenzando en el bar. Estoy solo en la oscuridad, bajo las palmeras escuálidas. A lo lejos se escucha la risa desquiciada y ululante de las locomotoras.

Y también Ezequiel, junto al río Chebar, en medio de marismas, vio ángeles sobre ruedas:

Parecían de ardientes tizones de fuego y parecían lámparas… y el fuego era luminoso, y del fuego surgía el rayo… La apariencia de las ruedas y su impulso era del color del berilo, y las cuatro tenían una semejanza: y su apariencia y su impulso era cual si fuesen una rueda en medio de una rueda.

En cuanto a sus anillos, eran tan altos que provocaban espanto, y sus anillos estaban cubiertos de ojos alrededor de las cuatro ruedas.

Y cuando las criaturas del mundo iban, las ruedas iban con ellas.

El ingeniero escocés detuvo el tren amablemente para que Kut me dejase bajar en Babilonia. En la llanura gris el solitario apartadero era como dos largos resplandores de sol. En todas direcciones había lomas pedregosas de polvo y trozos de cerámica que—podría decirse—son rastros de paredes, bloques de edificios, zigurats. Esto debía de ser a la altura de la Calle 125. Jeremías tenía sin duda la información correcta acerca de Babilonia:

Y secaré su mar y secaré sus fuentes. Y Babilonia yacerá desplomada, y será morada de dragones, un asombro y un silbido, sin un habitante.

E Isaías:

Y Babilonia gloria de los reinos, gloria de la excelencia caldea, será como cuando Yavé arrasó Sodoma y Gomorra.

Jamás será habitada, ni nadie morará en ella, generación tras generación; ni levantará en ella su tienda el árabe; ni harán sus rediles en ella los pastores:

Pero las bestias salvajes del desierto yacerán en ella; e invadirán sus casas criaturas compungidas; y las lechuzas morarán en ella y los sátiros danzarán en ella.

Y las bestias salvajes de las islas llorarán en sus casas desoladas, y los dragones en sus lugares…

Así como cesó el opresor, cesó también la ciudad dorada.

—*Morgen*—dijo el líder de un grupo de golfillos andrajosos y polvorientos que comenzaron a conducirme al centro de la ciudad—. *Bonjour*… Yo conocer Babilonia… Nada sirve.

Los demás mantenían un coro de *Floos, meester*, y bailaban a mi alrededor con las palmas mugrientas hacia arriba, los sátiros de Isaías, sin duda. Así que procedimos a escarbar en montañas de basura durante horas bajo el sol del mediodía hasta que llegamos, en la región del Times Square, a la Puerta del León y a los cimientos de los grandes salones adoquinados que, se supone, son aquellos en los cuales Baltasar dio su famosa fiesta.

Por fin, chorreando sudor y con la boca cerrada por el polvo, me desplomé bajo una palmera, frente al agua estancada que alguna vez fue la corriente principal del Éufrates, pensando en la peculiar efectividad de las maldiciones que Jeremías había ordenado a Seraías, el «príncipe callado», escribir en un libro, para luego atarlo a una piedra y arrojarlo al Éufrates de forma que la suerte de Babilonia se hundiera como se hundió la piedra.

—Por Dios que me gustaría un vaso de cerveza—murmuré casi en voz alta para mí mismo. Los golfillos, con las palmas aún extendidas, se sentaron en círculo a mi alrededor.

—*Glas bier*—exclamó el líder de la pandilla—, *subito*.

Y salió corriendo entre las palmeras en dirección al pueblo de barro.

Regresó poco más tarde con una botella de Münchner Exportbier, fresca y cubierta de gotas condensadas, y unos dátiles atados en un pañuelo color de rosa. Por cortesía de Jeremías, sí señor. Y no era ningún espejismo. Cuando hube vaciado la botella, el golfillo dijo con optimismo: *Noch einmal*, y corrió a buscar otra. Revivificados por Münchner, los jardines colgantes comenzaron a sacudirse el polvo. Bel y Mardruk estaban de nuevo sentados en sus habitaciones estrelladas, en la cima de sus templos rascacielos. Las chicas de Ishtar comenzaron de nuevo a cantar con su dulce voz entre las palmeras. La canción que cantaban era «Deutschland, Deutschland, über alles».

DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA

Como en la Roma antigua, en Bagdad el amanecer es la hora de las visitas. Bostezando, mi guía me condujo a través de muchos senderos que aún conservaban el frío de la noche, a través de arcos estrechos y derrumbados, por pasajes entre agrietadas paredes de barro, hasta llegar a un tramo de escaleras empinadas que se abría en el grosor de una pared. En una pequeña habitación del descansillo, esperé mientras el guía seguía adelante por una puerta turca de madera tallada. Regresó en un momento y me hizo pasar a una habitación alfombrada y vacía.

—¿Y el Sheik Cómosellama?

El guía palmoteó el aire con la mano.

—*Shwaya… shwaya*.

Nos sentamos en la jamba de una pequeña ventana. Abajo, el Tigris fluía rápido y marrón, cubierto por una capa de niebla azul.

—Hoy—prosiguió el guía—la vida es muy peligrosa para un patriota en Irak… Antes ayudamos con gusto a los ingleses a pelear contra los turcos. Pero ahora es distinto. Los ingleses son como el viejo del mar: al principio muy livianos, pero se van poniendo más y más pesados. Y si un hombre importante se les opone… *shwi*… Cokus lo invita a tomar el té… y mañana despierta de camino a Ceilán. Este gran hombre al que venimos a ver esta mañana tiene mucho miedo de que un día Cokus lo invite a tomar el té.

Al final, un niño con un pañuelo rojo en la cabeza nos hizo pasar a un vestíbulo largo y sencillo con alfombras en el suelo y largos cojines en los bordes. Tras los titubeos y obsequiosidades requeridas, nos acomodaron contra la pared del fondo, cerca de un viejo caballero de ropas color gris paloma con una hermosa barba de oro y de plata; bebimos café, y finalmente empezó a hablarme a través del guía. Hablaba con una voz grave y cálida mirando al suelo, de vez en cuando acercándose unos dedos largos y morenos a la barba, sin tocarla. Cuando hacía una pausa para que el guía tradujera, nos miraba intensamente, y noté que tenía ojos azules.

En América, según había oído, habíamos tenido a un gran Sheik Washiton que había escrito un libro declarando la independencia de América de los inglizi hacía muchos años. Desde entonces habíamos seguido los preceptos del Profeta en cuanto a creer en un solo Dios y prohibir el consumo de vino. Todo eso estaba muy bien. Y ahora, para el nuevo juego europeo de la pólvora, habíamos enviado a otro Sheik, mister Vilson, que había declarado en los Catorce Puntos de Baries que todas las naciones eran libres, iguales e independientes. Eso también estaba bien. Si no hubiera sido ésa la voluntad de Dios, habría creado una sola nación en lugar de varias.

La nación árabe, compuesta por creyentes moradores de Bagdad y Damasco, había ayudado de buen grado a los inglizi y fransawi a expulsar a los osmanli que antes eran los opresores y ahora se mostraban ansiosos por mantenerse en paz y amistad con todo el mundo, según las palabras de

mister Vilson. Pero los aliados no habían actuado de acuerdo con las palabras de mister Vilson ni de acuerdo a los principios del Sheik Jurij Washiton. Eso no era bueno. Los fransawi habían expulsado y encarcelado a patriotas árabes en Damasco, y ahora los inglizi, rompiendo la palabra empeñada, estaban tratando de convertir en esclavo al pueblo de Irak. Los inglizi pensaban que podían tratar a los árabes de Bagdad y Busra y Damasco como habían tratado a la gente del Indo. Se encontrarían con que los árabes son de material más resistente. Habían intentado engañarlos con reinos de mentira, cuando hasta el portador más bajo del bazar sabe que Feisal y Abdullah, incluso el rey del Hedjaz en persona (a pesar de su dominio sobre las ciudades sagradas), no tenían poder fuera de las armas de los inglizi.

El americai debía contarles a sus compatriotas que el pueblo de Irak continuará luchando por su libertad y por los principios anunciados por Sheik Washiton y mister Vilson. La última revuelta había fallado porque estaba mal preparada. La próxima vez… Su voz se elevaba, cada vez más despectiva.

Cuando nos paramos para marcharnos, nos acompañó a la puerta. Le pedí a mi guía que preguntara por el plebiscito. El viejo rió. Ah, sí, habían repartido papeles en el bazar, pero ya iban impresos con el voto a favor del mandato, para que el ignorante votara por el gobierno aun sin saberlo. Pero sólo los judíos, y alguna gente ignorante, habían votado; de todas formas, ¿quién que conociera sus letras y sus leyes se rebajaría a votar?

Oh, autodeterminación, ¿dónde está tu veneno?

DESVENTURAS CON UN CÓNSUL

Debido al espejismo, y la dificultad de seguir el camino a través de los espacios de viejos canales, el representante del Águila que Grita y yo llegamos muy tarde a Samarra, tras conducir el ford durante toda la tarde por la llanura desnuda y pedregosa de *la tierra que han estropeado los ríos*, donde uno pasa constantemente por montones de escombros de ciudades y torres. Era casi de noche cuando cruzamos en el *ferry* loco y vimos, a lo lejos, la silueta del gran zigurat, parecida a la torre de babel en las antiguas

Biblias ilustradas. Pisándonos los talones venía el Consejero en su potente coche para averiguar qué diablos estábamos haciendo. Todos fuimos a la casa del *kaimakom*, donde nos fueron asignadas habitaciones recién amuebladas por Maple's en el más ordinario estilo europeo. La cena fue espléndida. El punto culminante de la velada llegó cuando el kaimakom, muy estimulado por licores ardientes (es el vino lo que prohíbe el Corán) ungió nuestras cabezas con brillantina. El representante del Águila que Grita era un hombre muy alto que ni bebía ni fumaba. Estaba sentado muy recto, sosteniendo en la mano un vaso de arrak sin probar, y con la brillantina resbalándole por la cara mientras el kaimakom le aplicaba un champú. El Consejero, que había traído su propio whisky y se había sometido alegremente a la operación, estaba recostado en su silla, rojo como un gaznate de pavo. Fue una magnífica cena.

Fue al día siguiente, por la tarde, en el camino de regreso a Bagdad, cuando definitivamente nos equivocamos de camino. Al caer la noche nos habíamos quedado sin gasolina. Nos quedamos calados en un sendero que alguna vez podía haber sido un camino, entre el Tigris y el Éufrates. Después de mucho jaleo, pues se suponía que no era seguro andar fuera de los pueblos por la noche, dejamos al representante del Águila que Grita comiéndose una sandía y partimos en busca de un pueblo bastante mítico en el cual quizá podríamos encontrar un bote de gasolina.

Id, veloces mensajeros, a una nación dispersa y despojada, a un pueblo terrible desde sus inicios: una nación castigada y pisoteada, cuya tierra han estropeado los ríos.

Es fantástica la forma en que este país está saturado de Biblia, en que estas desoladas casuchas de barro y montañas de basura han sido abrasadas y calcinadas por las lenguas maldicientes de los profetas hebreos.

Pues bien, el oficial consular, Abdullah, y yo comenzamos a buscar un bote de gasolina. Él era un hombre emacerado y moreno de rostro preocupado y paso largo y alerta. Caminábamos hacia el este, alejándonos del camino, hacia unas luces débiles que podían ser un pueblo. Era extraño caminar por la superficie picada de una llanura. Había estrellas, pero no parecían dar luz. De vez en cuando un viento fresco y polvoriento nos soplaba en la cara, un viento que no olía a nada. Caminábamos y

caminábamos a través de una vacuidad de la cual se habían retirado los colores y los olores como se retira un caracol en su concha. En silencio, caminábamos y caminábamos. Abdullah puso su mano sobre mi brazo. Nos detuvimos en el acto. El suelo se hundió bajo nuestros pies. Recordé haber visto canteras o minas de cal en alguna parte del camino el día anterior. En la penumbra distinguíamos un parpadeo de luz. Nos llegaba el olor del humo de la madera quemada. Gateando y resbalando bajamos por la pendiente hasta una especie de sima de barro; Abdullah caminaba delante y yo intentaba seguirlo como podía. Nos detuvimos frente a un horno encendido. El humo se arremolinaba a nuestro alrededor. Al no encontrar a nadie, escalamos de nuevo hasta llegar al nivel de la llanura. Comenzamos a escuchar los ladridos de perros parias; al acercarnos al pueblo los perros nos olieron, y avanzaron hacia nosotros, aullando en manada. Distinguimos unas chozas de barro y caminamos hacia ellas con los perros en los talones, ladrando y gruñendo.

Un anciano adormilado se asomó por una puerta y nos enseñó el camino hacia Kazimain. Durante largo rato seguimos el camino, hasta que el camino desapareció y nos dejó de nuevo avanzando a tropezones por la superficie desigual de la llanura. Era desalentador. Pasó cerca de una hora antes de que nos encontráramos caminando por una vía secundaria. ¡La buena de Bagdad Bahn! Como si nos hubiéramos topado con la Línea Aérea Willimantic. Finalmente llegamos a una estación. Estaba oscura, pero había un camino que partía de allí hacia el este. El camino atravesaba un vivaque de cipayos. Había soldados bailando al son de gaitas y tambores entre fogatas de llama alta.

—Kazimain—dijo Abdullah, poniendo una mano en mi hombro y extendiendo la otra hacia el horizonte.

En Kazimain, en la puerta del consulado persa, golpeamos con tanta fuerza como para despertar a los muertos. Al final el cónsul, en zapatillas y acompañado por criados con lámparas, apareció en la puerta. Debió de haber pensado que los pérfidos ingleses habían venido a asesinarlo. Cuando supo de la difícil situación en que se encontraba su colega del Águila que Grita, se frotó las manos y ordenó que le trajeran su limusina. Tomamos el camino a toda prisa para socorrer al cónsul extraviado y sólo nos detuvimos

cuando se acabó el camino, al borde de un pozo profundo. El conductor del cónsul persa se tomó la cabeza entre las manos. No podía avanzar ni un metro más. Así que el equipo de socorro siguió a pie nuevamente, abriéndose paso a través de quebradas y barrancos hasta que llegamos de nuevo al horno de cal encendido, muy cansados, cada uno con un *bidon* de gasolina en la mano. Finalmente encontramos los rastros del ford sobre un sendero. Gritamos y vociferamos. Las manadas de perros nos respondieron ladrando desde el horizonte. Abdullah levantó una cáscara de sandía. El coche se había ido. Sin duda era aquí donde había estado. Lentamente, con un cierto sentido de fatalidad inminente, recompuso la sandía entera. Forzamos la vista para mirarlo a la luz de las estrellas. Sí, tenía las marcas del melón que el cónsul Sahib estaba comiendo cuando lo dejamos. El coche había desaparecido; acaso se lo habían llevado los asaltantes. Abdullah se agachó junto al camino. Allí esperaría hasta la mañana siguiente. Lo dejé sentado junto a los dos bidones de gasolina y comencé a caminar hacia Bagdad.

Caminar por los senderos polvorientos, con cuidado de seguir los surcos, es como caminar por un sueño que no se logra recordar. La cantidad de estrellas desconocidas… A pesar de las estrellas, la llanura es terriblemente oscura y vacía, se ve repleta de su propia desolación. El sonido tiembla bajo el silencio, listo a estallar en ladridos, en los ladridos desquiciados de los perros parias. *Una tierra ensombrecida por las alas… una nación castigada y pisoteada, cuya tierra han estropeado los ríos*.

10

El pedregoso desierto de Damasco

—Qué, ¿nunca has comido huevos a la ostra?—exclamó el mayor—. Nunca. Pues lo harás antes de que anochezca, por Dios que sí.

Y ocurrió que después de que le dimos a todo el mundo paseos en avión sobre una tabla, incluso al cocinero y todos los *bearahs* y un hombrecito que trajeron arrastrado desde la calle, y mientras nos tragábamos nuestros huevos a la ostra tomando un último sorbo de whisky, unos disparos de rifle empezaron a estallar en el perímetro de la ciudad. Alguien miró por la ventana hacia la plaza lluviosa y dijo: «¡Qué horror, parece que están disparando!».

Y ya acostado, yo alcanzaba a oír, sobre el ceceo de la lluvia que resbalaba por paredes de barro, uno que otro disparo que cortaba la cadencia del agua como un vidrio que se rompe.

Durante los huevos con tocino del desayuno nos enteramos de que el *sarai*, el edificio del gobierno, había sido atacado, y la caja fuerte había sido robada.

—No hay de qué preocuparse—dijo el Consejero—. Sé quién lo ha hecho. Es un buen amigo mío. Para esta noche ya lo habré encerrado. Seguramente esos malditos soldados nativos se han puesto de su lado. Ya lo pondré en su lugar.

Apenas habíamos terminado nuestra última taza de té cuando un joven vestido con un finísimo *aba* persa de pelo de camello, un costoso *agal* color de rosa con bordados de oro tan pesados que no se quedaba recto sino que se torcía ridículamente sobre la cabeza, entró con paso fuerte y mucha ceremonia. Aseguró ser hijo del naqib de Medina y pariente de Malik Feisal, e hizo lo que fue, según me explicaron después, una animada descripción de la heroica resistencia que había opuesto la caravana contra

los asaltantes. También dijo que el ambiente era demasiado húmedo para los camellos y que nos quedaríamos otro día más mirando los escombros de las paredes de barro y los jardines de dátiles de Romadi.

—Mañana, si Dios quiere… *Bukra Insh'allah*.

Entonces al Aviador y al Hombre de Inteligencia y a mí nos persuadieron de visitar al joven del agal rosa y dorado en su tienda, y a mí me obligaron a ir montado en un caballo con borlas doradas en las riendas. En la tienda—era una tienda de campaña inglesa comprada en Bagdad—nos sentamos sobre pieles de cordero y bebimos té y comimos pastas turcas y repasé mi lista de palabras árabes como si fuera un breviario. Poco a poco fueron llegando personas cuyas caras de bronce soltaban educadas eyaculaciones y se callaban enseguida. Olor seboso de la piel de cordero. Destellos de ojos y dientes. Pies marrón en los bordes de la alfombra persa, manos delgadas y secas inmóviles entre los pliegues de los abas, y un desenfadado hombre de barba negra que reparte pequeños vasos de té de fondo grueso, vasos que el joven del agal rosa y dorado, que resultó ser el Sayyid Mahomet, inundaba de leche condensada con su propia mano, como una atención especial. Al final salimos al aire libre como escapándonos, después de una buena dosis de venias y apuros de ambos lados, y volvimos a las sillas, al whisky con soda, al almuerzo. Por la tarde el infatigable Sayyid Mahomet reapareció y me llevó arrastrado a los cafés y las tiendas de cigarrillos del pequeño bazar de ladrillo que había bajando hacia el Éufrates. Nos sentamos en bancas de caña, sonriéndonos, callados como monos, y miramos las moscas que soltaban destellos de sol sobre un callejón enlodado, y bebimos diminutas tazas de café negro como la noche y perfumado con una hierba cualquiera, tal vez la hierba de la demora, que induce al sopor agridulce en el que uno cae mientras espera que se carguen de carbón los vapores y se sequen los caminos y se puedan vadear los arroyos y partan las caravanas. Mañana, *insh'allah*, si Dios quiere, partiríamos rumbo a Damasco a través del desierto.

¿Y quién lo hubiera dicho? En ese instante, acezando y saltando, apareció el ford oxidado, el mismo que me había traído desde Bagdad a través de las marismas que yacen entre los ríos. El Sayyid estaba muerto de curiosidad, así que después de mucha discusión empezamos a conducir bajo

la llovizna, pasando entre charcos con ruidos y bandazos, resoplando por senderos estrechos, asustando a pollos y ancianas, haciendo a los caballos retroceder y romper sus cabestros. La mitad de la población del café se había apiñado dentro del coche; hombres serios en batas marrones, con barbas como las de Micah y Ezequiel, iban en los estribos; pequeños golfillos se levantaban las ropas hasta los hombros y nos perseguían corriendo, y cada vez que el motor petardeaba todos ponían los ojos en blanco y exclamaban:

—*Alham'd'ullah*, Alabado sea Dios.

Al final, cuando habíamos circumnavegado dos veces las paredes y los jardines de dátiles y los ruinosos cementerios de Romadi, el motor soltó una explosión frenética y definitiva, salió del diferencial un gruñido horrible de metal torcido, y el coche se detuvo. El conductor se quitó su *tarboosh* y comenzó a gemir, y el resto rompió a reír. Yo aproveché la oportunidad para volver a Europa a través de una rendija del comedor de oficiales británicos, donde me senté a leer el *Strand* hasta que nuevamente fuese hora de whisky con soda.

Después de la cena y de conversaciones sobre sistemas de irrigación y levantamientos sociales salí en compañía de dos hombres con linternas para buscar el campamento de la caravana. Un viento lluvioso nos aullaba en el rostro y todo el tiempo apagaba las linternas; en cada espacio gris de la oscuridad absoluta de la noche esperábamos encontrarnos con un asaltante. Finalmente escuchamos cantar a un hombre y el viento nos trajo el gruñido y el ácido olor de los camellos. Los oficiales británicos me dejaron en mi tienda al cuidado de un hombre obsequioso y mugriento llamado Fahad que preparó mi cama con gran habilidad y salió haciendo venias. Entonces un tal Saleh, un joven de nariz ganchuda y abrigo del ejército inglés, entró y dijo con perfecto acento *cockney*:

—Yo hablo jodido inglés, camarero del jodido campamento inglés. Yo cuido camellos.

Entonces se detuvo, y con gran delicadeza y buen humor comenzó a decirlo todo de nuevo.

—¿Partiremos mañana?—lo interrumpí. Puso los ojos en blanco, masculló un insh'allah y me dejó. Me senté sobre el catre y miré alrededor. La tienda era carmesí por dentro, con pequeñas decoraciones de corazones y diamantes sobre las portezuelas. El techo era redondo: terminaba en punta sobre un solo mástil y abajo era hexagonal y me daba la sensación de ser una lombriz metida en una fucsia. La lluvia había vuelto y tamborileaba suavemente sobre el techo. Me desvestí sin prisas, escuchando el extraordinario borboteo y gruñido de los camellos. Aquí por fin se acababan las colonias y el whisky con soda y el *Strand* y los alimentos enlatados y el American Bar en la orilla del Tigris y los basureros de Occidente, infestados de soldados y marcados por las cicatrices de sus apartaderos. Me envolví en mi tabriz rayado y apagué la vela de un soplo. Arriba, sobre la combadura de la tienda, la lluvia caía con más fuerza. Los guardias alrededor del campamento se llamaban cada cierto tiempo con voces largas y ásperas. Una vez se oyeron unos disparos a lo lejos. Y justo fuera de mi tienda alguien canturreaba una y otra vez un fragmento circular de alguna canción. Algo así como Ali Asgar, Ali Afgar, muerto en Kerbela. Reconocí la palabra muerto, *Miut*, porque viniendo de Bagdad habíamos pasado el cuerpo de un niño hindú que yacía junto al camino con una sonrisa de piedra, y Jassem había vuelto al coche después de ir a mirarlo, se había tirado de la barba y había dicho *Miut*, y habíamos seguido nuestro camino. Y escuchando la canción y el gorgoteo de los camellos y el tamborileo de la lluvia, me quedé dormido.

Día primero: Al levantarme y salir arrastrándome de la tienda encontré todo lo demás desmontado y a todo el mundo trajinando y gritando a un volumen tremendo. Mi *delull* (dromedario), al cual me habían presentado el día anterior y cuyo nombre—pensé—era Malek, me esperaba arrastrando por el suelo sus alforjas borladas. Las palmeras de los jardines de Romadi estaban sumidas hasta las rodillas en la niebla que apenas comenzaba a rebañar oro preparándose para la salida del sol. Mientras me aferraba a las perillas incrustadas de plata de la silla, los demás me rodearon, ansiosos por ver si me caería cuando Malek se levantara de un impulso. La maniota estaba suelta. Malek soltó un gruñido y se desplegó como una navaja. Mi cabeza atravesó la niebla y salió al sol colorado, y la luz me escoció en los

ojos. Entonces nos dimos la vuelta y seguimos la larga cuerda de camellos de carga por el sendero rojizo que iba al norte y al oeste hacia Kubaissa, y por primera vez noté alrededor de las sombras de mi cabeza, alrededor de la cabeza de Malek y de la cabeza de Fahad, el halo que tanto excitaba a Cellini.

Lo de las pagas de seguridad ya ha empezado a causar alboroto. Parece que ciertos bedawi de Toman nos atacarán si no les pagamos cinco libras turcas por cabeza de ganado. Nos escoltan varios tipos duros montados en ponis; son secuaces, si he entendido bien el nombre, de un tal Abdul Aziz, sheik principal del Delaim. Pronto dejamos de estar a tiro del *sarai* de Romadi; a partir de entonces, nos las arreglaríamos por nuestra cuenta. En algún momento de la tarde me quedé rezagado detrás del cuerpo principal de la caravana. Estaba preparando té en una hoguera de ajenjo con el Sayyid Mahomet y Hadji Mahomet, su cocinero, y con un joven moreno de ojos de fauno que venía de Damasco y se llamaba Saleh, cuando de repente apareció, sobre una montaña al oeste, un grupo de hombres que montaban agresivamente sus camellos. Se detuvieron al vernos y cuando desmontaron el viento nos trajo el gorgoteo y los gruñidos de sus animales. El Sayyid tomó su pistola y empezó a amenazarlos, y el cocinero se apresuró a empacar las cosas del té, y todos comenzamos a trotar rápido hacia la caravana: las alforjas se sacudían y rebotaban, los dromedarios babeaban y resoplaban. Es maravilloso cómo ignorar la lengua nos quita toda responsabilidad. Yo seguía a los demás sin tener la más mínima idea de quién era amigo y quién enemigo, recordando tranquilamente que mi reloj se había ido por correo aéreo. Por supuesto que era una falsa alarma, pero igual le removía a uno la sangre. Casi tanto como el aire y las alondras que salían cantando de entre las patas de los camellos, y el alboroto y el escándalo cuando un conejo se metió a grandes zancadas en un arbusto espinoso.

Día segundo: Acampamos junto a un arroyo en un lugar llamado Sheik Mahomedi. Al norte, sobre el horizonte, hay manchas de humo negro de las minas de betún de Kubaissa. Esta mañana tuve que vestirme con aba e *ismak*, pues Jassem obligó a Saleh a explicarme que la imagen de un sombrero europeo haría la caravana poco popular. «Jodido sombrero inglés

no sirve. Sombrero árabe sirve.» Así que ahora estoy acostado sobre una alfombra con toda la pompa de un aba nuevo de Bagdad, frente a mi tienda y bajo un cielo luminoso cubierto de vetas como la matriz de una turquesa. Junto a mi tienda, los grandes fardos que cargan los camellos de Jassem er Rawaff se apilan en un semicírculo en torno a una hoguera; alrededor, la gente más seria de la caravana se sienta a tomar café. Del lado opuesto está la tienda inglesa del Sayyid Mahomet, que es donde parece reunirse la dorada juventud. El círculo se completa con los fardos de los otros equipos que constituyen la caravana, dispuestos como las de Jassem en forma de media luna, para cortar el viento. Aparte del Sayyid y las bailarinas que se dirigen a Aleppo y yo mismo, sólo un comerciante de Damasco es lo suficientemente afectado como para montar una tienda. Todos los demás se sientan sobre las alfombras alrededor del fuego y debajo del azul. Los camellos han sido llevados a pastar a los secos arbustos de las colinas, alrededor del pozo de agua, y en el horizonte se recortan sus siluetas en actitudes curiosas. De vez en cuando uno alcanza a ver un guardia con su rifle sesgado sobre la espalda, inmóvil, mirando desde la cima de una de las colinas pardas, violetas, aceradas, que rompen en todas direcciones como una confusión de olas.

En el pozo donde me había estado bañando tuve una larga charla de siete palabras y considerable pantomima con uno de los criados del Sayyid Mahomet, un tipo alto con pies y manos muy esbeltos llamado Suleiman. Me estaba preguntando acerca de un inglés de nombre «Hilleby» en cuyo equipo había trabajado, en el Nejd, como jinete de un camello. Le emocionó mucho saber que yo conocía a «Hilleby». También él vestía como árabe; también a él le gustaba el aire dulce del desierto.

—Aire del desierto dulce como miel. Aire de Bagdad pura basura.

Suleiman arrancó un ramito de planta aromática y me hizo olerlo, una especie de romero, creo que era.

—Desierto así—dijo; entonces torció su cara en una mueca de disgusto —. Inglizi Bagdad así. «Hilleby» amigo de árabe, sin miedo del desierto, bien.

Entonces me tomó de la mano y me condujo a la tienda del Sayyid y me sentó en el puesto de honor y me trajo café y dátiles. Tras pasar un buen rato sentado, tratando de captar una palabra aquí y allá en una conversación que parecía tratar del Nejd y de cómo estaba prohibido fumar allí y de qué persona tan grande e importante era ibn Saoud, a quien incluso los ingleses llamaban Sultán, Fahad, el jinete de mi camello, apareció para decirme que mi cena estaba lista. De él y de Bagdad Saleh recibí la impresión de que la gente del equipo de Jassem consideraba que al pasar tanto tiempo en la tienda del Sayyid Mahomet yo frecuentaba malas compañías. Saleh lo dijo con todas sus letras cuando, al atardecer, condujo los camellos a casa:

—Jodido Sayyid no sirve para nada.

La vida social en el desierto parece ser tan complicada como en todas partes.

Así que me quedé solo en mi tienda comiendo arroz y salchichas enlatadas—salchichas *kosher*, valga decirlo. Me asomé por la portezuela entrecerrada—Fahad siempre tenía la idea de que yo debía comer en secreto y solía encerrarme cuidadosamente cada vez que él salía—y traté de evaluar a los demás equipos de la caravana. Alrededor de la hoguera de Jassem er Rawwaf estaban mi tienda y la tienda de las bailarinas, de la cual llegaba un débil lloriqueo de bebés, y las pequeñas hogueras de gente de pocos camellos que parecía haberse acoplado al equipo de Jassem. Del lado opuesto estaba la tienda caqui del Sayyid y la tienda grande del mercader de Damasco y las dos literas de caña en las que estaban sentados e inmóviles un pequeño mercader turco y su esposa. En un extremo del óvalo estaba el campamento grande de la gente que lleva a vender los camellos a Siria, y en el otro, el equipo distinguido por la presencia de un elegante caballero anciano de turbante verde y barba como la nieve y sombrilla azul oscuro.

Sobre la penumbra amatista se desenroscan espirales de humo azul que surgen con nitidez de los campamentos. Los camellos se acercan al campamento formando rebaños compactos, olisqueando el aire y mordiendo ramitas de vez en cuando, azuzados por el largo grito labial del jinete. El ulema canta la oración de la tarde. Los hombres están de pie y descalzos en una larga fila de cara al suroeste, y hacen las postraciones lentamente, a tiempos distintos. Poco a poco los camellos llenan el espacio ovalado que

hay entre las fogatas y, tras ser maneados, se doblan en hileras, masticando y gimiendo. Las estrellas vulneran, como si fueran errores, el cielo luminoso, cristalino, oscuro. Mis mantas huelen a camello y al humo de las fogatas. Tan pronto me duermo, me despiertan dos disparos que tintinean en la noche como en una campana. Hay sonidos de voces y guijarros sacudiéndose bajo pies descalzos. Saleh mete la cabeza en la tienda y dice, orgulloso:

—*Haremi*, bang, bang, *imshi*, se han ido.

Y me duermo de nuevo, mecido, como si de olas se tratara, por el ruido suave y borroso y rezongón de quinientos camellos.

Día tercero: Después de montar durante un par de horas vimos palmeras en un barranco poco profundo y llegamos al pequeño puerto de desierto de Kubaissa, apiñado en el interior de sus paredes de barro entre dunas y rocas salientes. Me llevaron a ver al mudir y gasté la mayor parte del día en obsequiosidades, café y buenas maneras. Frente a las puertas de la ciudad, unos niños jugaban con una gacela domada. Un sheik gordo y refinado me llevó a su casa, y me dieron una comida maravillosa de huevos y arroz y dátiles fritos y pollo. El sheik gordo vendrá con nosotros para aterrorizar a los bedawi con la majestuosidad de su presencia. «Todos amigos», dice, dándose una palmada en el pecho. Me hicieron probar nueve o diez tipos distintos de dátiles y no me dejaron ir al bazar; a cambio, enviaron a todo tipo de asistentes a comprar las cosas que yo quería. Toda esta alta sociedad es más bien agotadora. Finalmente me escapé con un libro por un barranco largo y rocoso hacia una cuenca profunda en las colinas, llena de fuentes de agua mineral que humeaban y burbujeaban en cuevas subterráneas de roca amarilla. Un lugar muy a lo Sinaí. En los viejos tiempos, Yavé solía venir aquí.

Día cuarto: Gran complicación de los eventos sociales. El Mudir vino para visitar a Jassen y al americai, pero en cambio fue desviado hacia la tienda del Sayyid Mahomet, que es un arribista de mucha habilidad. Emoción, miradas penetrantes. Enseguida, disculpas. Nueva visita, interminables obsequiosidades. Me senté y sonreí y asentí como una maldita figura de porcelana. De todas formas, el Sayyid llevó a cabo su infamia con buen estilo, extendiendo alfombras y abas sobre el suelo y

luego con gesto grandilocuente esparció sobre ellas una cesta de dátiles y una bolsa de pastas turcas que el Mudir distribuyó entre sus asistentes y entre los mutilados y ciegos y lisiados que se agolpaban alrededor. Gran día para el Sayyid. Bukra insh'allah nos marchamos.

Día quinto: Malek tiene pestañas espesas y cejas que puede sacudir. Extraordinario lo remilgados que son los camellos con su comida. Unos arbustos secos de aspecto delicioso la tienen sin cuidado, pero a veces hay pequeñas flores con hojas de cardo que hacen que los ojos se le salgan de la cabeza de pura codicia, y no hay azote capaz de evitar que se detenga.

Partimos a primera hora de la mañana en medio de considerable pompa, con el sol a nuestras espaldas y sombras increíblemente largas rematadas por coronas de rayos luminosos. Yo iba con el sheik gordo, que todo el tiempo sacaba muslos de pollo de sus alforjas. Éste es el orden de nuestra marcha: los equipos comienzan cada uno por su cuenta, con el de Jassem a la cabeza normalmente, y poco a poco se van alineando a lo largo del sendero; entonces, cuando el sueño es expulsado a tumbos de sus rostros y el sol desentumece sus dromedarios, los gerifaltes de la caravana toman la delantera. A menudo un par de Agails pueden ser vistos a lo lejos, explorando entre las lomas rocosas del horizonte. A la hora de comer los nobles se sientan alrededor de sartenes de arroz y beben café y la caravana se adelanta y es alcanzada en el curso de la tarde.

Esta tarde estamos acampando en una cuenca plana y llena de arbustos de plantas aromáticas, *shiah* y *ruetha*. Ruetha es probablemente la sustancia aromática de la que habla todo el tiempo Jenofonte en la *Anábasis*, parece que a los camellos les gusta más que nada. En época de lluvias, el agua debe de estancarse aquí. A propósito, la época de lluvias no debe de estar lejos para nosotros, pues al norte se acumulan grandes chubascos, y eso para satisfacción de todos, ya que dicen que un día de lluvia significa comida abundante para los camellos. Además de mantener a los bedawi metidos en sus tiendas.

Estuve en la tienda del Sayyid, a pesar de las recriminaciones de Bagdad Saleh, «Sayyid, jodido artimañoso» (a saber qué quería decir con eso), y bebí té inundado con la leche condensada que en un momento de

generosidad le había regalado al Sayyid, y escuché a Suleiman, el hombre que fue al Nejd con «Hilleby», tocar quejumbrosamente un laúd diminuto.

Día sexto: Enteuthen exelaunei una buena cantidad de parasangs* con la sensación general de estar escalando una meseta. El sendero, hecho de mil pequeños caminos recorridos por los pies de siglos enteros de camellos, serpenteaba alrededor de salientes rosados, punteados aquí y allá con plantas secas. En un lugar pasamos los tradicionales esqueletos. En una sima encontramos el rastro de un ford, el rastro del coche de Leachman, decían. Leachman murió durante la revuelta, asesinado de un disparo por el hijo de un anciano al que había insultado. Por fin, un delicioso lugar de campamento al borde de una cuenca donde el shiah seco nos llegaba a la cintura. Mientras guardábamos nuestros camellos, tres conejos rompieron a correr, y todos gritaron y dispararon de la manera más alegre.

Por la tarde pasamos por una torre de piedra pequeña y cuadrada.

Di un paseo después de la cena, a la hora en que estaban trayendo los camellos. Un bedawi al que ya había visto antes montado en un dromedario blanco se me acercó y dijo ser un amigo de Malik Feisal. Juntos, salimos caminando al desierto, y él iba diciendo que el aire del desierto era dulce. Su nombre era Nuwwaf. Sus tiendas estaban en El Garrá, a medio camino en dirección a Damasco. Le enseñé a decir norte, sur, este y oeste, y de inmediato pronunció perfectamente las palabras; mientras que mi pronunciación de los equivalentes árabes fue tan cómica que se rió hasta que sus ojos pintados de kohl se llenaron de lágrimas. Me llevó a tomar café con la gente que traía un rebaño de camellos jóvenes para venderlos en Siria. El Hadji, el anciano caballero de la sombrilla, estaba sentado junto a su fogata, perorando acerca de algo.

Al regresar a mi tienda encontré a Bagdad Saleh y al niño pequeño de Jassem liándome unos cigarrillos. Trataron de explicarme algún suceso terrible que estuvo a punto de abatirse sobre los camellos, pero no logré sacar nada en claro salvo que había sido conjurado, sin ayuda de nadie, por la destreza de Bagdad Saleh. Es muy difícil descubrir lo que Saleh quiere decir cuando habla en inglés, pues, tras haber trabajado en el campamento angloindio de Bagdad, tiene la deplorable idea de que el inglés y el indostaní son el mismo lenguaje.

No hay nada mejor en el mundo que no tener reloj ni cartera y no sentirse responsable de evento alguno. Es como ser un derviche, o un niño muy pequeño.

Día séptimo: El avión del correo pasó volando muy alto. Todos lo miramos burlonamente y sin comentarios. Maldito frío y chubascos que nos azotan la cara. Todo está más o menos mojado. Nunca he visto disgusto tan exquisito expresado por animal alguno como el de Malek bajo la lluvia. Insh'allah cuando salga el sol caerá el viento. Sentado en gélido esplendor con mi aba bordado de oro en mi tienda de diamantes y corazones que a pesar de su forro carmesí deja entrar todo el viento. ¿Pero quién ha tiritado jamás en pleno viento?

La reputación del Sayyid no me parece ser muy buena en la caravana. Suleiman disputó con él por algo, lo golpeó en la cara, o eso dice Bagdad Saleh, se subió a su camello y partió hacia Bagdad. Voy a extrañar el débil quejido de su laúd entrando a hurtadillas en el borboteo gruñón de los camellos, recorriendo el campamento por las noches.

Día octavo: No se ha inventado manera de viajar más pausada y relajante que ésta. El bamboleo del camello es apenas suficiente para agotarlo a uno poco a poco, suavemente. Uno lo azota apenas lo suficiente para mantener los pensamientos en un ligero entresueño. Uno monta primero con una persona, luego con otra, dándose la vuelta para mirar la fila de la caravana, larga como la cola de una cometa; partes de ella dejan de ser visibles en las depresiones, o se curvan al rodear una montaña. Es así como viajan las nubes y fluyen los ríos. No se dan órdenes. Todo el mundo sabe qué hacer, como los pájaros cuando migran.

El cielo es una inmensa esfera de vidrio empañado, balanceado sobre la base de masa de la tierra; hoy su brillo es el de las esporádicas vetas rojizas de la luz invernal.

Hacia la tarde, la hora en la que las piernas duelen y el estómago ladra de hambre como un perro, llegamos a un valle vasto y poco profundo que corre de norte a sur. En el borde opuesto hay una hilera de casas negras y largas como escarabajos: las tiendas del Delaim.

Día noveno: Viento dulce y cielo despejado. Un pequeño grupo de Agail con una docena de camellos de carga nos pasó viniendo de Aleppo. Muy parecido a comunicarse con otro barco en el mar.

Nos quedamos todo el día en las tiendas, Oh Israel.

Pasé el día deambulando sin parar, tratando de hablar en árabe con Nuwwaf y leyendo a Molière. Ha surgido un problema. El sheik gordo de Kubaissa parece estar mal de ánimo. Se habla de un tal sheik Mahomet Turki de los Kubain, que quiere una cantidad increíble como pago de seguridad.

Día décimo: Todavía en el mismo sitio. Gentes extrañas se filtran una y otra vez en el campamento, delaim vestidos de blanco, hombres grandes de piel blanca con patillas depiladas y el pelo en pliegues sobre las orejas. Son amigos de los Agail y la caravana está más o menos bajo su protección.

Con las primeras luces, un discurseo tremendo y tumultuoso comenzó junto a la fogata de Jassem er Rawwaf, y ha continuado desde entonces; la gente se para indignada y grita y sacude los brazos. El sheik gordo parece ser el mediador general. Jassem er Rawwaf es alto, de dientes conspicuos y una barba levemente ladeada, como la de Moisés; en la cabeza lleva dos prendas que le caen con generosidad sobre los hombros, una blanca y una púrpura, y la mayor parte del tiempo se sienta en silencio dirigiendo la hechura del café con pequeños movimientos de sus manos largas, o acaricia una cuerda de cuentas de ámbar. Una vez se enfureció y se inclinó hacia adelante, sobre el fuego, y dijo algo lenta y deliberadamente que hizo que todos se tranquilizaran y asintieran con la cabeza. Más tarde le pregunté a qué se debía la disputa. Sonrió y se encogió de hombros al tiempo que se frotaba el índice y el pulgar con un gesto increíblemente semítico, y dijo suavemente:

—*Floos*, dinero.

Todo el desierto parece acecharnos, tasándonos con codicia, esperando a abalanzarse sobre nuestros fardos de tabaco persa y sobre el tentador rebaño de camellos jóvenes.

Nuwwaf vino a mi tienda y habló un buen rato sobre cómo los inglizi estaban unidos y usaban sus rifles sólo para dispararles a los extranjeros, mientras que los árabes eran muy amables con los extranjeros y siempre se

estaban peleando entre ellos. Al menos, eso fue lo que entendí. Me mostré vigorosamente de acuerdo con él.

Hay mucho pulir de rifles en este momento.

Día undécimo: Anoche ocurrió el primer gran jaleo.

Me había ido a mi tienda y me había encerrado para leer a la luz de la vela cuando empezó a llegarme un fuerte griterío desde el campamento. Todo el mundo comenzó a tropezar con las cuerdas de mi tienda y a correr de aquí para allá. Bagdad Saleh entró para coger el rifle que había dejado aquí por seguridad. Fahad apareció tremendamente excitado y gritando todo el tiempo algo equivalente a «Hombre los botes». Me quedé en la puerta de la tienda sin poder ver nada, pues estaba muy oscuro, pero Fahad insistió en que entrara de nuevo, sacudiendo la cabeza de una forma de lo más lúgubre. Mientras tanto alguien había derribado la vela, así que durante un instante estuve sentado a oscuras en mi catre, escuchando el tumulto creciente en el exterior de la tienda. Yo había recibido abundante información acerca de los horrores de Bagdad, y comencé a formarme imágenes parecidas a las figuras de cera de Gordon en Jartum que había en el museo de madame Tussaud. Pensé en litografías que tuve en mi infancia de exploradores con salacots paralizados por azagayas. La infortunada muerte del príncipe Napoleón. Gracias a Dios, yo no llevaba salacot.

Al darme cuenta de que tenía frío y estaba temblando, regresé a la puerta de la tienda y encendí un cigarrillo. En ese instante un hombre que no conocía pasó corriendo y gritando algo. Le di el cigarrillo. Se lo llevó, al parecer más animado. Entonces llegó el Sayyid con la cabeza descubierta, tembloroso y acezante, diciendo algo acerca de un rifle. Para cuando hube repartido un puñado de cigarrillos, el griterío había comenzado a ceder a lo lejos. Me preguntaba todo el tiempo cuándo comenzarían los disparos, ignorante de lo extremadamente cuidadosos que son los árabes con las armas de fuego. Entonces llegó mucha gente y comenzó a explicar lo que había sucedido, todos de forma más o menos ininteligible. Logré entender, sin embargo, que la pelea había comenzado cuando uno de los hombres de ibn Kubain trató de robar el rifle del Sayyid. El rifle había sido recuperado, pero hubo una pelea y varias cabezas rotas.

Quedaron apostados centinelas dobles y todo el mundo se fue heroicamente a dormir.

Esa mañana avanzamos en dirección norte, a través de una pendiente espinosa llena de ruido de alondras, hacia un lugar de campamento cerca de un pozo y frente a las tiendas de los delaim.

Fui con el sheik gordo a visitar a los delaim. Sus tiendas son muy grandes, abiertas del lado de sotavento y divididas por la mitad por una cortina que oculta la parte de las mujeres. Para cualquiera que haya nacido en una forma de vida dada al culto de las Cosas, parecen increíblemente despojados; unas pocas alfombras, algunas alforjas y rifles y un par de montones de pieles, algunos tazones de cocina y las paredes negras y rasgadas de sus tiendas son todo lo que los delain tienen para cubrirse allí, entre la tierra desnuda y el cielo inconcebible. Nos sentamos en alfombras extendidas especialmente para nosotros; nos trajeron café, y mientras yo miraba la llanura que se extendía, interminable, hacia el sur, y en la que pastaban grandes rebaños de ovejas con hombres de albornoz marrón caminando entre ellas como en ilustraciones del Antiguo Testamento, el sheik gordo hablaba gravemente con la gente de la que éramos huéspedes en ese momento. Entonces una mujer trajo un plato plano de madera sobre el cual había un pastel humeante de pan sin levadura nadando en mantequilla de oveja derretida. Debió de ser esa mantequilla la que trajo Jael en un plato señorial. Un niño roció nuestras manos con agua de un aguamanil de cobre, y el jefe del hogar rompió un trozo del centro del plato con un sonoro alham'd'ullah. Entonces extendimos nuestra mano derecha y comimos.

Por la tarde di una vuelta por el campamento y me senté junto a las fogatas de la gente y bebí café y traté de averiguar cuánto se suponía que íbamos a quedarnos en las tiendas de los delaim. Todos decían que partiríamos bukra insh'allah, pero decían insh'allah tantas veces, y al hacerlo ponían los ojos en blanco con tanto miedo, que parecía seguro que la responsabilidad de partir o no mañana había sido endilgada a Alá, y mientras tanto nos quedaríamos donde estábamos.

Día duodécimo: Viento helado y tremendo. Demasiado frío para hacer nada, salvo quedarse acurrucado junto al fuego con los ojos llenos de humo.

Fui a visitar a los comerciantes de Damasco que el otro día me trajeron los pasteles. El niño pequeño pronunció, para deleite y orgullo de todos, dos o tres frases de excelente inglés. Su hermano mayor sabe unas cinco palabras de francés, así que conversamos como locos. Su padre veía nuestras perspectivas con mucho pesimismo, y sugirió que probablemente acabaríamos regresando a Bagdad. Pero el niño pequeño, que no tendría más de diez años, levantó los ánimos diciendo:

—Dispararemos bedawi con el rifle y lo mataremos.

No termina de gustarme el entusiasmo con que estos delaim pasan revista a mis pertenencias. Tres magníficos granujas se acaban de ir de mi tienda. Estuvieron aquí sentados un buen rato con *bakshish* en la punta de la lengua. Manosearon el lienzo y el aba y palparon el hipopótamo y preguntaron qué había dentro, y sus ojos brillaron de codicia al ver la alforja con incrustaciones de plata que El Souadi me había prestado. Traté de saturarlos de cigarrillos.

Todo mal. Es mediodía. El viento es como una cuchilla, y el campamento está destrozado de consternación. Los alegres hombres de ibn Kubain nos han puesto en evidencia y han echado a nuestros camellos de los pastizales. Desde la pequeña loma del mojón los vi desaparecer por el horizonte. La gente salía corriendo de los campamentos y disparaba sus fusiles, pero los de Kubain son más fuertes que nosotros, o al menos tienen más coraje.

Bagdad Saleh acaba de entrar, sin su abrigo del ejército inglés ni su nuevo ismak rojo, arrastrando los pies y con el ánimo por los suelos.

—Jodidos bedawi, jodidos artimañosos roban jodidos camellos.

Explicó que estaba durmiendo en ese instante, que de otra manera nada habría ocurrido. Lo habían golpeado y le habían robado el rifle y el abrigo y el gorro nuevo.

—Bedawi no sirven.

Salí y encontré a Jassem sentado al abrigo de unos fardos de tabaco, junto a las cenizas de una hoguera. Sonrió sin ánimo y señaló con la cabeza el horizonte, haciendo un gesto de monedas resbalando entre sus dedos y diciendo con énfasis:

—Floos, floos, *ketir*, dinero, mucho dinero.

Así que regresé a mi tienda de mal humor. Pues bien, probablemente la caminata sería excelente. Diría adiós al hipopótamo y su contenido insensato. Acaso todos seríamos llevados como esclavos a un oasis perdido. Mientras no pierda mis gafas, pensé. Me acosté en la cama del campamento, temblando y envuelto en la manta de Bagdad. Molière había perdido su sabor y dibujar parecía una actividad fútil. Todo el viento del cielo silbaba entre mis pies. La tienda no daba más protección que un cedazo. El día plomizo ya se había transformado en un tumultuoso crepúsculo cuando escuché, a lo lejos, el *cupallyouawp* delicioso y familiar, y un gruñido de camellos. Los camellos eran conducidos a casa. Entraron uno por uno, poco a poco, al campamento, estirando el cuello distraídamente de un lado al otro hasta que todo el espacio entre las hogueras estaba lleno de su rugido, de su burbujeo.

Día decimotercero: Todo es una farsa actuada según las reglas. Los delaim fueron a buscar a la gente de ibn Kubain y trajeron de vuelta los camellos, y todo está como al principio. Efectuaremos las pagas de seguridad y supongo que los delaim recibirán una parte por su esfuerzo. Los insh'allahs acerca de partir mañana son ya muy débiles, así que completaremos la semana, me imagino, en este punto maldito. Mi único pasatiempo es sentarme en el mojón y ver pasar las bandadas de delaim moviéndose lentamente alrededor de los pozos, por los valles enmalezados. Estoy harto de Molière. *Y las estrellas en su curso se enfrentaron a Sisera*.

Ayer por la tarde, cuando hubo pasado la crisis, el campamento se hizo muy sociable. Grupos de delaim y de fede'an deambulaban de hoguera en hoguera. Me quedé ceremoniosamente sentado en mi cama, y todos venían y se sentaban en silencio en el suelo de mi tienda. Me puse muy compinche con uno de los jóvenes de ibn Kubain, que llevaba el pelo en dos trenzas pequeñas enrolladas con cuidado sobre sus oídos. Me enseñó su rifle turco y dijo ser el hombre de confianza de los osmanli. Sentí que dependía de mí hacer algo para promover el espíritu navideño, y les di a todos cigarrillos y puñados de tabaco. Al hombre con las trenzas que tanto me gustaban le di una caja de fósforos. Traté de explicar que era un fakir, un hombre pobre, y no tenía floos de ningún tipo, pero él se negaba a creerme. En ese punto entró Nuwwaf. Pues bien, Nuwwaf es amigo de Feisal y enemigo a muerte

de Fene'an y se molestó mucho al verme tan amigable con un mero bandido. Yo no contaba con suficiente árabe para explicarle que esa gente pequeña y morena y corajuda me gustaba más que los blancos delaim con sus bigotes encerados, aun siendo ellos quienes nos robaban. Se marchó muy apenado.

El día está nubloso y estancado. Los patriarcas de Israel están sentados alrededor del fuego de Jassem donde Fahad cocina de mala gana ollas y ollas de arroz para alimentar a esta multitud. De vez en cuando se levanta un conato de disputa y es controlado por otros grupos en otras hogueras, o bien se escucha un impresionante tintineo de bolsas de dinero.

Día decimocuarto: Llovió a cántaros durante la noche, así que tenemos que esperar otro día antes de partir, pues un camello en el barro está tan indefenso como una jirafa con patines. Es decir, cinco días que se han vuelto dos semanas. Malditos sean todos los retrasos. Estoy muriéndome por irme de estas colinas donde las ovejas pastan con la pasividad de un gusano y las tiendas de los delaim yacen como escarabajos muertos sobre el horizonte. Hoy me visitó, justo después de mi almuerzo de avena y leche condensada, mi amigo de Osmanli y el niño bizco que es sheik de la multitud de ibn Kubain y una gran pandilla de nuestros enemigos de ayer. El pequeño sheik me mostró con orgullo un periscopio de trinchera alemán; varios de sus hombres tenían gemelos de campaña. Todos se estaban divirtiendo cuando llegaron el sheik gordo y Jassem er Rawwaf y los echaron. Evidentemente, la caravana no aprueba la forma en que me relaciono con nuestros enemigos. Ése es el problema de ser un *hakim* y ocupar una tienda carmesí. Todo lo que uno hace tiene un significado político. Más tarde, Nuwwaf vino a verme. Se veía muy ofendido y hacía varios comentarios inamistosos acerca del Fede'an. Lo animé pidiéndole al niño de Jassem que nos trajera café, y entonces caminamos juntos hasta el mojón y Nuwwaf apuntó hacia el oeste y señaló el sendero. Por ese camino, a cinco días en dirección de El Garrá, estaban sus rebaños. Si me quedaba con él, haría que mataran una oveja para mí. Yo debería quedarme con él muchos días, muchísimos días, para siempre; y allí, recostado en el viento incesante y enorme que aullaba y traqueteaba entre las pequeñas piedras del mojón, creí por un instante que lo haría. Vivir para siempre en una tienda de

fieltro negro, comiendo pan sin levadura y mantequilla de oveja, con el viento puro siempre en las narices, moviéndose hacia el sur en invierno, hacia el norte en verano, para el pastoreo de las ovejas y los camellos; tomar por esposa a una bedawi de voz aguda, morir de un disparo en medio de un ataque y ser enterrado bajo un montón de piedras junto a las cenizas de la fogata y los estercoleros redondos de el último campamento. ¿Tendrá el mundo con qué compensarme por no escoger esa vida?

Regresé a mi tienda muy hambriento y le pedí a Fahad que cocinara mi última lata de salchichas kosher. La tienda se eleva como un globo en el viento.

Día decimoquinto: Salí de mi capullo un par de horas antes del amanecer y encontré las estrellas crujiendo de frío. Todo había sido desmontado. El campamento era una penosa confusión de camellos y jinetes que les sostenían los cuellos contra el suelo mientras les amarraban la carga sobre los lomos. Los camellos luchaban y gemían y gruñían, los jinetes maldecían y pataleaban. Jassem, siempre callado, se agachó junto a las últimas brasas, calentando sus largas manos. Cuando me senté a su lado, se estaba riendo suavemente para sí mismo. Me alcanzó una última gota de café en una de sus tazas-dedal y luego empacó las tres ollas y las tazas y la mano con su mortero en sus alforjas rojas. Fahad trajo a Malek y *nakhed*; el camello se levantó de una sacudida tal que mi cabeza casi se enreda en Orión, y nos pusimos en marcha, todos al trote y con rumbo norte, hacia las Osas. Un trayecto magnífico a través del alba por tierras altas de hierba lustrosa hacia el gran cañón del Sheik Hauran, bajando por la pared de precipicios de arenisca roja, con Malek saltando de roca en roca como una cabra de montaña, hacia el valle donde quedaban unos pocos charcos enlodados con la lluvia de la semana anterior. Allí le dimos agua a los camellos y seguimos nuestro camino, dispersándonos por los empinados senderos del lado norte; yo iba junto al viejo Hadji de la sombrilla, el cual ponía los ojos en blanco y exclamaba «Alham'd'ullah» en los tonos más quejumbrosos cada vez que su camello saltaba. Entonces, cuando escalamos con dificultad el último precipicio cuadrado del borde del cañón, partimos bajo chubascos centelleantes a través del desierto más vasto y más plano y

más parecido a un crep que hasta el momento habíamos visto. Viajamos once horas a la mayor velocidad posible y acampamos en la oscuridad, hambrientos como lobos, cansados como perros. ¡Arf!

Día decimosexto: Reclinado a la romana en mi sofá y mirando, por entre las portezuelas levantadas de la tienda, a un Fahad muy cansado y malhumorado que trabajaba entre las ollas de las que un vapor plateado emerge contra el cielo color pistacho. Arriba, en lo alto, el cielo se relaja, y forma rollos de nubes de platino y púrpura ligero. Alí el Descalzo cruza lentamente por detrás de la fogata, llevando un camello descarriado a casa. Alí, el más habilidoso de nuestros jinetes, tiene contextura de haya, nunca dice nada, y camina con increíble majestad.

La jornada fue larga y espléndida. Avistamos gacelas. Cruzamos zonas de arbustos llenos de alondras donde de vez en cuando un conejo salía de su escondite bajo las patas de los camellos y se sentaba durante un segundo a observar, moviendo la nariz, antes de salir corriendo de nuevo hacia la ruetha azul. Al norte, mesetas blancas que cambiaban a rosa y se volvían amatistas por la tarde.Y ahora el grito vespertino de *cupallyouawp, cupallyouawp* de los jinetes llamando a los camellos para que vuelvan de los prados.

Después de ocho horas de silla, mis piernas comienzan a entumecerse.

Parece que la guerra en el Nejd ha terminado. Ibn Saoud ha capturado a Hale y a ibn Raschid y a todas sus esposas y a todos sus seguidores y es ahora gobernante supremo de Arabia Central. Hay en nuestra caravana un hombre de Shamar, un hombre delgado con ojos de loco que todos los días, después de la oración de la tarde, se para junto a su fogata y reta a quien sea enemigo de su tribu a salir y pelear. Cada noche su voz se levanta en un grito desafiante que se despliega como una bandera sobre el barullo del campamento y los ruidos de los camellos.

Día decimoséptimo: Todavía con rumbo norte y ligeramente al oeste, errando por barrancos y entre mesetas erosionadas. Acampamos a media tarde cerca de un pozo en el lecho seco de un sheik. Al sur hay altas mesetas como las que hay entre Madrid y Toledo. Tarde cálida y soleada. La gente se retira pudorosamente tras una roca para lavarse y cambiarse de ropa. Di un paseo por una colina y me acosté sobre una piedra bajo el sol a leer a

Marcial. Nunca he sido tan feliz. En la tarde me senté durante un rato largo junto a Hassoon en la fogata de Jassem, mirando las ovilladas llamas de ruetha, escuchando conversaciones que no podía entender y mirando la luna a través del humo verde y aromático. Bebí interminables tacitas de café, el café negro y sin endulzar del desierto, destilado tres veces, sazonado con una hierba que lo vuelve amargo como la quinina, tan dominante como una de las grandes acumulaciones orquestales de Wagner, tan relajante para el cuerpo dolorido y azotado por el viento como un buen sueño matutino. Esta gente del Nejd—Jassem y Hassoon y Alí, y los dos hombrecitos negros con los potros de los camellos—es la más buena del mundo. Más tarde me quedé despierto mirando la luz de la luna, oyendo el crujido del rumiar de los camellos y el suave burbujeo de la pipa de Fahad. Si tuviera un poco de sentido común me quedaría con Nuwwaf en El Garrá y nunca iría más lejos. De todas formas, no me importa si tardamos mil años en llegar a Damasco.

Día decimoctavo: Nuwwaf y sus amigos se han ido hoy en sus grandes dromedarios blancos. Durante varios días se había discutido sobre si la caravana debía cruzar El Garrá o no. Supongo que Nuwwaf quería mucho dinero como paga de seguridad a cambio de la protección que brindaba. De cualquier manera, seguimos rumbo al norte, probablemente a Aleppo en lugar de Damasco. Se han ido enojados, sin probar el pan. Yo habría podido irme con ellos. Al ver los dos puntos blancos que se empequeñecían más y más entre los pliegues desiguales de las colinas, me reproché mi decisión. Eso fue durante el descanso de mediodía. Estaba comiendo arroz del tazón del Sayyid con el Sayyid y Saleh, los tres sentados en un parche de shiah. Nuestros tres camellos estaban de pie a nuestro lado; una baba verde se escurría de sus bocas mientras masticaban y tragaban brotes frescos y suculentos de shiah.

Durante la tarde dimos un viraje hacia el oeste, entrando en las fauces de un fuerte viento, frío como cuchillas congeladas. Cruzamos una llanura cubierta de pedernales de un color púrpura aherrumbrado a través de la cual los senderos de los camellos se extienden rectos y suaves como la estela de un barco en el mar. Por la tarde me distraje con un toque de esa maldita fiebre de Teherán. Para cenar, comí quinina en grandes cantidades.

Día decimonoveno: Frío amanecer; escarcha sobre los pedernales desnudos, seguida de un magnífico día cálido en el cual montamos, adormilados, a través de barrancos y canales secos y sobre onduladas colinas de pedernal. Tremendas cantidades de conejos donde quiera que haya un pedazo de vegetación, y pájaros de crestas grises y aspecto puntilloso; me pregunto si serán abubillas. Esta tarde el Hadji se fue de bruces. Una de esas mulas de Abdullah que siempre están causando problemas le mordió la cola a su camello y el camello dio un gran salto y se retorció en trece direcciones y fuera silla y Hadji y sombrilla y fuera una vasta variedad de pequeños paquetes y ollas de cocina. En el suelo, el anciano caballero se quejó y gritó «Alham'd'ullah» hasta que todos lo levantaron y maldijeron a Abdullah y sus mulas, y enderezaron la sombrilla doblada. Entonces el Hadji se reanimó; lo pusieron de nuevo sobre su animal sin que la cosa pasara a mayores.

Cuando acampamos, uno de los camellos que había quedado irremediablemente cojo fue sacrificado. Parecía saber lo que le esperaba, y se quedó tambaleándose en el centro del campamento, mirando de un lado al otro con ojos abultados. Entonces uno de los pequeños hombres negros de Nejd, arremangado y con la túnica levantada hasta la cintura, lo empujó al suelo y le cortó el cuello de un tajo limpio. Antes de que los últimos jalones de vida abandonaran el cadáver, éste fue despellejado y, en medio de una excitación y un griterío tremendos, despedazado. Fahad, ensangrentado hasta los codos, regresó a nuestro equipo trastabillando bajo el peso del hígado y varias costillas. El hígado fue inmediatamente asado entre las brasas, y el resto de la carne fue estofada. Yo leía mientras tanto las elaboradas idioteces de *L'amant magnifique* y al atardecer preparé una cena noble con avena y trozos de carne de camello fritos con cebolla. En realidad, esas cebollas son la esencia de mi alacena. Me fui a dormir y soñé con el rey sol y con tacones rojos repiqueteando al ritmo lento de las zarabandas.

Día vigésimo: Teníamos el amanecer a la espalda cuando esta mañana nos pusimos en camino, una increíble pirotecnia de gris y gualdo y salmón; y así, adormilado, fui balanceándome sobre Malek hora tras hora, bajo un cielo tan intenso que a uno le parecía ver, a través de la luz azul del mundo,

el negro del espacio infinito. Por la tarde acampamos en una llanura cubierta de ruetha. Me fui caminando lejos de la caravana y sus ruidos de cocina y sus tiendas armándose hasta que un pliegue de las colinas escondió incluso a los camellos que se dispersaban para pastar. No había viento. El único sonido era el ocasional crujido o deslizamiento de un guijarro bajo mis pies. De repente pensé en los demonios de los que habla Marco Polo, que moran en los desiertos y susurran al oído de los viajeros, alejándolos de sus tiendas y sus caravanas, llevándolos por una y otra colina, hasta que pierden el norte y se quedan errando en tierra yerma hasta su muerte. Estaba casi oscuro. Nubes como cóndores flotaban, cada vez más gruesas, sobre el oeste ensangrentado. Un pequeño viento silbó y susurró sobre los pedernales. Mi nombre—casi—susurrado entre los pedernales. Alzándome las faldas del aba hasta la cintura, corrí y corrí hasta que vi, contra las últimas luces, las tiendas y montones de fardos y el anillo de fogatas y la multitud confusa y cuellilarga de los camellos que eran nakhed para la noche.

Algunos computan ocho días, otros quince, para Esch Scham.

Día vigésimo primero: Hay dos pequeñas montañas cónicas al oeste. Una de ellas se llama, creo, Jebal Souab. Tras subir la cresta de una pequeña colina, el grupo de nobles que iba muy por delante de la caravana divisó de repente un gran rebaño de gacelas. Tardaron varios minutos en vernos. Todos tenían preparado su rifle. Entonces, como una ola rompiendo en un arrecife, las gacelas más cercanas saltaron en el aire y escaparon. El rebaño entero había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Mala suerte, porque mi alacena está bastante exhausta y estoy viviendo del arroz y los dátiles fritos que recibo de Jassem. Los cigarrillos también se me han acabado, y la noticia debe de haber dado la vuelta a la caravana porque esta buena gente no me deja mover un dedo sin darme de fumar. Gente con la cual nunca he sido demasiado compinche aparece por todas partes cargada de instrumentos, de manera que tengo que fumar mucho más de lo que quiero para seguir el ritmo de su generosidad. En cuanto a Hassoon, parece querer que los fume de dos en dos. Sensación curiosa, ésta de tener hambre todo el tiempo. Durante horas me llegan espléndidas visiones de ganso asado y porrón de lomo cruzado y entremeses en el Bristol. Cuando despierto

encuentro el aire alrededor de mi cama atestado de pasteles de maíz y gofres. Las descripciones de comida en los epigramas del señor Marcial me llenan los ojos de lágrimas.

Día vigésimo segundo: Espléndido trayecto esta mañana por los mejores campos del mundo, praderas de arbustos secos y aromáticos llenos de conejos y extraños pájaros blancos de vuelo delicado. Yo iba delante con los nobles, bordeando las dos pequeñas montañas, Souab y Damlough, bajo un cielo atiborrado de cúmulos rosas y ambarinos. Todos parecían un poco incómodos, pues uno de los Agail se había percatado de que un hombre a caballo observaba la caravana desde una ladera de la montaña. Entonces, de repente, hubo un grito de *haremi*, bandidos, y regresamos a toda marcha a la caravana, entre metálicas sacudidas de las alforjas y rifles agitados en el aire. Más allá, hacia la montaña, unos hombres en ponis blancos trotaban colina abajo como conejos. Jassem cabalgó hasta donde estaba su equipo y lo detuvo en un pequeño barranco. Los camellos, gruñendo y rugiendo bajo sus cargas, fueron nakhed y maneados en un santiamén. Las bailarinas salieron de su litera entre chillidos. Las otras secciones de la caravana fueron nakhed a medida que se acercaban, hasta que todos los camellos quedaron apiñados y muy juntos en un cuadrado incómodo. El lecho pedregoso del barranco se llenó de los gritos y chillidos de las mujeres. En un caballo montó el Sayyid, que irritó a todo el mundo al parar a ponerse su mejor aba para la ocasión, y en el otro Abdullah; y los agail y todos los demás miembros combatientes de la caravana tomaron posiciones sobre las pequeñas lomas de los alrededores. El mercader de Damasco y su hijo me agarraron con fuerza por ambos brazos y me sentaron entre ellos en la parte más profunda del valle, y nunca llegué a entender si lo hacían por su protección o por la mía. La mujer gorda del turco pequeño se había desplomado a los pies de su esposo como un montón de ropa sucia y de vez en cuando dejaba escapar un chillido largo y cortante. Fahad iba de aquí para allá con el ceño fruncido, apretando las correas de los camellos, recogiendo cosas caídas de las alforjas, quejándose y refunfuñando como si todo aquello fuese tan sólo un capricho más de Jassem. Durante largo rato permanecimos sentados, encorvados y expectantes, y comencé a pensar de nuevo en la infortunada muerte del príncipe Napoleón, pero nada ocurrió.

Así que me las arreglé para escabullirme de mis amigos de Damasco y subí la loma que daba sobre el barranco. Allí encontré al Sayyid montando de un lado al otro, como loco, con sus largas mangas flotando tras él en el viento y las incrustaciones de plata de su rifle destellando en el sol.

—Baruda ketir ketir. Armas muchas muchas, bandidos muchos muchos, bedawi a caballo muchos muchos—gritó al verme. Respondí que en Frankistan había visto rifles tan enormes que toda la caravana podía pasar a través de uno de ellos. Eso pareció tranquilizarlo un instante. Los agail regresaban de explorar las colinas. Me pareció magnífica la imagen de esos hombres preparándose para pelear y atándose mutuamente las largas mangas a la espalda. Jassem estaba tan callado y sonriente como siempre. Con una mano sostenía su rifle, con la otra se acariciaba la barba. Al caminar, las prendas blancas y púrpuras de su cabeza aleteaban en el aire. Había un gran cuerpo de hombres a caballo avanzando hacia nosotros; nadie sabía quiénes eran. Los agail, con cartucheras de repuesto, se dispersaron de nuevo hacia las colinas, y yo me uní al círculo de los no combatientes menos timoratos, sentados sobre un pequeño montículo y fumando bajo la tutela del Hadji, que mantenía su querida sombrilla en su regazo e invocaba a Alá con cada parpadeo. Así pasó alrededor de una hora; entonces, de repente, un disparo y luego otro vibraron en las hondonadas de las colinas. Dos hombres en ponis blancos aparecieron sobre la pendiente, frente a nosotros, cabalgando a toda velocidad y disparando esporádicamente. Algunas balas pasaron silbando sobre nuestras cabezas. El grupo de los menos timoratos se separó, confundido. Tengo una imagen muy precisa del Hadji levantando la sombrilla. De alguna manera me vi de repente en medio de una conversación con un jinete de camellos turco. No tengo idea de en qué lengua hablamos, puesto que él no sabía más árabe que yo, pero nos las arreglamos para transmitirnos las ideas más complejas mientras los agail retrocedían hacia los camellos y más y más hombres en ponis blancos aparecían sobre las colinas, en todas direcciones, cabalgando alrededor nuestro y disparando al cabalgar como los indios en La Última Batalla de Custer, que solía ser el último número del gran espectáculo de Buffalo Bill.

A este turco los árabes no le gustaban ni una pizca, decía que eran gente baja y sospechosa. Tampoco le gustaban la Historia ni los alemanes ni Bagdad ni los ingleses. Había estado en el ejército turco durante la guerra, había desertado, y tres veces los bedawi le habían robado y lo habían abandonado desnudo y dándolo por muerto. Había deambulado por todo tipo de lugares inconcebibles, siempre intentando regresar a su hogar en algún pueblo vecino de Brusa. En todas partes todo el mundo tenía demasiadas armas y la ley no existía.

Todo eso siguió durante un rato largo, y a nadie parecía molestarle demasiado, hasta que al fin Jassem se paró sobre el montículo y ondeó una manga larga y blanca en la dirección de los atacantes y todo el mundo comenzó a decir que eran amigos, después de todo.

Los asaltantes entraron en el campamento trotando sin gracia sobre sus ponis. Eran hombres descarnados, de piel oscurecida por el viento, que iban cabalgando en parejas y cantando. Sus ropas, sucias y harapientas, estaban envueltas en cartucheras. Ibn Haremis es su nombre o el nombre de su sheik, y pertenecen a los fede'an.

Yo permanezco sentado en medio de mi equipaje, temblando en el viento frío que sólo para incomodarnos se acaba de levantar. Frente a mí, los mercaderes de Damasco arman sin ánimo su tienda. Los altos habitantes del desierto acechan el campamento con aire de arrogancia. Se acaban de largar llevándose una alfombra perteneciente a la gente de Damasco, que ahora protesta enérgicamente. Fahad me está cocinando la cena, maldiciendo en voz baja. Jassem y Hassoon, sentados sin inmutarse junto a su fogata, muelen café. Sus ojos, brillando bajo las prendas de su cabeza, siguen cada movimiento de sus amigos de ibn Haremis, tal como los ojos de un gato acorralado siguen los movimientos del perro.

Día vigésimo tercero: Qué tedioso es esto, maldita sea. Aquí estamos de nuevo, sentados tan tranquilos y hablando de pagas de seguridad. La banda de ibn Haremis es cosa rara. Se han pasado un buen rato en mi tienda, mirándome y mirando mis mantas y el hipopótamo y otras muchas cosas que ha traído la gente para guardarlas en lugar seguro. Nunca he visto un grupo semejante de asesinos y carteristas: caras rajadas, narices rotas, estrábicos, bizcos, tuertos. Revisan mis pertenencias con ojos amenazantes,

y al palpar mis mantas sus manos parecen pegadas con codicia a cada fibra. Cometí un error fatal; me invitaron a ver a su sheik, y por alguna razón, resentido como estaba con ellos, me negué. No sé por qué, pues imagino que me parecerían buena gente si llegara a conocerlos. Sin embargo, eso podría tener consecuencias desagradables. Así que me enfurruño en mi tienda, me cubro con todas mis mantas, y maldigo el viento y esta meseta estúpida y pienso en baños calientes y filetes cubiertos de cebollas. De todas formas valió la pena escuchar la alegre canción que cantaban mientras entraban en parejas, trotando sin gracia sobre sus ponis, en el campamento conquistado.

Día vigésimo cuarto: Cinco camellos y cinco libras turcas fue el *khowa* decidido como rescate por el hipopótamo, y ahora ibn Haremis es nuestro amigo y hermano. A propósito, anoche aparecieron varias ancianas y se sentaron alrededor de la fogata y levantaron la voz en la discusión al mismo nivel que los hombres. Esta mañana los alegres hombres salieron a despedirnos. En todos lados se manifestó un gran alivio cuando nuestros amigos y hermanos dejaron de protegernos y regresaron a sus tiendas. Varias veces durante el día cruzamos rocosas crestas de montañas torturadas por el viento entre zonas llanas de desiertos arenosos. Al atardecer creí haber visto las montañas púrpuras de Siria, acostadas de banda a banda bajo el sol, pero al amanecer no había ni rastro de ellas.

Día vigésimo quinto: Esta mañana navegábamos espléndidamente de cara al perpetuo viento del oeste cuando algunas de las ridículas mulas de Abdullah tuvieron a bien perderse en una red de canales secos. Así que nos sentamos junto a un pozo en un valle deliciosamente cubierto, el Sheib War, tras haber completado tan sólo medio día. Me di mi primer baño de la semana en una cavidad del precipicio, suave y soleada, donde me quedé un buen rato, acostado sobre la piedra caliente, leyendo a Juvenal, con quien no simpatizo a pesar del caudal bello y ampuloso de sus imágenes indignadas. El hombre me huele a retórica. Espero haber dejado unas cuantas pulgas en esa cueva rocosa. Es muy molesto tener frío y picadas de pulga al mismo tiempo. Las mulas han sido recuperadas y ahora vienen subiendo por el cañón, correteando con gran escándalo. Bukra insh'allah veremos las montañas de Siria y la Drusa de Jebal.

Día vigésimo sexto: Me siento un poco como el anónimo Rey Mago que llegó ya tarde para ofrecer mirra o incienso. Maldito frío y no me importa que se sepa. Dudo que haya sentido tanto frío en mi vida. Todo el día viajamos en medio de un viento cortante, bajo un cielo luminoso y sobre mesetas de pedernales afilados y chispeantes. Éste es el primer desierto continuo de verdad; no hay rastros de vegetación. Hacemos nuestros fuegos con estiércol de camello seco, *jelle*, recogido de un viejo campamento por donde hemos pasado. Aquí estamos, acampando bajo un mojón del cabo de Wadi Mia, del cual se dice, indistintamente, que se encuentra a cuatro y ocho días de Damasco. Temblar y rezar por comida. Pulgas.

Día vigésimo séptimo: Tengo una cierta sospecha de que hoy es Navidad, pero, como no estoy muy seguro de la fecha en que salí de Bagdad, puedo haber calculado mal. A mediodía comí kastowi; para cenar, un poco de arroz con mis últimas cebollas. Hace un frío del demonio. Largo y desolado trayecto sobre colinas púrpuras cubiertas de afilados pedernales y a través de un viento más frío y afilado que todos los pedernales de aquí a Jericó. Ésta debe de ser la parte más alta del filo de la montaña, pues en la lluvia vienen de vez en cuando unas gotas de aguanieve. Metí la pata terriblemente esta tarde. Estaba dando mi acostumbrado paseo de antes de la cena, mi paseo a la colina más alta de los alrededores del campamento, y me había detenido en la cresta para mirar hacia abajo a través de manchones de niebla gris hacia el vasto desierto color de masilla que teníamos por delante. Frente a mí, recortados sobre la última luz plateada como monstruos de un mundo eocénico, dos camellos hacían el amor, enredando sus cuellos como serpientes, sacudiendo sus labios besucones y gruñendo a través de sus dientes amarillos. El acto fue llevado a buen término torpe y sensitivamente bajo la penumbra de aluminio. Me había subido a una roca para ver más allá cuando vi a Jassem correr pendiente arriba con sus gemelos en la mano azuzando con desespero. Bajé adonde estaba y lo encontré enloquecido. Durante todo el día la caravana había maniobrado para evitar ser vista por unas tiendas negras levantadas en el valle vecino, y allá fui yo a pararme como un monumento en la cima de la colina, de

manera que podían verme a un día de camino desde cualquier dirección. Jassem dio rienda suelta a su ira—y yo a mi vergüenza—arrojando piedras contra los camellos y llevándolos de vuelta al campamento.

Día vigésimo octavo: Lluvia glacial en borrascas neblinosas. Un día como del Mar del Norte, sin un atisbo de sol. Cabalgamos desde antes del amanecer hasta después de caer la noche a través de un inhóspito desierto de pedernal. En la noche, sentados alrededor del fuego, los agil se ríen de mí, porque el humo del jelle me hace arder y llorar los ojos. Hassoon puede acercar su cara hasta casi tocar la llama sin un parpadeo. Pronuncié un elevado discurso acerca de América. Parece que algunos de los agail han estado allí y han vuelto contando que es una tierra llena de floos. El café que bebíamos era de Santos, así que todos creyeron que yo vivía en el mismo lugar del café. Todos se maravillaban con los grandes barcos de hierro que atravesaban el mar; y sentados allí en el desierto, alrededor de una resplandeciente hoguera de estiércol de camello y bajo una noche de negrura insondable y neblinosa, sentimos la succión de la gran máquina, el destello zumbón del níquel, el brillo del esmalte y del celuloide, el crujido de billetes contados en los bancos, el seco rechinar de ruedas aceitadas. Hice un gran discurso y dije que si tuviera dos dedos de frente viviría en el desierto con los agail y nunca regresaría. Entonces Jassem me preguntó qué tipo de hakim era yo en mi país, ¿un gran hombre como Cokus? No, no exactamente.

El Hadji no está de suerte. Como fuera estaba tan húmedo, durmió en mi tienda, y por supuesto que el viento levantó la tienda y causó la estampida de la mitad de los camellos, de manera que el pobre y anciano caballero fue olvidado y pisoteado y finalmente rescatado, mientras gruñía debajo de la cama derrumbada y con la cara sobre el suelo. Y la sombrilla sufrió más daños todavía.

Mis zapatos se han partido en dos y tengo sabañones.

Día vigésimo noveno: Atrapados de nuevo. Quince camellos cojos debido a los duros trayectos de los últimos días. Todo el día temblando en tiendas mojadas. Pasé la tarde sentado en la tienda del Sayyid mientras su cocinero Hadji Mahomet contaba cuentos. No pude seguirlos todos, pero comenzaban con la untuosa elegancia del *Érase una vez*... y desarrollaban

tal grado de excitación en momentos en que todos gritaban *Ei Wallah* y *Allah*, y se regodeaban en carcajadas tan obscenas cuando las manos se retorcían y los dedos morenos de los pies se enroscaban con deleite, que fue casi como si hubiese entendido las palabras. Entonces el niño pequeño del mercader de Damasco cantó y todos comimos dátiles y bebimos té. Entre uno y otro verso de las canciones de amor todos gritan *Allah* y sueltan quejidos de la manera más melancólica.

Día trigésimo: Comenzó en medio de la niebla y la desesperación. Entonces unas colinas fantasmas al oeste parecían prometer Siria y sus antros de perdición, y salió el sol y el inmenso disco de pedernal púrpura brilló como un espejo roto en pedazos.

Día trigésimo primero: Mañana helada y espléndida. Interminable trayecto hacia el oeste a través de este petrificado mar de pedernal. Todo el tiempo con hambre. Horas antes del mediodía empiezo a pensar en el sabor del kastowi, un delicioso mejunje color de melaza hecho de mantequilla de oveja y dátiles fritos, y en las tardes masacro el arroz y el pan sin apenas saborearlos. Anoche soñé que cenaba en el Bristol de Marsella, que me comía la piel crujiente y marrón de un ganso asado. Esto me hace sentirme terriblemente estúpido. A nadie más parecen importarles las medias raciones. Los árabes son la gente más frugal con la que jamás he tratado.

Día trigésimo segundo: Medio día de viaje. Los camellos, lentos: no ha habido comida en varios días. Que se demoren mil años en llegar a Damasco. No me importa. Nunca más podré sentarme junto a fuegos tan fragantes, ni con gente tan magnífica. Dios mío, me siento bien, barbado, lleno de fuerza, con toda la bilis fuera de mi estómago, todas las arrugas de mi mente planchadas y eliminadas por la gran plancha fría y púrpura y silícea del desierto.

El Sayyid y Saleh de Damasco han tenido un enfrentamiento, no sé por qué razón.

Día trigésimo tercero: Un viento nuevo se ha levantado: Hawa Esch Scham, lo llaman, viento de Damasco. Todo es rosa y de colores cálidos, como las orejas de una liebre vistas por un instante a contraluz. Hemos armado un espléndido campamento sobre una pendiente cubierta de shiah. Al noroeste, al final de una trocha, hay altas colinas con promontorios que

se adentran en el desierto: las verdaderas colinas de Siria. Detrás de ellas está Tidmor, ese lugar que no es mi destino conocer. ¡Ay de mí, Zenobia! Zapatos partidos en dos, pies llenos de sabañones, manos tiesas de frío, pero alegre como una alondra. Ojalá tuviera un cóctel de ron caliente, con una tajada de limón y dos clavos de olor.

Día trigésimo cuarto: A través de desfiladeros rocosos y sobre parches de desiertos de arena, con las colinas de Siria agolpándose al oeste como ganado. Esta tarde casi fuimos asaltados de nuevo. Dos de los agail avistaron rifles y pañuelos en la entrada de un barranco profundo por el cual cruza el sendero, y en un santiamén la caravana dio un giro de ciento ochenta grados y partió hacia el sur, mientras los nobles en sus dromedarios cabalgaban hacia la emboscada con los rifles amartillados. Esa gente llevaba pañuelos de varios colores y eran de la Drusa de Jebal. No creo que fueran drusos de verdad, sino chusma de los alrededores, mitad drusos y mitad bedawi. Quisieron ver al franco enloquecido que andaba deambulando por el desierto; cuando fui presentado, me miraron crítica pero amigablemente. Siguió un montón de fanfarronería. Finalmente, los sobornamos con quince libras turcas y un saco de dátiles. De todas formas, no creo que nos hubieran podido hacer mucho daño, pues sólo unos pocos iban montados.

Día trigésimo quinto: Cabalgamos entre dos cadenas de montañas áridas, de color rosa y ocre y púrpura y añil, reflejadas en largas franjas de agua estancada que al secarse dejan la arena agrietada y vetada como piel de lagarto. Ahora que estamos fuera de peligro en cuanto a los bedawi, todos están preocupados por los Camel Corps franceses, pues existe un impuesto sobre el tabaco y los camellos; el juego consiste en pasarlos de contrabando. Cómo puede una caravana de quinientos camellos entrar desapercibida en Damasco es más de lo que puedo comprender, pero uno nunca debería negar los milagros. Todos están excitados e inquietos como si fuera el último día a bordo de un crucero.

Día trigésimo sexto: Todo lo que debía suceder ha sucedido. Hemos acampado junto a Dmair, apiñados en una pequeña cavidad de las colinas. Estamos en Siria. Del pueblo sale un humo azul que luego se pierde sobre el azul de los riscos frente al Líbano. Más al sur, el Sheik Jebal espera,

encorvado y canoso. Hay cabras y rebaños de ovejas pastando alrededor del campamento. Me gustaría ir a Dmair, pero Jassem se niega a permitírmelo por miedo de que despierte a los somnolientos oficiales de la aduana. Sin embargo, varios habitantes de Dmair vienen hacia nosotros sobre camellos o burros. Casi preferiría que estuviésemos todavía en el desierto, marchándonos en lugar de llegar, pero oh, un baño caliente y comida, comida, comida.

Día trigésimo séptimo: ¡Esos Sayyids! La inolvidable entrada en Damasco.

Anoche el campamento de la caravana estaba lleno de ires y venires, profundas conversaciones alrededor de la fogata de Jassem, y gruñidos y burbujeos de los camellos. Lo último que escuché al irme a dormir fue el tintineo del dinero, libras turcas de oro contadas de mano en mano. Por la mañana, cuando desperté, el campamento se veía como si hubiera sido arrasado. La mitad de los camellos, la mayoría de los fardos de tabaco, alfombras y—me imagino—opio, se habían desvanecido en el aire. Jassem molía su café sentado en silencio, acariciándose de vez en cuando la barba negra. Mientras me bebía mi café a su lado, insinuó con discreción que cuando hablara con los franceses en Damasco era mejor que no supiera cuántos camellos eran ni cómo habíamos llegado. Le dije que tenía mala memoria para los números.

Entonces trajeron el semental blanco de Abdullah, posé mi irritado trasero sobre una silla execrable y nos pusimos en marcha hacia Damasco, yo sobre mi semental, el Sayyid sobre su dromedario, el cocinero del Sayyid sobre un asustadizo camello blanco, y uno de los agail a pie, para indicarnos el camino. La mañana parecía interminable. Una y otra vez perdíamos el camino, primero sobre altiplanos enmarañados y después en un valle grueso lleno de tierras de pastoreo, zonas de sésamo gris y de alfalfa, huertos de manzanos, casas de adobe color de rosa. Al final el Sayyid se compadeció de mis tumbos desesperados sobre el semental sin estribos y me dejó montar en su dromedario. Al camello blanco no le gustó el olor de la civilización y trataba una y otra vez de escapar de regreso al desierto. Por fin, hambrientos hasta el delirio, irritados, cojos, rendidos de cansancio, llegamos a un pueblo, dejamos las bestias en la pensión,

comimos una comida demasiado frugal de judías y queso y kebab, y entonces, conduciendo un landó, apoltronados como Zeus en su carro de águilas, entramos en Damasco. Pero antes de que pudiera llevarme comida a la boca o mojarme la piel, tuve que ir a ver a todos los parientes del Sayyid, viejos hombres barbados del bazar de los Escribas, gente en patios misteriosos que eran partidarios de Feisal y conspiraban contra los franceses, un sastre en una sastrería, el dueño de un café frecuentado por los agail; con todos ellos, muchas deferencias y obsequiosidades, hasta que al fin entramos en contacto con las fuerzas de la civilización. Habíamos dejado el coche fuera de un café donde discutíamos afanosamente—yo estaba demasiado aturdido por el hambre y los días sin bañarme para darme cuenta de lo que sucedía—, y al salir nos encontramos a un oficial francés sentado en él. El Sayyid protestó diciendo que el coche era nuestro, y el francés comenzó a proferir insultos, y el Sayyid sacó su pequeña daga y se habría armado la de Dios es Cristo si el francés no se hubiera percatado vagamente de que yo le estaba hablando en francés. De inmediato se disculpó profusamente y abrazó al Sayyid en nombre de los aliados y partimos todos juntos cantando *la Madelon de la Victoire* rumbo a una muy parisina licorería de la plaza principal. El Sayyid esperó afuera mientras nosotros los occidentales entrábamos y nos bebíamos no sé cuántos vasos de absenta en nombre de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. En medio de una nube rosa, indefinida y vagamente movediza, regresé al hotel, de alguna manera me deshice del Sayyid y del francés, y por fin quedé solo, despatarrado y boyante en un baño caliente que sabía a absenta, olía a absenta, hervía y se sacudía con cierta modorra, como el cosquilleo rosa de un vaso de absenta.

11

Kif

Durante la exposición de París, en 1900—pero tal vez todo esto no es más que un sueño, tal vez escuché a alguien contarlo; no, tiene que haber sucedido—, había, en algún lugar entre la Torre Eiffel y Trocadero, un largo cobertizo. En ese cobertizo había un tren nuevo de la compañía Transiberiana: locomotora, ténder, vagón de equipaje, coches cama, restaurante. El cobertizo era oscuro como una estación. Al vagón, barnizado y gigantesco y oscuro, se entraba por unas escaleras de madera. Era terrible. El tren iba a partir. Al seguir el frufrú de los vestidos por el corredor, un olor nuevo le ponía a uno la piel de gallina. El tren olía a caucho fresco, a juguetes recién comprados, a algo barnizado y zumbón y aceitoso. Las camas estaban hechas, y había espejos, lavamanos destellantes, una bañera. La locomotora silbaba.

—No, no tengan miedo; miren por la ventana.

Nos movíamos. No, afuera se movía una pintura, casas que pasaban, colinas verdosas y azuladas. Los Urales. Alguien me dice nombres al oído. Lago Baikal. Irkutsk. Liberia. Yang-Tse, Mongolia, pagodas, Pekín. Ríos serpenteando en las colinas azuladas y verdosas y el olor próximo y eléctrico de algo barnizado y zumbón y aceitoso que se mueve pesadamente, gente en botes, juncos, Mar Amarillo, pagodas, Pekín.

A menudo pienso en todos aquellos que tenían boletos para el tren inmóvil de la Transiberiana en el año inaugural del siglo, aquellos cuya juventud estaba llena de *Veinte mil leguas de viaje submarino* y de los *caballeros* y *trotamundos* de Julio Verne (siempre y cuando el hielo del lago Baikal aguante) y del chino Gordon tartamudeando sus últimas palabras por el telégrafo en Jartum, y Carlota regresando enloquecida de México y prendiendo fuego a un palacio de Terveuren lleno de curiosidades

congolesas, fetiches de pelo humano, ídolos fálicos con conchas en vez de dientes y los brazos en la cintura, jarras llenas de caucho crudo; y aquellos magnates de sombrero de panamá lentamente relegados a vagones privados, olorosos a menta y bourbon viejo, cruzando el Río Grande por una nueva línea y disparando, desde la plataforma trasera, a burros, perros de las praderas y de vez en cuando a algún latino, y los comedores de la Twentieth Century y de la Harvey, y Búfalo Bill y los indios asaltando el escenario, y los galgos corriendo hacia Bishop's Rock, y las imágenes de las principales locomotoras del mundo sobre tarjetas de cigarrillos. Ah, Thos. Cook and Son, todo eso acaba por servirte. Los empleados reciben los principales trenes en uniforme. Ahora que Peary y Amundsen han sellado el mundo por arriba y por debajo, ahora que hay un bar americano en Bagdad y el gran Lama del Tíbet escucha a Paul Whiteman burlarse del «Danubio Azul», ahora que los Citroën oruga recorren resoplando las calles polvorientas de Tombuctú, no hay mejor lugar para los Rover Boys que los hoteles Statler y los cruceros mundiales de la Dollar Line (duerma cada noche en su propia cama).

En los países del Islam saben que estamos locos, pero tienen un nostálgico respeto por la locura. Justamente hoy me ha invitado a comer—carne estofada en olivas y naranjas amargas, cuscús y tortas, siete vasos de té y una pipa de kif—ese hombre extremadamente feo, algo bizco y con cara de tortuga a punto de morder, que pasa el día en los zocos comprando pieles de zorro en compañía de su amigo el sastre, un individuo filosófico y alegre como salido de las *Mil y una noches*, y todo porque yo había estado en Bagdad, donde descansan los restos de nuestro señor Sidi Abd el Kadr el Djilani (aquí uno se besa la mano y murmura algo acerca de la paz y la bendición de Dios), y estos pobres sienten que incluso un kaffir que haya pasado por la tumba puede traer consigo una leve ráfaga de la santidad del *murabit*. De manera que un peregrino tiene cierta importancia a sus ojos…

Gare St. Lazare. Un hombre está sentado junto a la ventana de un restaurante tomando sopa de letras. Afuera, en la penumbra que se filtra como arena rosa sobre las pilastras verdes de la estación, los omnibuses verdes se mueven torpemente, los taxis hacen sonar bocinas histéricas,

chicas y jóvenes con blancas caras de penumbra salen del metro; hay una mujer de cara colorada vendiendo flores, un hombre de barba negra y cuadrada que desdobla un *Paris-Soir*. De los mesones adornados con algas y cubiertos de comida de mar—ostras, ostiones, erizos, mejillones, almejas, langostas, caracoles, gambas, camarones—llegan oleadas de un olor marino que pertenece al horizonte. El hombre que toma sopa de letras junto a la ventana del restaurante remueve las letras con su cuchara, lentamente. Siete letras han salido a la superficie: VE AL SUR. El hombre se las come sin dudarlo. Remueve otra vez con la cuchara; quedan dos letras: V E.

¿Cómo era la historia del irlandés de dientes falsos que era un espía de la inteligencia británica y estaba tomando sopa de letras en el pequeño restaurante detrás de la mezquita de Nouri Osmanieh, en Estambul? Fue asesinado a balazos por una mujer supuestamente rusa, y decían que había leído su destino en la sopa de letras. ¿Por qué hay siempre tantas x en la sopa de letras?

Entre las multitudes que entran y salen de la estación, se mueven las acechantes palabras del crepúsculo, resonantes y largas. La ciudad de asfalto lustroso se ve plana y diminuta; ha quedado desierta bajo la última y temible expansión del día de verano.

La otra estación está llena de luz: un refugio de la penumbra vacía. El tren está repleto de gente y de maletas. Entro en el último instante y me siento en la octava silla de un compartimiento de tercera clase. No hay espacio en el compartimiento para estas dieciséis piernas de sexo variado, para estos dieciséis brazos que transpiran. En el corredor uno puede pararse a fumar y ver los suburbios de París, devastados y consumidos por la penumbra y al final enterrados, con toda decencia, por el avance de la noche. El tren desentierra un paisaje de fotografía con sus dedos de luz inquisidora, mientras se sacude gimiendo como un alma en pena. El estruendo de los vagones sobre los ferrocarriles canta un sonsonete: *Mort aux vaches aux vaches aux vaches. Mort aux* VACHES.

El tren corre hombro con hombro junto a otro tren, y luego lo rebasa; las ventanas, los rostros, los ojos se vuelven borrosos, se mezclan con memorias devoradas por el rugido de la noche solitaria, se funden con memorias de otros trenes: el Congressional, penetrando con persistencia la

febril primavera de Maryland, azotando las puertas de estacas de aquellas chabolas invadidas por el balanceo funerario de las lilas; el Diamante Negro; ese tren anónimo que iba de ninguna parte a ninguna parte, las borlas que adornaban la caperuza azul de la lámpara, la mirada de aquellos ojos irritados por el peso del sueño, fija en las flores rojas y amarillas de pétalos retorcidos, en las moles oscuras con la forma de una botella, en esa expresión incomprensible, *altos hornos*; la imagen del tren que se dobla para entrar en el *ferry* y cruzar la mica luminosa de la Panza de Canso; el veloz expreso Transiberiano que se dirige en veloz trayecto hacia Pekín sin salir de su galpón. Demasiados trenes, demasiadas ruedas con su ruido metálico en los pasos a nivel, demasiados nombres extraños deletreados en la noche, adioses en las taquillas, últimas cenas tragadas de prisa en la barra, manos aferradas a maletines; la cabeza de la chica del paso a nivel la ve uno más adelante, sobre el cuerpo de un paseante; y luego están los ojos hambrientos que miran a través de vidrios sucios, los labios sonrientes que caen al vacío en la siguiente estación, los ojos inquisidores de pandillas de brazos morenos que descansan sobre sus picos.

He regresado a mi lugar entre la mujer de busto alto y sarga que duerme con un pañuelo sobre la cara y el annamita almidonado que se sienta recto como si estuviera atornillado. Al frente, una pareja de recién casados duerme pegajosamente, estrangulada por sus ropas nuevas; la cabeza de ella se recuesta en una almohada en la esquina, su boca está abierta; la cara de él, colorada como la de un bebedor de vino, parece hurgar en el hombro de ella. Las ventanas están cerradas. Uno podría abollar el aire con el dedo.

Al despertar con el sol dándome en los ojos, me siento a mirar las largas sombras azules de los cipreses negros. En una impecable estación color crema, el aire huele a rosas y ajo y polvo: es *le Midi*.

En Beni Ounif el aire era puro fuego blanco. Daba miedo bajar a esas inmensidades desde el comedor embadurnado de cerveza. Un chico blanco de fez rojo cargó mi maleta hasta donde madame Mimosa. Llegué a una habitación de persianas cerradas y me estiré sobre la cama. El tren iba saliendo de la estación, pitaba, resoplaba, mientras su estruendo avanzaba

hacia el desierto rocoso. De muy lejos me llegaba el sonido atenuado de las ruedas sobre los raíles, y luego el silencio. Un silencio que se vuelve más denso con el sueño.

El sol se había puesto. El cielo se había endurecido formando zonas llameantes de topacio, esmeralda, amatista. Recostado en un pilar del porche que conservaba todavía el calor del sol, mirando la plaza vasta y desierta rodeada de edificios bajos con derrumbados porches ocres y rosas. Frente a la estación almenada, tres furgones de juguete. No hay nadie a la vista, ni siquiera un perro. El tamaño se expande y se contrae con el brillo cambiante del cielo. Caminando fuera de la diminuta plaza por la calle infinitesimal, me tropiezo con una montaña púrpura. Estiro la mano para tocar la pared blanca de una casa; está a un kilómetro y medio de distancia cruzando la vía de servicio. Los racimos de hierba cubiertos de pinchos son palmeras caminando a zancadas y en fila a través de un corte en la piedra carmesí. Más allá de las casas, la piedra pisoteada cae en un cañón inmenso que resulta ser un canalillo arenoso abierto por agua de irrigación. Me preguntaba si estaría aún dormido cuando, mientras admiraba el valle, me topé con un sendero rocoso; di un paso adelante, entré en él. Era un pequeño arroyo tan ancho como mi pie que se filtraba por la grieta de la pared de un jardín de dátiles. Mientras tanto la noche bajaba, atornillando una tapa refulgente sobre un caos sin dimensiones. Soplaba un viento frío. Cerca del pueblo titilaban unas pocas fogatas de campamento. Una fila de montículos retorcidos resultaron ser camellos dormidos; había figuras enfundadas alrededor de las fogatas, lámparas en las puertas, sombras alrededor de las lámparas. En la habitación blanca y desnuda de una esquina, tres soldados argelinos bebían recostados en una barra verde. Me dijeron que madame Mimosa quedaba en la esquina siguiente. Allí, tras cruzar una pequeña tienda conglomerada, uno llegaba a un comedor vacío, iluminado por una lámpara colgante y con las persianas firmemente cerradas, para evitar que la luz saliera goteando hacia la noche.

Tras una cena de pavo y trufas del desierto y vino blanco de Philippeville, salir de nuevo a la calle sin pasos. Las casas bajas de techo plano desaparecen bajo las estrellas. El silencio se tensa sobre la noche. Camino como un gigante por encima de las casas aplanadas, y de repente

me encojo como un elevador expreso bajando de las estrellas flotantes, como un diminuto hombrecillo que se tambalea sobre alfileres infinitesimales, moviéndose al ritmo minúsculo de un corazón y sus frágiles corrientes de sangre que se mueven a través de un enredo de tubos infinitamente pequeños. A través de la noche tensa, me llega desde un junco un goteo de notas acuosas, el suave tamborileo de dos manos cansadas. El hombre que tomaba sopa de letras contra su voluntad ha sido olvidado. Las notas frescas y luminosas del junco murmuran por todas partes; el tambor se hace más sonoro, más profundo, y llega a modelar en la oscuridad paisajes entrecortados y majestuosos. El americano que iba hacia el este y hacia el sur, el que tomaba sopa de letras contra su voluntad, se refugia en su habitación, junto a la cama ancha y crujiente, bajo la protección de la lámpara humeante, fuera del camino de estas móviles dunas de sonido. Ésta es la soledad y las voces clamando en el desierto. Se desviste, se lava los dientes, arregla sus ropas, recorre unas pocas líneas de Lucrecio, finge estar en Buffalo, Savannah, Noisy le Sec, Canarsie. El goteo de la flauta se va resecando en las dunas presurosas y enérgicas del tambor. San Antonio, solo en el desierto de la carne oscura, el desierto y su pálpito intrincado.

Pero el irlandés de los dientes falsos no fue asesinado en Estambul. No se atrevió a ir a un hospital, así que la rusa y su marido cuidaron de él en un cobertizo, en un viejo corral de ovejas de los alrededores de Top Hanep. Los tres fabricaban buscapiés y la chica, cuyo nombre era Olga, los vendía por la tarde frente al Tokatlian. Vendía más que buscapiés, y durante toda la noche el marido, que había sido oficial de la marina rusa sin hacerse jamás a la mar, se sentaba a lustrar sus botas altas y a gemir. El irlandés gemía por el dolor de su hombro y por la pérdida de sus dientes falsos. El resto del tiempo hablaban en francés, acostados en las camillas del ejército, las camillas abandonadas que tenían por camas. El irlandés, cuyo nombre era Jefferson Higgins, era un panteísta gaélico. En su juventud, en una lechería arruinada de County Cork, había tenido largas conversaciones con los duendecillos. El oficial ruso creía en la castidad, en macerar la carne con alcohol para quemar al diablo que hay en ella. A pesar de ello, nunca bebía. Olga creía en el hambre, el miedo y la Virgen María. Odiaba a los hombres (excepto a los que amaba). Pasaron los largos días de agosto tendidos sobre

sus camillas hablando de estas cosas mientras sonaban las cigarras y las cometas revoloteaban en el cielo despejado. Olga los amaba a ambos, y les compraba comida y lavaba sus ropas y las colgaba para secarlas en el techo del cobertizo. Los amaba a ambos y los mimaba y los llamaba sus nietecitos pequeños.

El oficial naval culpaba de la infelicidad de sus días a lo que él llamaba la desamparada alma rusa; el irlandés culpaba al gobierno británico; Olga culpaba a la humanidad. Si no hubiera sido por los piojos y las dificultades al afeitarse, los dos hombres habrían sido completamente felices.

Una mañana Olga llegó a casa con una copia del *Manifiesto comunista*. Estaba en tres idiomas, ruso, armenio y georgiano. Se lo había dado un taxista de Odessa que había sido ornitólogo. La había llevado a su habitación y le había preparado una cena, pero por la mañana resultó que no tenía dinero, así que le había dado una copia del *Manifiesto comunista*.

Al día siguiente se lo tradujeron a Higgins. El marido y la mujer lloraron y se besaron. Se dijeron que debían adoptar una fe. De ahora en adelante trabajarían por Rusia, por el Cristo comunista, salvador de la humanidad. Debían trabajar si querían irse a casa. Olga tendría que renunciar a la Virgen María, que se parecía demasiado a la zarina. Trabajarían como carpinteros y harían muebles para la nueva Rusia. Él dejaría de hacer buscapiés; ella nunca volvería a prostituir su cuerpo. Si era necesario, pasarían hambre. De inmediato, él empezó a construir una especie de sofá con tablas viejas, para soltar la mano; ella lo miraba con ojos luminosos.

Mientras tanto Jefferson Higgins caminaba de arriba abajo royéndose el bigote rojizo y desgreñado con sus desdentadas encías. La herida no sanaba correctamente; sospechaba que tenía sífilis. Quería unos dientes nuevos, quería limpieza y sábanas limpias y estar en Piccadilly y en el club militar. Estaba harto del charloteo incesante de los dos rusos; si hubiera tenido una pistola, los habría matado a ambos al instante.

Cuando estuvo a solas con Olga le pidió con los ojos azules llenos de lágrimas que lo llevara a un mitin comunista. Debía de haber agitadores comunistas entre todos los rusos de Constant'. Su vida había cambiado por

completo desde aquella noche en que ella le había disparado en el hombro. Gracias a Dios que no lo había matado, lo interrumpió ella, besándolo en la frente. Él no volvería jamás a trabajar para los ingleses. Regresaría a casa y lucharía por la libertad de Irlanda. Entregaría todos los códigos secretos del Departamento de Inteligencia a los bolches. El oficial naval llegó a casa y los encontró abrazados. Quiere unirse al Partido Comunista, explicó ella. El ruso cogió al irlandés y lo besó varias veces en la cabeza.

Al día siguiente Jefferson Higgins estaba sentado en una pequeña habitación del Pera Palace, con un cigarro en la boca y un panamá en la cabeza, mecanografiando un informe con una mano. Estaba bien afeitado y llevaba el bigote cuidadosamente recortado. Vestía un fino traje de franela gris. Su brazo estaba atado a su pecho con vendajes limpios. Tenía la boca llena de dientes; no eran exactamente de su talla, pero eran dientes. Escribía a máquina la descripción de un plan bolche para asesinar a los Altos Comisionados, provocar amotinamientos en los ejércitos aliados y, con la ayuda de los turcos descontentos, tomar Constantinopla en nombre del gobierno soviético. De vez en cuando dejaba de escribir y hacía anillos de humo. Entonces sonó un triple toque sobre la puerta.

—Kitchener—dijo Jefferson Higgins en voz baja.

Entró un hombre corpulento y entrecano con el uniforme de un coronel británico.

—Hoy no es Kitchener, es Baden-Powell—rugió el coronel—. Pero he reconocido su voz.

Tomó algunas páginas mecanografiadas de la mesa y dejó escapar un silbido de aliento entre los dientes.

—Será todo un jaleo, déjeme que le diga… Eliminaremos a esos tíos. El Alto Comisionado se sentirá un completo inútil cuando vea esto. ¿Sabe adónde llevarlo?

—Sí, señor.

Sin decir una palabra más, el coronel puso sobre la mesa un pasaporte americano, magníficamente equipado con visados, a nombre de Fernald O’Rielly, agente viajero de un fabricante de maquinaria agrícola de Chicago, y una tarjeta de crédito de Lloyd’s Bank.

—Preséntese el quince de diciembre en Shangai, según las órdenes 26b —fue lo último que dijo el coronel al salir de la habitación.

Jefferson Higgins escribió y siguió escribiendo. Cuando hubo terminado el cigarro, tocó la campana para pedir un whisky con soda. El camarero era búlgaro y leía perfectamente en inglés. Mientras preparaba el cambio, echó un vistazo a las hojas mecanografiadas. Algunos nombres le eran familiares. Cuando bajó de nuevo al bar, envió a un compatriota que fregaba vasos en la parte de atrás a llevar un mensaje a un hombre de barba; el hombre estaba sentado junto al piano mecánico de un pequeño bar en una callejuela lateral de Galata, jugando backgammon con un marinero griego al que le faltaba un brazo. Como resultado, cuando la policía militar británica hizo su ronda a medianoche para llevar a cabo los arrestos, algunos de los peces más gordos se habían escapado.

Pero ya para ese momento Jefferson Higgins estaba muy lejos, en el mar de Marmara, sobre el vapor del Lloyd Triestino. Era una noche de luna. Se sentía líquido, vulnerable, como solía sentirse de niño cuando pensaba en los duendecillos y en los altos reyes de Irlanda. Su gaélico era un cazo con el cual recogía ricos pensamientos de la leche blanca del cielo. La chica de los brazos blancos que manejaba la mantequera. La forma en que un hombro blanco se asomaba a veces bajo su vestido. Comenzó a tararear «Kathleen Mavourneen», le gritó al barman que le trajera un gin-fizz, volvió a tararear «Kathleen Mavourneen». Marsella sería el primer lugar donde podría conseguir una comida decente. El Bristol. Tenía que encontrar una chica amable y comprensiva. Estaba haciéndose demasiado viejo para interesarse en las más locas. Viviría como un sultán durante una semana. Entonces sentaría cabeza, buscaría Makropoulos y haría algunas inversiones.Ya era tiempo de que empezara a pensar en el futuro, en su vejez. Higgins miraba las curvas grandes y secas de las colinas, brillantes bajo la luz de la luna. El barco estaba atravesando los Dardanelos.

Mientras tanto los ingleses barrían Pera en busca de rusos. Muchos se suicidaron de un tiro. El marido de Olga noqueó a un sargento de un puñetazo en el estómago y prontamente recibió un tiro en la cabeza de parte de un recluta nervioso. Los refugiados rusos sospechosos de bolchevismo fueron conducidos a un sótano. A muchos no les importaba lo que les

sucediera; muchos se alegraban de la oportunidad de recibir una comida de verdad. Entonces, los que eran considerados más peligrosos fueron separados y llevados a campos de detención. A los demás los pusieron en un carguero y los remolcaron al Mar Negro en dirección a Odessa. Pero Olga no fue con ellos. Acompañada por un intérprete francés, salió de Constantinopla y eventualmente reapareció en Argel, en el establecimiento de una cierta madame Renée, cincuenta francos para la chica y cincuenta para la casa. Adonde quiera que fuese llevaba su cuerpo firme y bien modelado y blanco como el zinc; lo llevaba descuidadamente, como uno llevaría una silla de un lado a otro de una habitación.

Nadie supo nunca cómo se las arregló para llegar a Nueva York (tal vez como esposa de alguien). En cualquier caso, la vida densa y ruidosa que la rodeaba en el barrio del East Side donde vivía la hacía feliz, aunque todo el tiempo se sintiera cansada. Más que nada le gustaban los almacenes Cinco y Diez Centavos, y los trolebuses azules de la Segunda Avenida. Por las noches cantaba en un barcito del lado este, sobre la Calle Séptima. Pero cuando cantaba se parecía demasiado a una colegiala. La otra chica, una judía morena que había estado en Panamá, se llevaba todos los aplausos con

> A thousand miles of hugs and kisses
> O... poppa... here we are
> O so far… from Omaha.*

Cuando llegamos al espacio abierto entre las casas derrumbadas de Findi, el Caïd y su hermano, que había sido *tirailleur*, salieron a recibirnos. Presenté mi carta y el Mahomet negro pronunció un discurso. Estábamos en el cuarto de huéspedes, una habitación pequeña y blanqueada con una cenefa azul de hojas de parra en la cual aparecía la huella de una mano a intervalos regulares. Trajeron dátiles y leche agria. Eran gente del Beni Amour, árabes de pura sangre que los franceses habían sembrado en el oasis, que habían quedado abandonados tras la huida de los nativos haratinos y bereberes, quienes originalmente habían construido el *ksar* y cuidado del jardín de dátiles. Los pozos se llenaban y la arena devoraba las palmeras. Tras terminar el plato de bienvenida dimos un paseo digno y lento para ver las cosas más notables del oasis, el lugar donde había ocurrido la batalla entre

los Joyeux y los ksourianos, los viejos pozos, la represa construida por la gente de otras épocas, los jardines de vegetales, el lugar donde una dama extranjera había levantado su tienda y se había quedado cinco días, el ruinoso monumento a los soldados franceses muertos en la batalla, las huellas del gran autocar con seis ruedas dobles que había pasado llevando a Timimoun un cargamento de oficiales con sombreros bordados de oro. En la montaña que encerraba el oasis por el sur vivía un demonio llamado Dariuss, que cuidaba un gran tesoro. A la gente que trataba de subir le arrojaba piedras rodantes.

Tras una cena de *ta'am* rociado con leche dulce y huevos bebimos té y nos sentamos a hablar junto a la tenue luz de dos lámparas de palomar. Después de un rato se olvidaron de mí, y me recosté contra la pared dejando que las olas de remolinos en árabe me pasaran por encima. En las pausas de la conversación no se oía sonido alguno. Los seis u ocho hombres que vivían en el oasis estaban en aquella habitación. Probablemente sus esposas estuvieran escuchando a través de una abertura en la pared. Fuera de la pequeña zona de casas habitables estaban las casas ruinosas del viejo ksar, las altas palmeras y la inmensidad de piedra azotada por el sol donde sólo el demonio Dariuss permanecía vigilante.

En las caras de los hombres había un gran silencio apático; la energía de sus palabras era mero oleaje sobre el silencio. En todo buscaban aquel silencio que era la paz de Alá el misericordioso, el compasivo. Eso era lo que Achmed y su amigo el sastre habían dicho en Marrakech, mientras Achmed cortaba cáñamo para la pipa de kif.

—En América bebemos estimulantes para excitarnos—le había dicho yo—. Aquí, ustedes fuman kif para sentirse en paz.

No pudo entender lo que quise decirle. Excitado era como se había sentido cuando escapó la mula y él tuvo que correr tras ella y perdió una de sus zapatillas: un sentimiento horrible, peor que una enfermedad. Traté de explicarle Coney Island: gente que paga dinero para que la sacudan, la empujen, la molesten, gente que paga para deslizarse por toboganes, para rodar en barriles, para zarandearse sobre puentes rotos. Achmed decidió que debíamos de estar locos en los países de Occidente, pero que debía de haber una *baraka* en nuestra locura, porque éramos muy ricos. Le alcanzó una

pipa al sastre pequeño, que la tomó con reverencia, fumando entre sorbos de té y mirando el cielo en silencio a través de la puerta, con una sonrisa adormilada en las comisuras de la boca. Entonces Achmed inhaló con fuerza y se quedó mirando la nada con una capa azul y vidriosa sobre los ojos. Me pasó la pipa. El occidental, el consumidor de sopa de letras, absorbió mecánicamente el humo acre. ¿Había suficiente kif en el mundo para ahogar los deseos entrecortados, la sensación de que en la próxima esquina nos esperan acontecimientos de primera plana, el terrible entusiasmo de las estaciones de tren al caer la noche, la locura del atardecer en las ciudades, las ruedas, el chirrido de los engranajes, el interminable desenrollar de páginas impresas? Para Achmed nada de eso existía. La vida yacía en la sumisión callada, la realización de la vida era la muerte, su hermana.

Esa noche, en Findi, en el pequeño cuarto de huéspedes de la casa del Caíd, mientras escuchaba la conversación interminable y silenciosa, pensé en esas cosas, y en imágenes grabadas y en sopas de letras y en la tortura de las cuatro direcciones y en la jaula de los meridianos, y en el tren Transiberiano que estaba eternamente a punto de partir—los silbidos de la locomotora del nuevo tren, brillante y oliendo a juguetes nuevos y a pelotas de caucho—, que nunca salió de su galpón en la *Exposition Universelle*. ¿Acaso vale todo aquello lo que vale la somnolencia del kif, el hombre solo en mitad del desierto gritando la triunfante afirmación: *No hay Dios sino el Dios; Mahoma es el profeta de Dios*?

12

Avión de correos

Sentados en el suelo al abrigo del cobertizo de latón están un anciano y dos mujeres envueltas hasta los ojos en trapos del color del sebo. Un mecánico que amasa un pedazo de basura entre sus manos está haciendo bromas sobre la carne de cerdo en una mezcla amable de francés con árabe rudimentario. La corriente de viento frío que viene del oeste hace que todos tiriten. Por fin se acerca el avión, rozando la cumbre de las desnudas colinas de Marruecos. Tras sus velos, las mujeres sueltan tímidas risitas. «En el nombre de Dios», dice el anciano, y mira sin inmutarse al pasajero y los sacos de correo y las palas de las turbinas que giran más y más despacio, se vuelven dos, se detienen. El pasajero se monta, se acuclilla de frente a la cara delgada y melancólica de un hombre de gafas; dejan el correo, ruge el motor, el cobertizo de latón se aleja a gran velocidad, las colinas bailan un vals lento, y el blanco Tánger y los Estrechos y el Atlántico y las montañas negras y cubiertas por chorros de nubes del Riff se alejan poco a poco, cayendo en una espiral ladeada. El avión rebota como un balón sobre un piso nevado de nubes blancas. Entonces uno siente un frío intenso, se siente un poco mareado, y las horas se arrastran eternamente hasta que de repente lo absorbe un vórtice de niebla voladora y tierra soleada y roja y arada y casas blancas, y uno le da la vuelta al ruedo y ahí está Málaga. No hay tiempo de almorzar.

En Alicante el pasajero está bebiendo Fundador con el piloto en una especie de cabaret. Sobre el escenario, un grupo de fornidas damas del pasado taconea con cansancio al ritmo de unas castañuelas, pero aquí en la mesa

Mercedes (modelo 1926) llega y se sienta sin que nadie la vea en una silla vacía. Lleva el pelo negro cortado como un niño, abre los ojos como un gato cuando se habla de velocidad y burbujas de aire frío.

Al amanecer, en medio de la resaca, con lenguas secas y ardor en los ojos, partimos de nuevo, penetrando el viento del norte entre chirridos.

Valencia a través de los claros de una tormenta de nieve; enseguida, horas de mar verde bronce y acantilados ocres y un doble espiral para bajar a Barcelona. No hay tiempo para almorzar.

Al norte de los Pirineos, el aire es grueso como una sopa blanca. Sobre Cette, las nubes derraman gigantescas columnas. Avances pesados y descensos en picado y repentinos derrapes en el remolino cegador de de una tormenta. Hace un frío terrible. La tierra está disuelta en volutas de niebla. Se acabaron los restaurantes, las sillas con calefacción de los trenes, los desfiles electorales, el fuego rojo, los filetes de carne. No hay más que la velocidad de un remolino de frío encima de una esfera imaginaria marcada con continentes, canales, carreteras en forma de moños, parcelas de propiedad privada. Una tierra tan rara como Marte, fría como la Luna, distante como Urano, donde la velocidad termina por reventar como una goma elástica. Y uno vuelto un nudo, frío y duro, lanzado alrededor del mundo como una pelota de béisbol… hasta que se ve regresar y vomita entonces en su viejo sombrero negro.

III

VISADO RUSO
(1928)

1

Brooklyn a Helsingfors

ROCKALL

En Brooklyn, en algunas zonas verdes o en los cuernos peludos de los ailantos que brotan junto a botes de basura en los patios traseros, comenzaba a llegar la primavera. Había algo en la forma como silbaban los remolcadores del East River en la penumbra matutina, y el viento de la bahía tenía un olor nuevo; pero en la cafetería, la chica de la henna de tonos cobrizos era la misma, su cara llevaba la misma amargura de sonámbula cuando le daba a uno el cambio, o cuando hablaba por teléfono con alguien llamado Deary, o cuando devolvía un comentario cordial—Bonito día, Qué día de perros, Cómo llueve—como si la hubiera quemado; en el metro todo era siempre igual, el eco del pasadizo oliendo a elevadores y urinarios, la gente de abrigo desperdigada por la plataforma, los ojos apresurados que te miran pero no miran tus ojos (cuando dos miradas se encuentran en el IRT, los frenos hidráulicos se accionan, el tren se detiene de golpe), los cuerpos que se empujan, apiñados en el largo túnel bajo el río, y el tufillo de arenilla y gas quemado que te da en la cara al salir a la Séptima Avenida; y siempre los italianos vagos de la esquina de Bleecker. ¿Qué diablos están esperando?

En Manhattan no hay estaciones y durante mucho tiempo no hubo días, sólo el pequeño despacho con su máquina de escribir tecleando perpetuamente (cuando la máquina de escribir se detiene en un despacho de Nueva York todos se avergüenzan; los hombres empiezan a pelearse o a hacer el amor con la estenógrafa o tiran cigarrillos encendidos en el canasto de la basura), y el pequeño teatro de ambiente cargado, y el escenario iluminado para los ensayos, y las filas de sillas vacías que se pierden en la

oscuridad; y en el piso de arriba, el olor del bote de cola sobre el quemador y las brochas cuyo goteo es tan difícil de evitar y los bastidores pintados y polvorientos; y los esfuerzos, las prisas, las demoras por hacer que se entiendan ciertas cosas que somos incapaces de hacer que se entiendan. Y las horas de descanso después de la medianoche… Caminar, para bajar los tragos del así llamado whisky de la taberna de Carmine Street, pasando frente a las ventanas asustadas de las calles del centro, frente a puertas furtivas o esporádicos policías con cara de piedra, o cenizas de hogueras que los niños han hecho con viejas cajas de cartón y después olvidado; frente a prostitutas asustadas que te agarran por el brazo en las calles que dan a la Segunda Avenida; frente a hombres de ojos mugrientos que se agitan bajo la estructura en L de la Bowery… Caminar por el centro vacío, observando el paso arrastrado e informe de mujeres de la calle que se dirigen al trabajo por aceras ventosas, los tipógrafos y voceadores en los alrededores de City Hall, la multitud cansada y exhausta que espera el tranvía de Flatbush Avenue. Entonces, salir caminando con soberbia por el viejo puente que flota en medio del cielo sobre una delicada red de cables, recibir el olor de la bahía, mirar por encima del hombro el diente desigual y oscuro de los edificios suspendidos al borde del cielo; el ir y venir del tranvía y los pasos, muy por encima del río, de alguien que camina por el puente hacia mí… ¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿Adónde va? ¿Quién soy? ¿Qué quiero? ¿Adónde voy?... y diez mil hombres en diez mil dormitorios han escapado al agotador trabajo del día y se sientan a desvestirse al borde de sus camas amargas… y a desear.

Acaso desean Madison Avenue y el olor de las floristas y de los adornos de cuero recién comprados y el brillo del cristal y el latón, y desean cócteles Bacardí y comidas en bares clandestinos, y servilletas blancas y tiesas, y la pierna de ella en medias de seda presionando la de uno bajo la mesa, y el ajetreo de los abrigos de piel a las cinco en punto, y la cálida habitación que huele al perfume de la chica y el tintineo de hielos en los vasos y el negro brillante del piano y el olor del tocador de su dormitorio y la mano soslayada que baja la persiana. (Pero lo usual es que se vayan solos a la cama, en el último, rancio impulso de unas sobras de bebidas.) En

Brooklyn comenzaba a ser primavera, pero en Manhattan ya no había días que llegaran vibrando a las cinco en punto en Madison Avenue, sólo noches metálicas en calles agrias y vacías.

El otro metro tenía un olor fresco, como de polvos; en Hoboken todos los ayeres se derretían, eran olvidados en las cavernas grises, desocupadas e inodoras del muelle. No hay sueño tan bueno como el de la litera de un barco.

Fue en ese viaje, cuando una tarde salimos a cubierta para quitarnos de encima la siesta asfixiante de la comida; hacia el este, el Atlántico Norte estaba calmo y gris y jaspeado como una lámina de zinc, y había algo en el horizonte. Alguien dijo que era un vapor, alguien más dijo que era un barco de aparejo completo, alguien más dijo No, es un abandonado. A medida que nos acercábamos, comenzamos a sentir la marejada; era una roca. Pasamos lo suficientemente cerca para oír el rugido de las olas sobre los bruscos acantilados.

Rockall se yergue solitaria en el Atlántico Norte, a veinticuatro horas en vapor al oeste de Pentland Firth. Se eleva sobre la superficie del océano desierto a la altura de un crucero grande, en forma de acantilados que arriba son rojizos y color pizarra y cerca del nivel de la marea verdes como las algas, acantilados que terminan en picos desiguales, cubiertos con una capa dura y blanca de excrementos de pájaro como puede estar una montaña cubierta de nieve. Alrededor revolotea constantemente una nube chillona de gaviotas y alcatraces.

EL SEÑOR HANSEN

El señor Hansen era un anciano pequeño y afable y canoso con modales tan meticulosamente discretos que en la cabina que compartíamos apenas me percataba de su presencia. Era contable de profesión y regresaba a Dinamarca tras veinticinco años en Estados Unidos. Llevaba unos ahorros, una pequeña cantidad. «Pequeña pero suficientes», decía con timidez casi coqueta. Llevaba un traje gris del mismo color que su pelo y un abrigo gris de *tweed*. Sus maletas eran nuevas y brillantes. Tenía un nuevo conjunto de cepillos militares de dorso de plata con sus iniciales grabadas. Era la

primera vez en esos veinticinco años que viajaba a su querido país. Se había propuesto no volver a casa hasta que de verdad hubiera ahorrado lo suficiente. Y ahora podía hacerlo.

Al señor Hansen, Rockall no le pareció gran cosa; pero al día siguiente, cuando avistamos Lewis Butt y la costa escocesa, sus ojos grises parecieron aguarse más que de costumbre en el viento cortante de los Orkneys, y se puso a caminar de arriba abajo, con paso vivo, por la cubierta de Tercera Turista. Ahora que estábamos en Europa, decía una y otra vez, ahora podría ver a sus amigos. Lo peor de Los Ángeles había sido no haber hecho amigos; el señor Hansen había sido contable de un gran negocio de panadería, se había hospedado en un hogar muy agradable, pero quizás el lenguaje lo había vuelto un poco tímido, sí, había tenido buenas relaciones con todo el mundo, pero había sido Cómo está usted, Señor Hansen, Tenga un buen día, señor Hansen, pero nada más, gente muy respetable, usted me entiende, por supuesto que él no hubiera tolerado la otra clase de gente, las chicas fáciles y todo eso, ellas sólo pensaban en hacerte gastar tu dinero.

Al atravesar Pentland Firth la marea fue tan fuerte que el barco giró y giró hasta quedar casi perpendicular a su curso. Los Orkneys se levantaban, altos y cubiertos de hierba, contra el norte luminoso; al sur, humeando, estaba la costa escocesa, techos de pizarra y ensenadas plomizas y llanas. El señor Hansen decía que por supuesto, no era el caso de ponerse extravagante, pero ahora podría permitirse unos cuantos gustos. Nunca había creído en la bebida ni en armar la de Dios es Cristo. Tenía miedo de que sus conocidos lo creyeran millonario, aquí la gente creía aún que en California el dinero se recogía en las cloacas. Pero un vaso de cerveza de vez en cuando no le hacía daño a nadie, y había que aprender a hablar y a discutir sobre temas de interés. De niño, el señor Hansen había sido todo un conversador. Eso le preocupaba ahora: tenía miedo de haber olvidado el danés; en el pueblo donde había nacido se hablaba un dialecto. El señor Hansen suponía que hablar la lengua de manera incorrecta era lo que había hecho que tuviese tan pocos amigos en Estados Unidos.

—En California siempre fui un hombre solitario. Ahora debo evitar que me casen con alguna mujer convencida de que tengo dinero.

El señor Hansen tenía tal prisa por llegar a Dinamarca que se bajó en Christianstand para cruzar en *ferry*, y se perdió el largo y callado trayecto hacia Oslo—subiendo por el fiordo, a través del pálido resplandor de la blanca noche de verano—, durante el cual me desperté, a las dos de la noche, con el sol rojo brillando en mis ojos y con la nariz llena de un olor a bosques del norte, a corteza de abedul, a fresas salvajes. Como el olor de Maine.

Pocos días después lo encontré frente al parque de atracciones Tivoli, en Copenhague, al principio de una de esas interminables tardes de verano. Parecía contento, quizás demasiado, de ver a un americano. Llevaba un nuevo sombrero de hongo, pero se veía triste. Lo invité a que se tomara una cerveza conmigo; pasamos un buen rato en el café que hay enfrente del parque vacío. Me dijo que había regresado a su pueblo y se había encontrado con que ya no hablaban el dialecto. Todos sus conocidos se habían ido. Había ido a visitar a unos primos en Copenhague, pero la cosa no había ido bien. Le había sido difícil hablar bien el danés de Copenhague, más difícil que hablar inglés. Pero aquí casi todo el mundo habla inglés, le dije. No era lo mismo, él quería hablar como había hablado en casa. Había hecho poner una magnífica lápida sobre la tumba de sus padres. Ahora no sabía en qué ocuparse; suponía que debía visitar los lugares de interés de Copenhague, un museo, Elsinore; ¿conocía yo un buen restaurante donde pudiésemos comer? Fuimos a un restaurante y nos sentamos frente a un espejo en el cual rebosaba la luz pálida y tardía de la noche de verano. El señor Hansen se negaba a beber y parecía a punto de estallar en lágrimas de un momento a otro. No se me ocurría qué decir. Entonces él dijo que tal vez regresaría a Estados Unidos, le habían dicho que si regresaba podía recuperar el mismo trabajo. El restaurante estaba vacío; fuera la hora que fuese, no era la hora de comer en Copenhague.

GARE DU NORD

La Gare du Nord de París es un edificio grande y descolorido como un atardecer de verano en Europa. Dentro hay un hotel en el cual puede uno tomar una habitación que da a las columnas grises y los taxis y buses verde

oscuro y los largos ríos de gente que va al trabajo y las verjas sólidas y terminadas en punta que están allí para evitar que los parisinos asalten la estación de tren si por alguna circunstancia se enfadan con su gobierno. Desde la habitación de la Gare du Nord uno puede entrar y salir de la *Ville Lumière* como si fuera un museo de pintura; uno puede barajar las vistas como si revisara un montón de postales viejas encontradas en un baúl. Cada vez que entra y sale de la habitación, uno puede ver la nave de los trenes a través de las largas ventanas del corredor interno, y aspirar el olor vaporoso y aceitoso de las locomotoras. Pero París no es en su mayor parte un museo de postales, esos días de junio demasiado bellos, con los castaños de Indias y los quioscos de prensa, todos en flor; a menudo es también dolorosas fotografías que creo haber tomado yo mismo hace algunos años; a veces logro distinguir unas pocas figuras familiares en primer plano; ¿pero quién era ése, el del sombrero gracioso? ¿Acaso podía ser yo? Ahí están las Tullerías y el domo del Instituto y la cosecha de primavera en las tiendas de pinturas de la rue de La Boétie y el Café de la Paix que solía ser la esquina de Bagdad y la Calle 42 y el café todo blanco y lleno de espejos de la Porte Maillot y los pequeños bares donde fulano dijo tal cosa, y las luminosas barcazas y los remolcadores sobre el río y los pequeños vapores tan viejos como la torre Eiffel que anuncian todavía Maggi y Amer Picon y Chocolat Meunier y los senadores de largas patillas tambaleándose entre sus bolas de croquet en los jardines de Luxemburgo; ¿pero dónde esta la *Ville Lumière*, *Paname*, intersección palpitante de Bangkok y Buenos Aires, de Barcelona y Berlín? Seguro que no en los *grands reportages*, ni en el *Petit Parisien*, ni en los pintorescos restaurantes a los que la gente trata de hacernos ir porque Alguien fue visto una vez en una esquina colándose la sopa entre los bigotes, ni en los jóvenes larguiruchos de traje oscuro que parecen vendedores de perfumes y dicen ser poetas *surréalistes*, ni en los mareados campesinos con resaca que cabecean inquietos sobre una silla del Dôme, en el barrio americano, ni en los anacrónicos farsantes de pelo largo que se sientan en la pequeña plaza de Montmartre donde una vez nos sorprendió un ataque aéreo, ni en el jolgorio nocturno, caduco desde hace diez años, de

aquellos lugares de mala muerte de las calles aledañas al *Boul' Mich'* de Du Maurier… bueno, puede que siempre haya sido así. Yo llevo un horario de tren en mi bolsillo todo el tiempo. Usted y yo, señor Hansen.

EL BÁLTICO

Mirar por la ventana mientras uno cruza Alemania no es ni de cerca tan entretenido como mirar por la ventana del New York, New Haven y Hartford mientras viaja uno entre Providence y Nueva York; pero tomar el barco finlandés en Stettin está bastante bien. El barco es esmaltado y brillante como un juguete en la vitrina de una juguetería, todo el mundo tiene ojos azules sobre caras luminosas y recién lavadas; todos hablan idiomas que ni siquiera puedo fingir que entiendo, pero con mucho gusto producen, cuando es necesario, unas cuantas palabras de un inglés de cuaderno bien ordenado. La comida de mediodía fue el Valhalla traído a este mundo (excepto, ay de mí, por las praderas); en el centro del comedor hay una larga mesa; en el centro de la mesa yacen, cara a cara, dos salmones enteros y hervidos, flanqueados por un buen centenar de platos de salmón ahumado, arenques ahumados, escabechados, salteados y crudos, abadejos y pescados blancos en formas varias, caviar, platos de queso caliente, ensaladas de repollo y zanahoria, col, pepinillos, ajedreas, carne picante, lengua ahumada, jamón dulce… no es para sorprenderse que Vleben, el viejo escandinavo, entendiera la filosofía del desperdicio conspicuo. Cuando la mesa entera ha quedado vacía, los pasajeros que han corrido de un lado al otro de la habitación con platos cargados y recargados en sus manos se acomodan en la impecable mesa blanca para recibir una comida sólida y callada de cuatro platos, una comida que pondría a dormir a un leñador de dos metros. No es para sorprenderse que la burguesía de estas partes se pusiera de cabeza para defender sus antros.

Helsingfors estuvo bien, excepto que allí el mar no es salado y el pueblo parece un Duluth más limpio y este año se les había agotado la ración de oscuridad. Había un parque grande y enmarañado donde dos bandas de música tocaban sin ganas en la noche pálida, y niños y niñas pequeños, fornidos y sonrosados caminaban por ahí en grupos de cuatro y

de cinco, dándose empujones y codazos y pisándose unos a otros al encontrarse. En medio del parque había un restaurante en forma de chalet donde por una cantidad extraordinariamente pequeña uno podía ser admitido en otro Valhalla, similar al del barco.

Los domingos en espera de un visado en Helsingfor son los más largos del mundo. Uno toma un vapor pequeño y navega entre infinitas islas cubiertas de abedules como las de los Grandes Lagos, después regresa y da un paseo fuera de la ciudad y va a nadar en el gélido mar de agua dulce, después regresa y da un paseo por la estación de trenes, vacía y refulgente de limpieza; son las nueve pero es pleno día; nada está abierto y no hay nadie en ninguna parte. Por las ventanas del gran hotel enfrente de la estación uno puede ver al menos a los camareros moviéndose. El cavernoso comedor es de un rosa frío con tapices lúgubres conservados desde el antiguo *régime*. El camarero habla algo de inglés, niega saber de algún lugar donde se pueda beber algo. La comida es como la comida de un hotel de Maine en verano, nada de Valhalla, nada por lo cual la burguesía vaya a pelearse. Me siento a masticar, solo; entonces la voz de un compatriota llega de alguna mesa detrás de las *portières*, arrastrando las palabras, haciendo hincapié en cada pausa con un traqueteo de flema:

—El problema con… los países europeos… es… la barrera de las costumbres. Pues bien, en Estados Unidos… en todos los cuarenta y ocho que hay… pues bien, señor mío, no ocurre nada parecido. Un hombre de Connecticut puede comerciar con un hombre de Louisiana sin ninguna dificultad… Allí todo se hace para promover el comercio amistoso, aquí hacen todo lo posible por interferir en él…

Todo lo cual era indudablemente cierto. Mientras comía las peras enlatadas con las que terminó la comida, hice un plan para hablar con el conversador invisible y su compañero mudo; tal vez supieran dónde podía uno encontrar algo de beber. La voz graznó y gorgojó y enseguida continuó:

—Ahora bien, fíjese usted en la enorme ciudad de Nueva York… extendida sobre tres estados… quince millones de habitantes si uno cuenta el distrito metropolitano entero. Fíjese usted en esa gran metrópolis…

Yo me había fijado. Lo que había que hacer era irse a la cama y quedarse allí, bajo la luz de la tarde incolora, preguntándose con preocupación por qué no había llegado el visado ruso.

Llegó dos días después. En esa estación limpia y confortable al estilo finlandés, me fui a dormir en un coche cama de tercera clase, limpio y confortable al estilo finlandés. En el resplandor pálido, el tren salió de la estación y serpenteó por bosques interminables de abedules grises. Me agradó recostarme medio dormido, mirar por la ventana y cruzar a sacudidas la frontera entre el ayer y el mañana, la verdadera frontera, la existente, la frontera para-verla-con-mis-propios-ojos.

2

Días lluviosos en Leningrado

ESTACIÓN FINLANDIA

El tren entró en la estación y se detuvo; una estación vacía, sin ajetreo, de plataformas anchas y limpias, estructura de hierro gris, apenas unos pocos porteadores y oficiales ferroviarios parados por ahí. Muy rápidamente los *tours* para americanos fueron absorbidos y desaparecieron, con maletas y todo. Esperé sobre la plataforma vacía a un hombre que estaba ocupado en algo relacionado con un baúl. Era aquí adonde Lenin había llegado al volver de su escondite de las marismas, donde había pronunciado sus primeros discursos durante el Octubre ruso de once años atrás. ¿Cómo podía estar todo tan callado? Una parte de mí había esperado ver en las paredes grises alguna leve reverberación de pisadas arrolladoras, de tableteo de metralletas, de voces gritando: *El poder para los Soviets*. ¿Podía ser que sólo hubieran pasado once años?

Al final, entramos en un taxi demasiado pequeño conducido por un extorsionador gigantesco y barbudo salido del coro de Boris Godunov, y avanzamos lentamente, a sacudidas, por calles demasiado anchas, bajo un cielo caído y gris. En todas direcciones se extienden inmensas fachadas neoclásicas, columnas blancas, paredes de estuco de colores apagados, amarillas, azules, rojas, silenciosas, maltrechas, majestuosas, y todas como la estación de Finlandia, barridas y desiertas. ¿Cómo podía estar todo tan callado, cuando hacía apenas once años…?

HERMITAGE

Nos guarecimos de la gélida lluvia bajo un porche sostenido por unas mujeres de piedra de aspecto cansado que alguna vez debieron de tener un significado noble o artístico para alguien, y entramos al vestíbulo del museo a través una puerta de vaivén. El vestíbulo, lleno de gente esperando para dejar sus abrigos y chanclos de goma, era una torre de Babel. Un grupo de americanos era llevado escaleras arriba, unos cuantos estudiantes alemanes en pantalones cortos y anoraks andaban por ahí, había hordas de gente morena del sudeste ruso hablando tártaro y soldados pálidos de ojos azules provenientes de alguna parte del norte. Un joven que estaba parado junto a mí me preguntó algo y traté de responderle en inglés, pensando que era chino. Resulto que era un kirguiz.

Comenzamos a caminar juntos; él estaba tan contento de poder conversar con dos americanos, y nosotros de poder conversar con un kirguiz, que ninguno se fijó en los cuadros.

Era un obrero metalúrgico, un trabajador no cualificado. El año anterior había estado en Leningrado, ganando apenas lo suficiente para vivir. Él y su hermano se habían marchado de la tienda de sus padres, abandonando para siempre las estepas kirguiz y su rebaño de ponis de crin peluda, porque querían aprender sobre el mundo y la revolución. Su hermano era miembro del partido y estudiaba en la Universidad para Pueblos Orientales. En cuanto a él, no, él no era comunista. En gran parte porque todavía no había visto lo suficiente, no había decidido si tenían razón o no. No lo sabía. Era muy joven aún. Tenía que salir, ver el mundo y sacar sus propias conclusiones. ¿Criticar? Sí, los trabajadores de su fábrica decían lo que les venía en gana… por supuesto, si alguien se acostumbraba a hablar en contra del partido, el *Gaypayoo* podía ponerlo bajo presión. No estaba seguro. En cuanto a él, no sería encerrándolo como lo convencerían de que el partido tenía razón; pensaba que todos comprendían eso. Tenía que salir al mundo y hacerse una idea por su cuenta.

¿Y su gente, las tribus nómadas de las grandes estepas de Asia Central, aquellos ganaderos que vivían todavía en los tiempos de Abraham, Isaac y Jacob? Las ideas de la revolución apenas comenzaban a llegarles, a través de escuelas, a través de jóvenes como él, que iban a trabajar en las ciudades rusas. Durante la noche, en sus tiendas, alrededor del fuego, hablaban sobre

la revolución. Los ancianos todavía se aferraban con devoción al Islam, pero los jóvenes eran como él, querían saber qué era lo correcto, qué era lo mejor para el mundo. Tal vez el cinco por ciento de ellos era comunista o *comsomol*. Del resto, muchos querían, como él, hacerse su propia idea.

Hablamos sobre libros. Dijo que estaba leyendo a Gorki y hasta que hubiera leído todo lo que Gorki había escrito no tendría tiempo para otros libros. Antes de la revolución no había libros entre los kirguiz.

¿Y qué podía decir de la posición de las mujeres? En casa era muy complicado, encontrar una esposa era un asunto de dinero o de ganado, ninguno de los dos era libre; pero aquí, entre los trabajadores de las fábricas de Leningrado, uno podía hacer casi lo que le diera la gana con su vida privada, y si un tipo y una mujer se gustaban lo suficiente, podían irse a vivir juntos, y luego, si comenzaban a quererse mucho, o si ella quedaba encinta, registraban su matrimonio. La policía sólo llegaba a intervenir si alguna de las dos partes dejaba de dar dinero para mantener al niño.

¿Pero qué podíamos decirle de América? Teníamos que contarle todo sobre América, si se podía encontrar trabajo, cuánto le pagaban a uno, cómo eran las escuelas, si la vida allí era buena, qué tipo de matrimonio teníamos, si los trabajadores tenían poder, qué tan poderoso era el capitalismo.

Sí, él quería ir a América, debía viajar por el mundo tanto como fuera posible para poder tomar una decisión.

SMOLNY

Acabábamos de salir de los corredores de piedra desnuda del Instituto Smolny, un inmenso edificio de columnatas y proporciones austeras que se extendía serenamente de un lado al otro de la tarde gris y lluviosa; habíamos visto la pequeña habitación en la que Lenin vivió y trabajó desde cuando los bolcheviques tomaron el poder en nombre de los campesinos y los trabajadores, hasta que el gobierno fue trasladado a Moscú: una habitación desnuda con unas pocas sillas y una mesa y un pequeño catre detrás de una partición. Bajamos por el camino y salimos por la gran puerta. Once años… y ahora el Smolny era historia, como la música de Bach, como el monte Vernon, como las pirámides.

Queríamos encontrar un lugar donde tomar té y preguntamos a dos jóvenes que también se habían detenido en la calle para observar el edificio.

La cuestión del té quedó extraviada durante un largo rato en medio del bombardeo de preguntas sobre América. Los jóvenes eran comunistas, estudiantes de la Universidad de Odessa, y estaban en Leningrado en una excursión coordinada por *Narkompros*. Para ellos, Smolny era donde todo había comenzado. Eran demasiado jóvenes para tener memoria de la vieja Rusia del Zar, cuando Smolny era un seminario femenino para las hijas de la nobleza. Para ellos, los días de Octubre eran tan remotos como la toma de la Bastilla. Habían terminado sus dos años en el ejército y estaban estudiando para ser profesores. Les resultó necesario un gran esfuerzo para imaginar cómo debían de ser las cosas allá afuera, en el mundo capitalista. Nuestras preguntas de rutina acerca de la libertad de expresión y la posición económica de los campesinos no les interesaban. No era que no les importaran estas cosas, era que su enfoque se hacía por un lado completamente distinto. Para nosotros, Octubre, Lenin, Smolny, estaban en el futuro; para ellos eran la base de todos los hábitos, las ideas, los sistemas de vida. Era tan difícil para ellos imaginar un tiempo en el que el marxismo no fuera una regla de conducta como lo sería para un colegial americano dudar de la conveniencia del comercio abierto o de la doctrina Monroe.

—¿Por qué?—nos preguntaban una y otra vez—. ¿Por qué no pueden entender lo que tratamos de hacer, por qué no pueden entender los trabajadores de América que estamos construyendo socialismo, por qué los trabajadores de Inglaterra no se dan cuenta de que estamos trabajando para ellos tanto como para nosotros mismos?

PROLETARI

En el restaurante administrado por la cooperativa «Proletari» uno podía conseguir una cena consistente en un vasto tazón de sopa de coles con carne y un plato de carne con vegetales, todo ello por cuarenta kópeks. La camarera era una mujer grande y melancólica que hablaba francés. Su marido había sido chef en familias y en restaurantes aristocráticos; habían vivido en Francia. No le emocionaba demasiado el rumbo que habían

tomado las cosas, la vida era cruda y gris y ya no había esas pequeñas elegancias que hacían plausibles las cosas. Uno ya no tenía que trabajar tan duro; como trabajadora, admitió, tenía todos los privilegios, pero la revolución le había destrozado los sueños. Ella y su marido habían estado ahorrando con la intención de abrir un pequeño restaurante, atender a una clientela distinguida, cocina francesa estrictamente, todo cocinado con mantequilla. Habrían tenido éxito, ella lo sabía, habrían hecho dinero, habrían tenido una casita al estilo europeo. Nunca le había gustado la vida chapucera que llevaban los rusos, ella era europea de corazón. Cuando se llevó los platos, había lágrimas en sus ojos. Cuando regresó con la compota de frutas y el té, dijo:

—No quiero que piensen ustedes que estoy contra la revolución. Era necesaria, pero es muy dura.

PEDRO EL GRANDE

El hombre que nos llevó esa tarde por la ciudad era hijo de un hombre rico. Se había unido a los Guardias Rojos y había luchado con ellos durante los días de Octubre. Después, durante la guerra civil, había sido jefe de división del Ejército Rojo. De alguna forma se había metido en problemas: fue expulsado del Partido Comunista y pasó un año en prisión. La gente me dijo después que escribía poesía de altísimo nivel. En broma, se llamaba a sí mismo contrarrevolucionario. Hablaba inglés.

Nos enseñó la plaza donde estaba el monumento a los muertos de Octubre y nos contó cómo había sido construido durante una de las Tardes de Sábado de Lenin, esos días en que grupos de soldados y obreros de fábrica se enfrentaban a una zona particularmente desagradable de la ciudad y la transformaban en un parque. Nos habló, con algo de nostalgia, de los entusiasmos y la camaradería de esos días. Nos enseñó las calles donde había luchado once años atrás, el lugar donde levantaron una barricada contra un desesperado ataque de los cadetes, las plazas donde los Guardias Rojos habían pasado noches acampando, las casas en que se habían

refugiado. Tal vez quería que las cosas fueran como habían sido once, ocho, seis años atrás, cuando todavía era posible matar y morir por la revolución, y la política era tan sencilla como el mecanismo de una metralleta.

Salimos al banco del Neva. Eran alrededor de las doce. Todavía, bajo una penumbra lechosa y débil, se podían ver vagamente las cosas. Los majestuosos palacios a lo largo del Neva, los chapiteles de la fortaleza de Pedro y Pablo, los anchos puentes, el suave fluir del río gris y claro como el hielo, debían de tener el mismo aspecto que tuvieron para Pushkin cien años antes. Caminamos por el muelle hasta llegar a un pequeño parque. Un joven y una chica estaban sentados en un banco, hablando en voz baja. Al fondo del parque, sobre una base de granito, había una estatua, una inmensa masa negra recortada en la noche pálida, un jinete sobre un caballo erguido. El hombre que nos había estado mostrando la ciudad lo señaló:

—Ahí está mi ruso favorito de toda la historia—dijo—, Pedro el Grande, el que logró sacar orden del caos, el primer bolchevique.

PETERHOF

Cuando bajamos del autobús Ford en Peterhof, un borracho que dijo ser chofer se ofreció a llevarnos al palacio de la Emperatriz Catalina. Trataba de hablar con sensatez, había cosas que deseaba saber acerca de Detroit, del plan Taylor, pero estaba demasiado borracho y tuvo que aceptar que un niño pequeño, quizás su hijo, que lo seguía de cerca, acabara por llevárselo. Nos marchamos a través de jardines empapados y llenos de fuentes, eternamente otoñales como algún lugar de un cuento de Hans Andersen, caminando al borde del mar gris y el cielo gris del Báltico. Al final de cada perspectiva teníamos a un lado el mar y al otro una fuente de chorros. Entonces llegamos a unos palacios de ladrillo rojo del siglo XVIII. Para entrar había que cubrirse los zapatos con zapatillas y caminar metros y metros cuadrados de majestuosos apartamentos.

Después de dos kilómetros y medio de muebles de la realeza nos las arreglamos para salir por una puerta lateral, y caminamos un buen rato por un camino rural y dimos con un hombre que nos sugirió visitar el hogar de ancianos, administrado por el Concejo Sindical de Leningrado. Era un

inmenso edificio desgarbado de imitación gótica que antes había albergado los establos reales. En ambas direcciones había unos parques enormes que formaban un patio trasero para los trabajadores de Leningrado.

Uno de los doctores encargados nos enseñó el lugar y nos sirvió una cena inusualmente buena. Estaba tan metido en su trabajo que no podía hablar de nada más. No era miembro del partido, pero tampoco tenía una práctica privada: nunca le alcanzaba el tiempo.

Después de la cena asistimos a un espectáculo montado por un grupo quincenal para entretener a los recién llegados. El grupo estaba a punto de irse. Había números musicales y recitales y una pequeña farsa acerca de una confusión en la sala de espera de un doctor, y un experto en cultura física pronunció un discurso en el que sugería que la gente durmiera con las ventanas abiertas. Eso fue demasiado para la audiencia, que tenía ideas del siglo XVIII acerca de los peligros del aire nocturno, y el experto fue expulsado a gritos de la plataforma. Entonces el doctor explicó sus objetivos y métodos de trabajo y fue recibido con ovaciones; era, evidentemente, muy popular.

Cuando fuimos a la estación para tomar el último tren de regreso a Leningrado, el director responsable de la institución caminó una buena parte con nosotros. Era un hombre grande de rostro callado y pelo gris que había sido panadero antes de la revolución. Caminaba detrás de nosotros con pasos largos, preguntando tímidamente lo que pensábamos de la institución, si era limpia, si la comida era buena, si nos parecía que la gente se divertía. Entonces nos pidió que lo disculpáramos, ya que todavía tenía mucho trabajo (trabajaba dieciocho horas al día), abrazó a Kittin, me estrechó la mano y se fue.

VOLCÁN EXTINTO

El crepúsculo dura todavía toda la noche. Lo más cercano a la oscuridad es un resplandor denso y azulado que hay entre las once y las dos. No es que los días sean muy claros, no; de vez en cuando hay una zona de sol, pero por lo general el cielo es un techo bajo de nubes grises colgando sobre las fachadas italianas que se pierden en la llovizna a ambos lados de calles

anchas y adoquinadas y gastadas. Hay algo de destrucción y desaparición en esta ciudad; uno tiene la sensación de estar en las ruinas de un gran escenario a la mañana siguiente del espectáculo pirotécnico. Deambulamos por la ciudad, hablamos con la gente, hacemos preguntas. Y todo el tiempo me siento agotado por el intento de abrirme paso a hachazos en el bosque oscuro y magnífico de la lengua rusa.

En el edificio del Soviet de Leningrado, que antes era la Duma y antes de eso el palacio de un noble, hablamos con el portero, un miembro del partido, ya de edad, con modales de antiguo *régime*. Ha estado en ese trabajo desde 1906. No lo impresionan las toscas declaraciones de los líderes políticos, no todo el progreso humano compensa para él el brillo de un coche de gala, ni el sombrero del cochero, ni las pulcras ancas de un par de zainos gordos.

Tomamos el tren hacia una estación suburbana rodeada de abetos. Las casas de madera dispersas entre árboles y jardines descuidados son como las casas de un barrio residencial americano de hace veinticinco años, salvo por la pintura, que se ha caído. El crítico al cual mi amigo me lleva a visitar es un hombre encantador. Su inglés es muy bueno. Nos invita a tomar té con fresas. (Las fresas de Leningrado son del tamaño de un melocotón y tienen tanto sabor como las fresas salvajes. La reina Victoria y el káiser Wilhelm las consideraban las mejores del mundo. El querido Nicky solía enviarlas a sus parientes de Alemania e Inglaterra cada verano.) El crítico es un humanista, un hombre de refinamiento, de verdadero humor; y sabe gran cantidad de cosas. De alguna manera perdió el tren Rojo que partió un cierto mes de noviembre. Otros de sus amigos y asociados, que también lo perdieron, pudieron cogerlo en otras estaciones, en otros puntos de la línea. Once años atrás, el crítico se quedó abandonado donde estaba. Nos pregunta, con ese interés tímido y febril de todos los rusos, por el mundo que hay tras la frontera. Es difícil explicar la rapidez con que Europa se desmorona, dejando un espantoso manicomio en lugar de esos parques agradables donde la gente hablaba de Verlaine mientras se asentaba la espuma de sus cervezas, y esos balnearios donde incluso los más pobres podían vivir de manera amistosa y despreocupada. La vida es dura para los

que han perdido el tren; las autoridades no les dejan publicar lo que quieren, el Gaypayoo acosa a sus parientes y a sus hijos; nunca saben cuándo serán arrestados o enviados al exilio.

—De todas formas—dice—, a la larga las cosas ahora están mejor para un escritor que en tiempos del Zar. Al menos uno puede debatir con los censores, le dan razones, oyen lo que uno tiene que decir. En aquellos días, tanto valía discutir con un gorila como discutir con la policía del Zar.

Un largo tranvía nos lleva al Putilov Rojo, donde nos enseñan los trabajos locomotrices. Allí todos se ven animados y esperanzados, hablan de estudiar ingeniería, literatura, lenguas; es como pasar por una universidad, más que por una fábrica. Y en el camino que conduce a la ciudad están construyendo hileras e hileras de residencias blancas y cómodas de aspecto interesante.

—La tierra ha sido nivelada y excavada para poner los cimientos—dice el mecánico, que habla francés—. Ahora estamos comenzando a construir. Así se hace.

Por la tarde, el café que hay debajo del hotel Europskaya resulta un gran alivio. No es necesario devanarse los sesos para entenderlo. Es como Europa, es como el East Side de Nueva York. Cerveza, música tintineante, manteles blancos, putas baratas. Uno puede darle la orden al camarero, y él educadamente trae una chuleta empanada. En las mesas hay hombres de negocios, personajes de aspecto dudoso que nos ayudarán a comprar un icono, una antigüedad genuina o media hora con una jovencita horizontal. Hay especuladores que nos cambiarán nuestros dólares por rublos en el mercado negro. Es de nuevo el reino del dinero, la tierra bendita del valor de intercambio. Después de un rato la vida nocturna comienza a adquirir un tono rancio, la cerveza comienza a saber a agrio; lo mejor es irse a la cama. Es demasiado obvio que el café es un sucio microcosmos del mundo capitalista que hay del otro lado de la frontera; es demasiado obvio para resultar gracioso. No es que yo sea secretario de la YMCA, pero de alguna manera el Putilov Rojo le ha quitado toda la emoción a la experiencia del café. Cuando le pregunto acerca de eso a mis amigos rusos, se ríen y dicen:

—Eso es el bajo mundo. La policía permite que el lugar siga abierto porque así saben dónde están los criminales cuando quieren ponerles la mano encima.

Unos amigos nos llevan al Aquarium, que bajo el antiguo *régime* era un centro de júbilo para hombres de negocios. Ahora es un estudio cinematográfico. Trauberg está dirigiendo una película sobre la Comuna de París. Es un lugar entretenido, mujeres con vestidos Emperatriz Eugenia y hombres con largas patillas bailando el cancán bajo el resplandor de los reflectores, (el tipo de lugar por el que uno pagaría en América), los disfraces de 1870 no parecen mucho más anticuados que tantas cosas que uno recuerda del mundo del otro lado de la frontera. Mira, un barecito animado, se dice uno, y de repente se da cuenta de que todo es un espectáculo, de que no está sucediendo en realidad, es un estudio cinematográfico. Ésta es quizás la razón por la cual, entre todos los antediluvianos, los actores son los más felices.

Cuando cierra el estudio, los directores y algunos de los actores invitan a los visitantes a casa para una pequeña fiesta. Un pequeño Valhalla de pescados ahumados y escabechados ha sido dispuesto, hay un samovar y hay vodka y hay conversación cálidamente modulada en varias lenguas. Y no hay que entender más de una de cada diez palabras para sentir la libertad vívida y a veces aterrorizadora del pensamiento ruso. De este lado de la frontera, un hombre puede vivir de patatas y pan agrio, pero vive en un mundo real. Vivir en la realidad es un esfuerzo que la raza humana siempre ha hecho lo posible por evitar, así que no es sorprendente que los rusos se acerquen a uno preguntando con nostalgia si Wiesbaden es tan agradable como solía ser.

De todas formas, la gente con la que estábamos esta tarde parecía feliz. Su trabajo era, en sí mismo, una transición entre el mundo antediluviano en que habían crecido y el nuevo mundo (donde mucha gente vieja, sin importar cuánto creyeran en él, solía sentirse sola y desprotegida), de manera que pudieran vivir, respirar, pensar sin esfuerzo, y trabajar de la mejor manera posible. A pesar del lenguaje, no he pasado nunca una velada tan agradable. Los visitantes fueron homenajeados con un brindis y lanzados al aire sobre una sábana (lo cual es un cumplido en estos pagos), y

regresaron caminando al hotel con el temprano resplandor de una mañana de verano en Leningrado. A lo largo del Nevsky, unas campesinas con chal estaban vendiendo fresas.

Caminando por Leningrado tengo todo el tiempo la sensación de que estoy caminando por el cráter extinto de un volcán. Cosas que he leído sobre la ciudad, el San Petersburgo de Dostoievski, el Petrogrado de los despachos de Jack Reed y Ransome están aun más vivos en mi memoria que esta inmensa ciudad vacía llena de grandes edificios (nosotros los llamaríamos georgianos o coloniales) que exageran, como si hablaran a través de un megáfono, las últimas palabras de la arquitectura vitruviana. Ninguna ciudad, supongo, puede hacer tanta historia como la ciudad de Pedro y de Lenin sin desgastarse por completo. Y de todas formas, yo seguía deseando haber estado allí once años atrás.

3

Entre los dos caminos

EL CASPIO

El viaje río abajo por el Volga había sido tranquilo hasta cierto punto; el río ancho y verde; los domos de cebolla gris de los viejos monasterios; las ciudades destartaladas con nombres llenos de literatura, Nijni, Samara, Kazan; los silenciosos desayunos de caviar, pan negro y té; las conversaciones casi sin palabras con los otros pasajeros; las asociaciones continuas y terribles con el *Aprenda ruso fácilmente* del señor Hugo y el intento de leer, en *paroosky*, una vida de Jack London para niños, habían hecho que los cinco días pasaran entre pequeñas sacudidas. El único incidente fue la subida de tramos y más tramos de escaleras por un risco en medio de una noche oscura y lluviosa, para luego caminar durante una hora por las calles enlodadas de la ciudad donde había nacido Lenin; había algo en la manera como los tablones y los escalones de madera cruda resonaban bajo nuestros pies, algo en el olor del río y las marismas bajo la lluvia, que me hizo recordar cierta ciudad sobre un barranco del Misisipí de forma tan vívida que no pude sacármela de encima. Lenin no tiene nada de extranjero.

Ansioso por partir, el *Amerikanski* se encontró de repente en Astracán, con un día de sobra, bastante sorprendido por el hecho de que Astracán estuviese tan lejos del mar Caspio como Nueva Orleáns del Golfo de México; el esfuerzo por aprovechar Astracán de alguna manera resultó en una gran dosis de caminata y sudor bajo el sol ardiente y una gruesa capa de polvo de cieno en ojos, nariz, boca y oídos. La cómoda oscuridad de la noche de verano había caído, y el Amerikanski comenzaba a preocuparse

por la cama del hotel vacío como una morgue en el cual habría de dormir, cuando un hombre que pasó a su lado caminando por la acera le preguntó, en inglés, adónde iba.

Era un hombre bastante joven con uniforme de marinero que una vez había pasado seis meses en Inglaterra, era oficial de cubierta de un vapor anclado en el fondeadero de ocho brazas. Me llevó—junto con el hombre silencioso y sucio que lo acompañaba—a beber algo en un bar. El bar era una especie de cocina de granja llena de un olor de grasa rancia de cordero e invadido de moscas grandes y atontadas. El hombre sacó una botella de vodka de alguna parte. El lugar era tan sórdido como un bar clandestino de Redhook. Lo presidía un tártaro desaseado y gruñón. El hombre que hablaba inglés era un polaco. Estaba al borde del suicidio, dijo. De joven había soñado toda su vida con hacerse a la mar, visitar todos los puertos del mundo, hablar todos los idiomas, ver los distintos colores y formas que tomaban hombres y mujeres. Ahora había llegado a ser oficial náutico, cierto. ¿Pero en qué clase de lugar? Aventuré que el Caspio podría ser un mar interesante y que Astracán estaba llena de gente de diversos colores y formas. Él dijo que era evidente que yo nunca había estado allí, de lo contrario no hablaría en términos tan inocentes: el Caspio no era un mar, era una trocha horrible llena de baba. Piense en el terrible destino de un vapor nuevo y bien construido que es lanzado al Caspio, ¿qué futuro le aguarda? El Caspio era una prisión, olía a purga, a sales Epsom, ¿adónde podía llegar un barco que partiera del Caspio? La mitad del tiempo la parte norte era de tan poca profundidad que uno no podía ni acercarse a los puertos, y tenía que cargar y descargar a cinco millas, desde donde no se avistaba tierra. ¿De qué servía mantener un barco en buen estado si uno nunca atracaba? Un vapor se pudre y se oxida si no hay nuevos puertos adonde ir.

—Y yo mismo me pudro y me oxido. Sueño con una gran Marina Mercante Roja. Si no fuera rojo, me volvería a Polonia; no soy comunista, pero soy rojo… ¿pero cómo puede salir del Caspio un gran navegante? El mar Caspio es uno de los errores de la naturaleza.

Cuando el vodka se hubo terminado el tártaro cerró su lugar (las moscas se habían ido todas a dormir al techo) y nos echó afuera. La última vez que lo vi, el desilusionado navegante iba caminando por la calle ancha

y oscura y desierta buscando más de beber y gritándome por encima de su hombro:

—Tal vez me suicide esta noche… No hay esperanzas para un marino en este maldito mar Caspio.

EL CÁUCASO

Resultó que el Caspio olía en efecto a sales Epsom y desde el fondeadero donde uno pasaba del bote de río al vapor marítimo no se avistaba tierra; lo que el navegante polaco no había mencionado era la marea, una inmensa, negra, interminable marea de alquitrán en la cual aquel barco en forma de ballena, increíblemente oxidado, oloroso y dilapidado (un poco como los antiguos botes recolectores de los Grandes Lagos) rodaba como un tronco empapado. Cada familia había traído una bacinilla para sus náuseas; los levantinos de un grupo mezclado (gente de todos los colores y formas), armenios, turcos de Azerbaijan, tártaros, georgianos, Kalmuks, persas y unos cuantos rusos pálidos, vomitaron sin parar desde que pisaron el barco hasta que atracamos en el muelle de Makhach Kala al día siguiente, y sus primos y tías vomitaron, y vomitaron sus mujeres y sus hijos. Compartí camarote con dos caballeros barbados que sabían menos ruso que yo y que pasaron la noche gimiendo, acostados en la litera de enfrente. Habían llenado la cabina con sandías que saltaban de aquí para allá con la marea como bolas de cañón.

En Makhach Kala levanté la mirada hacia las montañas, y fue como estar en otro planeta; nadie hablaba idioma alguno que yo hubiera oído antes; nadie pertenecía a razas o países de los cuales hubiera oído hablar antes; era el Daguestán. Desde el tren, donde un compartimiento lleno de rusos, satisfechos hasta el delirio con el hecho de estar en vacaciones, hablaban lo que a mí, por comparación, me parecía ser mi lengua nativa (al menos podía reconocerla), llegué a ver, mientras me llenaba las manos y la boca con las hermosas uvas sin pepitas de la región, entre retahílas de *vots* y *khawrashaws* y *krasivies*, la gran cadena del Cáucaso, azul y blanca y nevada.

En Grozny me encontré con que el grupo con el cual esperaba reunirme ya había subido a las montañas. Al día siguiente, tras una mañana febril invertida en el intento de alquilar un coche, un caballo, un coche de caballos, un guía, algo en lo cual partir, y tras ser informado de que las montañas estaban demasiado lejos y eran demasiado altas, demasiado solitarias, demasiado peligrosas; de que el camino era intransitable; de que los puentes se habían caído, me topé con un ingeniero ruso que estaba en una búsqueda parecida, y juntos logramos convencer a un cochero de que nos llevara, tras invocarlo todo, eso sí, desde el secretario del *revcom* hasta los dólares americanos, pasando por el avance del proletariado del mundo. Mientras las sombras se alargaban y el púrpura del crepúsculo llenaba la tarde, subíamos por un valle ancho y boscoso que se hacía más profundo y angosto a medida que se internaba en la primera cadena boscosa de las altas montañas. A cada versta el paisaje era más vasto y más desierto. Cuando llegamos al pueblo, en medio de los ladridos de unos perros ovejeros feroces y grandes como un San Bernardo, ya era oscuro. Cuando di un paso hacia la puerta de la escuela en la cual el grupo explorador había decidido pasar la noche, uno de esos ovejeros caucásicos trató de sacar un mordisco de mi pantorrilla, pero no logró más que una bocanada de polaina lanosa.

Al día siguiente, en compañía de un guía, nos pusimos en marcha sobre ponis de pelo ralo y descuidado. Durante dos semanas cabalgamos a través de las montañas, a través de un paisaje tan variado como el sur de los Pirineos, tan gigantesco en escala como México, por un desfiladero tras otro, subiendo a mesetas frías, descendiendo a valles profundos y calientes. Sobre los ríos se tendían antiguos puentes colgantes, construidos con troncos según el principio de los voladizos. Los pueblos tenían arquitecturas increíblemente variadas; aquellas tierras eran tan variadas en razas y lenguas que los guías nunca nos acompañaban durante más de un par de días, tres a lo sumo. El último día, el guía solía verse en la necesidad de buscar un intérprete para preguntar el camino.

En Botlikh había las mejores peras del mundo. En el empinado sendero descendiente nos topamos con un hombre que nunca había oído hablar de Moscú ni de América. Esa noche, el presidente del revcom montó un baile para nosotros. Las chicas llevaban vestidos negros y largos y

ensanchados con largas mangas ensanchadas, muy apretadas sobre la muñeca, y griñones medievales. En la danza giraban como trompos alrededor de la habitación, y los vestidos se abrían como campanas de manera que no se veían sus pies.

En otros lugares encontramos pueblos de mahometanos que se habían convertido del judaísmo, pueblos de judíos convertidos del mahometanismo, pueblos de casas de piedra gris donde se decía que los habitantes eran judíos desde el tiempo del cautiverio babilónico. Cabalgamos todo el día y comimos pan de maíz y, esporádicamente, huevos o un poco de cordero. En las noches, cuando no hacía demasiado frío, dormíamos en los techos o en los porches de las casas; una noche dormimos bajo la lluvia, en una pradera neblinosa y elevada llena de ovejas tintineantes. Las mantas y los abrigos de lana virgen del Cáucaso son tan grasosos que la lluvia no los penetra, ni siquiera después de horas enteras. Más tarde cabalgamos toda la mañana por una cresta empinada rodeada por ambos lados de una niebla densa como la leche. El hombre que nos acompañaba nos enseñó un lago donde unas semanas antes se habían ahogado dos pastores con sus perros y tres mil ovejas. Las ovejas habían comenzado a correr hacia abajo por la pendiente y los perros y los pastores les habían tratado de cortar el paso poniéndose frente a ellas, y las ovejas se los habían llevado por delante. En el último y más alto desfiladero, donde tuvimos que remolcar por la brida a los ponis a través de la nieve descompuesta por el sol, vimos un rebaño de íbices que nos olieron un rato y, recostando los cuernos sobre los hombros, se marcharon por el alto risco de pizarra. Bajando por los valles abruptos hacia Azerbaiyán, notamos que el barro del sendero había sido minado por el torrente; cabalgamos entre cedros y cipreses inmensos; el paisaje, bajo aquel cielo tormentoso y encapotado, era como un grabado japonés. En aquel peligroso desfiladero, nos dimos prisa para escapar de la lluvia.

Fue un alivio volver a estar solo en medio del ruido sordo y acogedor del tren. Los nombres de los pueblos y sus lenguas me habían resultado demasiado difíciles de pronunciar, la geografía demasiado intrincada para poder conservarla en mente, la gente y las casas demasiado extrañas, la sensación de intemporalidad demasiado enervante; para cuando hube

llegado a la estación de Tiflis, ya comenzaba a olvidar dónde había estado. Tan sólo podía recordar que durante todo un día habíamos seguido por el cañón sinuoso de un río, que el sendero se desviaba en algunos lugares y pasaba por cavernas y puentes naturales, y que el agua del río era salada como el mar.

LA INFAMIA QUE ME ENSEÑASTEIS…

El autobús se detuvo en una posada para que comiéramos antes de cruzar el desfiladero más alto de la ruta de Georgia. El hombre barbado y corpulento era un técnico, pero no dijo de qué tipo. Hablaba algo de inglés y algo de francés y demasiado alemán. Me invitó a sentarme en su mesa y pidió mi comida. Me miraba con severidad a través de sus lentes, por encima del *borsht*.

—Por supuesto—dijo—, ustedes han inventado la mejor técnica industrial del mundo… Taylor, Ford, Firestone… Nunca en la historia ha habido algo semejante.

Concedí, con timidez, que así era.

—Pero en sus manos—me señaló con su cuchara—, eso sólo puede conducir al desastre… un tiempo de horror para la raza humana como nunca en la historia se ha visto.

Estuve de acuerdo en que se nos venía encima un tiempo de horror, pero manifesté que quizás la culpa no fuera sólo nuestra.

—Es culpa del sistema capitalista y de la rapiña desquiciada de los hombres de negocios… Pero es culpa de ustedes los americanos… Ustedes no tienen feudalismo, se jactan de ser libres, deberían haber puesto el sistema bajo control en tiempos de Marx… Pero nosotros aprendemos de su sistema… Es como la aritmética: una vez se ha inventado, todos pueden aprenderla. ¿Qué fue lo que dijo Shakespeare? *La infamia que me enseñasteis será la que ejecute*.

—Luego sigue algo acerca de mejorar la instrucción—dije presuroso, aliviado de encontrarme en ese campo no polémico, tan popular entre los editores de revistas de mi país.

El hombre se quedó un instante en silencio. Estábamos comiendo un duro queso de cabra local con *butterbrod*. El hombre pasó saliva y se aclaró la voz.

—Shakespeare—gritó—. Ustedes no tienen derecho a tener a Shakespeare. Él pertenece al mundo civilizado. Nos pertenece porque nosotros lo entendemos, lo amamos.

Traté de dar una buena opinión del gusto literario americano. Después de todo, nuestros clásicos fueron construidos sobre la base de Shakespeare, fíjese usted en nuestra oratoria. Los lentes bailaron sobre su nariz.

—Eso no es nada—dijo—. He leído a ese tal Upton Sinclair Lewis. No tiene alma. El alma de América está en la técnica industrial.

Era hora de que partiera el autobús. Ambos tratábamos de salir de un vaso de té hirviendo, así que no pudimos seguir hablando. El hombre insistió en pagar mi comida. Al acomodarnos en el autobús, en nuestros respectivos asientos, se giró con ferocidad hacia mí.

—Y dígame, míster, ¿por qué son ustedes tan crueles con los negros?

—Es largo de explicar—dije, pero era tanto el traqueteo del autobús, y tanto el escándalo del motor subiendo en primera por el camino sinuoso, que ahogó todo lo que hubiera podido decir.

DEL CAMINO DE GEORGIA AL PASO DE MAMISON

La posada del pequeño alpe del lado norte de las montañas parecía salida de Gogol. El samovar brillaba, la comida era buena, había cortinas en las ventanas; el lugar era muy agradable, después de las duras camas de Kasbek. Subiendo hasta aquí, habíamos caminado por el valle cubierto de hierba y nos habíamos bañado en un manantial de agua de soda que después, al secarnos al sol, provocaba un cosquilleo en todo el cuerpo. Después habíamos estirado las piernas, respirado el aire dulce e increíble de las tierras altas, y continuado alegremente. La pequeña posada, el pan de maíz sabroso y caliente, la mantequilla deliciosa, la florida taza de té acomodada tan fragantemente sobre el samovar, la sensación acogedora y familiar del pasado, de cosas leídas en libros, era como aceite sobre los nudillos doloridos después de un día de montar, esa región que te explota en

el cerebro, donde todo era demasiado viejo o demasiado nuevo. Habría sido agradable pasar la noche allí, pero ya habíamos contratado al Turco Terrible y su carro para que nos llevara a Zaramag por el camino de Ossetine.

El carro consistía de cuatro ruedas y un par de tablones acostados entre los ejes sobre los que uno se sentaba con los pies colgando. El camino al oeste, subiendo por el valle, al sur de la gran masa de contrafuertes nevados de la montaña de Kasbek, era tremendamente pedregoso, así que fue más cómodo adelantarnos a pie y dejar que los dos jóvenes de Leningrado fueran en el carro. El valle serpenteaba entre dos cadenas enormes. El arroyo en el fondo del valle había adquirido el tono amarillento del azufre, y de vez en cuando un manantial lanzaba una columna de vapor, y el aire se llenaba de olores minerales. La tarde se acababa; no había señas de Zaramag, un pueblo que habíamos encontrado en el mapa y el cual, decidimos, debía de estar sobre el camino de Ossetine. En Kasbek nadie había sido capaz de decirnos a qué distancia quedaba Zaramag, ni si había algún camino que llegara hasta el pueblo, ni si era mejor ir en carro, a caballo o a pie. Pero el Turco Terrible había asegurado que podía llevarnos.

Por la tarde llegamos a un pueblo de casas cúbicas unidas entre sí por paredes y torrecillas. Regresábamos al siglo XI. ¿Era aquello Zaramag? El Turco Terrible no parecía saber, la gente del pueblo no parecía entender lo que queríamos. Para cuando nos trajeron unos trozos de cordero extraordinariamente duros, ya era de noche, y habíamos comprendido que aquel pueblo no era Zaramag. Para ir a Zaramag había que cruzar un desfiladero muy alto, se podía ir a pie o a caballo. El Turco Terrible dijo estar asustado, estaba demasiado lejos de casa; comenzó a pedir mucho dinero, así que a la mañana siguiente el carro, y los rusos—que habían descubierto que deseaban estar en Tiflis de inmediato—regresaron. El doctor y yo le alquilamos unos caballos al hijo del hombre más importante del pueblo y continuamos nuestro camino.

Pasamos un pueblo tras otro—pueblos amurallados con pequeñas puertas ojivales—, castillos almenados sobre colinas. Los siglos se iban alejando de nosotros, uno por uno. Cruzamos un abrupto desfiladero de pizarra que nos enfrentó a un anillo de inmensos picos nevados y

silenciosos, deambulamos por un laberinto de valles altos, cruzamos una cuenca y bajamos hasta un ancho arroyo bordeado de árboles. Al atardecer llegamos a un pueblo de buen tamaño. ¿Era Zaramag?

El guía sacudió la cabeza. Pasaríamos la noche allí, en casa de una viuda que era parienta suya. Al día siguiente sería fácil caminar hasta Zaramag. ¿Y por qué no ir a caballo? Sacudió la cabeza. Él no había estado nunca en Zaramag, no podía llevar más lejos los caballos, su padre lo estaría echando de menos, tenía que regresar esa noche. Así que dormimos en casa de la viuda y al día siguiente nos pusimos en marcha con nuestros morrales al hombro. Nos dijeron que siguiéramos el valle hasta que el río desembocara en una corriente más grande. Ahí encontraríamos Zaramag. Y así fue: la encontramos a media tarde y en medio de una fuerte tormenta. El profesor nos instaló en la escuela (transformada en depósito de turistas durante el verano) y nos prestó una estufa de gasolina. Desafortunadamente, dijo, no tenía nada de comer para darnos. El asunto de la comida era un tema delicado. Hasta donde pudimos averiguar, nadie había comido ese día, ni ninguno de los días que llevábamos viajando. En casa de la viuda ni siquiera habíamos podido conseguir agua caliente para hacer té. Nos explicaron que la costumbre era no encender el fuego más de una vez al día. En Zaramag no encontramos más que cinco huevos y unas galletas dulces muy viejas. Compramos los cinco huevos y los hervimos cuando hicimos el té. Eran buenos huevos, y muy apetitosos. Entonces, cuando estábamos arrellanándonos para dormir una siesta, los oficiales del pueblo vinieron a vernos. Tuvimos por un instante la loca esperanza de que hubieran venido para invitarnos a cenar, pero habían venido para explicarnos la riqueza mineral de Zaramag y su vecindad. Nos trajeron una lista de depósitos de mena susceptibles de desarrollo. Había cobre y plomo y zinc, y varias fuentes de agua mineral. ¿Nos gustaría ir a ver los depósitos para que pudiéramos escribir sobre ellos en la prensa extrajera? Zaramag tenía un gran futuro como centro minero, pero tenían que encontrar ingenieros de minas. Quizás nosotros éramos ingenieros de minas. Les dijimos que no, no éramos ingenieros de minas, sólo éramos hombres cansados y hambrientos.

Cuando el camino fuera reparado, dijeron, y las minas fueran abiertas, habría restaurantes y albergues. El pueblo se volvería también un magnífico centro de reposo. Cuando los hombres se fueron, ya era noche cerrada.

Al día siguiente el cielo estaba despejado. Comenzamos a subir por el paso de Mamison con el estómago vacío, llevando nuestra carga en un carro de dos ruedas y sin resortes. Debajo del camino, en una fuente de agua de soda, encontramos a un carretero que hablaba inglés. Era un osetino, un hombre muy alegre, había estado en Canadá y en el Yukón durante la fiebre del oro, y ahora estaba de vuelta en su país. Llevaba una carreta de trigo a Vladykavkass, al otro lado del desfiladero. No, no había traído nada de oro, pero con la revolución daba igual. Era un buen hombre y me hubiera gustado hablar más con él, pero íbamos en direcciones distintas.

En la cima del desfiladero conseguimos una de las vistas más magníficas del mundo sobre los valles de Georgia, y, lo que fue más sorprendente, una magnífica cena de sopa de cordero, cocinada por un anciano que llevaba un albergue para carreteros y muleros. Para cuando cayó la tarde estábamos más hambrientos que nunca. Intentábamos llegar a Oni, un pueblo con mercado.Adonde llegamos fue a un pueblo cuyo nombre ignorábamos y en el cual tuvimos que dormir, sin cena, sobre el suelo (por miedo de la cama que la familia había desocupado para nosotros) de una casa de madera nueva. Al día siguiente, al romper el alba, nos pusimos en marcha sobre otro pequeño carro y detrás de un poni gordo, y bajamos a sacudidas por otro valle a través de un campo boscoso lleno de cedros, saltando con las raíces y las rocas a orillas de un río claro y sonoro que parecía un arroyo de truchas. Después de mediodía llegamos a Oni, donde había un hotel más o menos limpio y un restaurante donde se servía más de un plato. En Oni hacía calor; nos quedamos allí un par de días, bañándonos en el río y tomando el sol y comiendo *pilaf* y *shashlik* y bebiendo vino georgiano. Un autobús nos llevó a Kutaïs, un pueblo de estuco con cipreses y techos tejados que parecía Italia. Las habitaciones del Hôtel de France no eran tan malas, y el hotel tenía un jardín encantador, pero no había manera de escapar del hedor de los (demasiado céntricos) sanitarios: eso sí que era algo del otro mundo. Kutaïs era un lugar muy

alegre. Una banda tocaba en el parque, había representaciones teatrales y banderas rojas por todas partes. Pero el hecho de que todo sucediera en georgiano hacía que me resultara difícil comprender lo que ocurría.

Esa noche me senté solo en un restaurante desaseado, lleno de comida pero también lleno, muy lleno, de impresiones como para estrujarse los sesos. ¿Eran la pobreza y la desolación consecuencia de la evacuación de los terrenos para construcciones futuras, o eran tan sólo el resultado de la vieja opresión de siempre, ignorante y centralizada? ¿Eran los georgianos pequeños propietarios inveterados, o lo eran tan sólo los dos o tres posaderos con los cuales sostuve conversaciones dolorosamente inadecuadas? ¿Los osetinos eran comunistas porque eran pobres o porque eran inteligentes? ¿Qué eran los demás, aquellos cuyas lenguas tenían nombres que yo no entendía? Ese camarero de delantal sucio, ¿era más feliz ahora que con el Zar? ¿Era mejor camarero, mejor ciudadano, tenía una mentalidad más social ahora, o más oportunidades de estudiar lenguas extranjeras (era francés lo que quería hablar), jugar a las damas, hacerle el amor a su mujer, criar niños limpios, inteligentes y de ojos claros? ¿Cómo se puede dar una respuesta a estas preguntas cuando no se conocen los nombres de los pájaros ni de los ríos, cuando no se hablan los idiomas ni se distinguen los alfabetos, cuando uno ha perdido el pedacito de papel donde había anotado los nombres de los pueblos y de los desfiladeros de montaña?

Bebí varios vasos de vino con un hombre de cara amarillenta y grandes ojos traicioneros que parecía interesado en saber quién era yo, de dónde venía. ¿Qué podía decirle? Durante un largo rato luchamos por salir de un enredo de incomprensión. Cuando nos apoyábamos en eslóganes podíamos beber nuestro vino y ser felices. Uno siempre puede gritar Hurra por los nuestros y sentirse bien. ¿Pero qué pasaría si un eslogan sólo pudiera ser utilizado una vez, si uno quisiera saber qué hay en el paquete, debajo de la etiqueta? ¿Y dónde puede uno conseguir la información? ¿Dónde están los hechos, cómo se los reconoce al encontrarlos? ¿Son hechos una ciudad o un camino o un desfiladero de montaña, lo son un niño o un hombre o una mujer que necesitan comer y beber y usar ropa y conocer su camino y amar y ser amados y ser felices? No es que las lenguas extranjeras sean difíciles

de entender, es que el lenguaje es difícil de entender. Mi compañero me acompañó, lleno de preguntas, a la puerta de mi hotel. Espero que haya quedado satisfecho.

Al volver a mi habitación tuve que forcejear a través del hedor tremendo de los sanitarios secos. El hedor es un hecho, igual para un esquimal que para un isleño de Andamán o un banquero de Milwaukee. Escríbelo, cabléalo, mándalo a casa, señor Reportero. ¿Pero quién provocó el hedor? ¿Los Soviets o el viejo, inveterado Adán?

Al día siguiente, tras dejar Kutaïs sin resolver, el Amerikanski *Peesatyel* tomó el tren hacia Baku. Baku es un pueblo petrolero, un pueblo nuevo, tal vez será más simple, más parecido a casa. Pero hablando de casa, ¿qué tanto sabe usted de casa, señor A. Peesatyel?

4

Noches de aguanieve en Moscú

LA GRAN CENTRALITA

Hay rastros de otros Moscús que todavía están por descubrir bajo el actual y tremendo Moscú de Noviembre, esta ciudad superpoblada y vibrante, centralita a la cual llegan todos los cables que conectan las fuerzas que están construyendo el socialismo a lo largo de una sexta parte del mundo. Por supuesto, están los asombrosos restos de la Plaza Roja y la muy visible y operística concha medieval del Kremlin que trae a la memoria la música de Boris y de Khovanchina, pero más allá, cruzando el río, se extiende una región menos espectacular, con casas de mercaderes de los siglos XVIII y XIX, el Moscú de las obras de teatro de Ostrovsky, de *Zamoskvarekya*. Estas calles tienen una apariencia particularmente desolada y triste, pero todavía queda en ellas un vago sabor de la vida de las contadurías de la época en que los hombres de negocios rusos, por más ábacos y patillas enmarañadas, se estaban enriqueciendo con facilidad y rapidez. No sé por qué me sentí atraído por ellas (quizás porque la vida en ellas se parecía a tantas vidas americanas), pero al caminar por la ciudad me parecía sentir su huella más que la de los feroces aristócratas forrados en pieles que construyeron el Kremlin. No es que los mercaderes fueran menos feroces que los aristócratas, ni es que yo, personalmente, haya sentido jamás simpatías profundas de ningún tipo por la emoción embriagadora del comprar barato y vender caro a la cual su vida estaba dedicada; quizás es que la esperanza de obtener algo a cambio de nada está en la sangre americana. Todavía se pueden ver los vestigios de esos hombres de negocios en los viejos mercados, donde, pisoteados por el nuevo orden, corriendo siempre el riesgo de ser pillados como especuladores, todavía se las arreglan para

encontrar unos pocos retales por los cuales regatear y trapichear. También se les puede ver en los restaurantes de cerveza y en el café vecino de la oficina de correos donde por las noches cantan los gitanos. Se sientan allí con sus chaquetas de cuero y sus ojos redondos y sus caras predadoras, caricatura abollada de los presidentes de banco y agentes de propiedad inmobiliaria y corredores de bolsa y especuladores que en mi país mandan el juego. Aquí, esta gente compone la clase criminal, vagabunda y desheredada. Las instituciones penales reforman a algunos, según dicen.

La gente a la cual ni siquiera la revolución parece capaz de reformar son los gitanos. Tocan y cantan para los miserables rechazados del mundo de los negociantes igual que tocaban y cantaban para terratenientes ricos y borrachos sentimentales en otras épocas. En un café hablamos con un viejo gitano. El hombre que me acompañaba quería conseguirme un entretenimiento tradicional en algún lugar fuera del pueblo de los gitanos. Por alguna razón, en esa época las autoridades no miraban estos espectáculos con buenos ojos. El gitano era un anciano con cara color tabaco y cubierta de cicatrices, un ojo más brillante que de costumbre y las maneras de un diplomático de la vieja guardia. No pude seguir muy bien lo que se estaba diciendo. Los gitanos querían irse. Ya no quedaban aristócratas que pagaran por el espectáculo. El gobierno los importunaba continuamente, tratando de inducir a los jóvenes a que trabajaran en las fábricas. Muy pronto se mudarían a Rumania. Los gitanos eran muy pobres. Podrían montar un espectáculo de canto y baile, pero sería demasiado peligroso. Se mencionó una suma de cien rublos. Puesto que nadie quiso poner los cien rublos, el asunto fue dejado de lado. El hombre se despidió diciendo, con una venia, que meditaría sobre el problema. Con sabiduría las cosas siempre podían arreglarse. Con mucho gusto volvería a hablar con nosotros cuando fuera de nuestro agrado mencionar el tema.

El Moscú más grotescamente irrelevante de todos los Moscús es el de los hoteles, donde se conserva un reflejo más bien trillado de los lujos de la vida burguesa para beneficio de los turistas, los expertos extranjeros y los hombres de negocios, todavía reinantes, de otros países. En el Grand Hotel no sólo hay jazz, vida nocturna y cenas de gala, sino que es posible ver una habitación llena de periodistas americanos con la voz llena de sobrecogidos

silencios, tratando educadamente de que Ivy Lee los ponga al tanto de los últimos planes sobre el *Tsik*. Aquí la vida de los corresponsales extranjeros se desarrolla como la vida en una ciudad sitiada. No es que algunos de ellos no tengan simpatía por sitiadores y sitiados, pero temen contagiarse de bolchevismo y verse obligados a reorganizar sus vidas. Vienen, según dicen, a recibir las noticias, pero en realidad no pueden recibir las noticias porque la noticia es el socialismo y el socialismo es propaganda, así que compran pieles e iconos falsos y escuchan las historias tristes y patéticas de los desheredados y de los intelectuales que durante la guerra civil se encontraron en el bando equivocado, y sienten la presión del terror crecer día tras día, y viven contando los días para cruzar la frontera, para alejarse de la aplastante inminencia del cambio. No es gracioso estar en el campo del enemigo en medio de un fuerte combate.

Pero el Moscú de ahora, el Moscú de hoy, el Moscú del nuevo orden, ¿por dónde asirlo? Yo no puedo hacer nada al respecto. Cada mañana oigo su paso bajo mi ventana, cuando los soldados del Ejército Rojo marchan con su canto ronco y profundo, lo veo en el jardín infantil que a veces visito y que queda tan lejos, al final de una línea del tranvía, lo veo sobre todo entre los jóvenes encargados del Teatro de Propaganda Sanitaria donde Alexandra dirige las obras: energía, entusiasmo, modestia (no es para nada como la YMCA) y esa curiosidad ferviente y amplitud de intereses que es el distintivo del espíritu ruso. Lo veo en mis nuevos amigos comunistas, que están todo el tiempo trabajando, discutiendo, organizando, enseñando, haciendo trabajos de oficina y quienes, sin importar qué tan pálidos y ojerosos de tanto trabajar se encuentren al llegar a esas cenas moscovitas de últimas horas de la tarde, siempre están dispuestos a hablar, explicar, hacer preguntas. Pero un espectador en Moscú está tan fuera de lugar como lo estaría en la línea de ensamblaje de una planta de la Ford. Si uno es ingeniero o mecánico o profesor, puede hacer algo, pero un escritor está simplemente en la poco envidiable posición de andar por ahí mirando a los demás hacer todo el trabajo.

Bueno, pero eres reportero, se dice uno. Estás recogiendo impresiones. ¿De qué diablos sirven las impresiones? Casi tan valiosas como tarjetas postales o como los pequeños souvenirs que la gente que se iba de viaje

solía traer a casa y acomodar en filas sobre los estantes de vidrio de armario del salón. Una escritura que valga la pena se hace de conocimiento, de sentimientos que han sido incorporados a los músculos, de imágenes, sonidos, sabores, escalofríos que han sido grabados en los huesos a fuerza de tristes repeticiones, de las modulaciones del lenguaje en el cual se ha nacido. Tratar de dar parte de nuestras impresiones es una tontería; uno se queda allí para trabajar o se va a casa para trabajar.

Es por eso por lo que lo mejor, si uno está en Moscú, es ir al teatro. Allí está lo máximo que uno puede digerir de una sentada, y está puesto en forma digestible. Apenas se puede decir que no conocer la lengua sea una barrera. Puede uno observar el escenario aun mejor si no sigue cada línea. Puede uno observar la audiencia. Uno es parte de la audiencia.

TERROR

Los ingleses que han vivido demasiado tiempo en países extranjeros adquieren una mirada curiosa, parecida a la mirada de los autorretratos de Van Gogh. Este hombre me había pedido que fuera a verlo. Tan pronto como entré, me sirvió un vaso de vino de Kakhetia. Era un buen vino, algo parecido al porto; pero él se disculpó, dijo que tenía que beber lo que encontrara. Entró su esposa, una rusa nerviosa y de aspecto infeliz. Ambos parecían nerviosos e incómodos. Yo los observaba, observaba el piso. Era un piso pequeño atestado de muebles, muebles antiguos y pesados de caoba cuidadosamente pulida. Los muebles se agolpaban en la habitación. Era evidente que habían sido fabricados para habitaciones mucho más grandes. Había una buena cantidad de porcelana de Dresden, y decantadores de cristal tallado en el aparador. Las cosas de la habitación están apiñadas como si hubieran sido rescatadas de un incendio. Todo estaba limpio y pulido, pero había un aire de terror en la forma en que las cosas estaban organizadas en la habitación. Incómodos, nos sentamos a la mesa de caoba, ovalada y fina, mientras la mujer revoloteaba nerviosamente, entrando y saliendo de la otra habitación. Era evidente que el hombre quería decirme algo y que la mujer trataba de evitar que lo hiciera.

De repente comenzó a hablar:

—Yo solía creer en ellos, como usted—dijo—, y algunas veces sigo creyendo, pero la mayoría del tiempo todo es una pesadilla. Vine a trabajar aquí lleno de idealismo porque creía en ellos, ahora me iría a cualquier parte, pero no puedo ganar dinero. A ella no la dejan salir del país. No nos atrevemos a hacer averiguaciones sobre la salida por miedo de que la arresten.

—No puede estar tan mal la cosa—comencé a decir.

Me interrumpió y continuó hablando. Tampoco él había creído en el terror, pero ahora vivía bajo él. Ella era miembro de la vieja *intelligentsia*; no había nada que pudiera hacer para reivindicarse. A menos que pudieran salir, estaban perdidos. Después de todo, que se llevaran por delante a los viejos nobles y a los revolucionarios sociales de la clase media si se cruzaban en su camino, bueno, eso era la guerra, él podía entenderlo; si así trataban a su propia gente… ahora, el turno era de los troskistas, los viejos revolucionarios que habían creado la Unión Soviética, amigos y colegas de Lenin; era cualquiera que se dejara arrollar. ¿Sabía yo de Kronstadt? Enterarse de la verdad sobre lo de Kronstadt era lo que, para él, lo había transformado todo en una amarga pesadilla. Los marineros que se habían revelado en Kronstadt eran los que habían protagonizado los días de Octubre, entre ellos había miembros de la tripulación del *Aurora*, eran revolucionarios de verdad, pero habían sido engañados por anarquistas locos y gentes de la S.R., es muy probable que hubiera también agentes ingleses a sueldo. No había duda de que la revuelta era un gran peligro. En Petrogrado se llegaron a dar un buen susto. Indudablemente, la revuelta tenía que ser suprimida. Tras una lucha feroz, las tropas reales recapturaron la fortaleza. Los marinos capitularon sobre acuerdos de amistad. Los agentes de la Cheka habían corrido como conejos a la primera señal de peligro. No se atrevieron a regresar hasta tres días después de que las tropas hubieron recapturado el lugar. Pero entonces los prisioneros fueron entregados a la Cheka, muchos de los chekistas habían sido miembros de la antigua Okhrana, zaristas, sádicos, horribles pervertidos de todas las calañas…

—No hay crueldad igual a la crueldad rusa, ni siquiera la china. Masacraron incluso a las miserables prostitutas de los burdeles de Kronstadt. Algunos de los agentes de la Cheka llevaban copias de *Le jardin des supplices*, escrito por ese sucio francés, y lo usaban como libro de texto cuando la imaginación les fallaba. Es una pesadilla, se lo digo yo.

Me puse de pie un poco mareado. Era horror lo que había visto en los ojos del hombre, en el amontonamiento de esos anticuados muebles en ese piso asfixiado, en el paso nervioso de la mujer. Me sentí enfermo. Me aclaré la voz.

—Pero la Cheka se ha ido. A la mayoría los mataron. El terror ha pasado.

—Es fácil para usted decirlo… Usted puede entrar y salir cuando le plazca. Para nosotros no pasará hasta que muramos o nos capturen, a menos que podamos salir. Estamos perdidos. Usted sabe que siempre vienen de noche. Nunca se ven detenciones. Quien los ve, no se atreve nunca a contarlo. Nada se sabe nunca.

Fue un alivio salir a la despreocupada calle, mirar rostros cotidianos, ver los tranvías atestados de gente que regresa de los teatros, sentir el suave roce de los copos de nieve sobre mi cara. Pero esa noche no pude dormir, debido a la voz chirriante del hombre y su mirada enloquecida, y el apiñamiento de los viejos muebles de caoba de clase media en aquella habitación asfixiada.

LA HISTORIA DEL MERCADER PERSA Y EL SOLDADO DEL EJÉRCITO ROJO

El campo, a las afueras de Moscú, parece la parte ondulada de Wisconsin; sólo de vez en cuando, en un claro, puede uno ver la casa de algún terrateniente, a menudo con columnas georgianas como la mansión de una plantación sureña, pero generalmente a una escala más grande y más lujosa. Las mansiones que no fueron quemadas por los campesinos en el primer estallido de la revolución son ahora albergues o escuelas o sanatorios. Era a uno de esos albergues, el de los Escritores, que me conducía un *izvozchik* barbudo de dos metros de alto cuando me preguntó si era alemán. Dije que era americano.

—Los americanos son civilizados, pero los alemanes son más civilizados—dijo—. Aquí en Rusia lo que necesitamos es más alemanes. Tenemos demasiada libertad. En el pueblo, cada inútil sin zapatos se cree tan importante como el de al lado. No hay disciplina, hay demasiada libertad. Con libertad, todo se va al infierno. Un Hindenburg: eso es lo que necesitamos. Es un gran hombre. Pero los jóvenes de ahora no hacen más que hablar de la libertad. Eso no va a construir una gran nación. Para convertirse en una gran nación, Rusia tendría que tener un gran hombre que pusiera a todo el mundo en su lugar, un hombre como Hindenburg.

El Albergue de los Escritores era un edificio de madera parecido a un pequeño hotel de veraneo americano. Detrás había hayas y un bosque disperso de abedules. Reunir a un grupo de escritores sin ningún otro tipo de gente tiene efectos terribles en cualquier país del mundo. El socialismo no parece habernos hecho más entretenidos como clase. Como las sanguijuelas, los escritores son una alimaña que no recibe sustento alguno de los de su misma especie. Probablemente su compañía sea más agradable cuando lo que dicen es filtrado por la incomprensibilidad de una lengua extraña. Por supuesto, es inevitable hacerse amigo de algunos de ellos; en ese instante, deja uno de verlos como escritores, y entonces todo va bien.

Un par de escritores rusos que había llegado a considerar mis amigos me llevaron de paseo por un bosque de segunda generación que me hizo pensar en Connecticut, salvo por el terrible cielo plomizo de Rusia atornillado a nuestras cabezas. Las hojas mojadas de otoño, los pequeños parches de nieve bajo los abedules, el arroyo y los pequeños claros cubiertos de hierba se parecían a mi tierra; pero el olor del otoño era más húmedo y más frío. No había nada del brillo y la emoción del otoño americano. Mientras caminábamos me iban contando una historia que había sucedido en Batum cuando uno de ellos trabajaba allí: un soldado del Ejército Rojo se hizo daño mientras se ejercitaba en las barras paralelas del gimnasio de manera que los doctores del hospital creyeron necesario extirpar uno de sus testículos. El cirujano de allí estaba interesado en experimentos de transplante glandular y por casualidad tenía a mano a un anciano mercader persa que sufría de impotencia. Así que transplantó una parte del tejido extraído del soldado del Ejército Rojo al mercader persa.

Cuando el soldado del Ejército Rojo recuperó el conocimiento y se enteró de lo sucedido, se mostró indignado. Tan pronto como salió del hospital, fue presuroso al Gaypayoo y denunció al cirujano como contrarrevolucionario y exigió su arresto inmediato. El Gaypayoo arrestó al cirujano y exigió explicaciones. El cirujano insistió en que había llevado a cabo un experimento científico de inmenso provecho para el estado. Furioso, el soldado del Ejército Rojo dijo que no era el experimento lo que le molestaba, sino el hecho de que su tejido proletario, una especie muy importante de tejido, fuera transplantada al pellejo de un sucio burgués. Los demás doctores y trabajadores técnicos de Batum se declararon en huelga y organizaron marchas para protestar contra el Gaypayoo, alegando que la libertad de experimentación científica estaba siendo coartada, y exigieron la liberación del cirujano. La ciudad era un caos. Hubo un juicio público en el cual salió a la luz que el cirujano había recibido una alta suma de dinero del mercader persa. Sin el dinero, habría sido ciencia; con el dinero era contrarrevolución. De manera que el cirujano fue condenado a prisión, pero, puesto que era muy buen cirujano y el hospital lo necesitaba, pronto fue liberado. A pesar de todos los esfuerzos del Gaypayoo y del soldado del Ejército Rojo, fue imposible encontrar al mercader persa. Sin que nadie se diera cuenta, había abandonado la cama y desaparecido en la frontera. De manera que el resultado de este experimento contrarrevolucionario nunca será conocido.

EL PUEBLO

En ruso, cuando uno quiere decir que se va al campo, dice que se va al pueblo. El pueblo al que fui, con la intención de visitar a los padres de un amigo, no quedaba lejos de Moscú. Está desordenadamente diseminado sobre un largo trecho de la llanura ondulada. Las casas están dispuestas a mucha distancia del camino, en filas separadas unos treinta metros entre sí. Son casas construidas con troncos, techadas con cortezas de árbol, y tienen ventanas dobles de cristales pequeños. En el interior, una estufa inmensa, hecha de tierra y escayolada, llena el centro de la habitación. A menudo no hay particiones, pero algunas veces la casa está dividida en una serie de

pequeñas habitaciones en las cuales esta gente robusta, con sus acolchadas ropas de invierno, adquiere, al agolparse, un tamaño incongruente. En la enorme llanura, bajo el cielo enorme, atestadas de hombres y mujeres de mejillas coloradas y tamaños descomunales, las casas—y todo lo que hay en ellas— parecen pequeñas como casas de muñecas. Por detrás de cada casa hay construcciones anexas, un chiquero, un patio delimitado por una cerca de baranda, una pila de madera, una franja de jardín o el comienzo de un campo estrecho que se extiende y se pierde de vista sobre la colina siguiente. Si uno es un invitado o un extranjero, el samovar comienza a echar vapor, y uno tiene que sentarse en el aire viciado de la habitación del frente, llena de la fragancia del té y del olor dulce y empalagoso del carbón, bebiendo té y comiendo pan y mantequilla y mermelada de frambuesas intercaladas con pequeños vasos de brandy de ciruela. La gente conversa con la misma prudente inocencia de habla y de modales que uno encuentra entre los granjeros en las partes más retiradas del Medio Oeste. Siente uno que por fin está conociendo la verdad.

Se trata de una verdad muy simple. El pueblo necesita semillas, vestido, utensilios agrícolas, conocimientos científicos acerca de la ganadería, la cría de aves y el cuidado de los niños, un doctor y un profesor de escuela, libros, radios, contacto con la civilización, esa participación embriagadora y entusiasta en la marcha de la historia humana que está siendo sustituida por el santoral, los *ikons* y los domos de cebolla y las voces profundas y barbadas de los cantores de iglesia. La burocracia revolucionaria necesita grano, patatas, repollos, semillas de girasol, carne de cerdo, apoyo en contra de los reaccionarios cuya única costumbre en la vida es comprar barato y vender caro, trabajadores inteligentes que lleven a cabo las políticas cambiantes del centro, e incluso, algunas veces, críticas tercas y constructivas.

—Somos Rusia, creemos que el Partido Comunista nos beneficiará eventualmente, que el Partido Comunista nos está poniendo en el primer plano de la historia. Pero no es fácil que la burocracia y el campesino aprendan a trabajar juntos. No es fácil, pero lo haremos.

Cuando mi cabeza estaba a punto de estallar debido al aire viciado y el olor del carbón y el puzzle enloquecedor y prismático de la lengua rusa, me escabullí y me alejé de la casa, caminando sobre la colina. Estaba oscuro y el aguanieve había formado una leve corteza sobre la nieve. Apenas alcanzaba a distinguir, mirando hacia arriba, la tapa baja y homogénea de las nubes. Tras pocos pasos la diminuta hilera de luces del pueblo desapareció entre los pliegues de nieve de la llanura. De vez en cuando, el viento crudo me arrojaba un puñado de aguanieve al rostro. Por todas partes me rodeaba la interminable llanura del norte en aquella noche incipiente, en aquel incipiente invierno. Ninguna sensación de localidad; ninguna de esas rarezas arraigadas de antiguos relatos y costumbres del lugar. Aquello habría podido ser Alberta o los Dakotas o Tasmania o Patagonia, cualquier sección, nunca antes pisada y nunca antes cercada, de la superficie de la Tierra, donde los hombres, torturados por el aguijón provocador de la esperanza, pueden forzar cada aprensión de la mente, cada músculo del cuerpo, para construir los cimientos de un orden nuevo.

5

Foto de pasaporte

Con paso inseguro, con pies mojados y entumecidos, el Amerikanski Peesatyel entró a la estación resbalando y tropezándose, y logró llegar, medio aturdido, a su compartimiento en el tren. Por dentro el hangar del tren era como la tarde invernal de Moscú, sólo que más oscuro y más gris. En las tiniebla de diciembre, frías y grises y pesadas como lingotes de hierro, las tenues bombillas eléctricas no daban luz. Tan sólo el vapor que salía de la locomotora y de nuestros alientos producía un pequeño, frágil movimiento de blancura. El A. Peesatyel estaba muerto de cansancio, su nariz congestionada por un resfriado, su estómago lleno de arenques fríos y pescado ahumado, y el vodka de muchos adioses se le había subido a la cabeza y allí pesaba y zumbaba como una corona de hierro. Durante todo el día anterior, toda la noche, todo el día de hoy, se había abierto paso en el aguanieve fangosa de la calle, escalado grises escaleras, intentado explicar, entender explicaciones, decir cosas en lenguas extranjeras, preguntar cómo, contar por qué; se había parado cara a cara con gente joven y grande y saludable vestida con ropas grises e informes; había sentido la calidez y lo había conmovido el movimiento de esos rostros, esos ojos y labios tan vivos, ojos que se esfuerzan por ver más allá de la frontera, más allá de la semana próxima y el siglo siguiente, labios que siempre están modulando preguntas; había dejado las preguntas a medio responder, a medio entender; se había despedido con un apretón de manos. Estrechar esas manos en esas despedidas era como estrechar la mano de un doctor amigo que ha venido un momento a la puerta de la sala de operaciones a quitarse los guantes de plástico y fumarse un cigarrillo y tratar de explicarte algo antes de que sea tiempo de regresar a las luces y la sangre y los brillantes instrumentos de la sala donde con apremiante dificultad nace un niño.

Temprano por la mañana, entre adormilado y borracho, había dado un largo paseo en taxi por un suburbio donde apenas si se podían ver las casas grises y destartaladas contra los largos y grises bancos de nieve que desaparecían bajo el cielo gris, para visitar a un viejo campesino, un hombre sin edad, de rostro agudo, que había traído de unos pueblos del Volga una bolsa entera de trozos lacados de la edad media, transformados para la venta en ceniceros y cucharas soperas y cajas de cigarrillos, pintados hoy mismo al estilo de los pintores de los *ikons* bizantinos; y después de vuelta a las tinieblas de Moscú, de nuevo al terrible y ruidoso andamiaje del futuro, y a más conversaciones inacabadas, más despedidas, más pequeños vasos de vodka, más despedidas.

Pero todos los viejos hábitos de treinta años de vida se filtran poco a poco hacia el oeste y las alfombras y las poltronas y el agua fría y caliente de una bañera y el acostumbrado mundo alegre y trivial de las vitrinas y los sombreros de mujer y sus tobillos hábiles como los de un caballo de trote sobre el repiqueteo de los talones livianos, y la disparatada cadencia de anuncios y baratijas y dólares. Es como esperar la jaula que lo sacará a uno de la mina, como salir de una fábrica de cemento, como salir de las calderas de un vapor subiendo por la escalera grasienta, como escapar de las prensas de un periódico y salir a la calle desorganizada y ruidosa.

Medio grogui, el A. Peesatyel dejó sus maletas en su compartimiento (el caso es que alcanzó el tren) y bajó a la plataforma para fumarse uno más de muchos últimos cigarrillos, y caminó sacudiendo los pies entumecidos en el gris férreo del hangar, bajo los espirales de aquel vapor apenas visible que parecía hacerle señas. La mujer que era directora de teatro, esa mujer amable y jovial de ojos bellos y oscuros, había venido para despedirse; la compañía había venido con ella, todas las niñas de quince y dieciocho años que había visto ensayar las obras del Teatro de Propaganda Sanitaria, la obra acerca de cómo evitar la sífilis, la obra acerca de la limpieza dental, la obra sobre el mundo que se erguirá luminoso y brillante cuando sea retirado el andamiaje oscuro y tenebroso de la lucha actual.

—Quieren despedirse—dijo, mientras yo estrechaba manos duras y firmes (todas eran trabajadoras de fábrica durante el día y actrices durante la noche) bajo el escrutinio de tantos ojos azules, curiosos y amigables, que

querían enterarse, acompañarme, comprender, cruzar todas esas remotas fronteras—. Quieren saber. Usted les agrada, pero quieren hacerle una pregunta. Quieren que usted les muestre su verdadero rostro. Quieren saber donde se ubica usted políticamente. ¿Está usted con nosotros?

El crepúsculo de hierro se hace tenue, el vapor gira a nuestro alrededor, el vapor leve y rizado de nuestro aliento nos confunde, la cruz de hierro aprieta la cabeza con más fuerza, palpitando con demasiados hombres, demasiadas mujeres, demasiados jóvenes a quienes he visto, hablado, interrogado, demasiadas manos estrechadas, demasiadas lenguas extranjeras defectuosamente entendidas…

—Pero vamos a ver… Pero tal vez pueda explicar… Pero en tan poco tiempo… no hay tiempo…

El tren se mueve. Tengo que correr para montarme de un salto. Las chicas desaparecen en un remolino de vapor, borradas por esa oscuridad gris como el hierro. El tren ha salido de la estación y avanza, con gran estruendo, hacia el oeste.

En el compartimiento—el aire demasiado viciado, demasiado el ruido, demasiado el sopor—, me dejé caer sobre mi litera, me acosté boca abajo y me dormí.

IV

INTRODUCCIÓN A LA GUERRA CIVIL (1916-1937)

1

El panadero de Almorox

¿Los señores eran de Madrid? ¡Por supuesto! En la voz del hombre estaba el respeto por las grandes distancias. Era el panadero del pueblo de Almorox, adonde habíamos ido en excursión de domingo desde Madrid; y estábamos de pie sobre el recién fregado suelo de baldosa de su casa recibiendo ceremoniosamente vino e higos de manos de su mujer. El padre del amigo que me acompañaba había vivido en una época en el mismo pueblo que el padre del panadero, y era su cliente; de ahí las atenciones. El panadero de Almorox era un hombre alto, de bigote suave y muy negro y rostro pálido y cenizo, que se paraba echando la cabeza hacia delante. Sonreía con agrado ante la presencia de extranjeros en su casa, mientras en un tono de tímida y reprobadora cortesía preguntaba por la familia de mi amigo. ¿Estaban bien don Fernando, doña Ana y la señorita? ¿Y el pequeño Carlos? Carlos ya no era pequeño, respondió mi amigo, y doña Ana había muerto.

La esposa del panadero había estado parada en la sombra mientras hablábamos, mirando a uno y a otro con una especie de gusto asombrado, pero ante eso se acercó de repente a la luz pálida y dorada y verdosa que entraba por la puerta, sosteniendo en la mano una oscura botella de vino. Había lágrimas en sus ojos. No, nunca llegó a conocerlos, dijo presurosa—nunca había salido de Almorox—, pero había oído hablar de su amabilidad, y sentía mucho su muerte. Era terrible perder a un padre o a una madre. El panadero movía los pies, inquieto, avergonzado por la tristeza que parecía embargar a sus huéspedes, y sugirió que subiéramos caminando por la colina hacia la ermita. Él nos enseñaría el camino.

—¿Y qué hay de su trabajo?—preguntamos.

Ca, eso no importaba. No sucedía todos los días que unos extranjeros vinieran a Almorox. Salió a zancadas, envolviéndose el cuello desnudo y bien moldeado con una bufanda de lana, y lo seguimos por la tortuosa calle de casas encaladas a través de cuyas anchas puertas podíamos vislumbrar habitaciones oscuras y embaldosadas y techos con grandes vigas negras y patios donde los pollos picoteaban el estiércol alojado entre losas desgastadas. Siempre entre paredes encaladas salimos del pueblo al barro negro y profundo del camino principal, y por fin, de repente, a campo abierto, donde brotaban manchones de hierba que brillaban contra el gris y el rojo de las tierras extensas y onduladas. En la cima de la primera colina estaba la ermita, una pequeña capilla encalada con una torre cuadrada de tres pisos; sobre la puerta había un relieve, en piedra tallada y cubierta de liquen, de la Virgen coronada. El interior era muy sencillo: un solo altar recargado de oropel sobre el cual había una estatua pintada—nuevamente de la Virgen—, rígida pero llena de una cierta gracia erguida y desdeñosa. La figura estaba vestida con una larga túnica de encaje, llena de pliegues y volantes, gris de polvo y de años.

—La Virgen de la Cima—dijo el panadero, apuntando con un pulgar reverente tras hincar una rodilla ante el altar. La túnica le daba a la Virgen un aspecto curiosamente cónico que me hizo pensar en esa piedra negra y cónica, la Bona Dea, que los romanos traían de Asia Menor. También aquí se trataba de una diosa orgiástica, más madre que virgen, a pesar de sus encajes mojigatos. El hombre nos conducía a la salida.

—Y en toda España no hay mejor vista que ésta.

Con un amplio ademán de su brazo comprendió el pueblo, con sus olas de techos que iban del verde al marrón y al carmesí oscuro, de repente rotas por la plaza abierta frente a la iglesia; y la torre gris y altanera, y sus luces y sombras marcadas que fruncían el ceño sobre los contrafuertes y las ventanas en punta; y los campos pardos levemente lustrados de verde que iban cediendo al marrón profundo de la tierra revuelta de los viñedos, y el brillo plateado cuando el viento agitaba los olivos; y más allá, las colinas onduladas que poco a poco se hacían más planas hasta hundirse en la llanura amarillenta de Castilla. Al hacer el gesto, sus dedos se abrieron y se estiraron, como para abarcar toda la tierra que señalaban. Cuando se volvió

hacia nosotros, sus flácidas mejillas se habían ruborizado; pero deberíamos verlo en mayo, decía, en mayo, cuando hubiera crecido el trigo de los campos, cuando hubiera flores en las colinas. En mayo sí que eran bellas y ricas estas tierras. Y pasó a contarnos de las fiestas locales y de las grandes procesiones de la Virgen. Este año habría cuatro días de toros. Tantas corridas, nos aseguró, no eran usuales en un pueblo tan pequeño. Pero Almorox era rico; el vino era el mejor de Castilla. Cuatro días de toros, dijo de nuevo; y toda la gente de los alrededores vendría a las fiestas, y habría un gran peregrinaje a la ermita de la Virgen.

Mientras que hablaba a su manera lenta y deferente, algo consciente de su volubilidad ante los extranjeros, comenzó a crecer en mi mente una imagen de su visión del mundo. Primero estaba su familia, la mujer cuyo cuerpo yacía a su lado en las noches, la que daba a luz a sus hijos; los viejos padres marchitos que tomaban el sol frente a su puerta, sus memorias de cuando ellos habían tenido miembros fuertes y torneados como los suyos, y de cuando los padres de ellos, viejos y marchitos, tomaban el sol frente a su puerta. Después su trabajo, el calor de sus hornos, el olor del pan cocido, las caras de los vecinos que venían a comprar; y afuera, en la tenue penumbra de las cosas medio irreales, de los relatos de viajeros, estaba Madrid—donde vivía el Rey y donde los políticos escribían en periódicos—, y Francia, y todo lo que no era Almorox.

Después, fuera de la capilla, de pie en el viento helado, el amigo que había venido conmigo desde Madrid comenzó a hablar sobre este pueblo. Lo primero que era preciso recordar, dijo, era que existían muchas Españas. Cada pueblo escondido en los pliegues de las yermas colinas, o protegido por la sombra de la enorme iglesia en medio de uno de los altiplanos, cada huerta fértil de la costa, era una España. Iberia existía, y existían las marcadas características ibéricas; pero España como nación moderna y centralizada era todavía una ilusión.

En primer lugar, estaba el asunto del lenguaje. A grandes rasgos, cuatro lenguas distintas se hablaban hoy en día: el castellano, la lengua de Madrid y las tierras altas, la lengua oficial, hablada en el sur en su forma andaluza; el gallego-portugués; el vasco, que ni siquiera compartía la descendencia latina de las otras; y el catalán. Por supuesto, bajo la influencia de las

comunicaciones ferroviarias y un esfuerzo consciente por difundir el castellano, las otras lenguas habían perdido vitalidad y en las grandes ciudades habían muerto; pero el problema era, sin embargo, muy distinto del de los dialectos italianos, puesto que todas las lenguas españolas, salvo el vasco, tenían una sólida tradición literaria.

Además de la variedad de lenguajes, había la inmensa variedad de la geografía. Las mesetas centrales, que dominaban la historia moderna—si por historia se quiere decir el nacimiento y educación de reyes y reinas y las hazañas de generales de armadura—, quizás se aproximaban a las estepas rusas en clima y vegetación. La costa oeste era, en muchos aspectos, un Gales más cálido y fértil. Las huertas del sur (valles susceptibles de ser arados) recuerdan más bien a Egipto. La costa este de Valencia hacia arriba era una continuación de la costa mediterránea de Francia. Casi en cualquier parte uno podía ir de nieves siberianas al desierto africano en pocas horas de tren.

Acaso, dijo, desde la famosa y tan cacareada entrada de Fernando e Isabel en Granada, la historia de España ha sido un intento por meter una estaca cuadrada en un hoyo redondo. En el gran estallido de la edad dorada, la edad de los lingotes del Perú y de hombres de valor aun mayor, el mal corría bajo la superficie. Desde entonces, los intentos persistentes por centralizar—en arte, en gobierno, en religión—una nación cuyas energías todas estaban dispuestas en la dirección contraria, había corroído e inutilizado cada energía boyante que había en el país. El resultado había sido un punto muerto, de manera que un siglo de revoluciones no había traído solución alguna. Hoy en día, cuando todo estaba maduro para un nuevo intento de derrocar la atrofia, una especie de inacción desesperada hizo que los españoles permanecieran bajo un gobierno de políticos ineficientes e increíblemente corruptos. Por todas partes la nueva vida era detenida y refrenada por una enmarañada red de tradiciones e intereses encubiertos.

Frente a sus tradiciones, dijo entre risas, los españoles estaban en la posición de los arqueólogos frente al problema de la escultura ibérica. Entonces me contó la historia del Cerro de los Santos, donde se ha excavado de las ruinas de un santuario una serie de esculturas pre-cristianas

de hombres y mujeres, diosas y dioses. Pero muy cerca de allí vivía un pequeño relojero. De las primeras estatuas encontradas se pensó que eran santos—y lo eran, de acuerdo con una administración más antigua que la de Roma—, con el resultado de que el descubrimiento de aquellas mujeres arropadas con altos tocados y solemnes ojos fijos y aquellos hombres fragmentarios de cuello fornido toscamente tallados en piedra gris se vio acompañado de mucho prestigio; las figuras fueron liberadas de la arcilla acumulada durante dos mil años y acomodadas con reverencia en las iglesias. Así que quizás los motivos que iniciaron al relojero en su carrera de escultor y falsificador fueron tan píos como reverentes.

Comoquiera que haya comenzado aquello, cuando se descubrió que los santos eran tan sólo horribles dioses y diosas paganos, y que los caballeros extranjeros, que aparecían con sus gafas desde todos los rincones de Europa para investigar, pagarían por ellos buen dinero, el relojero comenzó a prosperar como hombre poderoso de su aldea y su generación. Comenzó a estudiar arqueología, y el estilo de sus divinidades toscas y falsificadas mejoró. Durante varios años, toda la Europa culta creyó a ojos cerrados en las estatuas del Cerro de los Santos. Pero la imaginación del relojero comenzó a apoderarse de él; las formas se le volvieron más y más fantásticas, e influencias egipcias, asirias, *art nouveau*, comenzaron a ser notadas por los conocedores, hasta que al fin alguien sugirió la falsificación en voz baja, y todos los científicos corrieron a buscar refugio gritando que después de todo nunca había existido ningún tipo de escultura ibérica.

El pequeño relojero sucumbió a su creación de dioses paganos y murió en un manicomio. Hasta el día de hoy, cuando, en medio de la sala dedicada al Cerro de los Santos en Madrid, se contemplan las estatuas de los dioses ibéricos apiñadas alrededor con sus tocados altos como los de los bailarines, es imposible distinguir las que hizo el relojero en 1880 y las que el hacedor de imágenes del santuario de la colina hizo en un tiempo en que los primeros barcos de ojos rojos de los mercaderes fenicios comenzaban a fundar puestos de comercio entre los bárbaros de la costa valenciana. Y allí están aún, en sus estantes, los reales y los falsos inextricablemente confundidos, observando el enigma con ojos de piedra.

Igual sucede con las tradiciones: la tradición de la España católica, la tradición de grandiosidad militar, la tradición de luchar contra los moros, de sospechar del extranjero, de hospitalidad, de truculencia, de sobriedad, de hidalguía, de Don Quijote y Tenorio.

La guerra hispano-americana (que para Estados Unidos, interrumpí, fue una mera oportunidad para una demostración patriótico-capitalista de ingeniería sanitaria, heroísmo, escándalos de carne en conserva y William Randolph Hearst) fue para España la primera noción de que muchas de las tradiciones eran falsas. Los jóvenes de esa época se llamaban a sí mismos generación del noventa y ocho. De acuerdo con su temperamento, rechazaban en todo o en parte las tradiciones museísticas que, según les habían enseñado, eran la verdadera España; cada uno tomó un camino distinto en búsqueda de una España que satisficiera su deseo de belleza, dulzura y humanidad, o, en otros casos, vigor, fuerza, modernidad.

—El problema de nuestra época—dijo solemnemente mi amigo—es ver si evolucionando de forma local, anárquica, sin centralización excepto en la represión, podremos lograr nuevas formas de vida para nosotros mismos, o si seremos arrastrados a Europa, donde el sistema moribundo tiene sólo la fuerza necesaria para matar, mientras muere, cualquier nuevo retoño en el cual haya esperanza para el futuro.

—Miren—dijo el panadero, que había estado escuchándonos en silencio. Señaló con una mano gruesa y un poco blanqueada por la harina. Una cigüeña volaba en lentos círculos alrededor del campanario de la gran iglesia—. Tiene un nido ahí. Ha venido para dar de comer a sus pequeños… Vamos.

Y comenzamos a bajar la colina, temblando contra el viento.

Fue en Madrid, después de una conferencia en una exposición de pintores vascos, que escuchamos a Valle-Inclán, cuyos ojos ardían bajo cejas grises y enmarañadas, denunciar con ironía amarga y mordaz lo que él llamaba la europeización de España. Lo que llamaban progreso, había dicho, era un mero remedo del estúpido comercialismo de la Europa moderna. Mejor no educar a las masas que educarlas para transformar campesinos saludables en arteros mercaderes de piel de masilla; mejor una España

desvaneciéndose en su apatía de siempre que una España despierta a la brutal y desalmada guerra comercial de la vida moderna. Yo caminaba con un estudiante de Filosofía a quien había conocido en el mesón ruidoso de una pensión, discutiendo la exposición que acabábamos de ver, escenario curiosamente dócil para aquel discurso fogoso y reaccionario. Le había hablado del muy primitivo aspecto que tenían muchas de las obras de estos jóvenes pintores vascos, demostrado en algunos casos por la técnica casi cariñosa, por las pinceladas melindrosas como una caricia, y en otros por la insuficiencia de medios a disposición del pintor para expresar su idea, lo cual hacía de muchos de los cuadros admirables fracasos. Mi amigo insistía, sin embargo, en que el primitivismo, más que los dolores de parto de una nueva visión del mundo, no era sino «la última pose de una tradición demasiado civilizada».

—España—dijo—es el país más civilizado de Europa. El crecimiento de nuestra civilización no ha sido nunca interrumpido por influencias del exterior. Los fenicios, los romanos… (La influencia española en Roma fue, me imagino, tan grande como la romana en España; piense en los cinco emperadores españoles.) Los godos, los moros… Todos fueron meros incidentes absorbidos por el inmutable espíritu ibérico… Incluso el cristianismo español—continuó sonriendo—es mucho más español que cristiano. Nuestra vida es un vasto ritual; nuestra religión es parte de él, eso es todo. Y también lo son las corridas de toros que tanto escandalizan a los ingleses y americanos… ¿Acaso son más brutales que las cacerías de zorros o el boxeo profesional? Y qué llenas de tradición están nuestras fiestas de toros; esa ceremonia tiene sus orígenes en las hecatombes de los héroes homéricos, en la adoración del toro por los cretenses y muchos cultos mediterráneos, en el circo romano. ¿Puede la civilización ir más allá de ritualizar la muerte como lo hemos hecho nosotros? Pero nuestra cultura es demasiado perfecta, demasiado estable. La vida se ahoga en ella.

Nos detuvimos un momento bajo la sombra de un limero amarillento. Mi amigo había dejado de hablar y miraba con su acostumbrada sonrisa amarga a un grupo de niños de piernas morenas, desnudas y polvorientas, que jugaban a la corrida muy en serio, con palos por espadas y un pedazo de periódico en vez de la capa escarlata del torero.

—Es a ustedes los americanos—continuó de repente—a quienes pertenece el futuro; son ustedes tan vigorosos, tan vulgares, tan incultos… La vida se ha transformado de nuevo en la primitiva lucha por el pan. Claro, el dólar es una forma compleja de la comida por la cual acechaba y mataba el hombre de las cavernas, y los medios de combate son diferentes, pero igual de brutales. De esa cruda brutalidad animal viene todo el vigor de la vida. Nosotros no la tenemos; estamos demasiado cansados para pensar; hemos vivido tanto y desde hace tanto tiempo que ahora nos satisfacen las cosas más simples, el calor del sol y el color de las colinas y el sabor del pan y el vino. Todo lo demás es automático, ritual.

—¿Pero y la huelga?—pregunté, refiriéndome a la huelga general de un día que acababa de ser llevada a cabo con cierto éxito en toda España como protesta contra la apatía del gobierno en relación con el alza peligrosa de los precios de comida y combustible.

Él se encogió de hombros.

—Eso—dijo—es la nueva España, una profecía más que un hecho. La vieja España todavía es omnipotente.

Más tarde estaba yo caminando por la calle principal de uno de los apiñados pueblos de adobe que yacen en los pliegues de la llanura castellana, no lejos de Madrid. Apenas comenzaban a encenderse las lámparas en las pequeñas tiendas donde la gente vivía y trabajaba y vendía sus artículos, y las mujeres volvían a casa llevando sobre la cabeza cántaros de formas hermosas con agua del pozo. De repente salí a una plaza abierta con árboles de los cuales caían las últimas hojas a través de la luz verdosa del crepúsculo. El lugar se llenaba con la música cadenciosa de un organillo y con el ruido de las pisadas de la gente que bailaba sobre la grava. Había soldados y sirvientas, y aprendices de mejillas coloradas con sus novias, y tenderos respetables, todos con sus esposas, que llevaban mantillas sobre el pelo negro y lustroso, todos bailando alrededor de los delgados troncos, y en el aire sonaban risas y gritos de alegría. El evangelio según Sancho Panza, pensé, la fácil aceptación de la vida, la desvergonzada alegría de la comida y el color y la suavidad del pelo de las mujeres. Pero cuando salí del pueblo a través de la tosca llanura de Castilla, que en la noche inminente se veía gris y verde y violeta, me llegó la memoria del caballero de la triste

figura, Don Quijote, intentando con torpeza moldear el mundo, lamentablemente seguro del poder de su ideal. En esos dos estaba España. Muy lejos estaban del mundo industrial de trabajos forzados y nunca disfrutados, de guerra incesante y siempre acosadora. Y me pregunté con qué propósito volvería Don Quijote a ensillar a Rocinante, y qué diría a su esposa el buen panadero de Almorox si, al levantar la vista de su artesa con sus manos blancas de harina, viera al caballero andante cabalgando su delgado corcel hacia una nueva aventura.

Madrid, diciembre de 1916

2

Córdoba, que fue de los califas

Cuando salimos de la librería flotaba en la angosta calle el polvo de muchos carruajes. Sobre el rápido girar de las ruedas pasaban hombres y mujeres de vestidos chillones, sentados en poses inmóviles. Por detrás de los carruajes surgían chales brillantes, triángulos de rojo y púrpura y amarillo.

—Pan y circo—musitó el hombre que estaba junto a mí—, pero no suficiente pan.

En Córdoba era tiempo de feria; los carros regresaban de los toros. Doblamos por un callejón estrecho donde el polvo se veía amarillo entre las paredes altas y verdes y lavandas. De la calle que habíamos dejado atrás llegaba un ruido de ovaciones y aplausos. Mi amigo se detuvo de golpe y me tomó del brazo.

—Ahí va Belmonte—dijo—. La mitad de los hombres que lo ovacionan no han tenido comida suficiente nunca en su vida. Los viejos romanos eran más sabios; para mantener callada a la gente, les llenaban el estómago. Esos imbéciles—echó la cabeza hacia atrás disgustado, pensé, por los chales y las peinetas y el negro resplandeciente del pelo bajo los encajes y las cinturas de avispa de los jóvenes y la insolencia de los ojos negros sobre las ruedas centelleantes de los carros—, esos imbéciles sólo dan circo. ¿Se dan cuenta ustedes, los del mundo exterior, de que en Andalucía nos morimos de hambre, de que nos hemos muerto de hambre durante generaciones, de que los toros negros del circo pueden pastar en campos de trigo para que España sea pintoresca? La única vez que vemos carne es en el ruedo. A esa gente que discute todo el tiempo acerca de por qué es subdesarrollada España y escriben libros sobre el tema, podría

contestarles en una palabra: desnutrición—rió con desconsuelo y empezó de nuevo a caminar con paso rápido—. Hemos resuelto el problema del coste de la vida. Vivimos del aire y el polvo y los malos olores.

Yo había entrado en su librería unos minutos antes para preguntar una dirección, y él me había llevado a la trastienda con esa cortesía entusiasta y maravillosa que uno encuentra tan a menudo en España. Allí, el librero, un carpintero y el niño de los mandados habían hablado todos al tiempo, explicando la última huelga de los labradores, cuando la región había quedado durante meses enteros bajo ley marcial, y ellos, y todos los de simpatías socialistas o republicanas, habían sido encerrados en prisiones atestadas. Todos lamentaban no poderme llevar a la Casa del Pueblo, pero, según explicaron entre risas, la Guardia Civil la tenía ocupada en ese momento. Todo terminó con el librero saliendo conmigo y mostrándome el camino hacia la casa de Azorín.

Azorín era un arquitecto que había apoyado a los huelguistas; acababa de llegar a Córdoba desde el oscuro pueblo donde había sido encarcelado por gracia del gobernador militar, que le había hecho el cumplido de considerar que incluso en prisión sería peligroso si se quedaba en Córdoba. Recientemente había sido elegido consejero municipal, y cuando llegamos a su despacho estaba ocupado diseñando una escuela. En las escaleras el librero me había dicho en susurros que todos los obreros de Córdoba morirían por Azorín. Era un hombrecito cetrino de voz vagamente sarcástica y aire divertido, como si estuviese a punto de romper a reír en cualquier momento. Puso sus planos de lado y fuimos juntos a ver al editor de *Andalucía*, un semanario regional obrero.

En aquel despachito oscuro, mientras bebíamos tres tazas de café que aparecieron de alguna parte como por milagro, con el olor acre de la tinta y el papel fresco en las narices, hablamos del pasado y futuro de Córdoba, y de toda la extensa región de la Andalucía del norte, llanuras fértiles e irrigadas, secas tierras de olivares que se extienden hasta las montañas rocosas y desecadas donde están las minas. En las frases concisas de Azorín y en los largos y ornados periodos del editor, la servidumbre y la miseria y la heroica esperanza de esos campesinos y mineros y artesanos fueron por primera vez claras para mí. Tenían que aprender tres cosas, explicaba una y

otra vez Azorín: a organizar, a irrigar y a comer. De vez en cuando el cajista, un chico de unos quince años de cara morena y manchada de tinta, se asomaría por la puerta para gritar:

—Es verdad lo que dicen, pero no lo dicen todo. No lo dicen todo.

Córdoba, mayo de 1920

3

Tres poetas

I

—Me gasté cincuenta mil pesetas en un año de academia militar… *J'aime le chic*—dijo el joven oficial de artillería a quien pregunté el camino.

Me conducía por la pendiente adoquinada que daba a la sinuosa calle principal de Segovia. Un momento antes habíamos pasado bajo el acueducto que se erguía, arco sobre arco, hacia el cielo carmesí. El hombre había chasqueado sus dedos enguantados y dicho:

—Y eso de qué sirve, me gustaría saber. Yo lo daría todo por un soplido de gasolina de un Hispano-Suiza… ¿Conoce los Hispano-Suiza? ¡Y mire este pueblo de porquería! No hay ni una calle por la que pueda ir rápido en mi moto sin llevarme por delante a una vieja tonta o a un muchachito malcriado y chillón… ¿Quién es ese caballero a quien va usted a visitar?

—Es un poeta—le dije.

—A mí también me gusta la poesía. Yo escribo poesía… ligera, elegante, sobre mujeres ligeras y elegantes.

Se echó a reír y se retorció las puntas pequeñas y enceradas que brotaban de ambos lados de su bigote.

Me dejó en el extremo de la calle que estaba buscando, y, tras un saludo elaborado, se despidió diciendo:

—Pensar que usted ha venido desde Nueva York para buscar una dirección en una calle de pobres, y yo que tanto quiero ir a Nueva York. Si fuera poeta, no viviría aquí.

En la esquina se leía el nombre: *Calle de los Desamparados*.

II

Estuvimos sentados un buen rato en el casino, haciendo girar las cucharillas en los vasos de café mientras un hombre gordo y sonrosado jugaba al billar frente a nosotros y era pesadamente derrotado por otro delgado y moreno, con chaqueta de faldones y cara amarilla y patillas de morsa que emitía un áspero «bueno» después de cada jugada. Hablaban de París y de posibles nuevos volúmenes de versos, homenajeaban a Walt Whitman y a Maragall, cuestionaban a Emily Dickinson. A nuestro alrededor había un olor a viejos sofás de pelo de caballo, un rumor del tedio acre y enmohecido de viejas ciudades abandonadas hace siglos sobre la playa de la historia. El grupo creció. Conversaciones sobre pintura: Zuloaga no había llegado todavía, los hermanos Zubiaurre se habían ido de sus ciudades de la costa vasca, seducidos por la gente bronceada y las colinas azafranadas de la provincia de Segovia. Sorolla se estaba muriendo, otro había enloquecido. Al fin alguien dijo:

—Nos estamos ahogando aquí. Vamos a caminar. Esta noche hay luna llena.

No había más ruidos en la calle que el traqueteo irregular de nuestros pasos. La luz oblicua de la luna cortaba la calle en dos secciones triangulares, una negrísima y la otra luminosa, grabada como una bandeja de plata por las líneas de las puertas, los techos, las ventanas, los ornamentos. Arriba, el cielo era blanco y azul como suero de leche. La oscuridad cortaba nuestro camino, y enseguida, más allá, una luz deslumbrante salía por debajo de un arco. Nos sentamos en círculo del otro lado de la puerta, sobre unas piedras cuadradas y recién cortadas en las que podía sentirse aún un rastro del calor del sol. A un lado estaba la pared encalada de una casa, fuego blanco cortado por una ancha puerta de roble donde la luna daba un brillo inquieto al aldabón y a los clavos, y sobre la puerta unos geranios colgando de un tiesto cuyo rojo era de una intensidad increíble en el resplandor plateado. Del otro lado, una cañada profunda, las copas titilantes de los álamos y el sonido de un arroyo. En la oscuridad, sobre el arco de la puerta, una temblorosa llama de aceite iluminaba los pies verdes de una Virgen pintada. Todos hablaban de *El Buscón*, un relato de

Quevedo que ocurre en su mayor parte en Segovia, un relato de correrías y ladrones y fugas nocturnas por la puerta trasera de los burdeles, de escaleras de cuerda colgando de los balcones de las damas, de secretos entreoídos en los confesionarios, y citas bajo puentes y dedos que se tocan de manera elocuente en las pilas de agua bendita de altas catedrales. Un espectro de polvo sopló a través de la puerta. El hombre a mi lado se estremeció.

—Los muertos son más fuertes que los vivos—dijo—. Qué poco tenemos, en cambio ellos…

En el temblor de su voz había una reminiscencia de largas caravanas de mulas tintineando a través de la puerta, reinas en literas colgadas con cortinas de retales de Samarcanda, brocados de oro salpicados con el barro de hondos caminos, manchados con sangre de emboscadas, atados de seda valenciana, cuadrillas itinerantes de artesanos moros, templarios bien armados de camino al Sepulcro, trovadores errantes, rateros, alcahuetas, hileras ruidosas de caballeros y soldados de a pie poniéndose en marcha con pellejos de vino en sus alforjas para cruzar los desfiladeros hacia las disputadas tierras de Extremadura, donde había infieles que matar y ganado que robar y chicas que violar en los pueblos, y todo en tiempos en que la puerta estaba tan nueva y recién cortada como los bloques en que estábamos sentados. Abajo, en el valle, un burro soltó un rebuzno largo y sombrío.

—También ellos tienen nostalgias—dijo alguien con sentimentalismo.

—Lo que no tenían en otros tiempos—dijo una voz grave desde abajo de un sombrero de hongo—era tiempo de estar tristes. La dulzura de la putrefacción, el largo recuerdo de ánimos pálidos y tristes; tenían el sol, nosotros tenemos los colores de su ocaso. ¿Quién puede decir cuál es más valioso?

El hombre que estaba a mi lado se había puesto de pie.

—En una noche como ésta, con una luna como ésta—dijo—, deberíamos ir al viejo barrio de las brujas.

La grava rechinó bajo nuestros pies en el camino que nos llevaba fuera de la luz de la luna y hacia la oscuridad de la cañada.

Segovia, mayo de 1920

III

Sentados, mirábamos el mar que al atardecer era violeta, donde las velas de los pesqueros que regresaban eran del amarillo de las prímulas, y las colinas detrás de nosotros eran de un intenso azul pirita. Por la ventana de una choza de adobe salía un olor a aceite crepitante, a tomates y a pimientos, y el ruido amortiguado del batir de huevos. Teníamos los pies doloridos, estábamos hambrientos, y hablábamos de mujeres y de amor. Y después de todo, lo importante era el matrimonio, me dijo al fin el joven catalán, los cuerpos de las mujeres y sus almas y su amor estaban muy bien, pero lo importante era la vida ordenada de una familia, unos hijos; la familia era la cadena inmortal en la cual se enhebraban las vidas; y recito esta cuarteta, diciendo en ese tono orgulloso y sobrecogido con que hablan los latinos de un logro creativo:

—Por nuestro mejor poeta, Juan Maragall.

> Canta esposa, fila i canta
> que el patí em faras suau.
> Quan l'esposa canta i fila
> el casal s'adorm en pau.

Fue difícil explicar cómo nuestros deseos se dirigen a la afirmación más y más completa del individuo; explicar que nosotros, en los países anglosajones, sentimos que la familia había muerto como unión social, y nuevas cohesiones estaban surgiendo.

—Yo deseo mi libertad—interrumpió—tanto como… como Byron. Libertad de pensamiento y acción—calló un instante; enseguida dijo con simpleza—: Pero quiero una mujer y unos hijos y una familia míos, míos.

Entonces la chica que estaba cocinando se asomó por la ventana para decirnos, en un mallorquín suave y nasal, que la cena estaba lista. Tenía un rostro moreno y pómulos colorados, y el pañuelo azul claro anudado bajo el mentón le daba a su cara la forma triangular de una *madonna* del Greco. Al asomarse por la ventana, sus senos, sólidos como los de una Victoria, parecieron brotar de su cuerpo bajo el chal gris y acicalado. Sus ojos eran grises como el mar. Pensé en Penélope, sentada junto a su telar en un vestíbulo de vigas ahumadas, fijos sus ojos grises en un mar sin velas. Y por

un instante comprendí la frase del catalán—la familia era la cadena en la cual se enhebraban las vidas—, y la poetización de la mujer casada según Maragall:

> Cuando la esposa canta e hila
> el casal se duerme en paz.

De las chozas de los pescadores, allá en la playa, nos llegaba un humo de hogueras azul e intenso; sobre el suave susurro de la marea nos llegaba el murmullo de voces adormiladas, como el ruido de gorriones cuando cae la tarde sobre un parque de ciudad. El día se disolvió lentamente en una eternidad perfecta. Y cuando el último pesquero salió del mar oscuro, con la vela alta y terciada doblándose de repente como las alas de una gaviota al posarse sobre la tierra, el rostro moreno y colorado del hombre en la proa era el rostro de Ulises que regresaba. En esa playa, junto a ese mar, el tiempo no existía.

Palma de Mallorca, Semana Santa de 1920

4

Lo que era el ágora para los atenienses

Todos los senderos de grava de la plaza de Santa Ana estaban atestados de sillas de paja. En una esquina, una fila de siete músicos ciegos, con violines, un chelo, guitarras y un cornetín lastimero, tocaba el «Danubio Azul» entre florituras y resuellos. En otra, un viejo encorvado que llevaba al hombro un mono con pantalones de seda roja reproducía «La Paloma» haciendo girar la manivela de un organillo. Una fuente chispeaba en medio del jardín, bajo la luz amarilla que fluía en líneas horizontales desde los cafés llenos de humo de tabaco a ambos lados de la plaza, y golfillos harapientos hundían las piernas en el pilón viscoso, salpicándose entre sí, revolcándose como potros en la hierba. De los cafés y las mesas y las sillas de paja llegaba el tintineo de vasos y dominós, el tamborileo de las conversaciones, el correteo de camareros con bandejas repletas, los gritos de hombres vendiendo camarones, langostinos, patatas fritas, sandías, nueces en cucuruchos de papel rojo, verde, amarillo. La luz reverberaba en el disco cobrizo de una mesa frente a mí, en los bordes de dos jarras de cerveza, en los ojos de un hombre barbado de nariz aquilina y delgada que se inclinaba hacia mí con voz firme y profunda, y me contaba historias de Madrid en un castellano ágil y ceceante. Primero del Madrid de Felipe IV: corridas en la plaza Mayor, autos de fe, pinturas de Velázquez expuestas bajo las arcadas donde hay ahora una tienda de café y rosquillas, carruajes pomposos pintados de bermellón o cobalto, adornados con oro y repletos de damas cubiertas de damasco y brocado, caballeros empenachados, pajes descarados de ojos voraces que caminaban a bandazos por el barro hediondo de las calles; obras de Calderón y de Lope de Vega representadas en jardines decorados con joyas y talabartes donde damas de la corte coqueteaban tras abanicos de avestruz con estirados amantes de rostro

delgado. Luego, el Madrid de Goya: motines en la Puerta del Sol, majas asomándose a los balcones, la feria de San Isidro junto al río, y el correteo de guerrilleros harapientos, bandidos y patriotas; el trote de los granaderos de Napoleón; hombrecitos pomposos con pelucas de coleta que mueren el dos de mayo bajo el arco de ladrillo del arsenal, con una frase de Mirabeau en los labios; frenéticos entierros de la sardina; gotas de sangre sobre las espaldas desnudas de los flagelados; amantes que se esconden bajo el miriñaque de la Reina. Luego el Madrid romántico de los treinta, Larra, Bécquer, Espronceda, gestos byronianos, vigilias en cementerios, duelos, paseos por las avenidas de boj del Retiro, jóvenes pálidos de corbata blanca suicidándose en los áticos de la calle Mayor.

—Y ahora—de repente la voz se hizo ronca de rabia—, mire usted este Madrid. Han cerrado el café Suizo, construyen un metro, y cada día la Castellana se parece más a los Campos Elíseos… Sólo en el escenario se pueden observar los restos del Madrid verdadero. El dramaturgo es el último madrileño. Tiene el sentido de lo castizo.

El resto de la noche nos dedicamos a discutir el significado de la famosa palabra *castizo*.

La existencia misma de esa palabra en una lengua demuestra un agudo sentido del estilo, de una forma de hacer las cosas. Como todas las palabras de verdadera importancia, su significado es una gama, una sección del espectro, más que algo fijo e irrevocable. La primera implicación parece ser «de acuerdo con lo sagrado», consecuente con la tradición: el giro limpio de la frase, la cadencia esencialmente castellana, es lo castizo; un trozo de pastel o un poema que sigan la tradición son castizos, igual que un cumplido hecho con finura, o una capa con el debido vuelo y el debido forro de terciopelo rojo cubriendo con gracia las orejas al salir del café. Lo castizo es la esencia de lo local, de lo regional, el último baluarte de la arrogancia castellana, y no se refiere al caparazón vacío de las observancias tradicionales sino a su corazón mismo, a su gesto. A fin de cuentas lo castizo significa todo lo que hay de sabroso en el rojo y el amarillo de las colinas, en las llanuras desnudas y los arroyos profundos y las ciudades polvorientas llenas de palacios y campanarios, y los mendigos con capas del color del tabaco y los arrieros con sus mantas al hombro, y los locuaces

caballeros de rostro enjuto que se agrupan alrededor de las mesas de un café o un casino, y las viudas corpulentas de pelo negro y reluciente cubierto por una mantilla que van caminando a la misa de la mañana con los misales bien apretados en manos regordetas, todo lo que es plenamente indígena, ibérico, en la vida de Castilla.

En la oleada de industrialismo que durante los últimos veinte años se ha crecido para eliminar cualquier rasgo sobresaliente, para imponer al mundo un mismo nivel de opacidad niquelada, el teatro de Madrid ha sido el refugio de lo castizo. Ha sido un teatro de maneras y tipos locales y costumbres, de observación e historia natural, donde un público bastante especializado y acostumbrado a la sátira como tono de conversación cotidiana se divertía con un retrato cualquiera de sus propias ocurrencias y manías. Así creció una tradición de teatro de personajes más cercana al teatro yiddish que a cualquier otro de los que conocemos en América.

Más tarde, mientras bebíamos leche en La Granja tras un par de horas de un gastado musical vienés de tercera generación en el Apolo, mi amigo disertó para mí acerca de la forma de vida de un madrileño en general y de un dramaturgo de Madrid en particular. Alrededor de las once o las doce uno se levantaba, tomaba una taza de chocolate espeso, daba un paseo bajo los castaños de la Castellana o pasaba un momento por su despacho del teatro. Comía a las dos; a eso de las tres, se sentaba un rato a tomar café o anís en El Gato Negro, donde los camareros tienen aspecto de ministros y escuchan cada palabra de las lánguidas discusiones sobre arte y letras que sirven de entretenimiento en las horas de la tarde. Entonces, a medida que se acercaban las cinco, uno se metía en una *matinée*, si hubiera por casualidad un estreno, o se iba a tomar el té en el nuevo y afrancesado barrio de Salamanca. Se cenaba a eso de las nueve; de ahí uno salía derecho al teatro para ver que todo saliera bien en la función de la noche. A la una, el día culminaba con la famosa tertulia del café de Lisboa, donde todo el mundo se encontraba para discutir y disputarse y escuchar disquisiciones y epigramas en mesas atestadas de vasos de café entre hediondas espirales de humo de cigarrillos.

¿Y cuándo se escriben las obras?, pregunté.

Mi amigo se echó a reír.

—Pues entre un punto y el siguiente—dijo—, y en la cama, y mientras uno se afeita o se desplaza. Aquí en Madrid uno escribe una comedia entre dos panecillos del desayuno… Y ahora que se ha abierto el Metro, es de una gran ayuda. Conozco a un joven poeta que sacó una tragedia en cinco actos, con psicología sexual y todo, entre la Puerta del Sol y Cuatro Caminos. Pero Madrid se está echando a perder—continuó con tristeza—, al menos desde el punto de vista de lo castizo. En la última generación lo más que uno lograba ver del día era la puesta de sol y el amanecer, la gente solía ir a batirse donde ahora está la Residencia de Estudiantes, y tenían tertulias de verdad, tertulias donde la conversación arrogante paraba golpes de espada y también embestía, sin perdonar nada, riéndose de todo, como si le fuera la vida en ello, como nuestro único héroe español, don Juan Tenorio.

> Yo a las cabañas bajé,
> yo a los palacios subí,
> yo los claustros escalé,
> y en todas partes dejé
> memoria amarga de mí.

»La conversación iba de las cabañas de los campesinos a los palacios de las duquesas carlistas, y Dios sabe que los cuervos y los claustros no quedaban a salvo. Y como al absurdo y buen Tenorio, no les importaba que la risa dejara memorias amargas, y estaban dispuestos a esperar hasta su lecho de muerte para reconciliarse con el cielo y la solemnidad. Pero nuestra generación se declaró solemne desde la cuna… Excepto la gente de teatro, ¡siempre excepto la gente de teatro! Nosotros los de los teatros seremos castizos hasta la muerte».

Al salir del café—yo hacia mi cama, mi amigo hacia otra tertulia—, se detuvo un instante y miró las mesas, los vasos.

—Lo que el ágora era para los atenienses—dijo, y terminó la frase con un expresivo ademán de la mano.

Madrid, junio de 1920

5

Un líder muerto

Doce días son pasados
Después que el Cid acabara;
Aderézanse las gentes
Para salir a batalla
Con Búcar, ese rey moro
Y contra la su canalla.
Cuando fuera medianoche
El cuerpo así como estaba
Le ponen sobre Babieca
Y al caballo lo ataban.

Y cuando salió el ejército de Valencia los moros del rey Búcar huyeron ante el cuerpo muerto del Cid, y diez mil se ahogaron tratando de trepar a sus barcos, veinte reyes entre ellos, y los cristianos obtuvieron tal botín de oro y plata en las tiendas que el más pobre de ellos se hizo rico. Luego el ejército siguió adelante (cada día el Cid muerto hacía su jornada a caballo), atravesando las secas montañas de San Pedro de Cardeña, en Castilla, adonde el rey don Alfonso había llegado desde Toledo, y él, al ver el rostro del Cid todavía tan bello y su barba tan larga y sus ojos tan vivos, ordenó que en lugar de encerrar el cuerpo en un ataúd con clavos de oro lo pusieran sentado sobre una silla, junto al altar, con la espada Tizona en la mano. Y allí permaneció el Cid más de diez años.

Arriba, en el desfiladero, la gente esquiaba. Sobre la nieve endurecida del camino había cáscaras de naranja. Acababa de pasar una victoria en la cual iba, envuelta en pieles, una pareja pomposa y aburrida.

—¿Adónde diablos irán?

—A la puerta de Navacerrada—contestó mi amigo.

—Pero se diría que estarían mejor tomando el té en Molinero que chapoteando allá arriba en la nieve.

—Tal vez sí, pero es la moda… los deportes de invierno… y todo porque a un hombrecito moreno y ágil que murió hace dos años le gustaba la montaña. Antes de él, ningún madrileño sabía siquiera que la Sierra existía.

—¿Quién era?

—Don Francisco Giner.

Esa tarde, cuando ya estaba oscureciendo, bajábamos trabajosamente por una ladera del Siete Picos, mojados, muertos de frío, con la nieve azotándonos la cara y la niebla a nuestro alrededor, sin más guía que el rastro de un rebaño de ovejas. La luz de una choza se recostaba sobre la montaña como un largo dedo de color naranja. Una vez dentro nos quitamos zapatos y calcetines y nos tostamos los pies junto a una magnífica chimenea rodeada de rostros colorados y dientes luminosos y sonrientes, de escolares y universitarios que gritaban y declamaban, de olor a té y a lana húmeda. El ambiente ruidoso era el de la excitación que produce el calor después del ejercicio en el aire frío de la montaña. Las mejillas amoratadas nos cosquilleaban. Un joven de pelo amarillo y enmarañado me contó en francés una historia acerca del emperador expulsado de Marruecos, y sacó una lata de mirlos cazados que venían, según resultó, de las provisiones particulares de dicho personaje. Inagotables fuentes de té bullían sobre el fuego en dos teteras ahumadas. En la parte trasera de la cabaña, entre sombras saltonas, había montones de esquís junto a la puerta que se abría de vez en cuando para permitir la entrada de una nueva figura mojada y nevosa y enseguida volvía a cerrarse sobre ráfagas de nieve. Una inmensa alegría estremecía a todo el mundo. De repente llegó la hora de tomar el tren, y en la oscuridad corrimos y tropezamos y nos deslizamos hacia la estación por el sendero rocoso.

En el coche de tercera la gente cantaba mientras el tren se abría paso traqueteando hacia las llanuras, hacia Madrid. El hombre que iba sentado a mi lado me preguntó si sabía que fue don Francisco quien mandó construir aquella cabaña para los niños de la Institución Libre de Enseñanza. Poco a poco me contó la historia de los krausistas y Francisco Giner de los Ríos y

la revolución de 1873, una historia similar a muchas otras en los anales de los movimientos educativos del siglo XIX, pero tan íntimamente española e individual en su trasfondo que fue como una explicación de muchas preguntas que me había hecho e insinuó para mí el origen de cierta particular mentalidad que había notado en algunos de mis conocidos de Madrid.

En algún momento de los años cuarenta, un profesor de la Universidad Central, Sanz del Río, fue enviado a estudiar filosofía a Alemania con una beca del gobierno. España estaba todavía en el estado de coma intelectual que había seguido a la caída de las Cortes de Cádiz y la restauración de Fernando VII. Una década antes, quizás más, Larra, la última llama de la revuelta romántica, se había matado por amor en Madrid. En Alemania, en Heidelberg, Sanz del Río encontró a un Kraus moribundo, el primer arcipreste que sirvió de intérprete entre Kant y el mundo. Cuando regresó a España rehusó su cátedra en la universidad, diciendo que necesitaba tiempo para meditar sobre sus problemas, y se retiró a una diminuta habitación—una habitación tan oscura que, según dicen, para leer tenía que sentarse bajo la ventana sobre una escalerilla—en el pueblo de Illescas, donde estaba otro estudiante, el San Ildefonso del Greco. Allí vivió recluido varios años. Cuando por fin regresó a la universidad fue para negarse a hacer la profesión de fe religiosa y política que le exigía un cierto primer ministro llamado Orovio. Fue despedido junto con varios de sus discípulos. Al mismo tiempo Francisco Giner de los Ríos, en ese entonces un joven que acababa de conseguir una plaza—con gran dificultad, debido a sus ideas liberales—, renunció por solidaridad con el resto. En 1868 vino la revolución liberal que fue la expresión política de todo este movimiento, y todos esos profesores fueron reincorporados. Hasta la restauración de los Borbones en el 75, España bullía de modernización, de europeización.

Al regresar al poder, Orovio no tardó ni un instante en publicar de nuevo sus decretos de profesión de fe. Cuando protestaron, Giner, Azcárate, Salmerón y muchos otros fueron arrestados y desterrados a distantes fortalezas; sus amigos declararon su simpatía por ellos y perdieron sus trabajos, y muchos otros profesores renunciaron, de forma que la universidad se vio, de un solo golpe, desposeída de sus mejores hombres.

De aquí surgió la idea de fundar una universidad libre que fuera sostenida enteramente por suscripción privada. Desde ese momento la vida de Giner de los Ríos se vio completamente entrelazada con el desarrollo de la Institución Libre de Enseñanza, que en el curso de unos años se transformó en una escuela primaria mixta. Y, ya sea de forma directa o indirecta, no hay en España una sola figura sobresaliente cuyo desarrollo no haya sido muy influenciado por este viejo moreno y calvo y delgado de barba blanca cuyo retrato uno suele encontrar sobre los escritorios de la gente.

En los alrededores del Pardo, las encinas están separadas y dispersas—copas redondas y espesas de un verde azulado—sobre colinas que en verano son amarillas como ancas de león. De Madrid a El Pardo: ésta era una de las caminatas predilectas de don Francisco, que pasaba frente a la cárcel, sobre cuya puerta está escrito un eco de sus enseñanzas, «Aborrece el delito y compadece al delincuente», pasaba el palacio de la Moncloa con sus jardines majestuosos y abandonados, y bordeaba el Manzanares, por un camino que atraviesa los dominios de la realeza donde hay guardas con escopetas y letreros de «Cuidado con los cepos», luego subía por una colina desde la cual se ve la sierra de Guadarrama apilada contra el cielo del norte, picos nevados y verdosos sobre faldas largas y azules y el primer plano de tierra ondulada cubierta con macizos de encinas, y llegaba al fin al pequeño pueblo con sus cuarteles y su dilapidado convento y sus plátanos frente a la mansión construida por Carlos V. Fue bajo una encima que me senté durante toda una larga mañana a leer en revistas y libros de texto acerca de la teoría del derecho, la vida y opiniones de don Francisco. Cuando brillaba el sol, el calor hacía que los pegajosos arbustos de jaras que me rodeaban con sus brillantes flores blancas soltaran un hedor acre. Luego, una ráfaga de viento fresco traía de las montañas el frío de las pendientes nevadas y una fragancia indefinida y desapasionada de grandes distancias. A intervalos, de manera impertinente y desagradable, llegaba el tañido de una campana de iglesia desde el convento de la colina de enfrente. Yo me rompía la cabeza leyendo una explicación del concepto filosófico del monismo.

Y su ferviente amor por la naturaleza hacía que, en clase, el maestro evocara de vez en cuando esta bella imagen del gran poeta y filósofo Schelling: «El hombre es el ojo con el cual se contempla a sí mismo el espíritu de la naturaleza»; y enseguida, tras calificar con una frase la expresión de Schelling, se dirigía a aquellos que veían en la naturaleza una expresión de lo basto, lo craso, lo instintivo, y ofrecía a guisa de mediación esta frase de Michelet: «La tela tejida por el tejedor es tan natural como la que teje una araña». Todo es en un solo Ser, todo es en la Idea y para la Idea, entendiéndose esta última según la interpretación del sustancialismo platónico…

Sobre la hierba, bajo mi libro, había frondas de musgo brillante, entre las cuales pequeñísimas hormigas lograban prodigios de montañismo, mientras que a lo largo de pisoteados túneles correteaban misteriosamente largas hormigas negras que soltaban destellos cuando la luz las alcanzaba. El olor de las jaras era intenso, caliente, tan lleno de especias como las estrechas calles nocturnas de una ciudad oriental. A lo lejos se apilaban las montañas en zonas coloridas: verde oliva, azul de Prusia, ultramarino, blanco. Una ráfaga de viento frío sacudió las páginas del libro.

El pensamiento y la pasión, el reflejo y el instinto, los afectos, las emociones, los impulsos colaboran en la regla de la costumbre, que se revela no mediante palabras declaradas y promulgadas con vistas a conductas futuras, sino en el acto mismo, tácito, dado por cumplido, o, según la enérgica expresión de Digesto: rebus et factis.

Sobre *factis* se posó una mosca verde y púrpura con la parte trasera del cuerpo curvada hacia abajo. Vagamente me pregunté si sería una cachipolla. Y entones, de repente, me pareció claro que estos libros, estas polvorientas frases filosóficas, estos artículos mortuorios redactados por personajes oficiales, estaban oscureciendo la leyenda en mi mente, eliminando el brillo del impacto personal, indirecto pero extraordinario, del hombre mismo. Embalsamaron al Cid y lo sentaron en la iglesia con la espada en la mano, a la vista de todos los hombres. ¿Qué tipo de leyenda habrá generado en la mente de los hombres una disquisición técnica por parte del arzobispo acerca de su teoría del ángulo de los matacanes? ¿Y qué puede dejar tras de sí un santo o un soldado o un fundador de instituciones, salvo una leyenda?

Y lo más curioso de la leyenda de un personaje es que puede alcanzar el más alto fervor sin llegar a ser formulada. Se trata de algo que se sostiene por sí mismo, aparte de anécdotas, notas necrológicas, elegías.

En Madrid, en el funeral de otra de las grandes figuras de la España decimonónica, Pérez Galdós, yo estaba de pie en la acera junto a un joven con boca grande y cara de sapo que balanceaba sobre su hombro un gran cántaro de leche, blanco y metálico. La carroza fúnebre con sus plumas y los coches llenos de flores acababan de pasar. La calle que teníamos enfrente era un lento río de gente callada que arrastraba los pies, los seguía arrastrando, esos pies con zapatos de charol y polainas, pies con zapatos de punta cuadrada, de punta aguda, alpargatas; la gente de las aceras parecía incapaz de resistir la succión del río, y se unía sin ostentación alguna para seguir, aunque fuese tan sólo por unos instantes, la procesión de la leyenda de don Benito. El chico de la leche se volvió hacia mí y me dijo que era una suerte que enterraran a Galdós, así tendría una excusa para llegar tarde con la leche. Entonces se quitó la gorra de repente y empezó muy excitado a repartir cigarrillos a todos los que nos rodeaban. Se rascó la cabeza y dijo, con la voz de un Saúl herido en el camino de Damasco:

—¡Cuántos libros debió de haber escrito ese caballero! ¡Carajo! Cómo lo lamenta uno cuando muere un caballero así…

Y echándose el cántaro al hombro, con su guardapolvo azul ondeando al viento, se unió a la procesión.

Como el chico de la leche, yo me encontré de repente uniéndome a la procesión de Giner de los Ríos. Esa mañana, bajo la encina, cerré los volúmenes de teoría del derecho y los boletines con sus notas necrológicas y me puse de pie y miré las colinas rojizas de El Pardo y pensé en el hombre pequeño y ágil y calvo, con su barba blanca como la barba del retrato de Covarrubias del Greco, que había enseñado a toda una generación a amar los contornos imponentes de su patria, a escalar montañas y bañarse en fríos torrentes, que fue el primero, según parece, en sentir la belleza trágica de Toledo, que en una vida de trabajo corajudo y prudente consiguió imprimir, sobre todos los hombres y mujeres que entraron en contacto con él, el sello de su personalidad. Nacido en Ronda, en la zona más salvaje de Andalucía, de una familia proveniente de Vélez Málaga, un pueblo blanco

situado junto al mar en los bordes fértiles de Sierra Nevada, el hombre tenía la agilidad mental y la escéptica tolerancia y la estrepitosa benevolencia de los lugareños, y la sobriedad y el vigor de un montañés. Su puritanismo se transformó en parte definitiva del credo de estas generaciones esperanzadas y descontentas que poco a poco, para bien o para mal, están reformando España. Su nostalgia del norte, de fiordos donde los abetos cuelgan sobre la marea oscura, de gente rubia alegremente organizada en pueblos de tejas azules, se convirtió en el evangelio de la europeización, de la destrucción sin atenuantes de todo lo que la tradición española tenía de individual, salvaje, africano. *Rebus et factis*. Y sin embargo ni las cosas ni sus actos hacen mucho por explicar la peculiar luminosidad de su memoria, la ternura jovial con que le gente habla de él. La inmanencia del hombre es tal que incluso un extranjero, alguien que, como el chico de la leche en el entierro de Galdós, se topa con la procesión por accidente y teniendo en mente un destino distinto, es absorbido por ella, casi sin darse cuenta. Es imposible pensar en él metido en una caja, enterrado en tierra no consagrada del Cementerio Civil. En Madrid, en el pequeño jardín de la Institución donde solía enseñar a los niños, frente a cierta hoguera de cierta casa del Pardo donde dicen que le gustaba sentarse y hablar, me ocurría a veces esperar encontrármelo, esperar que algún amigo me llevara a verlo como llevaban a la gente a ver al Cid en San Pedro de Cardeña.

> Cara tiene de hermosura
> muy hermosa y colorada;
> los ojos igual abiertos
> muy apuesta la su barba.
> Non parece que está muerto
> antes vivo semejaba.

Madrid, primavera de 1920

6

Las marchas fantasma de Zapata

MORELOS

El estado de Morelos (así llamado en honor del patriota revolucionario José María Morelos), con una población de 160.500 habitantes y un área de 7.184 kilómetros cuadrados, limita por el norte con el Distrito Federal, por el oeste y noroeste y suroeste por el estado de México, por el este y sureste por el estado de Puebla, y por el sur y suroeste por Guerrero. Magníficas cadenas montañosas cruzan la región, la cual está marcada por picos altos, valles profundos, cañones, cascadas, vegetación tropical exuberante, elegantes haciendas azucareras, templos indígenas, ciudades y ciudadelas…

Terry, *México*

El sol brilla blanco y caliente sobre el polvo del mercado, sobre los pequeños toldos cuadrados bajo cuya sombra azul las mujeres indias, pesadas como ídolos de granito, se acuclillan detrás de montones minuciosos de pimientos, de naranjas, de cebollas. Un pesado olor a grasa llega desde el chicharrón que bulle en una caldera gigante frente a la cantina. De adentro, sobreponiéndose a la fetidez agria y fría, llega la voz de un hombre que se acompaña con una guitarra. Canta un corrido llamado *El espectro de Zapata*. La gente deja de hablar cuando escucha el título. Caras morenas, caras amarillas, quedan inmóviles bajo esos inmensos sombreros de paja echados hacia atrás. Esto es Morelos cuando mandaba Zapata.

Pero su alma persevera
en su ideal libertador
y su horrenda calavera

anda en penas… ¡oh, terror! [...]

Se oyen sonar sus espuelas,
sus horribles maldiciones,
y, rechinando las muelas,
cree llevar grandes legiones.

Extiende la yerta mano
y su vista se dilata...
Recorre el campo suriano
el espectro de Zapata.

Esto es Yautepec, calles manchadas de azul, blanco, rosa y lila que serpentean entre mangos lustrosos y encorvados. Todas las haciendas han sido quemadas o se caen en escombros. En los salones de los grandes hacendados se crían cerdos, los pollos y pavos van picoteando entre las baldosas de patios abandonados, y hay patos poniendo en las contadurías donde los capataces solían llevar las cuentas y averiguar cuánto le debían los peones a los terratenientes. En una plaza donde todo el mundo camina por la tarde, no se ven ropas extranjeras; los hombres llevan trajes blancos de algodón como pijamas y amplios sombreros de *petate*, y las muchachas usan chales oscuros y faldas largas.

Una tarde subí a la cima de la colina. Dos hombres estaban sentados al pie de la cruz. Nos quedamos fumando juntos y mirando por encima de la llanura hacia la inmensa barrera de colinas rojizas y desiguales que culminan, al noreste, en el pico humeante y sombreado del Popocatépetl. El gordo señaló las iglesias y los abandonados ingenios azucareros.

—Mire, señor—dijo—, mire los cuadrados verdes donde hay caña, y los cuadrados café donde no hay. En otra época todo era verde. Mire esos cobertizos, son los molinos donde se estruja la caña. Antes había dieciocho en este distrito, y varias refinerías. Ahora están todos parados. No hay maquinistas que los manejen. Las máquinas están todas oxidadas. Pero es que eran once hombres los dueños de todo el estado, la mayoría españoles, gachupines, tal vez uno o dos eran gringos.

—¿Y no están ustedes mejor sin ellos?

—Quién sabe, señor.

El hombre que hablaba era un gordo de raídas ropas caqui y un bigote espeso que se encorvaba con melancolía en las puntas. Al hablar, se dirigía sobre todo a su amigo, un pequeño indio enjuto de piel cobriza con unas pocas rayas de pelo sobre las comisuras de los labios, que estaba sentado sobre los talones y sonreía sin decir nada. El gordo era de un color amarillento, y le gustaba hablar.

—Hernán Cortés era un hombre grande y sabio, uno de los antiguos, el gran Conquistador—continuó con aires de adulación—. Cuando llegó a Morelos fundó la primera iglesia y el primer molino de caña, lado a lado, en Tlatenango, cerca de Cuernavaca. Quién sabe, tal vez el hombre sabía lo que hacía.

El indio pequeño me acercó la mano a la rodilla, casi tocándome, y señaló el pueblo que brillaba entre los mangos con la luz del crepúsculo.

—Había muchas peleas aquí en el tiempo de los zapatistas, pero ahora se fueron los curas, se fueron los terratenientes, se fueron los intermediarios, no hay bandidos en las montañas ni tampoco en la ciudad, estamos todos unidos.

—Unidos para morirnos de hambre—dijo el gordo—, y los del gobierno de Cuernavaca son unos sinvergüenzas y los encargados de las cooperativas son unos sinvergüenzas.

El indio pequeño levantó la vista con deferencia, miró a su amigo y sonrió, sin decir nada.

Esa noche estaba yo sentado en la puerta del hotel junto a un hombre moreno de barba blanca con quien había estado regateando por el caballo que alquilaría a la mañana siguiente. Cuando llegamos a un acuerdo sobre el caballo se sentó junto a mí y comenzó a hablar. Hablaba tan bajo que su voz se enredaba en su barba, y no alcancé a comprender todo lo que dijo.

—«El bueno de don Porfirio», dicen. «En los buenos tiempos…» Nada de eso es verdad. Eran tiempos muy malos… buenos para los ricos, tal vez, pero había muy pocos hombres ricos, en este pueblo eran unos cinco o seis con sus familias… Para los pobres… Yo tenía mujer y tres hijos y de repente vinieron y me llevaron… Nadie me quería decir por qué, tal vez era todo un error, porque yo he sido siempre un hombre tranquilo y pacífico. Tal vez fue por un caballo que don Abundio quería comprar… Nunca me

enteré. En el furgón había más pobres, niños y ancianos, algunos eran criminales de la prisión. Estuvimos encerrados en el furgón durante días y después en el bote. Yo no podía comer ni dormir pensando en mi esposa y en mi niña, la más pequeña. Todos los días pensaba que iba a morir. Entonces, al llegar a Yucatán, nos hicieron marchar durante varios días a través de tierras agrestes, dándonos agua contaminada para beber, y los que se cansaban, se caían al suelo y los indios salvajes los mataban, y todos los días yo pensaba que iba a morir… Allí nos quedamos varios años, construyendo caminos, y cada noche azotaban a alguien. Entonces me dijeron que me fuera y tuve que mendigar para llegar a Mérida. Mi hijo, que ya era un hombre, vino a buscarme y me llevó a casa. Me encontró en Mérida, sentado en la calle. Yo no lo reconocí, porque lo recordaba como niño. Verá, la familia me había escrito, pero nunca pude leer las cartas, porque cada vez que trataba se me llenaban los ojos de lágrimas.

EN LAS MONTAÑAS

La llovizna nos azotó el rostro al cruzar el último barranco. Alguna tierra cultivada, unos cuantos árboles, casas que eran cubos de adobe, la fachada superior de una iglesia surgían sobre la pendiente erguida a medida que avanzábamos a resbalones sobre el barro pegajoso del sendero. Un grupo de hombres de rostro ancho, parados en los patios apisonados al abrigo de las casas bajas, nos recibieron con gritos:

—¡Vivan los agraristas, viva Zapata!

Antonio y su padre y toda su familia salieron y nos abrazaron y nos invitaron a sentarnos en su casa, una larga habitación con una cama de tablas en un extremo y una especie de altar frente a la puerta. Fuera, la llovizna se había convertido en aguacero, y bajo la lluvia los jóvenes estaban lanzando cohetes.

Una docena de personas nos contaron la historia mientras bebíamos tazones de pulque caliente. Desde tiempos inmemoriales, el pueblo había sido propietario de un ejido, un tramo de tierra comunal, en parte tierra de pastoreo, en parte trabajado comunitariamente por las familias del pueblo, herederos de la tribu india que lo había establecido en algún momento del

remoto pasado. En los días del bueno de don Porfirio, los dueños del rancho vecino, con la ayuda de abogados y policías, se habían anexionado poco a poco las tierras del pueblo, aduciendo al principio el derecho a pastar y después sacando a los habitantes por la fuerza. Tenían que comer, así que, al no tener tierras propias que cultivar, fueron obligados a trabajar para los rancheros, que generosamente les cedían el uso de parcelas de maíz y les daban créditos. Así que en dos generaciones pasaron de aldeanos libres a peones. Todo ello hasta que el «bandido» Zapata comenzó a recorrer el sur al grito de «Tierra, Agua, Escuelas». Tiempo atrás, los dueños mexicanos del rancho se habían jugado su propiedad contra un propietario absentista, una compañía española, y lo habían perdido. Al primer silbido de una bala, los capataces huyeron, y los aldeanos se instalaron calmadamente en su herencia. Entonces comenzaron los desacuerdos. El cura y un pequeño grupo que había hecho algo de dinero en los pueblos vecinos o comerciando con ganado se pusieron en contra del resto del pueblo. También ellos eran dueños de pedazos de tierra comunal, y les parecía muy bien que las cosas siguieran como estaban. El cura desapareció llevándose documentos guardados en la iglesia que mostraban las antiguas líneas divisorias. Los aldeanos sin tierra enviaron delegaciones a la capital, recibieron promesas de un político y de otro, pero tan pronto como los políticos eran elegidos les parecía mejor dejar las cosas como estaban. Mientras tanto, nadie podía llegar a ningún acuerdo. Los ingenieros del gobierno venían y hacían peritajes que de alguna manera siempre terminaban a favor de los terratenientes, los cuales trabajaban a través de un poderoso grupo de presión de Ciudad de México. Los políticos iban y venían. Nadie tenía un título claro sobre la tierra, así que nadie se atrevía a trabajarla. Y así, mientras los indios montaban guardia con rifles en la mano, los frutos de la revolución, adquiridos con tanto esfuerzo, se desdibujaban a sus espaldas. Había poco maíz para las tortillas, los frijoles eran casi desconocidos; los jóvenes se escabullían a las ciudades o se convertían en asaltantes de caminos. ¿Qué podían hacer? Y ahora habíamos llegado nosotros, dos hombres y una mujer vestidos con ropas de almacén y hablando lenguas extranjeras, versados en los grandes movimientos del mundo entero, amigos de los rusos (en Morelos llamaban a los bolcheviques «los zapatistas del

este»). Nosotros los ayudaríamos; ellos eran niños perdidos en un pueblo abandonado, lejos de los caminos y de los ferrocarriles; querían sentir que podían trabajar la tierra sin correr riesgos, y necesitaban ayuda.

La lluvia había cesado. Nos llevaron caminando colina arriba entre casas dispersas para ver un gran ciprés rodeado de una cerca pequeña que parecía ser el árbol sagrado del pueblo. Todos hablaban de él con mucho respeto, como si se tratara de una persona; en Navidad celebraban la natividad de Cristo en el pequeño y bien barrido recinto alrededor del tronco. Nos enseñaron desde lejos la iglesia y la casa del cura y las casas de los enemigos, como llamaban a la pequeña facción de los terratenientes.

—Apuesto que están asomados a sus puertas, pensando qué diablos hacemos con visitantes de la capital—dijo Antonio, y soltó un tremendo grito—: ¡Vivan los agraristas, vivan los comunistas!

Mientras regresábamos bajando por el sendero sinuoso, pasamos un buen susto. Un grupo de hombres armados se acercaba caminando a zancadas hacia nosotros desde la pradera de la colina. Los muchachos dejaron de lanzar cohetes, todos se quedaron callados hasta que los hombres estuvieron al alcance de la voz. Entonces los extraños dispararon al aire y gritaron «¡Viva Zapata!»; eran agraristas del pueblo vecino. Toda la tensión se disipó con el grito. Los hombres de Amonalco ya no estaban solos. En cientos de pueblos tenían hermanos que se agitaban al mismo grito, hombres que se vestían como ellos, que pasaban hambre y bebían pulque igual que ellos. Su líder había muerto, pero su nombre tenía el poder de unir y liberar.

Lo que les hacía falta, dijo el anciano mientras entraban en tropel a la casa, era un líder, un líder que pensara y viviera como un hombre del campo. Estaban cansados de confiar en ingenieros y peritos y abogados, hombres de trajes negros y sombreros Stetson que venían de la capital. Al día siguiente, cuando nos pusimos en marcha de regreso al valle, estaban muy desilusionados. Habían tenido la esperanza de que nos quedáramos y les aconsejáramos, y contrarrestáramos las artimañas del perito, que en ese mismo instante estaba tratando de reducir la extensión del ejido. El comunista le dijo que le enviaría camaradas para que les aconsejaran. «¡Vivan los comunistas!», gritaron. Al borde de la cañada nos despedimos

de aquel grupo de hombres vestidos de algodón blanco, incómodos, hambrientos, desorientados, aislados, fragmentos de una nación derrotada, y los dejamos allí, parpadeando, deslumbrados por la luz como un hombre que acaba de salir de prisión. Cuando los carranzistas mataron a Zapata pensaron que el movimiento agrario había muerto; su fantasma inquieto aún camina.

> Pero su alma persevera
> en su ideal libertador
> y su horrenda calavera
> anda en penas… ¡Oh, terror!

EMILIANO ZAPATA

Emiliano Zapata era hijo de un casero de San Miguel de Anenecuilco, un villorrio del pueblo de Ayala, en el estado de Morelos; durante su niñez los aldeanos indios vivieron bajo la sombra de la gran hacienda de Chinameca; cada año la hacienda recortaba más tierra de los terrenos comunes del pueblo. En aquellos tiempos, el azúcar era dinero. Morelos era la tierra azucarera más rica de México. Si los indios trabajaban sus propias tierras, no irían a trabajar en las refinerías de azúcar. Las refinerías necesitaban la tierra y necesitaban a los indios. La caña de azúcar necesita mucha agua. Así que se tomaron la tierra y se tomaron el agua y se tomaron a los indios.

Once familias del estado de Morelos se convirtieron en explotadores de azúcar y en millonarios; los indios se convirtieron en peones.

Los explotadores de azúcar eran científicos, eran amigos de los capitalistas norteamericanos y de los constructores ferroviarios; esto era lo que llamaban progreso en los tiempos de don Porfirio.

El estado de Morelos es un conjunto de ricas llanuras y anchos barrancos abiertos en los flancos septentrionales de los grandes volcanes que rodean el Valle de México. Sus fronteras son montañas altas y áridas en las que nieva en invierno, pero las llanuras son terrenos tropicales, tierras de aluvión mezcladas con cenizas volcánicas. Donde haya agua, en la tierra crecerá cualquier cosa: tomates, pimientos, higos, guayabas, aguacates, caña, maíz, mangos inmensos, chirimoyas, papayas.

Morelos era el estado más rico de México en los tiempos de don Porfirio. Los pueblos tenían dinero, contrataban abogados para que fueran a la capital a defender sus tierras, interponían demandas, contrataban los servicios de hombres de traje negro y cuello almidonado. Pero de alguna manera los explotadores de azúcar siempre ganaban los pleitos. Los pueblos enviaron delegados para que hablaran del tema con don Porfirio; pero de alguna manera los explotadores de azúcar siempre estaban sentados junto a don Porfirio cuando llegaban los delegados.

Allí donde un ingenio azucarero levantaba sus chimeneas—sobre una masa de techos de zinc, entre campos de caña—, los pueblos perdían sus terrenos comunes, los indios adquirían deudas eternas con las bodegas de los explotadores, los indios se convertían en peones.

No sirven para nada más, hay que manejarlos con el látigo, como a animales tontos, decían los capataces; los científicos dejaban los peones y las trituradoras y la contabilidad de las bodegas al cuidado de los capataces; sus hijos se jugaban el dinero en el Jockey Club de Ciudad de México y lo gastaban en malhumoradas amantes francesas y casas de verano en la Costa Azul. Cuando un indio se acostaba para morir, le decía a sus hijos: «Tenéis que recuperar nuestra tierra».

Morelos era un rico tazón de azúcar encerrado entre altas montañas, sus dueños eran pocos y poderosos y rapaces; en esos días, el azúcar era dinero.

Mientras Zapata crecía y se criaba, las últimas tierras del pueblo de Ayala iban siendo ocupadas por la gran hacienda de Chinameca; cada año se destinaba más tierra al cultivo de caña de azúcar. Cuando Zapata era un jovencito, fue a trabajar para los explotadores como *charro*, un peón de campo, un jinete excepcional que se ocupaba del ganado. Su padre había tenido, entre los dueños de los molinos y los capataces de la gran hacienda de Chinameca, la mala reputación de hombre que defiende los derechos de su gente. Muy pronto, Emiliano tuvo una reputación aún peor. En la opinión de los explotadores de azúcar y de los dueños de las haciendas y del gobierno de Díaz, el lugar para un indio malo era el ejército. Yucatán o las

tierras febriles de Tabasco podían reformar a un indio malo en poco tiempo; allí solían quedar sus huesos. Así que Emiliano fue reclutado por el noveno regimiento de caballería.

Pero su trabajo era valioso, y en el rancho lo echaron de menos. Después de dejarlo seis meses en el ejército, para que se enfriara, el ranchero pagó de nuevo para que lo sacaran. Esto ocurrió en 1909. El viejo orden ya se estaba tambaleando. Don Porfirio había envejecido, los hijos de los científicos estaban plagados de alcohol y de sífilis e incluso de unas cuantas ideas liberales. En Morelos, los liberales llegaron incluso a proponer a un joven ricachón llamado Leyva para el cargo de gobernador, enfrentándolo a Escandón, el candidato de don Porfirio. Hasta don Porfirio había dejado de aplastar a la oposición con la fiereza con que lo había hecho en otras épocas; la gente necesitaba un cierto grado de politiqueo inofensivo para seguir portándose bien. Zapata colaboró frenéticamente con Leyva, convencido de que era un hombre capaz de defender los derechos de los pueblos.

Las ideas políticas de Zapata no eran tan inofensivas como las de los liberales. Hablaba, una y otra vez, de la tierra. Comenzó a tener cierta influencia en Ayala y en los pueblos de los alrededores. Cuando el candidato de don Porfirio fue elegido, Zapata tuvo que irse del estado. Fue a Chietla, en el estado de Puebla, y allí trabajó para un ranchero, domando y adiestrando sus caballos.

Mientras tanto, Madero, otro hijo liberal de los científicos, estaba hablando en el norte. En noviembre de 1910, en Puebla, Aquiles Serdán comenzó la revolución por su cuenta. El día dieciocho fue asesinado por las tropas del gobierno. Pero ya Madero estaba en San Antonio, organizando su revolución, y en todo México los liberales se estaban yendo a las montañas, incitando a los peones a rebelarse contra el opresor Díaz.

Pablo Torres Burgos viajó desde Ayala a San Antonio para ofrecerle a Madero la rebelión del sur, y obtuvo para sí una comisión como segundo y otra para el joven Leyva, como primer oficial a mando del Ejército Revolucionario del Sur. En sus blancas casas de adobe, los indios prepararon sus armas, afilaron sus cuchillos y sus guadañas, parchearon sus sillas de montar y sus arneses.

La revolución se programó para inmediatamente después de la feria que se llevaba a cabo en Cuautla el segundo viernes de Cuaresma. Allí, en el mercado lleno de gente, entre los puestos de artesanía y los juguetes y el polvo y las riñas de gallos y el olor de pimientos y chiles y chicharrón frito, a los líderes les era fácil reunirse, hablarles a sus hombres, distribuir armas y municiones.

Con el primer levantamiento Leyva se escabulló a Ciudad de México y ofreció sus servicios a Díaz. El principal líder de la revolución en la sección de los alrededores de Ayala era un viejo sanguinario llamado Tepepa. Torres Burgos descubrió que no tenía control alguno sobre sus indios, hombres de voz mansa que incendiaban campos de caña, saqueaban bodegas, masacraban bodegueros, capataces, prestamistas, gachupines, pillaban y destruían todo lo que los explotadores hubieran tocado. Primero Tlauiltenango fue tomada y saqueada, luego Jujutla, luego Yautepec.

En todas partes las tropas del gobierno eran erradicadas tras resistir desesperadamente, en todas partes los políticos y generales regresaban a Ciudad de México corriendo tan rápido como fuera posible.

Tras darse cuenta de que era incapaz de evitar el saqueo de Jujutla, Torres Burgos, un lector de libros y un humanista que soñaba con la paz y la libertad, renunció a su mando y abandonó el ejército. Él y sus dos hijos pequeños fueron sorprendidos por las fuerzas del gobierno descansando bajo un árbol al borde del camino, y fueron asesinados.

Para ese momento, los rebeldes habían sitiado Cuautla. Zapata había llegado con una nueva fuerza cruzando a caballo las montañas de Chietla. Ya los indios comenzaban a llamarse zapatistas. Habían organizado una fuerza que llamaban los *dinamiteros*, que hacía granadas de mano con viejas latas llenas de chatarra. Cada dinamitero entraba en acción con un cigarro en la boca y un suministro de mechas. Arrojaban las granadas con una honda de fibra y encendían las mechas con los cigarros como si se tratara de fuegos artificiales. La mitad de las veces, la granada les estallaba antes de lanzarla. Pero lograron tomar Cuautla. La ciudad de los palacios, como gustaban de llamarla los ricos, fue incendiada en el curso de la batalla, y una gran parte de ella quedó en ruinas. En Cuautla, Zapata recibió las noticias de la huida de Díaz y la victoria de Madero. Madero vino a

Cuautla para desarmar a los indios. Se dice que ofreció grandes sumas de dinero a Zapata si éste disolvía su ejército; pero Zapata quería saber cuándo les sería devuelta su tierra a los indios.

Madero abrazó en público a Zapata y pronunció discursos magníficos sobre la justicia y la libertad y regresó a Ciudad de México como los demás hombres de cuello almidonado y traje negro que se habían llevado el dinero y la vida de los indios y habían prometido devolverles sus derechos. Pero no se hizo nada acerca de las tierras, no se hizo nada acerca de los derechos de aguas, no se hizo nada acerca de las escuelas.

Zapata creyó a Madero y volvió a Ayala para ocuparse de sus propios asuntos. Muchos de sus hombres volvieron a sus casas para cultivar sus cosechas.

Entonces sucedió que un día Zapata fue atacado en Ayala por una fuerza de tropas del gobierno. Ensilló su caballo y escapó a las montañas con la ayuda del profesor de la escuela primaria, Otilio Montaño. Los dos se escondieron en la choza de un pastor, en la sierra de Ayoxustla, durante tres días, con pluma y papel, y escribieron el Plan de Ayala, en el cual Zapata proclamaba que no dejaría las armas si los indios de Morelos no recibían sus tierras, sus derechos de aguas, sus escuelas.

Convocó a sus hombres y expuso los papeles sobre una pequeña mesa de madera frente a la choza. Entonces el profesor leyó el plan y Zapata dijo, con su suave voz de indio, arrastrando las palabras:

—Que firmen los que se atrevan.

Firmar les hizo sentir que formaban parte de los grandes movimientos de la historia; los indios de su pequeño ejército sacudieron al aire aquellos sombreros de ala ancha y forma de cono y gritaron entusiasmados. Los niños bajaban corriendo a los pueblos pequeños del valle y tocaban las campanas de la iglesia. La gente lanzaba cohetes que dejaban sus manchas blancas de algodón en el resplandeciente cielo azul.

Entonces Zapata mandó llamar al cura del pequeño pueblo de Huautla, que tenía una máquina de escribir, para que viniera a la sierra con papel carbón y copiara el documento. El cura vino y copió el documento y recibió unas cuantas botellas de vino a cambio de su esfuerzo. Las copias fueron enviadas a todos los grupos revolucionarios de México. Con el permiso

especial de Madero (que siguió siendo liberal hasta su muerte), el plan fue impreso en el periódico de Ciudad de México, «para que la gente viera qué clase de loco era este Zapata», dijo Madero.

A partir de ese momento los cuarteles generales de Zapata permanecieron en la sierra; a veces contaba con un gran ejército, a veces con una pequeña guerrilla. Sus hombres se tenían que ausentar cada cierto tiempo para ocuparse de sus cosechas. Tras la huida de Huerta, ayudó a los carranzistas a tomar Ciudad de México. Pero no logró, ni a través de la fuerza ni a través de sus cartas a los líderes revolucionarios, que los triunfadores de la guerra civil comenzaran a trabajar honestamente para devolverles a los indios sus tierras, sus derechos de aguas, sus escuelas. Así que se quedó en el campo con las fuerzas armadas.

En 1918, Zapata, que durante mucho tiempo había establecido su capital en Tlaltizapán, se vio obligado de nuevo a retirarse a las montañas por la invasión de Morelos del general carranzista Pablo González, que tenía la intención de destruir las raíces del ejército de Zapata arrasando los campos en que vivían sus hombres con una ferocidad que resultaba extraordinaria incluso para la guerra civil mexicana. Con Pablo González regresaron los explotadores de azúcar, los rancheros, los capataces y los dueños de las grandes haciendas. Era su turno. Cuando las tropas de Pablo González capturaban a un zapatista, le hacían excavar su propia tumba. «Así que querías tierra», le decían. «Pues tómala». Y le disparaban. Entre los rancheros y los explotadores, la práctica se consideraba una broma genial.

Los zapatistas también tenían sus bromas, como cuando capturaban y destruían un tren y fusilaban al escolta y se llevaban los vestidos urbanos de los pasajeros.

Pero Zapata intentaba mantener a sus hombres en orden, intentaba mantener sus mentes fijas en la recuperación de su tierra, sus aguas, sus escuelas. No somos bandidos, solía decir, sólo exigimos nuestros derechos. Continuamente intentaba, a través de mensajeros o cartas, unificar las fuerzas revolucionarias contra Carranza y organizar una confederación agraria en México donde el indio con su vestido de algodón blanco y su manta y sus sandalias no estuviera a merced de los hombres de traje negro y

cuello almidonado y botas pesadas que siempre se las arreglaban para amañar en su contra las fuerzas de la ley y el orden. Mantenía correspondencia con Villa y con Obregón, y con las fuerzas agrarias de todo el país.

Y ésta es la respuesta que le dieron en Chinameca los hombres de traje negro y los rancheros y los explotadores de caña de azúcar:

Un cierto coronel Guajardo que había estado matando gente y quemando casas en el norte de Morelos hizo correr la voz de que se había peleado con Pablo González y estaba pronto a cambiar de lado y unirse a los agraristas contra Carranza, e invitó a Zapata a venir a Tepaltzingo para tomar el mando de sus tropas. Para probar su sinceridad, el coronel Guajardo fusiló a cincuenta y nueve de sus propios hombres, que habían sido acusados por los aldeanos indios de violaciones y pillajes en los pueblos y cuyo castigo Zapata había solicitado. Aun así, Zapata estaba indeciso debido a las advertencias de sus amigos y la mala reputación del coronel Guajardo, pero la oportunidad de hacerse con un cuerpo importante de tropas era demasiado buena para ser desdeñada. Se dice que antes de irse de su campamento en las montañas le dijo a su esposa lo cansado que estaba de toda esa guerra. «Sufro mucho», dijo. «Pocos hombres tienen tanto dolor y tantos problemas como tengo yo. Otros tienen oportunidad de descansar a veces. Me gustaría montarme en mi caballo ahora mismo y cabalgar y cabalgar, establecerme en algún lugar muy lejos de aquí y trabajar en silencio».

Mientras bajaban a caballo hacia Tepaltzingo le dijo a uno de sus compañeros: «Tienes que decirle a la gente de los pueblos que la tierra es suya mientras yo viva, pero cuando yo muera no pueden confiar en nadie más que en ellos mismos, y tendrán que defender armas en mano las tierras comunes».

Éste es el relato de un hombre que estaba presente en el asesinato de Zapata:

«Guajardo estaba en Jonocatepec, lugar que aseguraba haber recuperado de manos del enemigo (las tropas carranzistas de Pablo González). Cuando nos enteramos de esto, fuimos a la estación del ferrocarril de Pastor, y allí Palacios recibió órdenes del Jefe (Zapata) de

escribirle a Guajardo para reunirnos en Tepaltzingo, adonde el general Zapata llegaría con treinta hombres, y lo mismo debía hacer él. El Jefe ordenó a sus hombres que se retiraran y con treinta hombres fuimos a Tepaltzingo, donde esperamos a Guajardo. Él se presentó allí a eso de las cuatro de la tarde, pero no con treinta hombres, sino con seiscientos soldados de caballería y una ametralladora. Cuando la columna llegó a Tepaltzingo, salimos a su encuentro. Allí vimos al hombre que al día siguiente sería el asesino de nuestro General en Jefe, a quien, con toda la nobleza de su alma, Zapata recibió con los brazos abiertos. "Coronel Guajardo, lo felicito sinceramente", le dijo sonriendo. A las 10 p.m. salimos de Tepaltzingo hacia Chinameca, que estaba ocupada por Guajardo y su columna, y pasamos la noche en un lugar llamado el Lago de los Patos. A eso de las ocho de la mañana fuimos a Chinameca. Una vez allí, el Jefe ordenó a sus hombres (ciento cincuenta hombres que se nos habían unido en Tepaltzingo) que formaran en la plaza del lugar, mientras él, Guajardo, los generales Castrejón, Casales y Camaño, Palacios y el abajo firmante se retiraban a un lugar tranquilo para discutir los planes de la futura campaña. Unos minutos más tarde comenzaron a circular rumores de que una fuerza enemiga se estaba acercando. El Jefe ordenó al coronel José Rodríguez, de su escolta, que fuera con algunos hombres a realizar una inspección en la dirección de Santa Rita. Mientras se iban, Guajardo, que había salido a dar órdenes a sus hombres, regresó diciendo: "General, dé usted las órdenes, ¿será mejor salir con infantería o caballería?". "La llanura está muy dividida, mejor mande nuestra infantería", replicó el general Zapata, y nos retiramos. Desde Piedra Encimada podíamos vigilar una extensa franja de campo, pero al no ver señas de tropas enemigas en ninguna dirección, regresamos a la hacienda de Chinameca. Eran aproximadamente las doce y media del día. El Jefe había enviado al coronel Palacios a hablar con Guajardo, que iba a entregarnos cinco mil cartuchos, y al llegar a Chinameca preguntó inmediatamente por él. Allí se presentaron el capitán Ignacio Castillo y un sargento, y, en nombre de Guajardo, Castillo invitó al Jefe al patio interior de la hacienda, donde Guajardo estaba arreglando el tema de las municiones con Palacios. Charlamos durante una media hora con Castillo, y después de reiteradas invitaciones, el Jefe asintió. "Vamos a

ver al coronel. Que me acompañen sólo diez hombres", ordenó. Y tras montar en su caballo—un alazán que Guajardo le había regalado el día anterior—comenzó a trotar hacia la puerta de la hacienda. Tal como había ordenado, diez de nosotros lo seguíamos, mientras el resto de nuestros hombres se quedaban acostados confiadamente, con los rifles apilados, a la sombra de unos árboles. El guardia apostado en la puerta hizo como si fuera a rendirle honores. La corneta dio el saludo tres veces, y al morir la última nota, justo cuando el General en Jefe llegaba al umbral de la puerta, de la forma más miserable y cobarde, a quemarropa, sin darnos tiempo siquiera de desenfundar las pistolas, los soldados que presentaban armas dispararon dos veces, y nuestro general Zapata cayó para nunca levantarse. Su fiel asistente, Agustín Corres, murió al mismo tiempo. Palacios debió de ser asesinado dentro de la hacienda. La sorpresa fue terrible. Los soldados del traidor Guajardo, atrincherados en las alturas, en la llanura, en los barrancos, descargaron sus rifles sobre nosotros desde todas direcciones (eran alrededor de mil hombres). Pronto se vio que resistir sería inútil. De un lado estábamos un puñado de hombres consternados por la muerte de nuestros Jefe, del otro, mil enemigos que aprovechaban nuestra confusión para castigarnos sin misericordia. Así ocurrió la tragedia. Así devolvió el pérfido Guajardo la confianza de nuestro General en Jefe. Así murió Emiliano Zapata, así mueren los hombres valientes, los hombres de honor, cuando sus enemigos, incapaces de derrotarlos de otra forma, recurren a la traición y al crimen. Como dije antes, mi general, adjunto todos los documentos relativos al suceso. Y ofreciéndole mis más sentidas condolencias por la muerte de nuestro conciudadano, el General en Jefe, que nunca podrá ser lamentada lo suficiente, permítame, mi general, que le asegure de nuevo mi subordinación y respeto.

REFORMA, LIBERTAD, JUSTICIA Y LEY

En el campo revolucionario de Sauces,
Estado de Morelos,
10 de abril de 1919

El secretario privado

Mayor Salvador Reyes Avilés».

Cuernavaca, México, marzo de 1926

7

La ley de la selva

EL DIPUTADO Y EL INDIO

Justo antes de que, subiendo desde Antigua, divisáramos el lago Atitlán, nos encontramos cara a cara con un ídolo de piedra casi obliterado en la vera del camino. Frente a él había un ramo de flores frescas. A través de la niebla, el lago remoto parecía una lámina de acero, un grabado de volcanes en un viejo libro de geografía. Al final del lago había una montaña volcánica empenachada de nubes y flanqueada por ambos lados por una cadena de imponentes conos grises. El resplandor largo y luminoso y parduzco del sol en el agua aparecía cortado por vetas de niebla más densa. Fue sólo más adelante, allí donde el camino desciende serpenteando a un profundo valle tropical, que comenzamos a ver a los indios de camino al mercado dominical de Chichicastenango. Avanzaban desordenadamente, vestidos con sus ropas de algodón azules, blancas, verdes. Son macizos pero no corpulentos; tienen rasgos graves y un hablar suave y gorjeante, y manos y pies muy pequeños. Su piel es de un color claro y rubicundo, entre bronce y cobre, y los niños y niñas tienen mejillas muy coloradas. Algunos de los vestidos que llevan las mujeres son voluminosos, con grandes bufandas en las cuales hay hilos de seda de color verde y azul eléctrico; otros son faldones ajustados de un escarlata profundo que van bien atados con un nudo en la cintura. Las mujeres llevan sus bebés a la espalda. Sobre sus túnicas y los calzones de los hombres hay figuras bordadas de animales y pájaros. Algunos hombres han puesto sus ropas dobladas sobre su carga, y caminan desnudos salvo por sus pantalones bombachos. Los trajes deben de variar de pueblo en pueblo, porque cada grupo que pasamos parece llevar indumentarias distintas. Hombres y mujeres, incluso un niño pequeño (y

uno de los perros), llevan una mochila atada a la frente con una cinta. Algunos hombres llevan voluminosas cajas de embalaje sobre la espalda, o pequeños armarios con estantes donde hay dispuestos quesos y frutas y vegetales. Las mujeres llevan cajas más pequeñas, y los niños las más pequeñas de todas. Entre todos llenan el empinado sendero; avanzan rápido, con un trotecito regular. En los parches cubiertos de hierba, entre los enormes pinos del desfiladero, vislumbramos pequeños círculos de indios sentados, descansando y hablando en voz baja y calmada y monótona.

La plaza del mercado de Chichicastenango estaba llena de gente, pero no había ningún barullo. En aquellas multitudes, densas y aceleradas, nadie lo rozaba a uno. Compradores y vendedores negociaban lenta y tímidamente, con pocas palabras y miradas largas y arrepentidas. Los altos portales de las dos iglesias estaban muy por encima de las cabezas de la gente; a ellas se llegaba por empinadas escaleras de tres lados como las que hay frente a las pirámides de Chichén y Teotihuacán. A medio camino escaleras arriba había un altar de piedra para el incienso. Un hilo continuo de humo azul subía en espiral frente a las fachadas blancas y resplandecientes de las iglesias. En cada escalón había indios rezando en quiché con incensarios humeantes en la mano. Dentro de las iglesias un carril de pétalos de rosa llevaba del portal al altar mayor. Sobre el suelo, entre los pétalos de rosa, había pequeñas velas, y junto a ellas estaban sentados los adivinos haciendo diminutos diseños sobre los pétalos con sus manos morenas.

Junto a la iglesia principal estaba la casa del padre, con un patio magnífico y habitaciones altas y blancas con vigas en los techos y agujas de pino en los suelos. Durante el almuerzo el padre atendía a sus invitados con finas comidas de cordero y aguacates y copitas de coñac. El padre, un alemán que se había ordenado sacerdote en Manchester, N. H., era además arqueólogo y estudioso de las lenguas indígenas y tenía la reputación de ser muy querido por los indios. Había vivido treinta años entre ellos. Sus invitados eran algunos mestizos del lugar, un par de viajeros casuales, un par de estudiantes de folclore que venían de Estados Unidos, y unos hombres de noticiario cinematográfico que habían traído consigo a un par

de rubias de Hollywood que no comían no bebían no hablaban y parecían preocupadas por las pulgas. Probablemente deseaban estar ya de vuelta en el Brown Derby.

Después de comer, los visitantes se atropellaron en la iglesia para ver al padre bautizar una media docena de bebés morenos y chillones. Entonces se dispersaron para tomar fotografías. Cuando regateaban entre los puestos del mercado por un bordado o una tira de algodón tejido a mano, sus voces estridentes se alcanzaban a oír por encima del murmullo callado de la multitud.

De camino a Ciudad de Guatemala, un político local que era diputado pidió permiso para ir en el asiento delantero del coche que habíamos contratado. Se dirigía a la apertura del congreso. Era un hombre corpulento, de cara amarilla, y tenía un labio superior de aspecto codicioso. Llevaba consigo a su hijo, un niño callado y flacucho y pequeño y amarillo y pálido al que llenó de frutas y dulces hasta causarle náuseas. Después de eso, el coche tuvo que detenerse cada tantos kilómetros para que el niño pudiera bajarse y vomitar tímidamente a la orilla del camino. Entonces todo el mundo decía «Pobrecito», y el político decía «No es nada», y el coche arrancaba de nuevo.

El político nos explicó que los indios eran muy difíciles de manejar. Les molestaba el progreso, se negaban a entender el mundo moderno. Se negaban a cambiar sus costumbres y también a vender sus tierras. Compraban muy poco, porque eran tan perezosos que hacían ellos mismos todo lo que necesitaban. A menos que estuvieran muriéndose de hambre, se negaban a trabajar para uno. Y entonces, cuando habían ganado algo de dinero, eran tan perezosos que renunciaban al trabajo, y regresaban a sus pueblos, caminando ochenta o cien kilómetros por las montañas. Algunos eran dueños de ricas tierras cafeteras, pero se negaban a sembrar café. Eran demasiado tercos y reaccionarios para hacer algo así.

Nos contó una historia acerca de los problemas que un amigo suyo, también diputado del congreso, había tenido con un indio sobre el tema de unas tierras cafeteras. (No dijo que este diputado fuera él mismo, pero es muy probable.) Sólo para mostrarnos lo exasperantes que eran. Del otro lado del lago, sobre las cálidas pendientes de Santa María, vivía un indio

anciano que había puesto en marcha una plantación de café. Ahora bien, una plantación de café necesita de mucho esfuerzo, mucho trabajo, para ponerse en marcha. Los árboles que dan sombra al café tienen que ser de la altura y el grosor justos, y los cafetales jóvenes tardan de cinco a siete años en dar los primeros frutos. Luego está la mosca cafetera, que viene de los arroyos y pozos de la zona y causa enfermedades y ceguera entre quienes cultivan los cafetales. Este viejo indio había pasado por todo eso y el cafetal comenzaba a producir un café magnífico. El diputado fue a verlo y se dio cuenta de que era un cafetal excelente y valía una buena cantidad de dinero. Se suponía que estábamos al corriente de que los indios son una gente perezosa y holgazana, reaccionarios a más no poder, que no entenderían la importancia de una empresa comercial como aquélla. Están rodeados de curas, muy pocos saben leer y escribir y rara vez tienen la titularidad legal de sus tierras. Así que el diputado pensó que era mejor ir a los tribunales y adquirir la propiedad legal del cafetal, él era un hombre con educación, un diputado, y entendía de empresas comerciales. Sólo para mostrarnos qué clase de reaccionarios exasperantes eran estos indios, tan pronto como el diputado hubo obtenido el título de las tierras, el indio y su familia fueron durante la noche y cortaron cada uno de los cafetos. Siete años de duro trabajo cortados en una sola noche.

EL HOMBRE DE LA MALARIA

Quirigua está en las tierras bananeras que bordean la costa este. A lo largo del ferrocarril, la United Fruit ha levantado una hilera de construcciones de madera amarilla como las de algún lugar de Ohio. La noche húmeda se vuelve terriblemente calurosa bajo aquellos árboles altos y desgarbados cuyos nombres desconocemos. La última de las construcciones de madera es una pensión, lúgubre y atestada como una de esas pensiones que hay junto a las estaciones de tren de mi país. Hace calor allí, huele a sábanas sudadas y a insecticida. Algunos capataces—a juzgar por su acento, originarios de Texas o de Oklahoma—están cenando. Llevan pistolas al cinto. El sudor brilla en sus nucas y en el hueco de su clavícula, visible bajo las camisas entreabiertas. Hace demasiado calor para comer. Salimos de la

escuálida luz y las mosquiteras de la pensión, y entramos en la oscuridad asfixiante y húmeda y calurosa. Los insectos nocturnos no son tan ruidosos como habíamos esperado; su sonido es más agudo, pero no más ruidoso que el de los saltamontes de nuestra tierra. De vez en cuando nos llega a los oídos el delgado quejido de un mosquito. El hospital está vacío y oscuro. Los pacientes se han retirado. En los pabellones, las luces están cubiertas con pantallas. Los corredores están en penumbra. En el hospital el silencio es total, pero tras las blancas paredes se alcanza a sentir un movimiento débil de gente apiñada.

—Sí, al señor doctor le encantaría verlo. Ahora mismo está libre.

Nos sentamos a tomar café frente a una mesa redonda, en una habitación pequeña y bajo una suave luz eléctrica, con el Hombre de la Malaria y otro doctor. A través de las mosquiteras, en la densa oscuridad, nos llega una suave sensación, no de frescura, sino de humedad. En la lejanía, el motor—de un solo cilindro—de una bomba de agua nos da agudos golpecitos en el cráneo como una varilla metálica. Es difícil hablar, fuera está demasiado oscuro, la luz es demasiado suave.

Sí, se han enterado del intento de revolución en El Salvador. Son los comunistas. El Hombre de la Malaria (es un escocés, un científico distinguido, un empleado de la United Fruit) ha visto el informe confidencial de la policía de Guatemala. Fue un levantamiento muy peligroso. Se tomaron Santa Ana y otras varias ciudades y las retuvieron durante días. Muchos americanos y gente importante viajó a Guatemala. No, aquí no había peligro, la policía había actuado a tiempo, arrestado a once líderes, fusilado a algunos de ellos. Absolutamente nada había llegado a la prensa. Eso era una acción eficiente. En cambio, en El Salvador había sido terrible. La cosa habría podido esparcirse desde allí al resto de Centroamérica. Lo extraordinario del asunto era que allí se había involucrado mucha gente educada. Habían incitado a las masas a levantarse contra los oficiales del ejército y los cafeteros. En Santa Ana, estuvo a punto de haber una masacre de líderes militares. Incluso en San Salvador, la capital, hubo problemas. Los comunistas habían provocado a los indios salvajes, a los trabajadores de la ciudad y a parte del ejército. Varios oficiales importantes fueron fusilados, algunos de ellos torturados, sus ojos

quemados con cigarrillos. Lo que los doctores no podían entender era que hombres educados como ellos se hubieran mezclado en todo aquello, agitando a la gente contra el imperialismo, exigiendo tierra para los indígenas, salarios más altos para los trabajadores de los cafetales. Planeaban, de hecho, expropiar todos los cultivos de café y banano. Detrás de todo estaban los comunistas, agentes de Moscú, sin ninguna duda. Mala suerte que el líder de Guatemala (para entonces probablemente lo habrán fusilado) tuviera nombre inglés. Era hondureño, hijo de un inglés, no, no era un inglés de verdad, por supuesto que no. Sea como fuere, gracias a Dios que todo había terminado. El ejército había tomado el control. El gobierno de El Salvador estaba llevando a cabo una limpieza general. Fusilaban doscientas o trescientas personas por semana. Toda clase de personas, doctores, abogados, estudiantes, gente educada y de buena cuna que uno no se esperaría ver involucrada en asuntos criminales como éste. El gobierno mantiene mano firme sobre la situación.

—Ahora que han erradicado el comunismo—dijo el Hombre de la Malaria—, supongo que el gobierno de Estados Unidos dará muestras de reconocimiento.

Desde la negrura invasora, la bomba mantenía su persistente golpeteo sobre nuestros cráneos. Fue agradable salir de ese hospital donde el vapor de la noche parecía siempre agolparse alrededor de las tenues bombillas eléctricas. No se pudo dormir mucho en la viciada oscuridad de la pensión.

A la mañana siguiente, bajamos por la línea desvencijada del ferrocarril bananero en un pequeño vagón motorizado, a través de plantaciones de banano, vaciadas por dentro y destrozadas por el corte de la cosecha, hacia las ruinas de la ciudad del Antiguo Imperio. Las ruinas habían sido desmalezadas el año anterior, pero ya había árboles nuevos de cinco y seis metros de alto levantándose entre los escombros de terrazas y pirámides. Entre ellas está la hilera de pilares enormes gracias a los cuales se ha determinado la fecha que relaciona el calendario maya con el nuestro. Estas piedras, tristemente alineadas, a punto de estallar por la fuerza descomunal de sus tallados medio ocultos, todavía nos dan, a través de la confusión de razas e imperios extintos hace tanto tiempo, una sensación de orden y serenidad, un verdadero refugio, como una casa de piedra sólida y

fresca bajo el sol, en medio de la terrible y silenciosa masacre del bosque tropical; de manera que después de verlas, todo esto, el ferrocarril y las pistolas de los capataces, los cobertizos y el moderno hospital para la malaria, la maquinaria cuidadosamente organizada para extraer de la tierra mullida (y del sudor y la sangre de esta raza blanca y amarilla y morena de trabajadores mestizos que viven en los barracones de la compañía y cuyos brazos pertenecen a la United Fruit) bananos y dólares para el norte… todo esto, digo, parece débil y endeble. No parece organización; no parece orden.

En el coche de observación de regreso a Ciudad de Guatemala iba una mujer a la cual un hombre de aspecto infeliz, evidentemente su marido, conducía con ternura a un sanatorio de la capital; era una mujer madura de rostro agradable; estaba loca, se recostó en su asiento y chilló como un loro durante todo el camino.

Ciudad de Guatemala, marzo de 1922

8

La república de los hombres honestos

EL PALACIO REAL

Cuando don Alfonso terminó de organizar y quemar papeles en su oficina, caminó desde el costado del palacio que daba a la ciudad hasta el otro lado del inmenso edificio de pilastras y piedra gris; atravesó las altas habitaciones ceremoniales adornadas con pomposas volutas en estuco y oro y bronce y cristal y damasco y terciopelo; a través de la habitación del trono, con sus leones y sus apiñados bustos negros de romanos antiguos; bajo el techo inmenso donde, contratado por el primero de los Borbones en los días chabacanos del Rey Sol, el veneciano Tiepolo había pintado las abstracciones del Gobierno y el Poder, drapeadas con grandilocuencia sobre ese resplandor de azul empíreo que era su especialidad; bajo las *portières* borladas, a través de las puertas con incrustaciones del siglo XVIII, hasta llegar a la habitación donde la inglesa estaba tomando el té. Era una habitación más angosta que las demás, con chimenea abierta, que en lugar de mirar hacia la ciudad masculina y estridente miraba hacia los setos cuadrados de los jardines reales y hacia ese magnífico tramo de campo pardo y ondulado y empenachado con robles azules de hoja perenne que se alza hacia las colinas del Guadarrama, y que Velázquez inventó como fondo de los cetrinos rostros y mentones prominentes de los miembros de la Casa de Austria. También don Alfonso tenía rostro para ese fondo. Los turistas que en días de gala, bajo la luz clara y tempranera de la mañana madrileña, se colaban en las funciones del palacio, exclamaban a menudo cuánto se parecía don Alfonso a un Velázquez cuando pasaba frente a las dramáticas volutas de las figuras de los tapices, apenas un paso delante de las masas de uniformes, decoraciones, cintas de colores, estrellas, cuellos altos, broches

en forma de sol, pecheras enjoyadas de los nobles de España y las damas de la corte; allí había ojos aburridos, pieles cetrinas, la pose humilde y a la vez altanera de la boca de Felipe IV sin su desenvoltura y su cómoda arrogancia; pero todos eran opacados por esa mirada de tonto lascivo que vio el pintor en la cara de Carlos II el Embrujado, quien clausuró de forma tan endeble la casa de Austria y dio a la monarquía francesa la oportunidad de imponer un Borbón como cabeza de la vasta burocracia que Felipe II había armado a partir del crecimiento desordenado y caótico de esas conquistas, extendidas por la mitad de Europa y por toda América, que el emperador Carlos y los conquistadores habían dejado tras de sí.

El último de los Borbones anunció bruscamente a su esposa que había empacado su baúl y partiría hacia la frontera. Podía confiar en la Marina. Sería él quien conduciría. Había un barco de batalla esperándolo en Cartagena. Ella podía finiquitar sus asuntos y, cuando estuviera lista, alcanzarlo en Francia. Entonces, sin perder ni un instante, se fue.

Puede haber sido la multitud que gritaba «Muera el Rey. Viva la República» mientras escapaban de los cascos de los caballos y los sables agitados de la Guadia Civil; puede haber sido el incómodo recuerdo de los aviones de Ramón Franco, que estuvieron a un segundo de soltar sus bombas sobre el palacio; o las huelgas, o las manifestaciones de estudiantes universitarios, o la cambiada actitud de sus amigos los oficiales del ejército, o el ceño fruncido en el gesto del general Sanjurjo, comandante de la Guardia Civil, o un ataque de orgullo al ver que todo el mundo le decía qué hacer; o pudo ser, simplemente, que la fruta estaba madura y lista para caer del árbol. Sea como fuere, el último de los Borbones salió de Madrid tan subrepticiamente como un cajero culpable de desfalco. A la mañana siguiente la Reina, que había aprendido su profesión en la severa escuela vocacional de Victoria, partió con más dignidad, en tren, acompañada por sus tres hijos, cuarenta baúles y cuatro vagones de muebles y chucherías. La corona de España fue encontrada en un armario del palacio, metida en una bolsa de paño verde.

Mientras tanto, en las calles y los cafés de Madrid, los ciudadanos celebraban la República. Uno podía gritar Viva la República en las narices y frente a los Mausers de los guardias civiles sin ser arrestado. Por las principales avenidas había desfiles de camiones atestados de oficiales del ejército y marineros y obreros de pantalones de mezclilla que cantaban juntos «La Marsellesa». En la Puerta del Sol un oficial de artillería apareció en el balcón de la Gobernación (el ministerio que tradicionalmente se encarga de romperles la cabeza a los ciudadanos en desacuerdo) y enarboló en el mástil el nuevo tricolor, rojo, amarillo y púrpura. España era una república. Los Borbones habían regresado a Francia por donde vinieron.

Los nobles se pisaban los unos a los otros mientras se amontonaban para cruzar la frontera, en Irún y en Port Bou; de repente, no pocos generales y políticos que se habían hecho bastante impopulares bajo el antiguo régimen se encontraron con que necesitaban una temporada de reposo en las aguas termales de Francia y Alemania. Los adinerados hombres de negocios se quedarían en casa con las persianas cerradas y las puertas atrancadas hasta que descubrieran cómo se comportaría esta España liberada. Incluso los republicanos más acérrimos se sintieron incómodos al salir esa mañana y encontrarse en medio de la gloriosa república de hombres honestos de la que tanto habían hablado.

Pero la República de los Hombres Honestos se comportaba extremadamente bien. La propiedad y las personas fueron respetadas. Todo el mundo estaba por la ley y el orden en forma de la ahora republicana Guardia Civil, liderada por el ahora republicano general Sanjurjo. Los únicos atropellos se dieron cuando el real escudo de armas fue destrozado siempre que estuviera al alcance de la gente en edificios públicos y cuando fue derribada la magnífica estatua de bronce de Felipe III en la Plaza Mayor. Un par de nobles fueron abucheados y un par de monjas fueron empujadas, pero todo sucedió en medio del mejor humor. Vivan los hombres honrados.

Es posible que en los callejones y en los barrios obreros se haya cantado un poco de la *Internationale*, pero en la Puerta del Sol fueron la *Marsellaise* y el Himno de Riego las tonadas que saludaron a Alcalá Zamora, cabeza (de pelo blanco y lengua de plata) del nuevo gobierno,

cuando se dirigió al pueblo desde el balcón, envuelto en la nueva tela tricolor. La liberal y socialista junta de hombres honrados que había estado en la cárcel y en el exilio fue apresuradamente desempolvada y presentada como ministerio.

Los generales habían perdido el coraje y fracasado. Era el turno de los intelectuales de salir en defensa del orden, el progreso y el derecho a la propiedad privada.

EL ATENEO

Los líderes republicanos eran doctores, abogados, profesores, hombres de letras; la República tenía sus raíces en el Ateneo.

El Ateneo de Madrid era una de esas simpáticas organizaciones surgidas del entusiasmo por las artes y las ciencias que comenzó a darse en la clase media emergente a principios del siglo diecinueve. En algún momento de los ochenta, el Ateneo se estableció en el edificio oscuro y enmohecido que ahora ocupaba. En la planta baja hay silenciosos salones con gruesas alfombras y sillas cavernosas que podrían pertenecer a cualquier club de cualquier parte, y también un salón de conferencias. Arriba hay una biblioteca excelente. El Ateneo podría estar en Boston o en Londres, salvo por el hecho de que sus miembros hablan más, fuman más y se les permite beber café en la biblioteca, y son bastante más variados en rasgos y vestidos de lo que serían en un país anglosajón. Durante muchos años, en conversaciones y debates y conferencias, la oposición de las clases profesionales a la Iglesia, el Ejército y la Monarquía—que formaban una triple cubierta sobre sus cabezas—, hervía y se cocinaba. Con la Primera República, bajo Pi y Margall, esa tapa estalló, sólo para ser prontamente repuesta; esta vez parecía que había volado de manera definitiva.

No fue accidental que Manuel Azaña, el líder político dominante de los republicanos, fuera presidente del Ateneo antes de ser presidente del Consejo de Ministros.

Cuando se eligió la primera corte republicana que había de redactar la constitución de una España liberal, no fue accidental que muchos de sus miembros fueran ateneístas. Trasladaron sus debates, sus hábitos de

pensamiento y su arrogancia académica a la vuelta de la esquina, al más amplio y mejor decorado salón del Congreso. (En el Congreso, el café era mejor, los asientos habían sido tapizados más recientemente, los asistentes eran hombres de más edad y más corteses, y los oradores recibían como refrigerio grandes vasos de una bebida relajante y no alcohólica hecha de agua y azúcar caramelizada. Era el mejor café de Madrid, y Madrid es sobre todo una ciudad de cafés.)

En el siglo XIX, el Ateneo era la flor más preciosa del librepensamiento de la clase media emergente, y Madrid era el jardín, muy especial, en que podía crecer.

MADRID, CIUDAD DE CAFÉS

Madrid tenía una posición peculiar entre las capitales europeas. Igual que Washington, era una ciudad inventada. Fue inventada por Felipe II, quien escogió una derruida fortaleza de barro como su capital porque estaba en el centro exacto de España y porque estaba lejos de todas aquellas viejas ciudades donde un intenso sentimiento local aún ardía contra la centralizadora monarquía de los Austrias.

Cuando el Emperador Carlos se cansó de los terciopelos pomposos y las sonrisas de los embajadores y las deferentes voces de los secretarios que leían los informes de generales victoriosos en México y en Italia y en Perú (la mayoría de los cuales terminaban con solicitudes de dinero), y de las dificultades del recaudo de impuestos y los ricos colores de la pintura veneciana y las baratijas clásicas y el peso de la armadura grabada y el roce irritante de la silla de montar y las voces mantecosas de los arzobispos y las barbas puntiagudas de sus cortesanos y todas sus mentiras, abdicó a favor de su hijo y se retiró a Yuste, en los salvajes robledales de Extremadura, donde pasó el resto de su vida, arreglando relojes y pensando en Dios. Apenas había pasado un siglo desde que los Reyes Católicos entraron en Granada y mandaron a los últimos musulmanes de vuelta a África y Colón llegó de sus viajes; tan sólo treinta años desde que Cortés envió el escudo de oro del sol desde Tenochtitlán; menos desde que Pizarro y Valdiva saquearon los templos de Perú y Chile. Felipe había nacido y se había

criado en Valladolid en medio del enorme fragor de las primeras conquistas. Los artesanos moros construían fachadas de iglesias al estilo pagano del Renacimiento italiano transformadas a la fuerza en desquiciadas riquezas por memorias de Granada y de las pirámides esculpidas de América. Por todas partes había judíos de largos vestidos. De Flandes y Alemania, donde Lutero había descubierto la conciencia individual, llegaban ideas de libertad humana. La Iglesia, ahogada en su propia pompa y riqueza, se había contagiado del orgullo de este mundo. Tanto los sacerdotes como los nobles pensaban y putañeaban y cazaban y leían textos griegos. El espíritu europeo había roto el muro de la humildad y la pobreza y la obediencia en que lo había encerrado el clero medieval. Los hombres estaban ebrios de América. En ese momento, el poder o el placer de la vida humana no tenían límites. Los reyes construían palacios en vez de castillos. La invención mecánica había comenzado.

Felipe era hombre de orden. Sus gustos eran simples y severos. Temía y odiaba la libertad, la riqueza, la exuberancia. Esas cosas eran sólo para los reyes, que las exhibían como símbolos de la gloria de Dios. En el Escorial, su gran palacio-monasterio en la cuesta del Guadarrama, reconstruyó su mente en forma de cuadrángulos de granito gris. Ése sería el centro espiritual del enorme y sobrio reino cristiano. Madrid sería la capital laica, una ciudad de oficinistas que organizarían, anotarían, archivarían los documentos de un mundo subordinado que se extendía hacia el norte hasta Flandes, hacia el este hasta las dos Sicilias, hacia el oeste tan lejos como pudiera concebir la imaginación humana. Madrid fue el clavo que usó para mantener los desperdigados imperios en su sitio. Entonces la Inquisición podría eliminar a los heterodoxos, a los indisciplinados, a los demasiado ricos, demasiado meditabundos, demasiado inteligentes. Felipe II estableció en Madrid la primera gran burocracia del mundo moderno.

Felipe y su Santo Oficio hicieron tan bien su trabajo, redujeron a sus súbditos tan exitosamente a su propia medida de fe y conformidad, y dejaron correr tanta sangre al hacerlo, que todo aquel gran imperio terminó por morir. Sólo la burocracia siguió moviéndose, por reflejo, como las piernas de una rana muerta. Durante un tiempo, Luis XIV de Francia se las arregló para arrastrar el cadáver—adornado con oro y humeando incienso—

en la estela de su *weltpolitik*, hasta que sus propios dominios enfermaron de los mismos males. En todas partes las clases comerciantes estaban poniendo a reyes y sacerdotes en su sitio. Incluso los Borbones franceses fueron echados por tierra. Enfrentado a la invasión del mundo moderno en la figura de Napoleón y los franceses, el espíritu español se inflamó tras un siglo de largo sueño. Madrid produjo la revuelta del dos de mayo y el febril lápiz de Goya.

El siglo XIX en España aún fue un periodo de mayor contracción, con intermitentes llamaradas de nueva vida. Cuba y Filipinas fueron los últimos mercados de trabajo fácil para los hijos de los terratenientes y burócratas de éxito. Cierto, la burocracia no era más que el paraíso de un trabajador. Toda idea concreta de servicio a la comunidad había dejado tiempo atrás de estar conectada con ella. Mientras hubiera trabajos—nichos acogedores en los edificios desgastados del Estado y la Iglesia—habría tradicionalistas que los defendieran y abstracciones como honor deber lealtad que les proporcionaran un envoltorio favorable. Pero había siempre una sección de las clases profesionales que se quedaba a la intemperie; y era ésta la gente que se empeñaba en romper una y otra vez la corteza de la tradición que los fortificados burócratas habían echado sobre el país. Siempre había más ideas (generosidad, honor, patriotismo, buena vida, liberalismo) que salarios para darles forma y contento. Cuando Cuba y Filipinas se desprendieron bajo la sombra del Destino Manifiesto, hubo una última poda de oportunidades para los jóvenes que estuvieran creciendo. Como resultado vino la rebelde Generación del 98, el idealismo krausista y el socialismo desde arriba, el entusiasmo por la renovación: una efervescencia de ideas europeizantes.

Todo esto implicó mucha conversación; un trabajador que llega al despacho a las diez y se va a la una y echa otra mirada de cinco a siete, tiene mucho tiempo para hablar, y los que ni siquiera tienen trabajo tienen más todavía. De ahí la magnífica y, en el sentido ateniense, civilizada institución de los cafés de Madrid.

En cuanto fuente de la Segunda República, los cafés son tan importantes como el Ateneo. Siempre están abiertos, siempre están alegres. Una persona puede pedir una taza de café y quedarse meditando desde que

se levanta hasta que es la hora de volver caminando a casa en medio de la madrugada gris, o también puede hablar con un grupo de amigos o con un desconocido. La gente a la caza de oportunidades; no hay nada que ganar; los trabajos llegan por influencia familiar, el dinero viene de un salario o estipendio, o de la lotería o la ruleta; no tener dinero no es ninguna desgracia. Hablar es un arte puro. Sus únicos límites son la paciencia de los escuchas, que siempre pueden, si se cansan, pagar su café o hacer que un camarero amistoso lo cargue a su cuenta y marcharse. El único lugar de entretenimiento que puede compararse con un café, por lo barato y lo democrático, es una sala de cine americana. Pero en una película uno paga la distracción, la oscuridad, las sillas mullidas y el estupor inducido por una narcosis de sueños de segunda mano. En este café el madrileño paga por su leve excitante y recibe entrada gratis al ágora de conceptos e ideas donde puede abrirse camino por su cuenta. De la misma forma que la Bolsa de Valores es el centro nervioso de Nueva York, los cafés son el cerebro y la columna vertebral de Madrid.

LAS CONSTITUYENTES

Las Cortes que inventó la Constitución republicana funcionaron siempre como una tertulia en uno de los mejores cafés. Nunca lograron agotar su periodo constitucional, en gran medida porque sus miembros se cansaban de la conversación de allí y se trasladaban a otros cafés, y es por eso muy natural que Manuel Azaña, cabeza del gobierno creado por él mismo, ex trabajador burocrático, presidente del Ateneo, fuera la estrella de varias tertulias famosas. Ahí yacía la fortaleza de la República, pero también su debilidad. El problema era que la vida de profesor, de encargado de una sinecura en un despacho del gobierno, o de entretenido conversador de café, ofrece muy poco entrenamiento para enfrentarse día tras día a las realidades tristes, bruscas, difíciles de clasificar y a veces mortales, de la vida de un país. Aquellos hombres nunca lograron cubrir la distancia entre el dicho y el hecho. El amable grupo de caballeros bienintencionados que hablaban tan bien y con tanto ingenio, e intercambiaban con tan buen humor sus ideas sobre la libertad, la educación, el transporte y el cultivo de la tierra, que

llegaban tan tarde y se quedaban hasta tan tarde puliendo la fraseología de la Constitución para la República de Trabajadores Manuales e Intelectuales, ayudó a crear una España que ciertamente no era la de sus intenciones.

Legalizaron la desaparición de don Alfonso y su familia, dieron a España leyes de divorcio muy liberales y desestabilizaron a la Iglesia, abolieron los títulos de nobleza y confiscaron (dando bonos a cambio) las propiedades de los nobles, pero también doblaron los salarios de la Guardia Civil, establecieron un nuevo cuerpo de hombres armados, la Guardia de Asalto, cuya labor era dispersar las demostraciones hostiles a la República de los Trabajadores y la propiedad privada, y promulgaron una Ley de Orden Público y una Ley contra la Vagancia que hubiesen dejado boquiabierto a Fernando VII, el viejo Borbón a quien nada gustaba tanto como fusilar a sus súbditos. Aprobaron arrestos casuales de montones de ciudadanos, deportaciones masivas de trabajadores y fusilamientos de rebeldes en formas que debieron de hacer que aquel amable delincuente, el benévolo dictador Primo de Rivera, se retorciera en su tumba. Don Alfonso, en su acogedor retiro de Fontainebleau, debió de haber tenido más de un pensamiento amargo acerca de las artimañas de la lotería histórica cuando leyó sobre los sucesos de Llobregat, de la Villa de don Fadrique, de Pasajes y Castilblanco y Casas Viejas. A él le habían aserrado el suelo por suscribir la pena de muerte contra dos militares amotinados, y he aquí que los honestos hombres de la República estaban fusilando a sus conciudadanos de cien en cien. Habían hecho estallar la vieja caja de vidrio del feudalismo, también en nombre de la libertad y de la justicia; y al hacerlo habían destruido la única protección de España contra su propia y creciente clase capitalista y contra la burguesía internacional.

¿Cómo era posible que estos hombres honestos, abogados, doctores, profesores socialistas y conferenciantes, los mejores elementos de la población, aquellos que los reformistas del mundo entero sueñan con poner en posiciones de poder, se hubieran encontrado en una situación tal que les resultara tan fácil votar a favor de las deportaciones del Buenos Aires o de los fusilamientos de Casas Viejas como había sido para sus ancestros, caballeros eruditos, tan llenos de la unción cristiana y el elevado pensamiento que vemos en los cuadros del Greco, aprobar el

estrangulamiento y la quema de herejes y judíos en los días del buen Rey Felipe? ¿Qué les había pasado desde los días de Primo, cuando iban a visitar a sus amigos a la Cárcel Modelo y se reunían con tanto idealismo a conspirar en el Café del León, frente a la Oficina de Correos?

Para empezar, la escena se transformó antes de que se dieran cuenta. Durante siglos, España había venido actuando en una obra muy vieja y muy bellamente montada: el antiguo mito cristiano-pagano y mediterráneo en el cual la Iglesia actuaba todos los días. Los festivales locales, las corridas de toros, las monjas y los curas, los carruajes oficiales y los mendigos eran todos parte de la obra. La historia del redentor que en primavera vuelve a la vida, y de la diosa y madre virgen, misericordiosa y afligida, repetidas con variantes en los santos y mártires locales, centro y orgullo de la vida cívica de cada pueblo, estaban profundamente arraigadas en los hábitos de la gente, si no es que lo estaban en sus mentes. En asuntos de religión siempre es difícil saber cuánto corresponde a sentimientos de corazón y cuánto es una incrustación de costumbres meramente mecánica. Quizás fue la prosperidad y la sensación de libertad que obtuvo el país al mantenerse al margen de la última guerra, o la creciente presión de la vida industrial, o la influencia de las películas americanas, o la «revolución de las masas» de Ortega y Gasset, o todo eso al mismo tiempo, lo que de súbito disolvió las procesiones y dispersó a los actores y transformó a Nuestra Señora de los Lamentos en un artículo de coleccionista.

La desaparición de los Borbones tras una nube de humo, como un bejín cuando uno lo pisa, fue tan sólo un accidente en el colapso nacional de estos desgastados (y, para el turista, encantadores) objetos de utillería.

Cada vez que estos diputados de las primeras Cortes de la Segunda República daban un paso fuera de su cómodo club de decorados chillones, se encontraban frente a frente con una España más vieja y más nueva que cualquiera que hubieran conocido. Sumidos en esa ignorancia académica que agobia a las clases profesionales e intelectuales de todo el mundo, se encontraron, como cualquier atemorizado grupo humano, enfrentándose a lo desconocido basándose en el más bajo común denominador.

Hasta el último hombre pidió a gritos cárceles y mausers y ametralladoras para proteger la burocracia que era fuente de su vida fácil y de la leche caliente y el café y los coches americanos, y del orden, la propiedad y las inversiones.

Podían oler el peligro. Quizás la nueva España no era la España de la burocracia, o la España de quienes no tenían trabajo todavía: los hombres honestos.

HISTORIA

Para los romanos, España significaba Sagunto. Durante las Guerras Púnicas, un pueblo ibérico construido sobre una colina que miraba al Mediterráneo y a las ricas llanuras—que son en nuestros tiempos los naranjales de Valencia—, resistió meses enteros contra el enorme ejército de Aníbal; entonces, cuando las cisternas se hubieron secado y vaciado los graneros, los hombres de Sagunto, al sonido de trompetas y tambores, se pusieron a hacer hogueras con las puertas y las vigas de sus casas, y se quemaron a sí mismos con sus mujeres y niños y con todo su pueblo. Puesto que Sagunto estaba de su lado, los historiadores romanos transmitieron a la posteridad esa resistencia como una de las grandes hazañas heroicas de todos los tiempos. Es un suceso que se ha repetido una y otra vez en la historia de la península. Zaragoza y Gerona son famosas por los sitios desgarradores que resistieron frente a los franceses; la historia de la lucha de los trabajadores del último siglo está llena de huelgas de pequeños grupos que las mantuvieron hasta morir de hambre.

Lope de Vega sacó tajada de este heroísmo local con una obra que ha sido muy popular en Rusia en los últimos años. *Fuenteovejuna* es la historia de una revuelta en un pequeño pueblo de las montañas en la provincia de Córdoba. (El hecho de que el pueblo se rebelara contra los reyes de Calatrava, aliados de los portugueses, hacía de ella un buen tema patriótico.) Los habitantes, liderados por su alcalde e incitados por sus mujeres, se rebelan y asesinan al tirano local y a sus ayudantes. En la investigación llevada a cabo por un juez militar para descubrir quién es responsable de esta ruptura de la ley y el orden, hombres, mujeres y niños

son torturados. El juez y los verdugos quedan exhaustos de tanto accionar el potro. Lo único que contesta la gente, cuando se le pregunta quién es el asesino, es «Fuenteovejuna mató al Comendador». Fuenteovejuna fue uno de los pueblos que se declaró cantón libre en el momento de la revolución federalista de 1873, y sus jornaleros estuvieron involucrados en huelgas anarquistas revolucionarias durante la primera década de este siglo. De Sagunto y Fuenteovejuna se puede trazar una línea recta, a través de la historia conocida, hasta los fusilamientos de Casas Viejas en enero de 1933.

BENALUP

Benalup, el antiguo nombre de Casas Viejas, tiene un deje africano. Es un pequeño villorrio sobre una colina en el municipio de Medina Sidonia (un pueblo que data de la época de los fenicios; fue el duque de Medina Sidonia quien comandó la Armada Invencible enviada por Felipe II en su calidad de rey de Inglaterra para hacer recapacitar a la reina Isabel). Está en la provincia de Cádiz, la parte de España más próxima a Marruecos, un país de montañas áridas y erosionadas, colinas amarillas desteñidas por el sol, y lechos fértiles y verdes hasta donde alcancen las escasas aguas de los ríos. Sus habitantes, como los bereberes, tienen la piel curtida como el cuero por el sol y el viento, son expertos tiradores de rifle, y en los pueblos de montaña más pobres, cerca de Gibraltar, como Casas Viejas, se ganan la vida en buena parte como cazadores furtivos y contrabandistas de tabaco. Las casas son de piedra y adobe, tremendamente blancas, y son encaladas varias veces al año. Las casas de los dueños de las tiendas y los terratenientes tienen techos tejados, balcones y patios sombreados llenos de plantas en macetas. Las casas más pobres apenas si tienen ventanas, y están tejadas con paja. Casi siempre tienen un pequeño patio adoquinado y una viña en una pérgola del otro lado de la puerta principal. La mayor parte de la tierra cultivable está en manos de los terratenientes, y los que no tienen tierra viven a salto de mata como jornaleros. Como los jornaleros de la Biblia, cada día van a la plaza principal del pueblo y esperan a ser

contratados. Veinticinco céntimos por día se considera un buen salario. Su completa pobreza es mitigada por el hecho de que el sol calienta casi todo el año, y el pan, el vino, el aceite y los tomates son buenos y baratos.

Ese invierno no había trabajo. En muchos pueblos, la población entera de mano de obra, con sus mujeres y niños, vivía del paro municipal. Eso significaba que pasaban la mayor parte de la semana con hambre. En los sindicatos locales tenían tiempo de sobra para hablar sobre una mejor organización de la sociedad. En Casas Viejas, el espíritu líder del sindicato anarquista (su pequeño lugar de reuniones con retrato de Bakunin en la pared, junto a la taberna, era conocido por los tenderos locales y la gente respetable como el Manicomio) era un anciano conocido como Seisdedos, que había sido el rebelde del pueblo tanto tiempo que la rebeldía se había vuelto una especie de tradición en su familia. Sus hijos, sus yernos y él mismo eran conocidos en el pueblo como los Libertarios. De él se decía que tenía mucho de ese vigor y esa mente refinada, expresados en el habla singular y mordaz, que son tan comunes entre los campesinos de Andalucía.

Durante los días anteriores a la huida de don Alfonso, los oradores socialistas y republicanos habían ido por ahí prometiendo encontrar tierra para cada desposeído. Los miembros de los sindicatos anarquistas eran demasiado astutos para creerles, pero utilizaron esas promesas como punto de discusión entre los campesinos, para ganar adeptos. Sólo mediante una revuelta de hombres de la misma clase llegaría el día del reparto y el reino de la justicia; los políticos habían tenido tiempo de cumplir sus promesas; ahora era el momento de apropiarnos de las municipalidades y distribuir la tierra. Sólo era cuestión de esperar, y llegaría el día en que todos los pueblos de España expulsarían o fusilarían a la Guardia Civil y se declararían comunas libres. Entonces, si la burguesía se resistía, a por ellos con la hoz afilada; si no se resistían, que les tocara su parte, como a los demás. Ése era el programa del Comunismo Libertario. En Casas Viejas cada miembro del sindicato aceitó su escopeta y afiló cuidadosamente su colección de hoces y cuchillos en espera del día.

En los primeros días de enero una serie de huelgas y motines tuvo lugar en Barcelona y Valencia y Lérida, relacionados con una huelga de trabajadores ferroviarios convocada por algunos de los grupos

anarcosindicalistas. En Cataluña varios ayuntamientos fueron capturados y la bandera roja y negra de los anarquistas enarbolada sobre ellos. En la provincia de Cádiz se corrió la voz de que había llegado el día del reparto. Habría una marcha de campesinos en Jerez, una huelga en Cádiz, y en todas partes los trabajadores tomarían los pueblos. El día diez hubo tiroteos dispersos en Medina Sidonia; un grupo de hombres armados trató de emboscar el automóvil del alcalde, y hubo un intercambio de disparos con la Guardia Civil en el que nadie resultó herido. El mismo día, el sindicato pequeño de Casas Viejas (contaba a lo mucho con ciento cincuenta miembros) recibió la noticia de que el Comunismo Libertario había sido proclamado por toda España y ahora les tocaba a ellos hacer lo suyo.

El día once amaneció limpio y muy frío. Al alba los miembros del sindicato se reunieron con todo su armamento y levantaron la bandera roja y negra sobre su lugar de reuniones. Luego arrancaron de su cama al alcalde dormido, un hombre pacífico que había sido elegido para el puesto por ser el único socialista del pueblo, y le ordenaron acompañarlos al cuartelillo de los cuatro guardias civiles que representaban la ley y el orden en Casas Viejas. El alcalde debería explicarles que el Comunismo Libertario había sido proclamado y que lo mejor que podían hacer era entregar las armas; en ese caso, nadie les haría daño.

Para entonces ya había salido el sol, inundando el pueblo encalado con un brillo blanco contra el cual se movían sombras negras y delineadas. Hombres hambrientos que habían estado temblando de frío en sus vaqueros comenzaron a sentir más calor y más confianza en sí mismos. Agrupados en la calle, frente al cuartel de la Guardia Civil, comenzaron a hacer planes sobre cómo dividirían la tierra. A su alrededor se reunieron las mujeres con tazones y sartenes. Los hombres les habían dicho que ese día todo el mundo comería carne. Pero el alcalde regresó diciendo que la Guardia Civil moriría antes de rendirse. Lo del Comunismo Libertario no iba a ser tan fácil.

Los guardias cerraron la puerta con barricadas. Sus aterrorizadas mujeres comenzaron a abrir un hueco en la pared que daba a la casa vecina. Las versiones se contradicen en cuanto a quién disparó primero; siempre

sucede así. Los hombres de Casas Viejas eran tiradores temibles. Dos de los guardias civiles recibieron disparos en la cabeza cuando intentaban apuntar por las ventanas.

Después de eso hubo una tregua. Al alcalde le fue permitido entrar otra vez en el cuartelillo para dialogar con los guardias, y parece que escapó por la puerta de atrás y se fue a casa. Que se sepa, volvió a meterse en cama.

Mientras tanto Seisdedos había enviado un destacamento a cortar los cables del teléfono y a montar una barricada en el camino de Medina Sidonia. Otros tomaron por asalto la tienda y consiguieron cartuchos y armas y comestibles para satisfacer a las mujeres. Cuando el tendero protestó, diciendo que era un hombre muy pobre y que lo estaban arruinando, le pagaron la comida con dinero de la escasamente aprovisionada caja del sindicato. Otros fueron a la oficina donde se guardaban los títulos de propiedad, las constancias de préstamos e hipotecas, y quemaron todos los papeles que pudieron encontrar. Cuando los ciudadanos ilustres de Casas Viejas se dieron cuenta de lo que ocurría, apilaron sus muebles más pesados contra sus puertas y se acurrucaron temblando en la parte más oscura de sus casas. Su terror empeoró con los grupos de muchachos que pasaban dando tiros al aire y gritando:

—¡Viva el comunismo libertario!

Cada cierto tiempo, Seisdedos enviaba a alguien a la parte más alta del pueblo para que viera si llegaba el tren. Si el tren de la mañana no pasaba por el pueblo, eso quería decir que la huelga continuaba; si pasaba a la hora de siempre, eso quería decir que Casas Viejas estaba sola en la lucha contra los dueños de España. Entonces vieron el tren, una pequeña oruga negra serpenteando por el valle, con humo blanco como algodón flotando en la luz fría de la mañana. Lo oyeron pitar. A partir de ese instante supieron que su revuelta no tenía esperanzas.

Antes de que los cables se cortaran, los guardias habían tenido tiempo de llamar a Medina Sidonia. Los refuerzos llegaron a las dos de la tarde. En la entrada del pueblo tuvieron un enfrentamiento con los sindicalistas, que se separaron y salieron corriendo a las montañas.

En la plaza, Seisdedos y sus amigos discutían acerca de la división de la tierra. Cuando un niño sin aliento llegó a decirle que los sindicalistas habían huido, Seisdedos se dio la vuelta y subió la colina hacia su casa.

—Que me sigan los que quieran morir—dijo.

Cinco hombres, dos mujeres y su nieto pequeño lo acompañaron. Dicen que les rogó a las mujeres que se fueran y se llevaran al niño, pero ellas se negaron. Llenaron el lugar con rifles y municiones y armaron una barricada tras la sólida puerta de madera.

Mientras tanto las fuerzas de la ley y el orden se iban recuperando poco a poco. Los guardias heridos fueron llevados al hospital, donde uno de ellos moriría. La Guardia Civil resistió los acercamientos a la plaza pero esperó a tener más ayuda antes de barrer a los rebeldes. En el pueblo reinaba un silencio de muerte: en las casas blancas se habían cerrado las persianas y las grandes puertas de madera; en las calles, nadie se movía.

A las cinco y doce minutos llegó la Guardia de Asalto comandada por un teniente que se hizo cargo de la situación. Comenzaron a buscar en las casas más pobres para practicar detenciones. Primero que todo, el teniente ordenó un viva a la República e hizo que la bandera roja y negra fuera retirada del salón sindical. En una casa encontraron cuatro o cinco hombres a quienes azotaron con palos para enseñarles a respetar la República, pero, puesto que uno de los guardias civiles que había estado en la lucha por la mañana y no estaba herido dio fe de ellos, se les dejó en libertad. Luego arrestaron a un hombre llamado Quijada, que según el guardia había disparado contra el cuartel. Le pusieron las esposas y siguieron calle arriba.

La choza tejada de los libertarios era una de las más altas del lugar; como quedaba sobre una pendiente empinada, parte de ella estaba enterrada en la colina. Frente a la puerta había un pequeño patio adoquinado con una chumbera y una viña en una pérgola. Cuando los guardias de asalto trataron de echar la puerta abajo, una ráfaga salió de la choza, mató a un hombre e hirió a otro que cayó en el patiecito. El teniente y sus guardias, prudentemente, se resguardaron, y comenzaron a disparar contra la choza desde detrás de una pared.

Entonces, desde su posición, el teniente gritó a la gente de la choza que se rindiera, y envió a Quijada esposado para que hablara con ellos. La puerta se cerró tras Quijada.

Después de media hora, en compañía de aún más refuerzos, esta vez de La Línea, el teniente ordenó que recomenzaran los disparos. Él mismo bajó a la plaza y telegrafió a Cádiz para que les enviaran granadas. Los hombres de Casas Viejas son tiradores temibles. Sus chozas tienen gruesas paredes de adobe.

A las diez de la noche, los guardias de asalto seguían disparando contra la choza.

Entonces, a las dos de la mañana, el capitán Rojas, un ex oficial del ejército con experiencia en Marruecos, llegó con una compañía entera de guardias de asalto. Para entonces había varios guardias más heridos por los tiros de precisión que salían de la choza; no había en cambio respuesta alguna a las exigencias de rendición. El capitán Rojas tomó el mando y desplegó un ataque militar completo, con fuego de rifles, ametralladoras y granadas, sin resultados. Por la madrugada llegó un telegrama firmado por el delegado del Gobierno que ordenaba al capitán arrasar con la casa de inmediato y a cualquier precio. (El delegado del Gobierno había decidido que podía observar mejor el desarrollo de los acontecimientos desde el hotel de Medina Sidonia.) Así que el capitán dio la orden de quemar la casa. Sus hombres empaparon lana con gasolina y con la lana envolvieron piedras y arrojaron las piedras sobre el tejado seco. En pocos minutos el techo comenzó a arder, y pronto terminó por caer; el espacio entre las paredes de adobe era un horno. Antes de que cayera el techo la puerta se abrió y María y el niño salieron corriendo. Josefa, con su vestido en llamas, y un hombre trataron de seguirla, pero fueron acribillados por los disparos de la Guardia de Asalto. Incluso con el techo quemándose a su alrededor, los hombres de la choza seguían disparando.

Cuando cesaron los disparos y el fuego había disminuido un poco, el capitán Rojas condujo a sus hombres a la plaza para un merecido descanso de dos horas. Estaban demasiado inquietos para descansar; detrás de cada puerta bloqueada veían un sindicalista. Al amanecer comenzaron a patrullar las calles en grupos, derribando puertas y arrestando y esposando a cada

hombre que encontraban. En una casa fusilaron a un hombre de setenta y tres años porque no abrió tan rápido como hubieran querido. En algunas casas tranquilizaron a las mujeres y a los niños diciendo que sólo se llevaban a los hombres para que prestaran declaración.

Éste es el relato que dio el capitán Rojas de lo que siguió: «Llevamos a los prisioneros, a la casa de Seisdedos, para mostrarles lo que habían hecho, los hice entrar al patio para que vieran todo aquello de lo que eran responsables, el desastre que habían causado; y como la situación y el momento eran muy graves y yo estaba muy nervioso, porque no era sólo la situación en Casas Viejas, sino la de toda la provincia levantada, lo que me preocupaba; y como había quinientos hombres armados en mi retaguardia, a lo largo del camino, y gente armada en Medina Sidonia, y la gente del pueblo, y todo en un estado de anarquía, no sólo por mí, sino por el peligro que corría la República, pensé que si no les daba una buena lección, existía el riesgo de que la anarquía estallara en la región entera, y los hombres que habían huido hacia la sierra bajarían de nuevo, lo cual hubiera sido muy malo.

Así que por esta razón y por la República, y por el bien del gobierno y de mis propios hombres, cuando llegamos a la casa, ya no había nada más que hacer. Lo que sucede es que las órdenes, cuando se transmitieron a los oficiales, les parecieron un poco fuertes y difíciles de cumplir; pero al ver que era la única solución para la defensa de la República y del gobierno y de mis propios hombres, decidí hacerlo; entonces al llegar al pequeño patio y bajar hasta allí (aunque lo que había planeado hacer con los prisioneros era aplicarles la ley de fugas a la entrada del pueblo), hubo uno de ellos que miró el cuerpo carbonizado del guardia muerto y le dijo algo a otro y me echaron una mirada hostil… Pues no pude soportar esa insolencia y le disparé y de inmediato los demás dispararon y todos los que estaban mirando el cuerpo carbonizado del guardia cayeron al suelo, y luego hicimos lo mismo con los otros que no habían bajado a mirar el cuerpo, creo que eran dos. De esa manera cumplí las órdenes y salvé a España de la anarquía que surgía por todas partes y salvé la República…». Fusilaron a dieciséis hombres del pueblo y arrojaron sus cuerpos al interior de la choza quemada.

Después de eso los guardias de asalto y los guardias civiles que habían tomado parte en este trabajo se agruparon, se les hizo formar en la plaza, bajo el sol, y el delegado del Gobierno, que finalmente se había armado de valor para venir de Medina Sidonia, les dio un discurso elogiándolos por su coraje y energía, pidió un minuto de silencio en honor de los muertos y luego un viva muy fuerte por la República.

EL FANTASMA DE CASAS VIEJAS

La historia de la muerte de Seisdedos recorrió toda España, aunque, salvo por el relato de Ramón Sender en *La Libertad*, la prensa lo minimizó tanto como fue posible. Al principio el gobierno negó que nada semejante hubiera sucedido, pero gradualmente, a medida que el temor de una revuelta sindicalista se fue desvaneciendo, fue evidente el hecho de que un asunto muy sucio había tenido lugar. Al final Ortega y Gasset leyó frente a las Cortes un informe detallado de lo ocurrido, con declaraciones de todos los involucrados. Las Cortes votaron que el gobierno no era responsable; incluso en una reunión del Ateneo, hogar del liberalismo humanitario, fue derrotado un voto de censura. Aquí está el informe del Capitán Rojas de lo que sucedió cuando regresó a Madrid, leído frente a las Cortes por Ortega y Gasset.

«… A mi llegada a Madrid le conté (al director general de Seguridad) todo lo que había pasado y él me dijo que para el gobierno sería inconveniente que contara cómo habíamos matado a los prisioneros y que absolutamente nadie debía enterarse de ello, ya que era seguro que se filtraría; me pidió mi palabra de honor de que nunca se lo contaría a nadie, lo cual hice, le di mi palabra de honor.

Cuando Su Excelencia el ministro de Gobernación me llamó a su oficina para que le hiciera un informe de lo sucedido, el señor Menéndez (director general de Seguridad) estaba con él. Fue él quien me presentó, y al entrar en la habitación le pregunté en susurros si debía contarlo todo y él dijo todo excepto los fusilamientos, y eso fue lo que hice, y luego Su Excelencia el ministro me felicitó.

Pero cuando se comenzó a hablar tanto de los fusilamientos en las Cortes fui a ver de nuevo a Menéndez a su oficina, y le dije que tenía miedo de que el teniente A […] conociendo su carácter, tenía miedo de que fuera a decirle todo a todo el mundo, y entonces Menéndez me dijo que me fuera inmediatamente para Sevilla usando mi pase militar, y que dijera que iba a Jerez para ver lo que la Guardia de Asalto estaba haciendo en sus cuarteles de Jerez y que visitara al teniente A y le dijera que se callara y no le contara la verdad ni a un alma. Eso hice y la misma noche regresé a Madrid. Como no tenía nada de dinero, para el viaje, le pedí a su secretario, el señor G, que me diera veinte duros, lo cual hizo, con el cual dinero pude hacer el viaje. A mi regreso a Madrid el señor G me estaba esperando en la estación con dos detectives: entramos en el coche del señor G y él dijo que íbamos a desayunar juntos, lo cual hicimos en un café de la calle de Alcalá, cerca de la Puerta del Sol. Mientras desayunábamos me habló de muchas cosas, diciéndome al final que había ido a esperarme porque el gobierno estaba en peligro, y que iba a caer por culpa de lo que había pasado en Casas Viejas, y que para que no cayera el presidente del Consejo tenía que caer el ministro de Gobernación, y para que no cayera él tenía que caer el director de Seguridad; y venía él a preguntarme, como amigo suyo que era, ya que él era mi colega y director, y teniendo en cuenta lo que todo el mundo estaba haciendo, si estaría yo dispuesto a sacrificarme por él. De inmediato le dije sí, que estaba listo para lo que fuera y haría lo que él me ordenara. Del café salí para Pontejos a dejar mi maleta, y luego a la oficina, donde me dijeron todos que siempre habían sabido lo hombre que era yo, y cosas así. Menéndez me dijo que escribiera un informe de todo el asunto como lo sugería y dictaba el señor G en relación con lo que le había contado, y que no pusiera nada acerca de las órdenes que me había dado, porque una copia de dicho informe sería adjuntada a este escrito.

Cuando les llegó el rumor a los demás capitanes me dijeron muchas cosas del director, que no creí en ese momento, pero que me abrieron los ojos; de manera que una noche, mientras estábamos escribiendo el informe, me presentaron a la señora Menéndez, que entre una cosa y otra me dijo que así era el mundo, algunas veces teníamos que sacrificarnos por los demás, y que cuando llegara otro gobierno me harían un héroe; y también otro día el

señor G estaba sentado escribiendo a mi izquierda cuando dijo que me iban a dar un mes de permiso de inmediato para que fuera a donde quisiera, y un montón de billetes de cien pesetas para gastar en fiestas, y de nuevo la otra noche en el baile de "Miss Voz" el jefe superior de Vigilancia, acompañado por el señor L y el fiscal general, señor F, me dijeron que no me preocupara por nada, y que si algo me pasara ahora, lo arreglarían después y se encargarían de conseguirme un buen trabajo; es por todo eso que llegué a entender que nos estaban traicionando al gobierno y a mí al mismo tiempo, y ahí es cuando me negué a firmar el informe de los sucedido a menos que me dejaran incluir las órdenes que me habían dado.

Y es por eso que hago esta declaración de mi puño y letra, y es por eso que la dejo al cuidado de alguien, de manera que si lo que dice el señor Menéndez es en realidad por el bien de España, esta declaración sea destruida; pero si se da lo contrario, que sirva para aclarar los hechos, como comienzo de la labor que estoy asumiendo de descubrir a los traidores que trabajan contra la República.

Quiera Dios que estas notas puedan ser destruidas y que mi sacrificio sea en verdad por el bien de España y la República; pero si todo esto es la trama de un hombre que simplemente quiere aferrarse a su puesto, sin pararse a pensar en el mal que causa, que estas notas vean la luz del día y puedan ser juzgadas con justicia».

Hoy, 1 de marzo de 1933 (firmado)
Capitán de Asalto Manuel Rojas Feijeuspan

La lectura de estos documentos por Ortega y Gasset acarreró la detención del director de Seguridad y una ola de renuncias. Pero los fantasmas de Casas Viejas siguieron caminando y fueron un factor importante en la aplastante derrota del gobierno de hombres honestos en las elecciones de noviembre. Que hayan sido los fusilamientos de Casas Viejas o su posterior repudio lo que resultó a la postre más desafortunado, es algo que deberán decidir los historiadores. De cualquier modo, a los liberales se les había agotado el tiempo, y había llegado el día de los reaccionarios.

Ésta fue la réplica del señor Azaña, presidente del Consejo, a la lectura de los documentos de Casas Viejas.

«Ni una palabra vino del gobierno, ni un pestañeo que pudiese justificar la circulación de tales órdenes cuyo resultado el gobierno contempla con horror. Si me hubieran dicho que un hombre había muerto de forma indebida en Casas Viejas, una sola víctima, lo habría dudado. Pero me dijeron que catorce o dieciséis hombres habían sido fusilados, y ello constituía tal enormidad, tal absurdidad, que me negué a creerlo».

PALOMAS EN EL RUEDO

Era una calurosa mañana de domingo en el mes de julio. Los miembros del Partido Socialista habían acudido, desde todas partes del norte de España, al gran mitin en Santander. Habían venido con sus banderas sindicalistas—fondos rojos y letras de oro—, con sus mujeres y niños, sus comidas en cestas, sus cantinas de vino. Habían venido en trenes y autobuses especiales, en carretas, en bicicletas y a pie. La plaza de toros albergaba a unas diez mil personas; las sillas todas estaban ocupadas, en su mayoría por gente agradable de aspecto inteligente, mecánicos, pequeños tenderos y granjeros, zapateros, sastres, empleados de oficina, profesores, contables, unos pocos médicos y abogados: eran, para tratarse de esta parte del mundo, una multitud calmada y sin carácter, pero multitud al fin y al cabo.

El acto comenzó con la entonación de la *Internationale* por parte de un grupo de colegiales de vestido blanco y moño rojo. La cantaron muy bien. Nos ayudaron a pasar el tiempo mientras esperábamos a que llegaran los oradores. Los dignatarios más importantes parecían tardar. Entonces, cuando los oradores se pusieron en línea sobre la tribuna armada bajo el sol ardiente y en mitad del ruedo, todos cantaron la *Internationale* de nuevo, esta vez de pie, sacudiendo las banderitas rojas.

A alguien se le había ocurrido que sería eficaz soltar dos palomas blancas con lazos rojos en el cuello, pero (tal vez por el calor, o por estar los lazos demasiado apretados o las palomas enfermas) las palomas no podían volar. Aleteaban como groguis sobre las cabezas de la gente, se estrellaban contra las paredes de la arena. Al final una de ellas consiguió elevarse sobre el techo de las tribunas y desapareció en medio del sol abrasador del cielo, pero la otra cayó entre la multitud. La gente trataba de empujarla para que

volase, darle un arranque lanzándola al aire, pero la paloma estaba demasiado débil. Al final descansó en medio del ruedo, justo enfrente de la tarima del orador. Durante todo el discurso permaneció allí, con aspecto realmente muy enfermizo. Esperábamos que en cualquier momento cayera muerta, pero tan sólo se quedaba allí, parada y con la cabeza gacha.

Los primeros oradores eran líderes locales, obreros o sindicalistas. Hablaban simple y convencidamente. La lucha en casa, igual que en el resto del mundo, era entre Socialismo y Fascismo, el tipo de orden que los trabajadores y los productores querían y el tipo de orden que la clase explotadora quería. El Partido Socialista no tenía opción: debía instalar el socialismo de inmediato (hurras)… a través de una dictadura si era necesario (más hurras). El discurso del diputado de las Cortes fue algo más vago. Habló más de las condiciones mundiales y del curso de la historia y de las tendencias de la economía, pero al final no se le ocurrió otro modo de terminar su discurso que prometiendo socialismo (hurras desaforados). Pero cuando habló el ministro socialista (hurras, gritos de *Vivan los hombres honrados*) las cosas se tornaron realmente muy vagas. En aquel momento hacía mucho calor; el hombre era corpulento y tenía una barba cuidada y académica. Ni el calor ni el hecho de que estuviera sudando terriblemente debajo de su traje de paño negro generaron tremor alguno en sus frases largas y cuidadosamente moduladas. Usó la forma de discurso clásica, subjuntivos y futuros imperfectos y futuros perfectos y pretéritos pluscuamperfectos, incluyó historia y literatura, filosofía y bellas artes, como si les hablara a sus estudiantes en la universidad, y terminó con un ronco periodo retórico que le cortó el aliento al público. Lo esencial fue que invocó moderación y reflexión; el Partido Socialista era el partido del orden y la disciplina, y lo mejor que un socialista sincero podía hacer era quedarse en casa y pagar sus cuotas y dejar los discursos sobre la consecución de un estado socialista de los trabajadores en manos de sus superiores, los líderes políticos que llevaban los intereses de toda la humanidad en su corazón y comprendían la necesidad de ley y de orden y eran además hombres honestos. Los intereses de toda la humanidad exigían del Partido Socialista confianza y disciplina.

Cuando terminó el discurso, la paloma enferma seguía tambaleándose en el centro del ruedo. Con tanta disciplina, pero acaso con menos confianza de la que habían tenido por la mañana, los miembros del Partido Socialista se agruparon para la manifestación por el centro de la ciudad. Cada uno les decía a todos los demás que la palabra clave era orden.

Para entonces ya era plena tarde y el calor era muy fuerte. Los manifestantes con sus banderas y sus niños y sus cestas de comida marchaban sin música a través del centro de la ciudad y hacia la playa, afables, dispersos, bien educados y un poco avergonzados. Todos los cafés estaban llenos. La gente sentada en los cafés era del tipo de español odiado en México y conocido como gachupín, gente de miradas fijas y rostros cubiertos de arrugas codiciosas y predadoras, importadores y exportadores de mala muerte, pequeños especuladores, usureros, comisionistas, prestamistas, hombres que sabían sacar dos duros de donde al principio sólo había uno. Antes, bajo la monarquía, no habían llegado a ser gran cosa, la mayoría se había tenido que buscar la vida en América, pues en casa las jerarquías, los obispos, las duquesas, los nobles y los Borbones los habían borrado del mapa, pero ahora que la parafernalia feudal había desaparecido, los gachupines eran los dueños del mundo. Se sentaban en silencio frente a sus mesas mirando a los avergonzados socialistas pasar sin orden ni concierto. Eran muchos socialistas; les tomó un buen rato pasar con sus banderas y sus niños y sus lazos rojos y sus cestas de comida. El odio silencioso de la gente sentada en los cafés fue algo embarazoso. Los socialistas pasaban en fila, inocentes como un rebaño de ovejas en el país de los lobos.

Santander, agosto de 1933

9

Un mes de primavera en París

REGRESO A MONTMARTRE

Subiendo a zancadas por las mugrientas escaleras del metro Place de Clichy, me fue difícil no notar el distinto timbre que aquel nombre había tenido en otras oportunidades, diez o veinte años atrás, el antiguo sonido de charla de bar estilo año-de-permiso-en-París, relatos graciosos, prostitutas cómicas, todo el tintineo de acera de café y sábado-por-la-noche que iba con el extinto sonido mitológico de Montmartre. Pero veinte años de guerra en guerra han erosionado en cierto modo el venéreo monte de mártires del bidet y los cosméticos, y le han quitado el brillo al último oropel restante del jolgorio decimonónico. En esos días el metro y los taxis dejaban de funcionar al final de la tarde, y después de cenar solíamos subir, por las empinadas escaleras adoquinadas y luego por las oscuras escaleras de piedra, pasando frente a casas que nos hacían recordar el escenario del último acto de *Louise*, para ir a ver los bombardeos aéreos desde la cima de la colina. Las noches de luna eran las mejores. En la terraza, frente a la pálida iglesia con sus domos angostos que se veían tan desnudos a la luz de la luna, esperábamos sin aliento que pasaran los Gothas. Bajo la neblina plateada, la ciudad a oscuras se extendía, como un témpano de hielo hecho de arrecifes e hileras superpuestas, desde nuestros pies y hacia el pasado (Lutecia, Julián el Apóstata, Villon, San Bartolomé, la pluma blanca de Henri Quatre en Ivry, la Bastilla y las turbas cantantes, las muralla de los comuneros, los días de los grandes duques) y al norte, a lo lejos, empezaba a ladrar una ametralladora. Las sirenas nos erizaban el cuello y todos los sonidos de los bombardeos entraban en acción. La metralla relampagueaba como oropel sobre nuestras cabezas, y en medio del estruendo poco a poco

el sonido de los motores de avión nos llenaba los oídos, zumbando con más fuerza a veces, a veces con menos. Muy pronto llegaba el grito y la llama roja y el aplastante gruñido del lugar donde habían caído las bombas. Una vez, al este, algo soltó una llamarada y cayó flotando como un trozo de papel quemado. El bombardeo amainaba, todo quedaba en silencio, y, mientras empezábamos a recorrer el largo camino hacia el hotel, escuchábamos el *breloque*, el alegre cochecito de bomberos que pasaba presuroso por las calles a oscuras anunciando el fin del ataque. A la mañana siguiente monsieur Poincaré, con su sombrero hongo y sus guantes y su abrigo de chaqué abotonado hasta la barba, era fotografiado felicitando a los sobrevivientes o saludando a los heridos.

Pero esto es marzo de 1937. Estoy de camino a una Clichy diferente, la ciudad industrial fuera de los límites de París. Es una larga caminata desde la Place de Clichy, por una calle larga y populosa de pequeñas tiendas de baratijas, salas de cine venidas a menos, bares y cafés de construcción chapucera que te sueltan al pasar su rancio aliento a *pernod*, tiendas de mercería y almacenes de bromas de menos calidad y también menos divertidas que las de la Calle 14. El trecho es largo para llegar a Clichy. Donde solían estar las fortificaciones franco-prusianas, ahora hay solares enmalezados. Ahora las fortificaciones de París están en la línea Maginot, en la frontera del norte. La calle cruza un puente provisional de madera sin tratar. Hay camiones que se deslizan sobre la capa de barro del pavimento. Por ambos lados, los edificios tristones y grisáceos de una ciudad industrial delimitan el camino. Las aceras se llenan de hombres maduros de aspecto sobrio que vuelven a casa desde el trabajo. En las carnicerías hay mujeres de trasero ancho que cuentan el dinero suelto para comprar la cena de la familia. La gente parece sobria; sus ropas son sosas, pero aún resisten. Las chicas no son hermosas pero tienen ojos claros, y los jóvenes robustos pasan en bicicleta rozando los camiones y los grandes autobuses verdes. Las voces que se oyen tienen el ronco acento de los suburbios obreros.

La calle desemboca en una plaza con árboles jóvenes. Frente a ella se levanta el ayuntamiento gris, igual a cualquier otro ayuntamiento de cualquier otro pueblo francés. Aquí ocurrieron los disturbios y tiroteos que le dieron al nombre de Clichy su nueva resonancia. Bajo los árboles

atrofiados y apenas florecidos, la plaza está atestada de puñados de obreros. En medio de cada grupo hay un par de hombres discutiendo con sobriedad suficiente, o bien un testigo ocular que cuenta por centésima vez su historia. No hay muchas mujeres: las de unas pocas familias que han venido de otras partes de París, con niños y todo, para verlo todo por su cuenta. Casi nadie se emociona. La gente escucha con gravedad lo que dicen los demás. Un hombre alto con rostro chupado y rojo está pronunciando un discurso acerca de cómo la clase obrera se debe armar y contestar a las balas con balas. Los más viejos ya han vivido una guerra. Conocen las balas. De vez en cuando un hombre se codea con otro y le dice:

—Cuidado con los provocadores.

Hay una sensación de inquietud entre la gente. La gente trata de figurarse la historia por sí misma. Miran las ventanas rotas y los agujeros de bala sobre la piedra gris del ayuntamiento, sobre el café de la esquina cuyas ventanas estaban cubiertas con tablones, sobre la carnicería destrozada por la turba durante las refriegas. Ésa fue la ventana—allá, sobre el estanco—desde la que empezaron los disparos. No, los primeros disparos se hicieron desde el techo del cine. No, la cosa sucedió así.

Señalan las ventanas rotas y las cicatrices, los huecos pequeños que las balas de la policía dejaron sobre las paredes de piedra gris. La gente mueve la cabeza. No habla demasiado. Prefieren dejar que el otro hable primero. La gente se siente insegura. Hace tan sólo dos noches, a esta misma hora, nada había ocurrido todavía; los heridos seguían caminando por ahí sintiéndose perfectamente, la sangre joven todavía corría por las venas de los muertos.

Esa noche, el señor Léon Blum, médico y parlamentario cuyos hechizos habían mantenido alejado la perspectiva de una guerra civil, se había vestido con sus mejores galas y había ido a la ópera para escuchar a la Filarmónica de Londres tocar una sinfonía de Haydn. *Perfide Albion*. Tiene que salir del concierto ante las noticias de que unos disturbios de la mayor gravedad han estallado en Clichy. Una multitud ha tratado de tomar por asalto el teatro Olimpia, donde los Cruces de Fuego, bajo el nuevo nombre

de Partido Social Francés, se están poniendo los pelos de punta con sus relatos sobre la amenaza moscovita. La policía ha disparado a la muchedumbre.

Mientras el señor Blum regresaba a su callado piso de hombre de letras en la Île St.Louis para ponerse ropa más adecuada para la ocasión, el señor Blumel, y su barbado ministro del Interior, el señor Marx Dormoy, trataban de sofocar la tormenta. Los Cruces de Fuego habían dado por terminada su reunión y, con los primeros abucheos, habían sido guiados fuera del teatro por la policía, y para entonces ya estaban camino de sus respetables hogares. El señor Blumel recibió un disparo en la cabeza mientras intentaba ser escuchado, de pie en medio del escándalo con los brazos en el aire, y tanto el alcalde de Clichy como el señor Marx Dormoy acabaron descalabrados. La multitud buscó refugio en el ayuntamiento; la policía tomó el ayuntamiento por asalto. Al final, las tropas de choque se cansaron de golpear a los vecinos del lugar, los heridos fueron llevados a los hospitales, los muertos a la morgue, los periodistas salían a trompicones de sus cabinas telefónicas, las prensas empezaron a reproducir el relato con su traqueteo metálico, y la batalla quedó en la historia.

Dos días más tarde los habitantes de Clichy siguen hablando con seriedad del asunto, parados en grupos, temblando un poco en el fresco de la penumbra creciente. La tregua se ha roto; ya nada es seguro; cualquier cosa puede pasar ahora. La gente comienza a dispersarse hacia sus cenas. El último grupillo de discutidores se separa; cada uno va sacudiendo, al retirarse, la cabeza.

FRENTE POPULAR

Con los franceses se puede contar para un funeral. El domingo siguiente, la procesión funeraria de los jóvenes muertos en el tiroteo de Clichy cruzó los barrios del norte de París. Vimos la cabeza de la procesión partir de cerca de la Gare de l'Est a las diez de la mañana, con las carrozas empenachadas y los coches llenos de flores y las banderas rojas de letras doradas del sindicato, y las cintas estampadas de profesiones y oficios y partidos políticos, y a las siete de la tarde la cola seguía fluyendo ocho kilómetros

más allá, a través de la plaza, frente al ayuntamiento de Clichy. Jóvenes, viejos, jovencitas, familias, la gran masa sobria y madura del pueblo francés. No son guapos, no son muy vivaces, incluso los jóvenes tienen aire de gente mayor, pero no es difícil sentir que encarnan, tal como lo hicieron hace veinte años durante el frenesí de la guerra absoluta, un cierto hábito mental de terquedad, tolerancia, vivir-y-dejar-vivir, una noción en cada hombre y mujer del valor de la dignidad personal que es, para bien o para mal, la particular contribución de Europa Occidental para con el mundo. Hace veinte años, viendo a los franceses comportarse durante loa ataques de gas, bajo fuego de artillería, en unidades de atención médica, en ciudades bombardeadas, parados en fila y refunfuñando, caminando a tropezones, como moscas en papel matamoscas, en la goma roja de aquella cinta gubernamental capaz de estropear todos sus esfuerzos, yo solía experimentar el mismo sentimiento de respeto. Ahora, mientras caminaba durante todo el día bajo el cielo plomizo, en medio de las multitudes lentas y sin prisa, incluso mientras escuchaba los discursos de líderes populares que salían a borbotones de los altavoces (todos con el Frente Popular, abajo los fascistas, apoyad la exposición, muchachos) no pude evitar sentir con cierto alivio (en estos días uno suele preguntarse cuánto tiempo más seguirá siendo habitable un determinado lugar de la Tierra) que ése sería un pueblo difícil de exterminar. Es fácil olvidar el papel esencial que tiene el pueblo francés en todo lo que queremos decir cuando decimos Europa.

CROIX DE FEU

La próxima vez que subí por las escaleras del metro de la Place de Clichy, eran también en las últimas horas de la tarde. Yo iba camino de visitar a un miembro del Partido Social Francés, los convertidos Cruces de Fuego, un joven de buenos modales que administraba el negocio de transportes y bodegas propiedad de su familia. Cuando llegué, una temblorosa dama de mediana edad estaba en su oficina hablando de la causa. Era una trabajadora de beneficencia que ayudaba del lado del servicio social. Limosnas, distribución de ropa usada, medicinas y folletos para los enfermos, dinero en efectivo para los que lo merecieran; resultó que algunos de los que lo

merecían habían sido desenmascarados como comunistas con piel de oveja y, como el dinero no sobraba, habían recibido de arriba la sugerencia de que sólo los fieles fueran ayudados. Los pobres merecedores. ¡Pues más vale que se lo merezcan! Después, mi amigo me llevó arriba, a un oscuro comedor de clase media que tenía el aspecto del lugar de una familia que se ha ido durante el verano, aunque no era verano, y hurgó en un viejo aparador de nogal para servirme una bebida. Encontró una botella de kümmel y no me sirvió más que un vaso pequeño. En cuanto a él, se sirvió un par de gotas en un vaso de agua. No pude dejar de pensar que quienquiera que hubiese decorado aquella habitación dedicada a comidas formales y pesadas, servidas con formalidad a las horas formales por una sirvienta formal de delantal almidonado, no hubiera aprobado que nos sentáramos a la hora equivocada a beber la bebida equivocada. Mi amigo hablaba cariñosamente de *le Patron*, como llamaba al buen coronel Casimir de la Rocque, hablaba de la necesidad de una reevaluación moral, del resurgimiento espiritual de Francia, etcétera, etcétera; dijo que los políticos le resultaban desagradables. En eso estuvimos de acuerdo. Los Cruces de Fuego se oponían a cualquier tipo de odio entre clases; *le Patron* tenía simpatizantes en todos los niveles de la vida; estaba por la unión de todos los franceses. Los pequeños artesanos, en particular, lo apoyaban. En cuanto a Blum y el Front Populaire, estaban estropeando las empresas. Habían puesto el franco en peligro. Eran los lacayos de Moscú. Las ganancias de la firma se habían reducido a la mitad. Los empacadores y los camioneros pedían más y más salarios. La semana de cuarenta horas. Vacaciones pagadas, por Dios santo. Él no había podido comprar un coche nuevo. Había estado planeando un viaje a Estados Unidos y no lo había podido hacer. Un verdadero francés entendía que ese tipo de cosas se tenía que acabar. ¿De qué servía subir los salarios si el coste de la vida subía más rápido que el incrementado poder adquisitivo? Era hora de que las clases trabajadoras se hicieran a la idea de que su nivel de vida era de por sí demasiado alto. Lo contrario sería la ruina de las empresas.

El hombre era perfectamente racional, casi no era violento; una y otra vez negó que el PSF hubiera dado comienzo a los disparos en Clichy, y estaba diciendo la verdad, al menos la que él conocía. Pero no sospechaba

ni vagamente que sus elevadas ganancias no fuesen lo mejor del mundo para la clase obrera, para la *belle France*, para la civilización y la raza humana en general.

En la oficina de *Flambeau*, el diario del buen coronel Casimir, adonde fui a la mañana siguiente a preguntar por un editor que me habían recomendado, las cosas no parecían tan racionales. En el vestíbulo no había nadie más que el portero y un pequeño jorobado de ojos rojos y sombrero hongo que parecía tan loco como el Sombrero Loco. El portero tampoco parecía demasiado en sus cabales. Abrió la puerta apenas unos centímetros cuando toqué, la cerró de un golpe tras de mí y le dio vuelta a la llave. «Son órdenes», dijo misteriosamente. No, el editor no estaba, no había nadie. Salvo por los enormes carteles con la fotografía del coronel Casimir colgados en las paredes del vestíbulo.

—*Le Patron, le voilà!*—gritó con un ademán del brazo—. Magnífico —dijo entonces, frotándose el brazo.

—Magnífico—dijo el jorobado del sombrero hongo.

Entonces, como relojes de alarma (uno para cada uno de mis oídos), empezaron al mismo tiempo con la consabida línea; nadie más que le Patron podía salvar a Francia de Blum y los demás judíos y los deshonestos francmasones y los comunistas, que iban a robarnos las propiedades a todos, arruinar el franco, quemar las iglesias, violar a las monjas y a su esposa y a la mía, entregar los campesinos franceses a los subalternos de Moscú para que fueran colectivizados y sus hijas nacionalizadas y todo vendido a los judíos, asesinos y ladrones, los judíos. Eso es lo primero; tendrían que echar a los judíos. Fue difícil lograr que pararan de hablar el tiempo suficiente para abrirme y dejarme salir. Antes de hacerlo señalaron de nuevo la inmensa figura altiva y narizona del cartel.

—¡Recuerde esta cara! Vaya a oírlo hablar. Es el salvador de Francia— chillaron.

Entramos a través del patio adoquinado y húmedo de una casa del siglo dieciocho ubicada cerca del río, en la orilla izquierda. Cruzamos el patio hacia una puerta de depósito flanqueada a ambos lados por árboles de boj sembrados en cubas, y entramos en un jardín abierto que se veía muy verde bajo la llovizna de la luz de gas. En la parte trasera había una casita de piedra con altas ventanas de postigos cerrados. Del oscuro vestíbulo pasamos a una habitación débilmente iluminada en la cual había encendida una chimenea de carbón. Allí, entre palmeras en macetas y pequeñas mesas con arabescos y bronces bruñidos y objetos de plata con superficies complicadas que reflejaban la luz del fuego, entre tazas de café Dresden, estaban sentados los personajes de la novela que Henry James, infortunadamente, no vivió para escribir, una de esas crónicas—cuyo interés disminuye poco a poco—de la unión de los prejuicios y las inhibiciones de Park Bay con los correspondientes del Faubourg Saint-Germain. Se hablaba de la Guerra Civil Española. Poco a poco las voces se hacían más tensas. El último rasgo de calidez de esas desvaídas ficciones, que habían desgraciadamente sobrevivido a su inventor, era el odio. Era apenas natural que estuvieran a favor de Franco, pues se trataba de gente de vida acomodada, incrustada con dividendos y propiedades que sólo un ejército de vigilantes, les parecía, podría proteger contra las hordas crecientes de la clase obrera. En cuanto al coste de la vigilancia, eso saldría del pellejo de los esclavos a sueldo, tan pronto como se les enseñaran modales de nuevo. Lo que resultaba sorprendente, como siempre había resultado, era la maldita violencia personal de sus sentimientos. Eran gente refinada y amable, el tipo de gente que se conmovería al encontrar un gato herido en la calle, o incluso un niño herido, y probablemente se pondrían en la tarea de encontrar un remedio. Sus vidas aseguradas y calmadas parecían tan alejadas de la sangrienta lucha de los alrededores de Madrid como los fantasmas que Odiseo visitaba en el infierno estaban alejados de las ciudades y las negras naves y los remeros y el botín que eran su vida de marinero. Una mujer que llevaba el nombre de una figura literaria del siglo diecinueve estaba repitiendo las historias de una dama de la nobleza española que recientemente había huido de la embajada en la que se había refugiado en Madrid, y se había llevado no sólo su vida, sino también una

generosa suma de dinero y las joyas de la familia. A medida que los rojos cometían una atrocidad tras otra, esta dama y estos caballeros desvaídos, fantasmas de un mundo al cual las muertes de James y de Proust han dejado sin maestro, comenzaron a hincharse, cada vez más rubicundos y más cálidos, como los fantasmas por quienes derramó sangre Odiseo, fecundo en ardides. Odiseo los mantuvo alejados con su espada. Fue sabio, porque la única vida de estos muertos era el odio de la vida. Un atributo curioso de los relatos de atrocidades es que reflejan, más que los eventos que se proponen describir, la magnitud del odio de la gente que los describe.

De cualquier forma, uno no puede escuchar cuentos de miseria y asesinatos sin conmoverse. Uno sabe que demasiados son ciertos de verdad, y las mujeres que ven cómo sus seres queridos son descuartizados ante sus ojos sufren de igual manera sean duquesas o esposas de banqueros o de conductores de tranvía. Me empezaba a sentir en medio de una pesadilla cuando cambiaron al capítulo de la destrucción del arte por los rojos. Se relató una historia que parecía comprender sucesos y personas vagamente familiares. Era sobre cómo los rojos estaban vendiendo los tesoros del arte español, y sobre una mujer americana que era una roja internacional del tipo más sanguinario y amante del embajador americano que era rojo también (ser demócrata es lo mismo que ser rojo). Había llegado hacía poco a París con un cargamento de Grecos robados con la intención de venderlos al mejor postor. Para ese momento, era difícil no reírse. Aquellas figuras de pesadilla volvieron a hundirse en el inocente tambaleo de los perpetuamente desinformados. La aventurera roja era una magnífica solterona inocente y amable a quien yo había conocido años atrás en Madrid y que estaba ayudando a montar una exposición de arte para beneficio de los hospitales españoles. ¿Pero serviría de algo tratar de explicarlo? ¿Qué podía decirles Odiseo a las sombras?

VIVIENDAS PARA LOS TRABAJADORES

En Suresnes, el suburbio de trabajadores que hay más allá del Bois de Boulogne, estuve una mañana caminando con el alcalde, Henri Sellier, que se ha convertido en líder de un programa de vivienda municipal estilo New

Deal que en diez años ha transformado los niveles de vida de toda una sección de suburbios parisinos. Es un hombre macizo y sanguíneo y barbado con los modales falsamente modestos de un médico del Ejército. Nos había sacado del ayuntamiento por la puerta trasera para evitar la multitud de constituyentes que esperaban verlo para hablar de varios asuntos, y habíamos estado caminando por el pueblo, visitando sus casas de apartamentos, su pueblo de ancianos, el nuevo teatro y auditorio que se estaba construyendo, las escuelas, la bella escuela para niños tuberculosos que había sobre la colina, con vistas a la ciudad.

—Dicen que gastamos demasiado dinero—dijo—. Pero estamos ahorrándonos el coste de la pobreza y la enfermedad y la ignorancia… Si se tratara de administrar un banco y sacar beneficios, les pareceríamos geniales.

Todo el tiempo que caminamos alrededor del suburbio modelo, con sus zonas verdes y sus nuevos edificios espaciosos y de aspecto fresco, me venía a la punta de la lengua algo que no me atrevía a decir. «Viena. Así lo hicieron en Viena». ¿Cuántos años hace que estábamos caminando por las viviendas municipales de Viena? En Viena, a los trabajadores los expulsaron a bombazos de sus magníficos pisos. «¿Dónde están vuestros desvanes a prueba de bombas? ¿Dónde están vuestros nidos de ametralladoras? ¿Cómo vais a defenderos cuando ataquen los dueños?».

EL JUEGO DEL PARLAMENTO

No, el coste de la vida no ha anulado todavía el incremento salarial, dijo categóricamente el señor Blum, recostado sobre su escritorio. Procedió a mencionar cifras demostrativas, sacudiendo su dedo un par de veces con aire ligeramente profesoral. Era un sábado por la tarde; estábamos en su apartamento del Quai de Bourbon, con sus paneles restregados y antiguos y su suelo de parquet que despedía una suave fragancia de líquido de muebles, y su sirvienta de cara agradable y edad avanzada que abría la puerta, sobre el lado sombreado y pasado de moda de la Île Saint-Louis. Me había tocado esperar sólo un instante. El señor Blum entró desde una habitación interior, vestido con pijama azul y albornoz, un hombre alto de

piel saludable y levemente bronceada, más alto y más joven de lo que se ve en el Parlamento, rodeado de un aire de vigor que uno no espera del hombre de letras que escribió crítica teatral tan cortés como la de *Comœdia*, ni del *amateur* de la política. Por la ventana, más allá de las largas cortinas de encaje, se podía ver el Sena teñido de verde olivo por el barro primaveral que fluía bajo el viejo, viejo Pont Marie. Del otro lado había un nuevo muelle para las barcazas de cemento y piedras de construcción cuya crudeza resaltaba frente a los edificios apacibles y adornados de la ciudad antigua.

El señor Blum, tras disculparse por no estar vestido (había estado descansando después de una dura sesión en el Parlamento) comenzó a hablar en tono de médico, con modos no exactamente dominantes pero sí firmes. Es un conversador claro y astuto, siempre logra adelantarse y cambiar de tema cuando uno empieza a formar la palabra España con los labios. Uno termina dándose por vencido, aceptando temporalmente su diagnóstico, pero cuando sale atravesando el grupo de hombres pálidos del servicio secreto que hay en el pequeño patio empedrado, y sale al muelle y al sol de primavera que pasa entre las hojas jóvenes de los árboles, uno comienza a recordar las preguntas que no hizo, como los síntomas de los que se le ha olvidado hablarle al doctor. La pregunta que no se hizo esta vez, como sucede con frecuencia cuando se le habla a un político que no es un puro charlatán, fue: ¿por qué no tuvo usted la mínima decencia de renunciar cuando supo que había fracasado?

Para ver a Léon Blum realmente en acción uno debe ir a la Cámara de Diputados. Es como observar a un billarista de primera línea. Dicen que es el último de los viejos políticos que Poincaré admiraba como oradores. La sesión acerca de los sucesos de Clichy, un par de días antes de nuestra entrevista, fue todo un espectáculo. Esa primavera los debates en la Cámara fueron una de esas cosas que todo París sale a ver, aun en tardes lluviosas; una larga fila de gente con paraguas e impermeables esperaba sobre el pavimento.

Después de que la tarjeta le ha permitido a uno franquear a los guardias, hay que subir una buena cantidad de escaleras hasta la tribuna de la galería. Las sillas son tan incómodas como las de la galería de la Ópera. El aspecto entero del edificio lo hace a uno mirarlo como uno de esos

teatros estatales franceses: las doraduras, las figuras alegóricas en túnicas flotantes sobre el techo, las sillas duras, la mala ventilación, la malevolencia de los encargados, la dificultad de escuchar lo que se dice. Esta tarde el acto tiene carácter de partido de exhibición, porque es bien sabido que el voto de confianza ha sido recogido de antemano. Los diputados hablan hoy para sus constituyentes.

La derecha ataca. El señor Ybarnégaray habla por el Partido Social Francés, él es el portavoz del coronel Casimir. Trae a colación el coco de Moscú, que en cuanto a comercio es el único patrimonio de la derecha en este momento. El Frente Popular le ha vendido el país al Kremlin. La nueva legislación social va a arruinar al pequeño empresario. Habla y habla en medio de los vítores de sus partidarios y el escándalo incesante de la izquierda. El viejo Herriot, presidente de la Cámara, que se levanta sobre los diputados en su alto escritorio del centro de la sala, un hombre grande y pálido y suelto de barriga, con corte de pelo a lo osito de peluche y que se balancea de un lado al otro de su escritorio como una figura en un espectáculo de guiñol, sonriendo o fulminando a sus cargos de una sola mirada con las maneras de un rector indulgente, tiene que llamar al orden martilleando con más y más fuerza. Ante las interrupciones y los abucheos de la izquierda, el señor Ybarnégaray pierde la cabeza y entonces deja que una mosca grande e indiscreta se le meta en la boca:

—¡Berlín nunca permitirá la entrada del comunismo en Francia!— grita.

Pandemonio.

Esto da al señor Blum la oportunidad de hacer lo más elegante: ponerse de pie y sugerir que el caballero de los Pirineos no puede querer decir lo que parece querer decir. El señor Blum es capaz de manejar a sus opositores de la Cámara con una mano atada detrás de la espalda. El señor Ybarnégaray termina su discurso bajo la protección del señor Blum. Es evidente que ha quedado en ridículo.

Tras la cena, el escenario está listo para el discurso del señor Blum en defensa de sus políticas. El discurso es claro, directo y al parecer franco; no hay duda de que el señor Blum tiene más cerebro que todos sus colegas. Lo que estropea sus palabras, para mí, es el tono apologético y casi

quejumbroso de su voz. Tiene el curioso truco de agarrarse y soltarse las manos mientras habla, y luego juntarlas como si fuera a saludarse a sí mismo, pero en cambio se las agarra y las separa cada una por su lado. Con todo, en su discurso hay momentos inesperados de fuerza y dignidad. Uno recuerda a las personas de todos los partidos que han dicho que el señor Blum no es ningún Ramsay McDonald. Después de todo, en Francia no hay nada que corresponda a una duquesa. Al final de su discurso, el señor Blum suelta un pequeño globo de prueba en forma de un lapsus en el cual llamó al Frente Popular Frente Nacional. Supongo que el Frente Nacional es el de la duquesa.

LA PALABRA CLAVE ES NACIONAL

El significado de la frase me llegó con claridad cuando un repartidor de diarios, que hacía de Virgilio mientras yo era Dante entre los políticos franceses, me llevó a visitar al editor del diario oficial del Partido Socialista, un ministro sin cartera, que tenía su oficina en el Ministerio de Justicia, junto al Ritz, en la Place Vendôme. Era un hombre pequeño, moreno y malencarado con una mata de pelo blanco. Cuando nos acompañaron adentro, el hombre estaba hablando por teléfono en su escritorio, en medio de su inmensa oficina *ancien régime*, discutiendo en una amarga voz meridional con alguien del otro lado de la línea. No pudimos evitar oír lo que decía:

—*Amis ou non, il faut les mettre dedans*… Amigos o no, hay que meterlos… No, la confiscación es mejor, nos ahorra el problema de una demanda.

Y mirándonos fijamente al tiempo que colgaba el auricular:

—Después de todo, tenemos que gobernar.

Al salir supimos qué cosa era aquello de lo que estaba hablando. La policía acababa de confiscar un número de *Jeune Garde*, el diario de jóvenes socialistas, al mismo tiempo que confiscaban un número de *Flambeau*, el del buen coronel Casimir. *Nacional* parece ser una palabra clave cada vez que un nuevo grupo de políticos llega al poder. Todo el tiempo, mientras nos hablaba del programa del Partido Socialista, Monsieur

le Ministre jugaba con pequeños sellos de papel de oro que tenía en una caja sobre su escritorio, los sellos de papel de oro que van pegados en la parte inferior de los documentos oficiales.

PANAME

Pero París en primavera es tan agradable como una canción de comedia musical, si uno puede mantenerse lejos de la tarea de entrevistar políticos y esperarlos en sus sombrías antecámaras donde los muebles y las alfombras y los encargados de cara pálida con camisas almidonadas pero no demasiado limpias y corbatas blancas y libreas sin cepillar se ven como si no hubieran sido reemplazados desde los días del Rey Sol. Los castaños están en flor. Es primavera. El sol sale de vez en cuando. Nubes pintadas de rosa se agolpan y esparcen pequeñas lluvias por el amplio cielo de la Place de la Concorde y enseguida se vuelven a dispersar. La ciudad que están intentando revivir mediante respiración artificial para la Exposición no es el París internacional y nervioso, capital del mundo, el de los grandes días de la Conferencia de Paz, ni la vieja *Ville Lumière* de los grandes duques, pero en cambio es un París agradable y fresco y primaveral que tiene la sensación acogedora de toda ciudad en la cual se ha vivido mucho. La ciudad da la sensación de ser algo estable y permanente en medio de un cambiante mundo de violencia. Es casi la sensación medieval de una ciudad protegida por sus murallas. La sensación que tenemos de llevar incrustados los caprichos de generaciones de parisinos. Un domingo, en los jardines de las Tullerías, nos topamos con una mujer mayor de aspecto de conserje que llevaba un zorro atado con una cuerda. Un viejo perro amarillo corría junto al zorro, apartando a los demás perros. En los almacenes de la Samaritaine, venden anacondas por metros. En una ventana había una gran pancarta: LES VAMPIRES SONT ARRIVÉS.

—Los vampiros son magníficas mascotas—dijo una mujer con la que comíamos—. Se doblan como pequeños paraguas, *c'est tellement gentil*.

París, marzo de 1937

10

Por la costa hacia el sur

LE MIDI

En Perpiñán, tras bajarme del tren de París a primera hora de la mañana, me quedé en la plataforma, cegado por el impacto violeta de la clara luz de la costa mediterránea; allí estaban los plátanos con sus troncos moteados por el sol, el polvo liviano, los colores cremosos y herrumbrados de las casas de estuco, la claridad violeta deslumbrante tras los grises apagados de Europa del norte. Es una luz que va con el olor de los higos y del polvo y del aceite de oliva rancio. El hombre del compartimiento de equipajes era viejo y cetrino. Revisé mi morral, que estaba lleno de tortas de chocolate y jabón y salchichas para el viaje, y me dirigí a la ciudad por la calle larga y vacía y madrugadora.

Perpiñán tenía aún el aspecto adormilado, aunque no muerto, de la pequeña Ciudad Estado mediterránea, con sus calles angostas y su antigua puerta y su edificio de comercio gótico catalán, ahora convertido en café, pero la gente se veía distinta. Había más españoles, una considerable población de refugiados andrajosos que evidentemente no era del lugar. En el café del Comercio había grupos de gente con boinas polvorientas que hablaba catalán en voz baja. ¿Qué diablos hacen en Perpiñán? Cuando me senté a desayunar, estaba junto a mí un joven pálido y delgado que esperaba a alguien con la mirada fija en la calle por la que venían los tranvías amarillos, tamborileando con dos dedos sucios sobre la mesa de mármol. Bajo los plátanos que bordeaban el río, un anciano estaba podando la hierba crecida y olorosa; pasé junto a un rubio de piel quemada por el sol—un alemán de cabeza cuadrada, evidentemente—que me lanzó una aguda mirada de agente secreto. ¿Qué diablos está haciendo él en Perpiñán?

Comencé a caminar hacia el interior de la ciudad, subiendo por las calles empedradas con casas de postigos cerrados que más allá de lo pintoresco tenían el aire soso y estancado de la pobreza. Sobre la colina, en una plaza polvorienta, frente a lo que en otra época debió de ser el castillo, se alineaba un regimiento de senegaleses, rostros negros y brillantes bajo el sol. Verlos allí, con su caqui lanoso, me da calor. La mañana se va acabando, quemada por el sol. Es hora de buscar el Café Continental.

El Café Continental resulta ser un buen lugar, un escondite habitual y operístico de contrabandistas. Es allí donde paran los autobuses locales. Hay canastos y hatillos y sacos de patatas apilados fuera, frente a la larga y descamada fachada de estuco adornada con viñas. Cuando pregunto por los camiones y le muestro la carta al barman, éste me presenta a un hombre distraído y macizo vestido de negro polvoriento y con las gafas mal acomodadas sobre su cara ancha. Sí, aquí están los conductores. Están dormidos. Partirán a mediodía. El camarero me conduce a una pequeña habitación blanca donde puedo dejar mi maleta cuando la traiga de la estación. Sobre la pared hay un mapa de España con los frentes marcados con banderitas. «Nuestro», dice el hombre, sonriendo y señalando el lado republicano. Nos miramos, sonriendo y con la sensación de estar entre amigos. Cuando salimos a la habitación del frente, el camarero cierra cuidadosamente la puerta tras nosotros.

Al mediodía los conductores habían llegado, franceses ambos, uno de ellos un norteño de pelo claro de unos treinta años, un tipo ronco y risueño que había sido marino; el otro, un parisino fornido entrado en la cuarentena que había sido tapicero y se había vuelto conductor de camiones porque había perdido dos dedos en una fábrica de muebles y ya no pudo seguir tapizando. Bebimos nuestro *apéro* y después me llevaron a su hotel para comer, fue una comida particularmente buena. Todos comimos bastante, porque no estábamos seguros de lo que podríamos conseguir del otro lado de la frontera. Nos despedimos, quizás demorándonos un poco, de la cajera francesa de pechos grandes, y cruzamos la ciudad hacia el garaje donde estaban los camiones, grandes y brillantes con su nueva pintura gris. Nos

detuvimos para poner gasolina y enseguida nos pusimos en marcha por el camino blanco y bordeado de plátanos que se dirigía a las montañas, aquellos bultos grises bajo pilas hinchadas de nubes: los Pirineos.

NO INTERVENCIÓN

El conductor me estaba contando cómo había quedado huérfano a los nueve años, cómo lo habían puesto en un carguero que iba hacia el Mar Negro, cómo el capitán se había hecho cargo de él hasta que pudo conseguir sus papeles de aprendiz, y estaba comenzando a contarme sobre el motín de la flota francesa en Toulon cuando, en la rampa de un puente sobre un río pequeño, un caballero con cara de condenado nos hizo señas de que nos detuviéramos. *Le controle*. El gendarme no era ninguna belleza, definitivamente. Tenía sólo un par de dientes, nada de pelo y una cara larga, arrugada y cubierta de manchas de vejez que colgaba sobre un mentón como un farol torcido, pero resultó ser menos duro de lo que parecía; iba a dejarnos pasar, tras un buen rato de revisar nuestros papeles con ojos entrecerrados, cuando una patrulla de la *Garde Mobile* se acercó y el oficial insistió en ver el interior de las cajas que llevaban nuestros camiones. Uno de los camiones llevaba a Madrid un cargamento de cajas de máscaras de gas. El otro, algún tipo de maquinaria de hacer moldes, y cajas y cajas de teléfonos de campo. La patrulla pareció aburrirse cuando abrió un par de cajas más y encontró en ellas lo que aparecía indicado, pero nos detuvieron mientras enviaban a nuestro apuesto amigo en bicicleta al pueblo vecino para telefonear al cuartel general y pedir instrucciones. Mientras tanto se fumaron nuestros cigarrillos y nos explicaron cuántos voluntarios que habían intentado cruzar la frontera habían sido arrestados. Las nubes sobre las montañas se habían esparcido por todo el cielo, y empezó a llover. Tal vez fue la lluvia, o tal vez el cuartel general, pero finalmente nos dejaron ir de mala gana, diciéndonos que llamarían a Cerbère, donde cruzaríamos la frontera, y que allí nos retendrían.

FRONTERA DE VIOLENCIA

En Cerbère, mientras los conductores regateaban con las autoridades, me senté un largo rato en un banco, frente a una playa gris de guijarros y bajo una ligera llovizna, fumando cigarrillos amargos y observando un pequeño grupo de niños refugiados españoles a cargo de un joven amable y de aire triste que jugaba un juego interminable de baile y canción. La llovizna cesó, los cabos de color verde y gris pizarra que encerraban la pequeña bahía se dispersaron. Sobre el cabo que daba a España, las bóvedas puntiagudas de un cementerio resaltaban contra el cielo en la luz pálida y gris y vidriosa. Entre los botes pesqueros alineados sobre los guijarros, pintados de azul y amarillo y rojo mate y negro, un par de perros flacos hurgaban en busca de pescados muertos.

Un avión pasó volando bajo hacia España. Unos cuantos hombres salieron del café y lo miraron con aprensión, llevándose la mano a la frente aunque no hiciera sol. ¿Republicano? ¿Fascista? El avión desapareció tras el cabo y el cementerio. Un tren salió silbando del túnel. Comenzó de nuevo a llover. Una mujer de cara triste y vestida de negro llegó a la playa y se llevó a los niños a alguna parte. Yo entré en el bar donde estaban los viejos y pedí un vaso de cerveza amarga y luego me senté en el camión y me puse a leer.

Cuando regresaron los conductores, dijeron que el camión con las máscaras de gas tendría que quedarse aquí. El marinero, que no tenía visado en su pasaporte, se quedaría con él. Nos despedimos de él, y el tapicero y yo avanzamos en el camión de los teléfonos de campo, lentamente y a trompicones, a través de la lluvia, subiendo por la empinada colina hacia la frontera española. En el puesto de frontera soportamos otra larga espera mientras el oficial a cargo telefoneaba a Cerbère, e intentaba responsabilizar al oficial de allí por dejarnos pasar. Al final las negociaciones se estancaron, y pareció que nos quedaríamos a pasar la noche, hasta que el tapicero sugirió que el oficial redactara un papel e hiciera que todos los oficiales lo firmaran. El papel establecía que nos dejaba pasar únicamente de acuerdo con las instrucciones recibidas, y no bajo su propia responsabilidad. Eso pareció aliviarlo. Todos lo firmaron y se dieron la mano, y nosotros nos pusimos en marcha.

En la frontera española, las cosas eran más alegres. Un grupo de niños de aspecto saludable, vestidos con uniformes de milicianos de varios tonos de verde y caqui, levantaron sus puños cerrados hacia nosotros: era el saludo del Frente Popular. Les ofrecimos cigarrillos, todos nos dimos la mano, nos desearon buen viaje y, cuando partimos, nos despidieron agitando la mano en el aire. Después del aspecto gris y húmedo de Cerbère, los edificios en Port Bou se veían limpios y bien pintados a pesar de que allí estuviera lloviendo con más fuerza que nunca. Tuvimos que efectuar toda una búsqueda del ministro de Guerra de Valencia, que debía darnos una orden para poner gasolina durante el trayecto, pero cuando lo encontramos resultó un hombre alegre y enérgico. Era pequeño y calvo, más o menos del tipo hombre de negocios. Cuando le explicamos que el otro camión, el de las máscaras de gas, había sido retenido, dijo que conseguiría que lo trajeran al día siguiente. Le pregunté cómo lo haría.

—Combinaciones—dijo—. En la frontera, todo son combinaciones. EL TAPICERO

Atardecía cuando salimos de Port Bou y empezamos a conducir hacia el sur por las curvas cerradas e interminables del camino costero. El tapicero, miembro del Partido Comunista, me habló durante el trayecto de las dificultades que había tenido en otros viajes con los comités anarquistas locales, pues todos querían organizar reuniones para decidir si deberían o no requisar el camión. El gobierno de Valencia no significaba nada para ellos; cada comité se consideraba soberano. Una vez, el tapicero había tenido que sacar su pistola y conducir mientras apuntaba al vocero.

—Una locura—dijo, sacudiendo la cabeza—. Y la pérdida de buena maquinaria…

Cada vez que pasábamos junto a los restos de un coche a un lado del camino (y había, ciertamente, bastantes restos), el tapicero aminoraba la velocidad, sacudía la cabeza y murmuraba: Imbéciles. Me contó cómo había empezado a conducir camiones cuando había tenido que abandonar el trabajo de tapicero, y cómo había sido uno de los fundadores de un sindicato de camioneros y había sido incluido en la lista negra de las grandes empresas, de manera que ahora trabajaba para los españoles. Había

hecho nueve viajes a Madrid. En uno de ellos un espía fascista había robado sus papeles y él mismo había estado a punto de ser fusilado por espionaje—y lo habría sido si uno de los responsables del partido no lo hubiera reconocido—, porque en su ausencia un quintacolumnista le había disparado a un miliciano desde la ventana de su habitación de hotel.

Llegamos a Gerona tarde en la noche, en medio de la oscuridad. El tapicero hablaba del cuidado y adiestramiento de pájaros domésticos. Resultó que ése era su pasatiempo. Él y su esposa tenían dos mirlos, dos ruiseñores y unos canarios de las montañas Hartz especialmente entrenados. La gente de todo el barrio le traía pájaros enfermos para que los sanara. Él los cuidaba con pimienta de cayena y una copa de coñac y agua que les daba con un cuentagotas. Había que sostener al pájaro en la palma de la mano y abrirle el pico con mucho cuidado para no asustarlo.

COMUNIDAD COOPERATIVA

La noche estaba tan oscura que al llegar no podíamos ver nada de Gerona. Por miedo a los ataques aéreos, sólo una luz azul se encendía de vez en cuando. Dejamos el camión en el garaje del ejército y caminamos junto al río hacia el hotel. El hotel había sido ocupado por la CNT, pero, salvo por la pancarta que anunciaba el hecho en el vestíbulo, todo parecía perfectamente normal. Era evidente que todo había sido recientemente pintado con ese gris limpio pero triste de barco de guerra. Teníamos tanto sueño que apenas podíamos mantener los ojos abiertos. Nos dimos un baño caliente, comimos una extraordinaria comida española, bebimos varias copas de un buen vino catalán y subimos en elevador a nuestras habitaciones.

Por la mañana pasamos un buen rato subiendo y bajando con esfuerzo por las calles empinadas de la majestuosa ciudad antigua, buscando, a pleno sol, al hombre que nos pudiera dar una nueva orden para gasolina. Algunas iglesias habían quedado arruinadas, y en todas partes las paredes aparecían cubiertas de carteles de guerra firmados por cada comité y partido político imaginable. Las ventanas estaban cubiertas con tiras delgadas de cinta de papel para evitar que las concusiones de las bombas las rompieran. En algunas, la cinta formaba entramados simples, pero en la mayoría había sido

dispuesta en todo tipo de diseños. La telaraña con una araña en la mitad era muy popular, igual que los pescados, los monogramas de la CNT y la UGT, y cuadrados unidos entre sí, y rayos, y triángulos entrelazados. Finalmente encontramos a nuestro oficial en unos barracones de infantería de la antigua ciudadela en la cima de la colina prerromana. Al menos encontramos su despacho. Tuvimos que esperarlo tres cuartos de hora, mientras mi amigo francés maldecía en voz baja a los españoles, a los anarquistas y a todo desorden en general.

Era mediodía cuando bajamos correteando por las largas escaleras de piedra para llenar de gasolina el depósito y marcharnos, por un ancho camino de macadanes, a través de un valle extenso de tierras de labranza, viñedos y pinares, hacia la costa de Barcelona. Salimos por la ruta costera bordeando la playa y cruzamos una serie de suburbios junto al mar, azules y amarillos y blancos, que parecían bastante normales salvo por el hecho de que aquí y allá había trincheras y nidos de ametralladoras, construidos para repeler equipos de reconocimiento, y así llegamos a Barcelona. Para ese momento, todos los despachos hacían la pausa del mediodía, y no había esperanzas de conseguir una más de nuestras famosas órdenes de gasolina hasta las dos o las tres de la tarde. Así que comimos y fuimos a tomarnos nuestro café a las Ramblas.

Una cierta porción de los edificios que yo había conocido en otros viajes estaba destruida, y todos los bancos tenían pancartas: *Controlado por la Generalitat*. La mayor parte de los grandes almacenes tenían carteles, *Controlado por los empleados* o *Bajo control de la CNT*, y los autobuses y tranvías habían sido cuidadosamente repintados de negro y rojo con las siglas CNT escritas en letras pequeñas, pero la ciudad se veía limpia y activa y el mercado de las flores estaba tan bello y fragante como siempre en el centro de las Ramblas.

De nuevo se hizo tarde antes de que pudiéramos abrirnos camino a punta de discusiones a través de los oficiales barceloneses, que preferían que dejáramos allí el camión con los teléfonos de campo en lugar de llevarlo al Ministerio de Guerra en Valencia, al cual iba destinado, y perdimos mucho tiempo buscando la escuela religiosa convertida en almacén central de maquinaria en la cual debíamos dejar nuestras máquinas

de moldes, de manera que de nuevo se hizo oscuro antes de que saliéramos al camino costero del sur, abriéndonos paso a base de bocinazos en una calle larga y transitada llena de carretas y niños y mulas y motocicletas. Mi amigo el tapicero quería llegar a Sitges, donde conocía un lugar en el cual se podía comer comida francesa de verdad, antes de la hora de cenar.

CENA TRAS LAS LÍNEAS

Sitges estaba oscuro como la boca del lobo, de manera que no pudimos ver cómo era el pueblo, pero el pequeño bar restaurante frente al cual nos detuvimos estaba muy bien iluminado. Desde detrás de la barra, dos hombres y una mujer de rostro pesado saludaron al tapicero como a un viejo amigo y nos sirvieron de beber mientras esperábamos a que nuestra cena estuviera lista. El lugar estaba animado y lleno de gente. El hombre, que hablaba francés y había vivido en Francia, había sido herido en el frente de Aragón y ahora había regresado al trabajo tras una convalecencia. En la barra había un hombre de cara verdosa, muy ocupado en el intento de emborracharse, que se acercó a nosotros y nos hizo probarnos unos protectores metálicos para los ojos que usaba cuando arrojaba granadas de mano. También él era del frente de Aragón. La mujer, alta y sensual, de ojos negros y mirada de mala, era definitivamente quien mandaba. El hijo había sido camarero en Londres y hablaba inglés. Tuve la sensación de que el negocio iba bien. Eran optimistas acerca de la guerra, sentían que los fascistas pronto recibirían una paliza. El hombre que había estado en el frente estaba fuertemente a favor del gobierno de Valencia y contra Barcelona y todos los comités locales y sindicatos. Debemos tener un comando central, decía.

Cuando terminamos nuestra bebida entramos, para cenar, en un bonito comedor de baldosas azules y blancas con vigas azules. Comimos sopa de habas y escalopes de ternera y un poco de sardinas frescas y ensalada, ilegalmente añadida (se supone que los restaurantes sólo deben servir dos platos) gracias a que éramos amigos. El vino era bueno, y la mujer salía de

detrás del mostrador y nos lanzaba miradas insolentes y obscenas que nadie sabía muy bien cómo tomar; había una sensación de riqueza y plenitud cálidas y propias de la costa.

Cuando entramos había una mesa de jóvenes de conversación alegre y mejillas rosa en la esquina del comedor. Cuando se pararon para irse nos percatamos de que uno de ellos iba sobre muletas. Tenía sólo una pierna. Tras la cena, tras largos jugueteos en ambos sentidos con la mujer, nos subimos al camión para continuar rumbo a Tarragona. Al salir del pueblo para coger de nuevo la ruta costera, vimos, en el resplandor de nuestras luces sobre las paredes encaladas, a cinco jóvenes que cruzaban delante de nosotros. Había algo curioso en su caminar. Iban sobre muletas. Cada uno había perdido una pierna.

NOCHE EN EL CAMINO

Tras dejar Sitges recibimos por primera vez el aroma de los naranjos en flor, que cruzaban en oleadas la noche oscura. Mi amigo el tapicero estaba empeñado en llegar a Tarragona, donde conocía a otro francés, o al menos a un hombre que hablaba francés y tenía un hotel. La noche era muy oscura, estrellada y fría, pero la buena cena y el coñac de despedida en Sitges nos mantenían calientes. En Tarragona nuestra primera parada fue la estación de servicio, una estación grande y moderna justo antes de que el camino entrara en el pueblo. En el despacho de vidrio esmerilado de la parte trasera, unos hombres estaban sentados a la luz de un par de velas.

—Es porque la luz eléctrica es demasiado brillante—explicaron.

Preguntamos dónde podíamos conseguir una orden para gasolina.

—Allí mismo—dijeron con orgullo—. Abrimos toda la noche… Aquí en Tarragona estamos tratando de hacer las cosas bien.

Cuando preguntamos por camas sonaron más dubitativos.

—El pueblo está lleno de tropas de entrenamiento—dijeron.

Fuimos a buscar al francés del tapicero. Nada que hacer. Se ofreció a dejarnos dormir en el suelo de su despacho, en el hotel. Decidimos continuar rumbo a Perelló, a una hora hacia el sur. Nos llevamos con nosotros a un miliciano que iba de regreso a casa, a Castellón de la Plana,

con permiso de tres días. Había sido sargento en el ejército regular, acuartelado en la zona costera del Sahara, en el fuerte de Ifni. Cuando los oficiales de su equipo se unieron al movimiento de julio, él y algunos otros huyeron a través del desierto hacia la patrulla francesa. Fue fácil porque en aquel tiempo estaban en un puesto de frontera muy aislado. Los franceses los habían ayudado a cruzar Marruecos y regresar a España para unirse a las tropas leales al gobierno. Le estaba agradecido a los franceses, y me pidió que incluyera sus agradecimientos al destacamento francés en todo lo que llegara a escribir. Quería que los oficiales y suboficiales supieran lo agradecido que estaba. Ahora era teniente del frente de Teruel. Le pregunté si el enemigo podría entrar por ahí.

—Que lo intenten—dijo.

Perelló era una calle de estuco larga y polvorienta que apenas alcanzábamos a ver en la luz tenue de las bombillas azules del alumbrado público. Frente a las casas había largas hileras de carretas y camiones estacionados. Tocamos en varias puertas de lo que, según nos habían dicho, eran fondas, pero no recibimos respuesta alguna, salvo voces gruñonas y somnolientas que nos decían:

—Completo.

En un café que tenía una lámpara tapada y donde todas las mesas estaban ocupadas por campesinos que dormían con las cabezas negras apoyadas sobre los dedos gruesos de sus manos de labriegos, nos explicaron cuál era el problema. La gente de Tortosa había invadido este pueblo debido a los bombardeos que sufría el suyo.

—Muy bien—dijo el miliciano—. Iremos a Tortosa y dormiremos en paz.

Primero despertamos al gordo y adormilado propietario de la cafetería para que nos calentara un poco de café. Eran cerca de las tres de la mañana. Nos acomodamos en aquella habitación de postigos cerrados cuyo aire estaba viciado por la respiración de los durmientes amontonados, dando caladas a cigarrillos toscos con las bocas en carne viva de tanto fumar durante el día, hablando en susurros mientras esperábamos que hirviera el

café. No sé de qué hablamos, aparte del sabor amargo de los cigarrillos. Era ese momento de la noche en el cual el primer cansancio de la noche en vela se desvanece, y uno se siente alerta y solidario.

—Es absurdo irse de una buena cama por unos cuantos bombardeos… Antes de que nos demos cuenta pueden lanzar una bengala, ver todos los camiones y bombardear este lugar—dijo el miliciano.

Después del café nos levantamos y, tras una última mirada a los indefensos y sucios durmientes de la habitación, nos marchamos. Sobre los bancos había bultos informes de mujeres de faldas largas cubiertas con pañolones; en las sillas, niños y hombres cabeceaban y se recogían en todas las actitudes de la ingenuidad propia del sueño. De las sombras llegaba una respiración pesada, ronquidos, el lloriqueo de un niño.

Fuera, el aire dulce nos llenó de nuevo los pulmones y en el camino, al salir del pueblo, la noche se sentía seca y limpia. El camino serpenteaba entre colinas rocosas en medio de las siluetas redondas de los olivos que brillaban, plateados, cuando las luces del camión los barrían. Atravesamos pueblos donde no había ni una luz encendida. Había gallos cantando como para levantar a un muerto cuando empezamos a bajar por una avenida oscura y arbolada que conducía a Tortosa. En el hotel, todo estaba en calma; un viejo con bigote blanco y encorvado, que por alguna razón estaba furioso como una avispa, nos condujo, subiendo por interminables escaleras de baldosas, a unas habitaciones limpias y desamobladas. El tono gris del amanecer empezaba a filtrarse por los postigos. Al principio, las sábanas estaban frías, los ojos febriles, y en los oídos nos ardía el consabido zumbido de los bombarderos en el aire. Los gallos no dejaban de cantar. Entonces el sueño llegó de repente, como una manta cálida.

LA CASA DE LOS SABIOS

A la mañana siguiente el viaje había prácticamente terminado: estábamos a apenas cuatro horas de Valencia. Conducíamos bajo el sol a gran velocidad, bajo el cielo levantino, azul y pálido y bordeado de nubes blancas y violetas apiladas sobre montañas desiertas de borde irregular y colores cálidos, a través de los campos verdes y los huertos de naranjos y los pueblos blancos

con iglesias barrocas y domos de azulejos que yo había visto desde el mar cuatro años atrás, antes de pasar frente a la costa deslizándome en una goleta. Algunas iglesias estaban cerradas, otras transformadas en mercados o bodegas; una era un café. En la mayoría de las plazas había reclutas que recibían instrucción bajo los árboles.

En Castellón nos despedimos de nuestro miliciano, el cual, no contento con pagar nuestra noche de alojamiento, insistió en servirnos unos magníficos vasos de cerveza fría acompañados de dos clases de gambas asadas. Tras salir de Castellón nos encontramos demasiado pronto pasando la gran colina de lomo de lagarto desde la cual las viejas paredes de Sagunto se recortaban contra el cielo, y penetrando en los polvorientos suburbios, rosa y amarillos, y en la resplandeciente huerta de Valencia, que estaba más verde que nunca. Luego vino el puente, las puertas medievales y el escandaloso traqueteo de la ciudad.

Valencia no había cambiado mucho desde mis últimas visitas. Aún había algo en su aspecto que irritaba los ojos, un revoltijo de edificios antiguos y ornados con prudencia, marcados, bajo un sol inquisidor, por las cicatrices de construcciones nuevas y elaboradamente horribles. Las calles estaban atestadas de gente miscelánea, de vendedores ambulantes, de carteles, casi como sucedía en tiempos de la feria anual. La única diferencia era la presencia de variados uniformes militares y rifles y pistoleras y de las gorras borladas de los milicianos. En vez de corridas de toros, los carteles anunciaban guerra civil. Aparcamos frente al Hotel Internacional, junto a la estación donde el tapicero tenía otro amigo que hablaba francés. Era otra vez la hora del día en que todo estaría cerrado; puesto que no había posibilidades de entregar el camión hasta más tarde, decidimos que era mejor acomodarnos para comer. El hotel parecía ser una especie de cuartel general para las Brigadas Internacionales; en medio del calor sofocante y el ruido de los platos del comedor del hotel, dispersos entre los milicianos locales de las atestadas mesas entre las cuales se deslizaban los camareros, había franceses, belgas, alemanes, polacos, yugoeslavos, italianos: un segmento de muestra de la Europa en guerra. Después de comer, el tapicero y yo nos separamos. Él debía entregar el camión y regresar en tren a París.

Valencia aún gira alrededor de la plaza Castelar, con su mercado de flores subterráneo y sus tranvías amarillos y sus edificios a lo Coney Island, ahora cubiertos de carteles y de banderas republicanas, pero en vez de la vieja calma de la tarde, cada centímetro de la ciudad estaba repleto de una multitud en la cual predominaban los hombres jóvenes. Uno tiene la sensación de que la ciudad ha sido puesta del revés como un abrigo viejo, y ahora se ven todas las costuras.

En el despacho del censor de prensa extranjera el ambiente es acogedor y un poco embarazoso, como un club. Uno se encuentra con viejos amigos, puede leer las páginas mimeografiadas que dicen lo que el gobierno quiere que uno sepa. Cualquier rumor es aprovechado. Adentro, más allá de una habitación llena de máquinas de escribir, el censor en persona está sentado como una lechuza tras sus grandes gafas en su escritorio pequeño y bajo una luz azul.

El Ministerio de Exteriores ha organizado una comida para los periodistas en el Grao, el viejo restaurante de la playa donde hace unos años… el arroz era tan bueno como ahora. Por las ventanas del porche de vidrio esmerilado podía verse un barco de guerra, tan lejos que sólo los mástiles eran visibles en el horizonte azul. No intervención. Con su curiosa dicción silbante, el ministro pronuncia un excelente discurso, una conversación íntima en dos idiomas. No hay ninguna duda: sentimos que tiene la razón de su lado. El vino está bien, y aquí tenemos la famosa paella, con sus gambas y sus almejas; pero en los almuerzos oficiales, la comida no se digiere bien. Queda un bulto duro en la garganta. Uno piensa en los seguidores. Todo depende de si el corazón está con los galgos o con las liebres. Los almuerzos oficiales son desayunos de cacería.

Después, dos franceses y un americano dan un paseo por el puerto. Un centinela nos echa educadamente de los muelles. El puerto está atestado de cargueros. Al salir del puerto y caminar hacia Valencia por el camino largo y polvoriento, lleno de carretas y camiones, vemos una proa gris y oscura husmeando más allá del rompeolas, un vapor grande y gris que se desliza, silencioso, al interior de la bahía: un Mexicano.

Caminamos de vuelta a Valencia hablando de los misterios de estos días en el Mediterráneo, de los bloqueos no anunciados, de los hundimientos no reportados, de los cargueros que borran sus nombres y atraviesan los bloqueos con las luces apagadas: los Mexicanos, como se les llama. Algunos son rusos, pero no todos pueden ser rusos. Uno de los franceses habla de un contrato hecho a través de un intermediario checoslovaco entre el gobierno republicano y Krupp. Europa es en estos días un enredo que nadie ha desenredado. Rara vez ha habido un tiempo en que los hombres sabios supieran tan poco.

Al volver a la ciudad, visito a un viejo amigo que me lleva a ver el lugar donde se conservan las pinturas del Prado. En la capilla de una iglesia renacentista, bajo una bóveda de piedra bastante fuerte de por sí, se ha construido una bóveda doble de cemento. Ahí están las pinturas. Una gran colección de tapices del palacio real de Madrid acaba de llegar. Ahora las están desempacando antes de que un viejo y dos jóvenes se encarguen de guardarlas. Un par de expertos, directores de museo vestidos de negro, flotan por ahí. Bajo los frescos del domo todo está en silencio. Los encargados desdoblan los tapices para que los podamos ver sobre los limpios escalones de mármol del coro: la magnífica Crucifixión que Carlos V siempre llevaba consigo en sus campañas, unas Bodas de Caná, unos cuantos Apocalipsis enormes. Distinguimos las ornadas figuras simbólicas, el jinete de la guerra, la pestilencia, la hambruna y la muerte.

—Así es la cosa—dice el viejo—. Éstos son los días que estamos viviendo.

Los jóvenes lanzan una mirada a los tapices, luego nos miran a nosotros, y se encogen de hombros.

Casa de los Sabios es el nombre que la gente da al hotel convertido donde el gobierno ha acomodado a unos cuantos profesores universitarios y hombres de letras que han perdido sus hogares y no tienen adónde ir. Su verdadero nombre es Casa de la Cultura. El salón es lóbrego; la cena es una triste función. Es como estar en cuarentena. Nos sentimos como baúles viejos en el ático de alguien. Allí, en cada bocado, en cada conversación

susurrada, en cada gesto, se sienten los hilos asfixiantes del enredo que nadie se atreve a desenredar. Parece que pasan horas antes de que lleguen las naranjas que señalan el final de la cena.

Es un alivio salir a la oscuridad total de aquellas calles donde hay voces relajadas, pasos, risitas, la sensación de hombres y mujeres que caminan en la oscuridad con sangre en las venas. Giramos por una calle angosta y caminamos hacia una tenue luz azul. En la calle empedrada y angosta, el aroma de los naranjos en flor llega de los huertos que hay fuera de la ciudad y resulta intolerablemente dulce. Nos agachamos para pasar bajo una puerta estrecha, y a través de un pasaje de piedra fría y húmeda entramos en un pequeño bar iluminado. Hay varios milicianos, un par de marineros, civiles aquí y allá. Huele a café y a brandy. Al acomodarnos en una mesa pequeña, un soldado con cara de sapo se acerca y se presenta. Es un serbio, forma parte de la Brigada Internacional. Quiere contarnos su historia. La componemos con un poco de inglés, un poco de francés, un poco de español. Es un exiliado político, vive en Bruselas. Estaba viviendo con una chica belga que había tenido un hijo con un marido divorciado. No es su hijo, pero lo quiere como si lo fuera, es tan listo el pequeño… Pero no pudo evitarlo, tuvo que abandonarlos para venir a España, para unirse a la Brigada Internacional y ayudar a salvar Madrid de los fascistas. Y ahora el ex marido está intentando quitarle el niño a la chica diciendo que son rojos. El tribunal le ha dado al marido la potestad sobre el niño. ¿Qué puede hacer? Está desconsolado. Todo está en una carta. Nos enseña la carta. ¿Qué puede hacer? ¿Qué podemos hacer? Le decimos que es un buen hombre, y entonces se va. PENSAMIENTOS EN LA OSCURIDAD

Es una noche callada en la Casa de los Sabios. En la cama es difícil no recordar lo que se ha escuchado durante el día, las vidas presas en el enredo, los prisioneros apiñados en habitaciones sin aire esperando ser interrogados, la mujer con sus hijos apenas capaz de pagar su piso barato y mal ventilado mientras espera a su esposo. No pasa nada, le han dicho, sólo se lo han llevado para interrogarlo, ciertos asuntillos que hay que aclarar,

cosas de la guerra, no es para alarmarse. Pero pasan los días, los meses, sin que haya noticias. Las filas en la estación, el recurso a amigos influyentes, el terror que lentamente crece, se están comiendo viva a la mujer.

Y los rehenes encerrados en barracones de cartón alquitranado, comiendo arroz frío con un pedazo de carne rancia, jugando a las cartas sobre mantas arenosas en una esquina del suelo, y el repentino silencio cuando se abre la puerta y entra el oficial seguido de dos soldados con fusiles. Trata de mantener la voz firme mientras lee los nombres. Los ojos están atentos en las caras pálidas. Los pies se remueven sobre el suelo sucio del lugar.

—Estoy obligado a deciros que se ha dado la orden de que seáis fusilados… de inmediato.

Y el hombre que sale para ser juzgado por un tribunal marcial de su propio bando. El tono conversacional de los procedimientos. Una broma o una sonrisa que permite nuevamente el flujo normal de la sangre, pero el reconocimiento gradual (que la hiela) de las cien formas en que un hombre puede ser culpable, el comentario que hizo en un café y que alguien más anotó, la carta que escribió el año pasado, la frase que garabateó en un cuaderno de apuntes, el hecho de que un primo está en los rangos del enemigo, y el extraño sonido que hacen sus propias palabras en su oído cuando son citadas por la acusación. Le ponen un cigarrillo en la mano, y sale al patio, y se detiene frente a seis hombres que no ha visto nunca en su vida. Los hombres apuntan. Esperan la orden. Disparan.

Valencia, abril de 1937

11

Valencia-Madrid

El gran Hispano que la Generalitat le había proporcionado al periodista francés en Barcelona estaba estacionado en frente del Hotel Victoria. Ese nido de corresponsales, de agentes gubernamentales, espías, vendedores de municiones y misteriosas mujeres, ahora está vacío y en calma. Un chico pálido con un delantal de paño verde barre las escaleras. Entramos en tropel con nuestros paquetes de comida y nuestras maletas y nuestras cajas de chocolate y provisiones de cigarrillos, salimos a dar una vuelta fuera de la ciudad, cruzando el puente. A medida que el camino sube desde las verdes llanuras de la huerta de Valencia hacia las montañas resecas de la provincia de Cuenca, nos confesamos mutuamente nuestra sorpresa ante la escasez de tráfico militar en el camino y ante el hecho de que se encuentre en tan excelente estado. Con las vías ferroviarias cortadas, este camino es el principal alimentador de Madrid, en cuanto a comida y municiones. Nos pasamos el mapa de mano en mano. Hablamos con autoridad de cosas de las que sabemos muy poco.

Hacia mediodía el famoso periodista francés comenzó a solicitar un *apéritif*. Nos detuvimos en un pueblo seco y dilapidado donde encontramos vermut casero en un café administrado por la UGT, y con la ayuda de unos niños intentamos conseguir algo de jamón para acompañarlo. No había nada de comer en ninguna de las tiendas ni en la posada, pero acabamos por caer en una pastelería completamente equipada. Le compramos a la mujer todo lo que tenía, y el periodista francés fotografió a los niños y todos elogiamos la excelencia del bizcocho castellano. Cuando les preguntamos a los niños de dónde venían las heridas de sus caras, la mujer nos dijo que las tenían porque se habían asustado con los bombarderos fascistas que volaban sobre el pueblo.

Cincuenta kilómetros más allá, en otra ciudad de piedra gris apiñada alrededor de otra elevada iglesia de piedra gris, paramos a comer. En una pequeña posada, un hombre y dos chicas servían, alegremente y al parecer sin cansancio alguno, una comida de huevos fritos con tomates y pequeños filetes de carne con patatas fritas acompañados de buen pan y de un vino denso y magnífico; sus clientes eran un puñado tras otro de oficiales, soldados, camioneros, funcionarios de partidos políticos. Eso estaba muy lejos de la hambruna que, según nos habían dicho, debíamos esperar.

Después nos marchamos resoplando sobre las pendientes inmensas y desnudas y verdosas de colinas alineadas que se levantaban contra el añil de la distancia, bajo nubes en constante cambio, y enseguida bajaban hacia el ancho cañón del Tajo; después avanzamos de nuevo hacia arriba, sobre colinas cada vez más llamativas, hasta que el camino cruzó un barranco en el cual había dos ciudades con torres cuadradas. Desde el camino sinuoso de la pendiente podíamos divisar más allá el valle del Jarama y las paredes de ladrillo rojo y los chapiteles de pizarra de Alcalá de Henares, y más allá la llanura pajiza cruzada por las sombras de las nubes a la altura de la gran barrera blanca de la Sierra.

En las afueras de Alcalá comenzamos a ver tropas, cocinas de campo, jóvenes con cascos de latón que no les iban muy bien: algunos cascos tenían forma de hongo, como los alemanes, y otros estaban hechos al estilo francés, más elegantes, con una quilla en el medio. Había muchos camiones, y hombres que marchaban formados sobre el ancho camino hacia Madrid, pero nada parecido a lo que las memorias del Frente Occidental nos habían acostumbrado a imaginar cuando pensábamos en el camino que conduce a un ejército. Entonces, de repente, las afueras se han cerrado sobre nosotros y estamos en Madrid, pasando junto a las paredes de terracota de la gran plaza de toros, abriéndonos paso a bocinazos por una calle de asfalto amplia y atestada bajo el cielo enorme y acerado del atardecer.

Al entrar en la gran ciudad de piedra con sus calles anchas y sus plazas y avenidas donde las hojas apenas comienzan a brotar en los árboles mezquinos, el atardecer se hace más profundo. Cae sobre las filas de mujeres con chal y hombres con bufanda que esperan pan y aceite y judías fuera de las tiendas de postigos a medio cerrar, sobre los jóvenes y las

chicas que pasean, sobre las multitudes que salen de las salas de cine. Las casas de luces apagadas son oscuras, y sus ventanas son una mirada ausente en la última luz de la tarde. Un viento crudo levanta polvo y diarios tirados entre la gente y estremece los bordes de los carteles que han sido puestos de prisa. La ciudad tiene un aspecto sombrío, como si estuviera moldeada en hierro. A pesar de los gritos de los voceadores y los vendedores de lotería y del traqueteo de los tranvías y los motores rugientes de camiones y automóviles, todos estampados con nombres de brigadas o partidos políticos, hay en la ciudad un silencio sombrío. Por alguna razón tenemos la idea de que deberíamos presentarnos ante un oficial. Vamos a un edificio público y durante un rato nos frotamos el trasero contra el terciopelo rojo de las sillas de una antecámara helada. Todo allí es demora, cintas rojas y obstrucciones, tal como en los viejos tiempos. El oficial ni siquiera consideraría recibir a nadie hasta la semana que viene. Nos dirigimos al Hotel Florida. La Gran Vía está demasiado oscura para alcanzar a ver algo. El conductor se está poniendo nervioso. Ya quiere guardar su coche en el garaje. La plaza del Callao está en silencio y a oscuras. Mientras apilamos nuestras maletas sobre el pavimento, nos detenemos de repente. El ruido que había seguido al apagarse el motor era de ametralladoras. Lo escuchamos. No está muy cerca, pero se va acercando; calle arriba, frente a nosotros, la noche, mellada y hecha trizas por los disparos, se vuelca sobre la ciudad.

Madrid, abril de 1937

12

Madrid bajo sitio

CUARTO Y BAÑO EN EL HOTEL FLORIDA

Me despierto de repente con la garganta pastosa. No ha terminado de amanecer. Estoy acostado en una cama confortable, en una habitación de hotel limpia y bien arreglada, mirando el rectángulo añil claro de la ventana de enfrente. Me incorporo sobre la cama. Se repite el chillido rápido y cada vez más fuerte, el endemoniado estruendo, el traqueteo de tejas y un destrozo de vidrio y fragmentos de granito. Debe de haber caído cerca, porque el hotel se ha sacudido. Mi habitación está en el piso octavo o noveno. El hotel queda en una colina. Desde la ventana puedo ver toda la parte vieja de Madrid, los tejados apiñados, cubiertos de hollín y salpicados de rojo y amarillo pálido bajo el azul metálico del resplandor anterior al alba. La ciudad atestada se extiende, nítida y quieta, hasta donde alcanzo a ver: techos angostos, chimeneas sin humo, torres de color habano con cúpulas, chapiteles de pizarra de la Castilla del siglo XVII. En la luz cada vez más clara del aire acerado todo parece cortado en metal. De nuevo el chillido, el estruendo y traqueteo y tintineo de un proyectil que estalla en alguna parte. Entonces, de nuevo el silencio, tan sólo cortado por los aullidos delgados de un perro herido, y lentamente, desde uno de los techos, una mancha de humo sucio y amarillo se forma, se eleva, se hace más gruesa y se esparce en el aire quieto, bajo el añil del cielo. Los aullidos persisten débilmente, y luego cesan.

Es demasiado temprano para levantarse. Trato de volver a la cama, me duermo y me despierto casi de inmediato con la misma cerrazón en la garganta, la misma sensación pesada en el pecho. Los proyectiles siguen cayendo. Son pequeños, pero están muy cerca. Mejor vestirse. El agua corre

en el cuarto de baño, aunque la caliente no llega a salir. Uno se siente a salvo afeitándose en el baño limpio, olisqueando el olorcillo tradicional del acostumbrado jabón de afeitar. Después de un baño y un buen afeitado me pongo el albornoz, pensando que, después de todo, esto es lo que los madrileños han tenido en lugar de relojes de alarma durante los últimos cinco meses. Bajo las escaleras para ver en qué andan los muchachos.

Los proyectiles siguen cayendo. El hotel, que habitualmente está tan calmado a estas horas, hoy está lleno de ajetreos y confusión. Por todas partes se abren las puertas que dan a los balcones, alrededor del pozo vidriado. Hombres y mujeres en varios estados de desnudez salen escabulléndose de las habitaciones frontales, arrastrando maletas y colchones hacia las habitaciones traseras. Hay un camarero del restaurante, un hombre de pelo rizado que sale sucesivamente de distintas puertas con el brazo alrededor de distintas jóvenes que lloriquean o sueltan risitas nerviosas. Magníficas exhibiciones ropa interior y gente despeinada.

Abajo, los corresponsales empiezan a moverse, adormilados. Un inglés hace café en una cafetera eléctrica a la cual rápidamente se le quema un fusible al mismo tiempo que se le derrite el enchufe. Un francés en pijama distribuye fruta para todo el mundo desde la puerta de su habitación.

Los proyectiles siguen cayendo. Nadie parece saber cómo disponer del café, hasta que una novelista de Iowa, completamente vestida, se hace cargo, y lo distribuye servido en vasos de vidrio con un poco de tostada quemada y tajadas de la fruta del francés. De repente, todos se vuelven alegres y conversadores, hasta que ya no queda más café. Para entonces, el bombardeo se ha apagado un poco, y yo vuelvo a la cama y duermo durante una hora.

Cuando desperté de nuevo, todo estaba en calma. Había agua caliente en el baño. De alguna parte de los apiñados techos que se veían desde la ventana surgía un leve sabor de aceite de oliva. En los balcones del hotel, todo estaba normal y en calma. Las camareras, esas mujeres de cara amable y edad madura, estaban allí, con sus pulcros delantales, limpiando en silencio. En la planta baja los camareros servían el café matutino. Fuera, en el pavimento de la plaza de Callao, había abolladuras que la noche anterior

no existían. Alguien dijo que un viejo vendedor de diarios había muerto. Ayer, el portero del hotel fue herido en el muslo por la bala perdida de una metralleta.

PASEO METROPOLITANO

El sol de media mañana calentaba la Gran Vía a pesar del frígido viento seco de la primavera castellana. Al salir al ruidoso ajetreo de la ciudad, no pude evitar pensar en los otros Madrides que había conocido, veinte años atrás, o dieciocho, o cuatro. Los tranvías son los mismos, las caras cetrinas de narices largas de los madrileños son las mismas y tienen el mismo toque de campesino moreno de cabeza redonda, las mujeres en sus chales oscuros no parecen muy distintas. Por supuesto que ya no se ve a la Mejor Gente. La Mejor Gente está en Portugal y en Sevilla o en la tumba. Nunca vi a la Mejor Gente a esta hora de la mañana. Los hoyos de bala y las cicatrices que han dejado la metralla y los fragmentos voladores no han modificado el aspecto general de la calle, ni tampoco lo han hecho los carteles políticos pegados en cada pedazo de pared libre, o el hecho de que la gente vaya vestida de forma deshilvanada y haya una predominancia de uniformes caqui y de mezclilla. Es la costumbre de todo ello lo que le da a la ciudad esta sensación de pesadilla. Me encuentro de repente con el hotel en que mi esposa y yo nos quedamos la última vez que estuvimos aquí. La entrada parece normal, y lo mismo los almacenes de al lado, pero la planta superior con los balcones donde estaba nuestra habitación ha sido ametrallada y tiene tantos hoyos como un queso suizo.

Nadie camina con tanta prisa—y en estos días, casi nadie pasa por la Gran Vía sin acelerar el paso, porque es en esta calle donde cae la mayoría de bombas—como para no detenerse y levantar la mirada hacia el edificio de la central de teléfonos, alto y neoyorquino, para buscar nuevas perforaciones. Es gracioso que el edificio menos español de Madrid, la orgullosa torre barroca y neoyorquina de la *International Tel and Tel* de Wall Street, símbolo del poder colonizador del dólar, se haya vuelto para los madrileños el símbolo de la defensa de la ciudad. Cinco meses de bombardeo intermitente le han hecho sorprendentemente poco daño. Hay

perforaciones y abolladuras, pero nada que no pueda ser reparado en dos semanas de trabajo. Ya han enladrillado las ventanas de varias plantas del lado que sufre los bombardeos. La ornamentación, históricamente exacta, apenas si ha sido desportillada.

En su interior, uno se siente extraordinariamente a salvo. El sistema entero de servicios telefónicos sigue funcionando a oscuras en aquellos despachos. Los ascensores funcionan. El ambiente es el de un edificio céntrico de Nueva York en un día domingo. En el silencioso despacho principal están los censores de prensa, un español cadavérico y una mujercita austriaca rolliza y de voz agradable. Dicen que van a trasladar el despacho a otro edificio. Es demasiado pedirles a los periodistas de los servicios regulares que atraviesen un bombardeo cada vez que quieran entregar un artículo, y los censores comienzan a sentir que los artilleros de Franco los persiguen a ellos en particular. Justo ayer la austriaca se encontró al llegar con que un fragmento de proyectil había incendiado su habitación y quemado todos sus zapatos, y, al salir a buscar algo de comer, el censor había visto cómo una mujer que estaba parada a su lado quedaba hecha picadillo. No es para sorprenderse que el censor sea un hombre nervioso; parece que le falta sueño y también comida. Habla como si entendiera su posición (pero no le diera demasiada importancia) como guardián de esos teléfonos, único vínculo con países técnicamente en paz, donde la guerra todavía se hace con créditos oro en los libros de contabilidad de los bancos y con contratos de municiones y conversaciones sobre sofás de terciopelo rojo en antecámaras diplomáticas, en lugar de hacerse con misiles de quince centímetros y escuadrones de artillería. No da la impresión de enfrentarse a su trabajo con complacencia. Pero para quienes somos más o menos agentes libres, provenientes de países en paz, es difícil hablar de muchas cosas con hombres que están encadenados a las galeras de la guerra.

Es un alivio alejarse de las centralitas del poder y caminar de nuevo por las calles soleadas. Si uno sigue por Gran vía, pasando la plaza de Callao, bajando por la colina hacia la Estación del Norte, deteniéndose un instante en una excelente librería que todavía abre a los clientes, acaba por toparse con la primera barricada de defensa. Ha sido sólidamente construida

con losas de cemento dispuestas en hiladas regulares tan altas como una persona. Es allí donde los hombres darán la última batalla y morirán si los fascistas la atraviesan.

Sigo caminando calle abajo. Ésta solía ser la forma más rápida y más agradable de salir al campo: caminar por la avenida sombreada que bordea el Manzanares, donde está la pequeña iglesia panzuda con los frescos de Goya, y salir por la puerta de hierro que da a los viejos dominios reales de El Pardo. Ahora, ésta es la forma más rápida de llegar al frente.

En la barricada siguiente hay un pequeño centinela de ojos lustrosos que me pide, con una sonrisa, que le enseñe mi pase. Es cubano; hablamos como dos americanos. De alguna manera hay un vínculo entre nosotros; somos dos personas que vienen del mundo occidental.

Hay trincheras hechas con sacos de arena en la recientemente terminada Plaza de España. Las estatuas descuidadas e inmensas de Don Quijote y Sancho Panza miran, curiosamente, hacia la posición enemiga, en Carabanchel. En un barracón de la esquina, un grupo de brigadistas internacionales espera comida. Caras francesas, caras belgas, caras del norte de Italia; exiliados alemanes, hombres barbados quemados por el sol, chicos pequeños; de todos emana una sensación de desesperación y energía. Los dictadores les han robado su mundo; han perdido sus hogares, sus familias, sus esperanzas de vida o de una carrera; y ahora están devolviendo el golpe.

Encima de otra colina está el casco quemado del Cuartel de la Montaña, donde la gente de Madrid aplastó la revuelta militar de julio pasado. Entonces quedamos frente a una calle ancha y de bordes altos: el paseo de Rosales. Solía ser uno de los lugares de Madrid más agradables para vivir, pues las fincas de cuatro y cinco plantas daban al valle del Manzanares y a los árboles verdes de los viejos parques y dominios reales. Ahora, es tierra de nadie. Abajo, a lo lejos, el frente cruza el valle; pero salir al paseo es quedar a la vista del enemigo, y los moros son excelentes tiradores.

Los turistas se escabullen con considerable rapidez a una casa de la esquina. Allí están el estrecho vestíbulo y la hilera de campanas y las escaleras más bien lúgubres, habituales en los edificios de apartamentos de Madrid, pero en lugar del piso del señor Fulano de Tal en la tercera planta,

uno abre una puerta de cristal esmerilado y se encuentra con… la fachada. El resto de la casa ha sido borrado del mapa. La puerta de cristal da al aire, y a los pies se abre un pozo lleno de mampostería destrozada y muebles rotos, luego la avenida desierta, y más allá, cruzando el Manzanares, una vista magnífica del enemigo. En la planta superior, de ese lado, hay una habitación todavía intacta; mirando con cuidado a través de los postigos medio despedazados podemos distinguir trincheras y avanzadas en la cima de la colina, una nueva trinchera de mando a media pendiente, y, cerrando la imagen, como siempre, la barrera nevada y tapada con nubes de los Guadarramas. Las líneas están en calma; ni un sonido. A través de los cristales podemos ver un grupo de milicianos que se pasea por detrás de un macizo de árboles. Después de todo, ya es hora de comer. No se les puede pedir que comiencen una batalla para beneficio de un par de turistas.

Al volver al hotel por las calles vacías del barrio en ruinas, a espaldas del Paseo, tenemos la oportunidad de ver todas las pintorescas posibilidades que resultan del fuego de artillería y los bombardeos sobre las casas de vivienda. El efecto casa de muñecas es el más común: la fachada o el costado de una casa son arrancados de cuajo y, de manera muy conmovedora, quedan al aire salones, recámaras, cuartos de baño, comedores, camas de hierro forjado y elaborados candelabros que cuelgan en el vacío, un piano suspendido en el aire, un aparador todavía con platos, un espejo con marco de estuco dorado que relumbra en lo alto, entre una masa de ruinas donde todo lo demás ha sido sepultado.

LLAMADA VESPERTINA

Después de comer voy caminando a la parte norte de la ciudad para visitar a la madre de un viejo amigo. Es el mismo piso al que he ido a visitarlos en varios viajes pasados. La misma sirvienta de negro y con delantal almidonado abre la puerta de las mismas habitaciones blancas y tenuemente iluminadas, con sus viejos muebles de roble y nogal que me hacen recordar las habitaciones de Felipe II en el Escorial. La madre de mi amigo ha envejecido mucho desde que la vi por última vez, pero sus ojos, bajo el arco elegante de las cejas todavía oscuras, siguen tan bellos como siempre,

conservan el mismo resplandor negro al hablar. Con ella está una hermana mayor, originaria de Andalucía, una mujer de pelo blanco y demasiado vieja incluso para conversar. Han vivido en Madrid desde que comenzó el Movimiento, como lo llaman. Mi amigo ha tratado de llevarla a Valencia, donde tiene obligaciones que cumplir, pero ella prefiere no dejar su piso, y no le gustaría que los fascistas pensaran que la han hecho huir de miedo. Por supuesto que conseguir comida es un problema, pero ellas ya están viejas, dice, y no necesitan demasiado. Hasta podría invitarme a comer si llegara de improviso un día de éstos, siempre que no viniera con la idea de comer mucho. Me cuenta qué diarios le gustan, entonces comenzamos a hablar de los viejos tiempos, cuando vivían en El Pardo y su marido el doctor aún estaba vivo. Yo solía ir a verlos cruzando el hermoso parque de robles, que siempre me hacía sentir como si caminara por el paisaje de fondo de un cuadro de Velázquez, lleno todavía de Borbones de cepos y guardabosques reales en trajes goyescos. Acompañados de grandes tazas blancas de té caliente y tortas de pasta de almendra, solíamos hablar de paseos por la Sierra y de salidas a esquiar y de visitas a olvidados pueblos castellanos y del placer de observar la arquitectura de los edificios viejos y de las poesías de Antonio Machado.

VIDA DE CALLE

Al volver a la calle desierta escuché de nuevo el sonido distante de los bombardeos. Como precaución, fui caminando a la estación de metro y tomé el abarrotado tren que iba a Gran Vía. Cuando salí del ascensor de la estación me di cuenta de que no había tanta gente como de costumbre caminando hacia la calle de Alcalá. Había una ligera tendencia de la gente a pararse en los umbrales de las puertas. Yo iba pensando en lo intacta que estaba esta parte de la ciudad cuando enfrente de Molinero, la pastelería a la cual solíamos ir en los viejos tiempos para llenarnos el estómago de pasteles de almendras y clara de huevo y nata batida durante el intermedio de los conciertos sinfónicos del circo de Price, me vi al bajarme de la acera metido de repente en un charco de sangre. Lo habían rociado con agua, pero

los charcos rojos permanecían entre los adoquines. Tanta sangre tenía que haber salido de una mula, o de mucha gente herida al tiempo. Lo eludí dando un rodeo.

Pero lo que todo el mundo estaba mirando era la división de El Campesino, que desfilaba con sus nuevos uniformes caquis con banderas y fusiles italianos y camiones capturados en Brihuega. Las trompetas sonaban y los tambores traqueteaban y las banderas ondeaban en el sol de la tarde y los jóvenes y niños que pasaban por ahí vestidos de caqui se veían saludables y confiados, bronceados por la vida en el frente y con los rostros inyectados de rubor por el viento azotador de las sierras. Los seguí hasta la Puerta del Sol, la cual, a pesar de las dos manzanas destripadas por bombas incendiarias, se veía sorprendentemente normal en el bullicio del final de la tarde, lleno de lustradores y voceadores y gente que vendía cordones y encendedores y libros cubiertos de papel.

En la isla de en medio, donde está la estación del metro, un anciano me lustró los zapatos.

Un par de proyectiles golpearon calle arriba, a mis espaldas. A los golpes secos y colosales siguió un humo amarillo y el olor del polvo de granito que pasó flotando lentamente en el viento. No hubo más impactos. Acaso unas cuantas personas más decidieron tomar el metro en lugar del tranvía. Pasó una ambulancia. El viejo siguió lustrando meticulosamente mis zapatos.

Comencé a sentir que el artillero del General Franco, que se fumaba un cigarrillo mientras observaba la silueta de la ciudad desde la colina de Carabanchel, me estaba apuntando a mí específicamente. Por fin el viejo se sintió satisfecho con su trabajo, y volvió a sentarse en su caja a la espera de otro cliente mientras yo cruzaba la media luna de la plaza, entre la multitud reducida, hacia el viejo Café de Lisboa. Entrar a través de las puertas giratorias de vidrio grabado y sentarme sobre la gastada felpa color de cartuja y acomodarme para leer los diarios con un vaso de vermut fue como retroceder veintiún años, al invierno en el que solía salir de mi habitación, el ático de una casa en la otra esquina de la Puerta del Sol, y venir aquí por

las mañanas a calentarme con un café. Para cuando salgo, a la hora de cerrar, y me encamino hacia el Hotel Florida, ya está casi completamente oscuro. Por alguna razón la ciudad parece más segura de noche.

LAS NOCHES SON LARGAS

Los corresponsales hacen sus comidas en el sótano del Hotel Gran Vía, casi en frente del Edificio de Teléfonos. Se entra a través de un vestíbulo sin luces y una especie de despensa, bajando por unas escaleras traseras, pasando la cocina, hasta llegar a un lugar con aires de caverna que todavía conserva cierto ambiente de luces rosadas y nerviosismo de club nocturno. Allí, sentados frente a una larga mesa, están los corresponsales profesionales y los jóvenes salvadores del mundo y los miembros de las delegaciones radicales extranjeras. En las mesas pequeñas de los nichos suelen estar los milicianos y los internacionales de juerga y varias jóvenes de la brigada entre-las-sábanas. Precisamente esta noche hay un grupo de parlamentarios británicos en una mesa especial, verdaderos pesos pesados, incluyendo a una duquesa. Ha sido un gran día para ellos, porque los artilleros del General Franco se han cargado más civiles de lo normal. Frente a la puerta del hotel —para ser exactos, bajo las narices de la duquesa—dos pacíficos madrileños fueron reducidos a un revoltijo sangriento. Hubo que limpiar una salpicadura de sesos de las puertas giratorias y ya sin cristales del hotel. Pero atiborrados de horrores como estaban, los pesos pesados británicos habían cenado. De hecho, se habían comido todo lo que había, de manera que cuando los corresponsales americanos comenzaron a llegar sin nada más que whisky en el estómago, y fueron recibidos con una tajada de jamón rancio por cabeza, hubo un repentino estallido del espíritu del setenta y seis. Por qué iba a comer tres platos una maldita y asquerosa y etcétera duquesa mientras que un periodista americano y trabajador tiene que pasar hambre. Un boxeador—ex peso gallo y borracho de tanto ponche—que frecuentaba el antro vestido con uniforme de miliciano y que en el pasado había tenido tendencia a ponerse amigable con el contingente gringo, tan generoso con el licor, asumió nuestra defensa, y murmuraba oscuras amenazas acerca de cerrar el

sitio y hacer que cocineros y camareros fueran enviados al frente, asquerosos especuladores escondidos bajo las faldas de la CNT y todos hijos de mujeres perdidas y saboteadores de guerra y peores que los fascistas, mierda. Al final la administración presentó un par de pescadillas que llevaban un buen tiempo muertas y un plato de espinacas que probablemente planeaban comerse ellos mismos, y los fuegos de la revuelta se apagaron.

De todas formas, lo más nutritivo y fácil de conseguir en Madrid, a pesar de su alto precio, es el whisky; de manera que es con esa gran bebida-comida nacional que los muchachos del otro lado de los cables suelen subsistir. Uno de los que llevaba más tiempo aquí se inclinó sobre la mesa y dijo, en tono quejumbroso:

—Ahora no irás a volver a casa y escribir acerca de los corresponsales borrachos, ¿no?

Fuera, la luz de la luna inundaba melancólicamente la ciudad de piedra oscura y cortaba cada calle en dos secciones oblicuas. Al fondo de la Gran Vía yo alcanzaba a ver la linterna de una patrulla, y les escuchaba pedir en voz baja la contraseña de la noche a cualquiera que se encontraran en la acera. Del oeste de la ciudad llegaba un estallido hueco y disperso que perforaba aquel horizonte de silencio. En alguna parte, no lejos de allí, había hombres de nervios tensos que se arrastraban a lo largo de los flancos de paredes oscuras, que mantenían gachas las cabezas en las trincheras, que echaban atrás el brazo derecho para lanzar una granada de mano contra alguna sombra que avanzaba frente a ellos. Y en cada una de las casas negras, los niños que antes habíamos visto jugando ahora dormían, y los adultos en sus camas pensaban en amigos y familiares perdidos y en ruinas y en gente que habían querido y en odiar al enemigo y en el hambre y en cómo conseguir algo más de comida mañana, y sentían el aterimiento de su sangre, a pesar de todo el desdén frente a la muerte, el débil pero incesante ardor de aprensión de una ciudad bajo sitio. Y no pude evitar sentir un cierto asombro al desvestirme en mi habitación cálida y calmada y provista de luz eléctrica y agua corriente y una bañera, al recostarme en la cama con la intención de leer un libro y en cambio terminar mirando al techo, pensando en la camarera de cara agradable y edad madura que la había

limpiado por la mañana y había tendido la cama y puesto todo en orden y que vendría cada día regularmente, porque desde el comienzo del sitio había hecho su trabajo igual que lo había hecho en los días de don Alfonso, y me pregunté dónde dormía, qué era de su familia y sus hijos y su marido, y se me ocurrió que tal vez mañana, cuando viniera a trabajar, la sorprendiera ese chillido rápido y cada vez más fuerte en la calle cubierta de polvo y trozos de piedra, y en lugar de venir a trabajar la mujer quedaría hecha un revoltijo molido de sangre y entrañas listo para ser recogido con una pala y echado dentro de un ataúd de pino y retirado de prisa. Y lavarían con agua los adoquines y la muerte de Madrid seguiría adelante.

Madrid, abril de 1937

13

La fiesta en la Decimoquinta Brigada

Mientras atravesábamos el antiguo coto de caza real, aquellos parques ondulados y protegidos del sol por macizos dispersos de robles y alcornoques gigantescos, el joven teniente coronel que me llevaba a los cuarteles generales en las estribaciones del Escorial me contó su vida. Hasta julio pasado había sido pianista y compositor. Había vivido una larga temporada en París; había sentido que sus días no tenían sentido. Cuando comenzó la revuelta militar se puso a las órdenes del Partido Comunista y quedó a cargo de un depósito de armas. Sus superiores se dieron cuenta de que tenía cabeza de organizador, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en el campo como oficial del Quinto Regimiento. Ahora comandaba una brigada. Decía que nunca había sido tan feliz en toda su vida.

Al borde del pueblo, en un cruce de caminos, entre las horribles casas de campo de los madrileños más acomodados—esas construcciones que afean las estribaciones rocosas de los Guadarramas—, bajamos del coche y nos pusimos a esperar a la vera del camino, en medio de una pequeña multitud de invitados. Había oficiales de variadas nacionalidades en variados uniformes y ropas de campaña, periodistas de Madrid, oficiales del Estado Mayor republicano, y estaba también el alcalde, acompañado de un grupo de ciudadanos distinguidos del pueblo: el maestro, el doctor, el farmacéutico. Esperábamos de pie bajo el sol caluroso. Frente a nosotros un par de compañías de internacionales, sobre todo franceses, permanecían a la espera en formación. Alguien sugirió que sería todo un botín para los aviadores de Franco si en ese momento decidieran bombardear precisamente este cruce. Un fotógrafo ruso barría al grupo con su cámara.

Entonces se me acercó un pequeño francés fornido y bronceado, sargento de una de las compañías, y me entregó la letra manuscrita de una canción en francés acerca de *la victoire* y *la gloire* y *les sales fascistes* y *la mauvaise piste*, compuesta por su comandante, y que deseaba que yo hiciera llegar a la prensa de todo el mundo. Me metí la canción al bolsillo aunque le dije que mi poder sobre la prensa de todo el mundo era leve, por decir lo menos. Comenzamos a conversar. El francés estaba en España desde noviembre, había sido herido dos veces y había perdido un dedo pero aún se sentía lleno de entusiasmo por la refriega. Era un hombre cercano a la cincuentena; en su pueblo, había sido dueño de dos tiendas de comestibles. Desde su alistamiento el negocio estaba viniéndose abajo, pero decía que no le importaba: el fascismo debía ser destruido.

Mientras hablábamos llegaron los coches oficiales con el general Miaja, el coronel Rojo y un oficial ruso que opera bajo el nombre de General Walter, y varios funcionarios del Ministerio de Guerra. El pequeño francés volvió trotando a su compañía. Con gran brío, las compañías presentaron armas. La banda tocó el Himno de Riego. El alcalde del pueblo pronunció un breve discurso en el que daba la bienvenida a los heroicos defensores de Madrid y a los extranjeros heroicos que estaban entregando sus vidas para expulsar a los traidores fascistas y a los invasores extranjeros del suelo de España, y luego todos se metieron en su coche.

—Los fascistas tienen partidarios por todas partes—dijo mi amigo el músico—, pero su servicio de espionaje es una mierda. Tendrían que estar bombardeándonos ahora mismo.

Avanzamos un trecho breve por un camino polvoriento hacia las colinas y aparcamos en una hilera de coches. Mientras la banda tocaba de nuevo el Himno de Riego y enseguida la *Marseilleise*, caminamos a través de grupos de campesinos mirones y llegamos a un claro entre rocas inmensas y pinos piñoneros donde la brigada estaba ya formada en cuadro alrededor de un camión decorado con banderitas y acondicionado para los oradores. La banda sonaba alegre y estridente, el viento cortante dibujaba olas en las banderas rojas y púrpuras y amarillas de la República y

levantaba polvo bajo los cascos inquietos de la caballería. Atrás se erguían rocas y pinos inmensos y los pliegues desnudos y azulados de las estribaciones y la pared nevada de la Sierra.

Los discursos, unos en francés y otros en español, fueron traducidos frase por frase. Una nueva etapa había llegado en la historia de las Brigadas Internacionales. En sí mismas habían cumplido un *rôle* heroico; ahora les había llegado el momento de sumar su experiencia, su conocimiento de los asuntos de la guerra, a la de los cuadros más frescos del nuevo ejército del pueblo español. Las Brigadas habían venido como antifascistas. Habían ayudado a salvar Madrid. Ahora ayudarían a construir un ejército victorioso que lucharía por la democracia y la libertad hasta que el tirano y el invasor fueran desalojados de la península. La vieja Decimoquinta quedaba disuelta, hurra por la nueva Decimoquinta Brigada del victorioso Ejército Central bajo las órdenes del general Miaja. Hurra por el Ejército Central. Hurra por el general Miaja.

Tras los discursos, los invitados y el general y su equipo regresaron al camino, donde se había construido una tosca tribuna, y pasaron revista a la marcha de las tropas. Primero pasaron los internacionales, marchando con paso firme y uniformes bien cepillados, cartucheras bien restregadas, fusiles limpios, cascos maltrechos ladeados con desenvoltura sobre rostros curtidos, arrugados y estriados por seis meses de guerra; en esta brigada había sobre todo belgas y franceses, con algunos alemanes y exiliados italianos; sorprendía ver cuántos de ellos eran hombres de mediana edad; aquí y allá la cara asombrosamente pálida de un joven, un novato, observaba con atención. Enseguida venían los jóvenes españoles, morenos y rubicundos y recién entrenados, con sus uniformes nuevos, caballería, artillería, camiones, ambulancias. Y en la cola, dos campesinos del color del tabaco montados en burros. Los diminutos pies de los burros grises se movían con un trotecito delicado sobre el polvo blanco del camino.

Entre los oficiales agrupados alrededor de la anciana figura del general Miaja hay una cierta euforia que al observador le resulta difícil no compartir. Después de todo, Guadalajara ocurrió no hace mucho. Los republicanos habían comenzado a avanzar sobre el frente de Córdoba.Y aquí podían ver su nuevo ejército, un ejército de verdad que cobra vida ante

sus ojos, que nace de la vieja y provisional milicia y de los grupos de extranjeros. En el centro del grupo está Miaja, un hombre maduro y corpulento con la cara redonda de un Sancho Panza y un cierto porte paternal. Hay una vaga amabilidad en sus maneras que no parece enteramente una cuestión de superficies. La impresión que da es la de un hombre de una pieza. Al mirarlo uno entiende la historia contada tan a menudo, según la cual cuando en noviembre los miembros del gobierno salían huyendo de Madrid en medio de un considerable pánico, a él lo encontraron sentado en su escritorio en el Ministerio de Guerra, diciendo con gentileza: «Yo me quedo… si alguien se quiere quedar conmigo, veremos lo que se puede hacer». Cuando la revista estaba comenzando, el oficial de la guardia de honor—o comoquiera que se le llame a quienes habían formado a ambos lados de los oficiales del Estado Mayor y los invitados—comenzó a ir de aquí para allá espantando a un grupo de campesinos, ancianos y ancianas en su mayoría, que estaban frente a la tribuna de revista. El viejo general vio lo que ocurría y movió el dedo frente al oficial, sonriendo a medias y encogiéndose de hombros con una especie de reproche. El oficial regresó a su posición con la cabeza gacha y los ancianos se quedaron donde estaban.

Cuando la última banda y el último banderín y la última ambulancia hubieron pasado, todos volvimos a los coches y de allí nos llevaron a la estupenda casa de estuco, decorada para la ocasión con arcos de pino y ramas de abeto, en la cual estaban los cuarteles generales de la brigada. El comedor de oficiales había invitado a todos a comer y dos largas mesas adornadas con ramas de pino habían sido puestas en ele bajo un toldo de lienzo. La banda, que en aquel instante ya estaba sudando bajo el fuerte sol de la tarde, tocaba y seguía tocando obstinadamente, con las guerreras desabrochadas y el sudor corriendo por sus caras.

En la cabecera de la mesa se sentaron Miaja, con su indulgente aire de *pater familiae*, y el ruso curtido de cabeza afeitada que se movía bajo el nombre de general Walter. Mientras el resto de la gente se sentaba, detrás de la silla del general Walter su edecán se quedaba de pie. Era un joven de prominentes ojos negros y pelo negro y liso y uniforme verde demasiado entallado que llevaba colgado del hombro un nuevo estuche para mapas y

tenía tendencia a moverse a sacudidas como un muñeco. El cocinero era francés, la comida era extraordinaria, incluyendo unos filetes un poco duros que probablemente habían estado caminando por ahí esa misma mañana, y que fueron aderezados con una salsa *béarnaise* que no se hubiera encontrado ni en Foyot's. Había vino blanco y vino tinto y cerveza, y muy pronto comenzó otra ronda de discursos en francés, español, y esta vez uno en alemán. El general Walter, tras un comentario socarrón en andaluz rudimentario, habló en ruso, y lo que dijo fue traducido por la gallinita que hacía las veces de edecán, y que seguía cada palabra con deferente devoción, a un excelente español de libro de texto. Entonces tres soldados, representantes de las viejas internacionales, se acercaron y ofrecieron un reloj de oro al francés alto y solemne que había sido su comandante y que dejaba la brigada para formar parte del Estado Mayor general.

El mejor discurso fue el de Lister. Lister es el estibador y picapedrero gallego que se ha transformado en uno de los más brillantes comandantes del ejército republicano. Es un hombre de poco menos de treinta años, con la complexión de un peso *welter* y una melena de pelo negro sobre un rostro muy blanco que parece el de un boxeador hasta que se le escucha hablar; habló con franqueza de las dificultades que tenía que afrontar y de la necesidad de crítica y de aprender de los errores del pasado y terminó invocando la victoria del mundo nuevo con una elocuencia torrencial que entusiasmó a todo el mundo. Después de él, tomaron la palabra un joven tras otro. Mientras hablaban era difícil no sentir un entusiasmo creciente por estos jóvenes comandantes, la mayoría veinteañeros, que hacía menos de un año eran carpinteros, herreros, músicos, doctores, incluso hombres de negocios, que se habían visto obligados a aprender el oficio de la guerra desde el principio, y que lo iban aprendiendo a partir de los errores y las terribles y desconcertantes masacres de los primeros meses de resistencia civil contra la revuelta militar. Mientras escribo, varios meses después de esa magnífica tarde de abril en las estribaciones de la Sierra, me pregunto cuántos de ellos seguirán vivos.

En medio de los discursos, el general Miaja y su personal se marcharon, y con ellos el ruso, seguido por su pequeño edecán que se pavoneaba uno o dos pasos atrás. La mesa comenzó a llenarse con las

tropas, y los discursos se volvieron más personales y humorísticos. Un champán bastante malo salió de alguna parte, y con él una buena dosis de tomadura de pelo. Entonces oí que alguien decía:

—Ahí llegan.

El hombre alto y agradable que había sido carpintero en Huelva hasta que las fortunas de la guerra lo habían puesto a cargo de un cuerpo del ejército salió a recibirlos a pleno sol. Volvió con dos mujeres de anchos sombreros de paja y chales de seda sobre la cara, y las acompañó a la sombra comparativamente fresca del toldo. Las acomodó en la cabecera de la mesa, en las mismas sillas que los generales habían desocupado, y ellas se sentaron jadeando, abanicándose. Entonces un grupo de andaluces delgados de rostro amarillo entró a la sombra detrás de ellas. Tenían ese aire solemne de enterradores tan peculiar de los cantantes de cante jondo. Cuando las mujeres se quitaron los sombreros y echaron hacia atrás los chales, vimos que eran Pastora Imperio y la Niña de las Peñas. Pastora es una de las más grandes bailarinas españolas de todos los tiempos, y la Niña de las Peñas es una de las mejores cantantes. Esa tarde iban a actuar para los soldados. Todos aplaudieron y alguien pronunció un pequeño discurso de bienvenida. En la cabecera de la mesa, ellas sonreían y hacían venias con esa expresión, mezcla de dolor y placer, que tanto le conviene a sus caras gitanas, a su piel color tabaco y cuidadosamente maquillada. Entonces Pastora se puso de pie y dio un pequeño discurso con mucha gracia.

—No sé hacer discursos, pero cuando os veo a vosotros los jóvenes y veo cómo lucháis por nuestra libertad y cuando pienso en mi España… se me rompe el corazón.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se llevó la mano a la boca y volvió a sentarse. La gente le llevó vino y trató de que tomara un trago de coñac, pero ella sólo sacudía la cabeza, mientras las lágrimas le corrían por el rostro. La Niña de las Peñas tampoco quería tomar nada.

—Un poco de agua—dijo con voz entrecortada.

Pastora cogió la jarra de arcilla de la mesa (después de todos estos años, sus manos pequeñas conservaban las formas delicadas de una mano de niña al final del brazo grueso de una mujer corpulenta y madura) y se sirvió un vaso de agua. Pidió azúcar. Mientras con una cuchara revolvía

cuidadosamente el terrón en el agua, comenzó a sonreír. Sacó la cuchara y la puso sobre la mesa con un golpecito preciso y le alcanzó el vaso a la cantante, que lo recibió casi entre risas.

—Es que ella va a cantar esta noche—dijo Pastora, barriendo la mesa con un relampagueo de sus ojos negros.

Después del café fuimos a un campo donde había boxeo, carreras de caballos y un partido de fútbol, todo al mismo tiempo. La tarde era de sol puro bajo un cielo de nubes blancas como algodón. No había ni un avión en el cielo. De los puestos de frontera no llegaba ni un ruido. A eso de las cinco de la tarde, mi amigo el músico llamó a su coche y dijo que ya era hora de que regresara con su equipo. Le dije que había sido un buen día. Hizo una mueca.

—Yo he perdido el tiempo—dijo—. Debería haber estado trabajando.

Madrid, abril de 1937

14

Los pueblos son el corazón de España

CARRETERAS SECUNDARIAS

Primero el conductor llegó tarde, después tuvo que ir al taller a buscar a un mecánico que ajustara la bomba de gasolina, después tuvo que ir a otra parte y hacer cola para comprar gasolina; y así, entre vueltas por el hotel, subidas y bajadas por las escaleras, trozos de conversación en el vestíbulo, la mañana de Madrid se fue escurriendo poco a poco, demora tras demora. Por fin partimos. Al pasar por la fuente de Cibeles, dos bombas estallaron al final de la Castellana. De repente, el polvo de piedra mezclado con el humo pálido de los explosivos cubrió las filas de árboles recién florecidos bajo los cuales caminaban unos pocos hombres y mujeres (pues era domingo y tenían la costumbre de caminar por ahí los domingos). Los proyectiles cayeron demasiado lejos para que pudiéramos ver si habían alcanzado a alguien. Nuestro conductor aceleró un poco. Pasamos el arco de Carlos III y el café rodeado de árboles que había frente a la oficina de Correos, donde la última vez que estuve en Madrid solía quedarme hablando con amigos—algunos de los cuales han muerto sólo hace muy poco—hasta últimas horas de esas tardes de verano. Al pasar por los puestos de control y los centinelas de la plaza de toros, la triste euforia de la ciudad sitiada comenzaba a abandonarnos, y empezamos a correr por el camino de Guadalajara, bajo el sol de primavera.

En un pequeño pueblo de piedra ubicado en un valle cubierto de álamos fuimos a visitar al doctor encargado del trabajo médico en el frente del Jarama. Era un hombre pequeño y moreno de ojos claros, seguramente miembro del PC; tenía el aspecto de alguien que ha olvidado por completo que una vez tuvo una vida propia. Era evidente que durante meses, todo el

día y todos los días, no había pensado en nada distinto de su trabajo. Nos llevó a uno de sus hospitales de base, recientemente instalado en un conjunto de viejos edificios parte del cual había sido una parroquia en otra época. Se disculpó; sólo llevaban dos semanas allí, si regresábamos en dos semanas más notaríamos una mejora. Comimos juntos, y de inmediato el hombre se olvidó de nosotros. A pesar de la lluvia lo veíamos caminar de aquí para allá sobre los adoquines del patio interior, acompañado de un miembro de su personal y después de otro, hablándoles con seriedad. Nunca le quitaba los ojos de encima a la persona con quien estuviera hablando, como si tratara de hipnotizarla con su energía intacta. Mientras tanto, trataba de inducir a nuestro conductor, un joven curiosamente invertebrado que llevaba una guerrera negra de la CNT, hijo de un viticultor del Alcázar de San Juan, a arreglar la bomba de gasolina del maldito sedán Citroën que nos había sido asignado. Al final el doctor terminó por acordarse de nosotros, y, puesto que el conductor había dejado la bomba en un estado tal que ahora resultaba imposible encender el coche, se ofreció a llevarnos al pueblo al que nos dirigíamos. Él mismo tenía que ir en esa dirección; buscaba un emplazamiento para un nuevo hospital. Partimos en su ford, que después del chisporroteo del frágil citroën se sentía como un coche de carreras.

Una lluvia fría caía sobre los pueblos de piedra, sobre sus paredes cubiertas de liquen, sobre las colinas pardas cubiertas con el verde fogoso del trigo nuevo. Bajo la lluvia y el color añil de los cielos bajos, el camino serpenteaba de un lado al otro entre los grandes pliegues desnudos del altiplano. Al fin, a última hora de la tarde, llegamos a una construcción cuadrada de piedra ocre levantada en un valle, cerca de un claro arroyo y de la represa de un molino, y enmarcada por álamos. La construcción había sido un monasterio en otros tiempos, y las tierras del valle habían pertenecido a los monjes. Cuando salimos del coche las alondras se alzaron cantando entre los campos gruesos. La construcción era un rectángulo magnífico de arquitectura del siglo XVII. En los últimos años había sido usada como club de caza, pero desde julio no se había visto a ninguno de los miembros por aquellos lares. Una familia de campesinos de Pozorrubio se había mudado allí para escapar de los bombardeos aéreos y cultivar la

tierra. Con solemne hospitalidad castellana, nos invitaron a pasar; y acabamos de pie frente a las brasas de un fuego, en una oscura habitación de piedra, bebiéndonos su vino tinto denso y oscuro y probando su delicioso pan, dulce y fresco.

Con el vaso en la mano y la boca llena de pan, el doctor los adoctrinó sobre la guerra, la necesidad de destruir a los fascistas y de producir tanta comida como fuera posible. En la guerra, dijo, el trigo y las patatas eran tan importantes como balas de ametralladora.

—Soy analfabeto y sé más sobre cómo llevar una mula que sobre política internacional. Mis padres no me enseñaron nada más—repuso gravemente el hombre alto y moreno y enjuto que era el cabeza de la familia—. Pero hasta yo puedo entender eso.

—Pero es terrible, caballeros—intervino la mujer.

—Aquí no hay más caballeros ni señores—la cortó el hombre—. Ellos son camaradas

—¿Cuánto tardaremos? Esto no puede durar todo el verano, ¿o sí? —preguntó la mujer sin escuchar al hombre. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—La guerra acabará cuando los fascistas sean expulsados de España—dijo el doctor.

Explicó entonces cómo los campesinos debían decirle a toda la gente del pueblo que pidieran al Departamento de Agricultura de Madrid patatas de siembra gratuitas, y les explicó que debían usar la represa del molino para irrigar los campos. Entonces, solemnemente, nos despedimos. Les deseamos buena salud, salimos al coche y nos pusimos en marcha de nuevo bajo la noche lluviosa.

LA PANADERÍA DEL PUEBLO

Nos detuvimos en su pueblo, Pozorrubio, para aprovisionarnos de pan. Entramos en la panadería a través de una puerta de piedra poco iluminada. El panadero estaba en la parte delantera, así que la mujer y los niños de la familia se ocupaban de hacer el pan. El pan acababa de salir del horno.

—Sí, pueden ustedes comprar cuanto quieran—dijo la mujer—. Tendríamos pan para todo Madrid si fuera necesario. Aquí por lo menos tenemos pan suficiente.

Nos quedamos un buen rato hablando en la habitación penumbrosa y seca, mirando el fuego que relumbraba bajo los hornos.

Al volver al coche llevando en los brazos pilas enormes de aquellos panes gruesos y planos y dulces, el doctor dijo con amargura:

—Y pensar que en Madrid pasan hambre; es culpa de la falta de transporte y gasolina… debemos organizar nuestro transporte—entonces le habló bruscamente al conductor belga—: tenemos que regresar al cuartel. Rápido, rápido.

Era evidente que estaba castigándose por el rato relajado que había pasado en esa cálida panadería, en medio de su olor agradable. El coche avanzaba a trompicones por los surcos del camino, por el negro afelpado de las colinas y en medio de la noche lluviosa, pero algo de la acogedora paz del pueblo se había quedado con nosotros en el olor del pan, algo de aquellos campesinos cenando en las amplias y penumbrosas casas de piedra, y del olor penetrante de las hierbas de las chimeneas y las caras morenas que observaban desde el refugio de sus umbrales el luminoso trazado de la lluvia sobre la calle y los adoquines relucientes y las robustas figuras de las campesinas debajo de sus chales.

CONSTRUCCIÓN SOCIALISTA

Fuentedueña es un pueblo de varios cientos de casas ubicado en la provincia de Madrid, sobre una repisa que da al Tajo, en ese punto donde la carretera directa de Valencia a Madrid desciende por las anchas terrazas del valle. Arriba, sobre la colina, aún se levantan las ruinosas paredes de adobe y ladrillo de un castillo de arquitectura morisca desde el cual algún señor feudal controló el sendero y el cruce del río en otra época. A lo largo del camino de macadán, ancho y bien pavimentado, no hay más que unas pocas tabernas y los cuarteles de la Guardia Civil. Tan pronto como se aparta uno del camino principal, se encuentra de nuevo en tiempos de las mulas de carga y las carretas de dos ruedas. Es un pueblo pobre y tiene todo el

aspecto de haber sido pobre siempre; sólo unas pocas casas del rectángulo de la plaza principal, con sus puertas anchas que se abren sobre patios verdes, tienen sobre sus descamadas fachadas de estuco los escudos de piedra de los hidalgos. En el ayuntamiento no hay más que un par de despachos, y, sobre la pared, el teléfono que comunica el pueblo con Madrid. Desde julio del 36, el verdadero centro del pueblo ha estado en otra calle, en la casa que alguna vez ocupó el farmacéutico—quien, según parece, fue considerado hostil, pues ya no está allí—, en un despacho donde se reúnen los miembros de la Casa del Pueblo, organización socialista (UGT). Su presidente es ahora alcalde; sus políticas prevalecen en el pueblo. La única oposición viene del local sindicalista de la CNT, que en Fuentedueña está conformado—eso aducen los socialistas, creo que con razón en este caso—por pequeños tenderos y antiguos vendedores a comisión, en ningún caso agricultores activos. Según el alcalde, todos ellos llevan la esvástica bajo sus camisas. La versión que dan ellos, inútil decirlo, es bien distinta.

En la época de la revuelta militar de julio, la tierra de Fuentedueña estaba en manos de unas diez familias, algunas de ellas descendientes, supongo, de los hidalgos que pusieron sus escudos sobre las casas de la plaza mayor. Algunos fueron fusilados, otros se las arreglaron para huir. La Casa del Pueblo formó un colectivo con sus tierras. Mientras tanto, otras tierras fueron ocupadas por la CNT local. El producto principal de Fuentedueña es el vino; las reservas de las tres o cuatro bodegas constituían el capital del pueblo. Puesto que contaba con la mayoría de los agricultores activos, la Casa del Pueblo asumió el gobierno municipal y decidió cultivar las tierras de forma común. Por el momento se decidió que cada trabajador recibiría cinco pesetas por cada día de trabajo y tendría derecho a un litro de vino diario y una cierta cantidad de leña. El alcalde y el secretario y el tesorero y los muleros y el herrero, todo hombre que trabajara, recibiría la misma cantidad. Los carpinteros, los mamposteros y otros artesanos, que habían ganado siete pesetas al día, se mostraron dispuestos (según decían, de buen grado) a ganar lo mismo que los demás. Más tarde, me dijo el mampostero, aumentarían la paga de todo el mundo a siete pesetas o más; después de todo, el vino era un cultivo valioso, y sin parásitos que

alimentar, habría suficiente para todos. A las mujeres y los niños se les pagaba tres con cincuenta. Los comités de la UGT y la CNT decidían cada día dónde trabajarían sus miembros. El alojamiento se distribuía de acuerdo con el tamaño de la familia. En cuanto a eso no había muchas dificultades, pues desde que comenzaron los bombardeos fascistas la gente prefería vivir en las casas-cuevas de la colina, más que en las grandes casas de estuco con patios y corrales del centro del pueblo, en particular desde que una de ellas había sido destruida por una bomba. Estas casas-cuevas, donde en tiempos de paz sólo los más pobres vivían, no son tan malas moradas como pueda parecer. Fueron hechas excavando en la tierra dura y la piedra calcárea de las terrazas que dan al río. Suelen tener varias habitaciones, cada una de ellas provista de una larga chimenea en forma de cono por la cual entra la luz del sol y sale el humo de la chimenea, y un porche sobre el cual se abren unas ventanas angostas. Están encaladas y a menudo asombrosamente limpias. Antes de la Guerra Civil los habitantes de las casas menospreciaban a los de las cuevas; ahora, definitivamente las cuevas parecen tener prestigio social.

El pueblo produce mucho vino pero poco aceite, por lo cual una de las primeras cosas que hizo el colectivo fue acordar el intercambio de aceite por vino con un pueblo que producía más aceite del que necesitaba. Mucha gente me dijo con orgullo que la calidad del vino había mejorado desde que habían recuperado las bodegas de manos de los negociantes, que tenían la costumbre de aguar el vino antes de venderlo y estaban arruinando la reputación de las cosechas. Otras industrias locales recuperadas por el colectivo eran la panadería y el horno de cal, donde tres o cuatro hombres trabajaban de manera intermitente, consiguiendo la piedra en una cantera justo detrás del pueblo y quemándola en dos pequeños hornos de adobe; y la manufactura de arreos y canastos de fibra para cuya fabricación la gente usa una hierba resistente que se recoge en las colinas de los alrededores. Este oficio es una forma de llenar los ratos libres en épocas de mal tiempo. Además de vino, se cultivan trigo y algunas olivas.

El proyecto de irrigación parecía dominar los pensamientos del alcalde y sus consejeros aún más que la guerra. Abajo, en la tierra comparativamente rica que bordea el Tajo, el colectivo se había apropiado

de una parcela que planeaban irrigar para hacer huertas. Habían gastado trece mil pesetas de su capital en Madrid, comprando cemento y maquinaria de bombeo. Un grupo grande de hombres trabajaba todos los días excavando los pozos e instalando la bomba que llevaría el agua del río a la tierra antes de que llegara el calor seco del verano. Otros plantaban patatas de siembra. Un viejo y su hijo estaban a cargo de un semillero donde cultivaban cebollas y lechuga y tomates y pimientos y alcachofas para después trasplantarlas. Después sembrarían melón, maíz y repollo. Por primera vez el pueblo cultivaría sus propios vegetales. Hasta ahora, ese tipo de cosas tenían que importarse de fuera. Sólo algunos de los terratenientes más ricos tenían parcelas irrigadas de vegetales y frutas para consumo propio. Ésta era la primera verdadera reforma emprendida por el colectivo y todos se sentían muy satisfechos con ella, tanto que casi llegaron a olvidarse del traqueteo hueco que llegaba de más allá de las colinas, desde el frente del Jarama, a veinticinco kilómetros de allí, y de los camiones llenos de soldados y de municiones que atravesaban el pueblo rumbo a Madrid, y del miedo que sentían cada vez que veían un avión en el cielo. ¿Es nuestro o es de ellos?

Fuera de las tierras irrigadas y los altiplanos de cultivo, el colectivo era dueño de una considerable cantidad de mulas, algunos caballos y algunas vacas y un rebaño de cabras. La mayoría de los burros era propiedad de particulares, igual que muchas de las ovejas y cabras que todos los días eran llevadas a pastar por los pastores del pueblo según un acuerdo comunal tan antiguo como la más antigua pared de piedra. La ocasional pesca en el río es más un entretenimiento que una parte de la economía del pueblo. En nuestras caminatas entre el pueblo y la nueva estación de bombeo, el alcalde señalaba a varios hombres y niños sentados a lo largo del río con cañas de pescar. Todos miembros de la CNT, dijo maliciosamente. Uno nunca se encontraría a un socialista pescando cuando hay campos por arar.

—Nos hemos librado de los fascistas y de los curas—dijo con tristeza uno de los hombres que caminaba con nosotros—. Ahora tenemos que librarnos de los vagos.

—Sí—dijo el alcalde—. Uno de estos días habrá pelea.

EL PUEBLO DE PESCA COOPERATIVA

En San Pol, según me dijo, con considerable orgullo, el secretario de la cooperativa agrícola, nunca habían matado a nadie. Era un hombre pequeño con aires de profesor de escuela, y vestía un traje de ejecutivo oscuro y gastado. Tenía una manera de hablar amable y traviesa, y entremezclaba su tosco español con palabras inglesas y francesas. San Pol es un pequeño pueblo de pescadores de la costa catalana a unos cincuenta kilómetros al noreste de Barcelona. Está formado por varias calles cortas de casas azul pálido, amarillas o encaladas, que suben por las colinas de un vallecito escarpado y lleno de pinos. Los botes pesqueros se alinean sobre la playa de guijarros a lo largo del doble ferrocarril que lleva a Francia.

Detrás del ferrocarril hay una sucesión de grotescas casas de veraneo, propiedad de comerciantes barceloneses de recursos modestos. La mayoría están cerradas. Dos de ellas han sido expropiadas por la municipalidad, una para un almacén cooperativo de minoristas y otra, que acababa de ser elegantemente remodelada con decoración de azulejos, para albergar un gimnasio municipal con piscina, baños públicos y duchas, una espaciosa barbería cooperativa y, en el piso superior, una biblioteca y sala de lectura públicas. En la cima de la colina, detrás del pueblo, una propiedad extensa ha sido transformada en pollería municipal.

La mañana en que llegué, el concejo del pueblo había decidido finalmente asumir el comercio mayorista de pescado, comprando a los pescadores la pesca del día y vendiéndola en Barcelona. El intermediario que se había encargado de la pesca local a cambio de comisión estaba todavía activo. Era un hombre grueso y dominante con forma de pera y anchos pantalones de pana apisonados por una faja. Lo veíamos supervisar el salado de las sardinas en un barril.

—Es un fascista—dijo el secretario de la cooperativa—, pero no lo molestaremos. De cualquier forma, no será capaz de competir con nosotros, porque pagaremos precios más altos.

Me llevó a ver una pequeña colonia de niños refugiados de Madrid que vivían en una hermosa casa con vistas al mar y un rico jardín trasero. Era un grupo de chicos vivaces y bronceados; un joven y su esposa se encargaban

de ellos y se ocupaban también de su educación. Mientras regresábamos, bajando por una calle empinada y bordeada de flores (sí, las flores habían sido idea de la municipalidad, dijo sonriendo el secretario), empezó a llover. Pasamos junto a un corpulento hombre de negro de cara colorada que subía la colina resoplando bajo su sombrilla verde.

—Es el cura—dijo el secretario—. No molesta a nadie. No se mete en política.

Dije que en la mayoría de pueblos en que había estado, un cura ni siquiera se atrevería a asomarse.

—Aquí nunca hemos sido creyentes—dijo el secretario—, así que no sentimos ese odio. Tenemos varios curas refugiados en el pueblo. Hasta ahora, no han sido problema.

Me llevó a un bonito edificio en la orilla del mar que antes había sido un café de playa y lugar de baile y había fracasado. Una parte había sido convertida en un pequeño teatro.

—Ganamos un premio en el festival de Cataluña del año pasado, y eso a pesar de que somos un pueblo pequeño. Aquí hay un gran entusiasmo por el teatro de aficionados.

Comimos con varios oficiales locales en las instalaciones del Orfeón, en un pequeño comedor con vistas al mar. En el horizonte se alcanzaba a ver el humo del inevitable buque de guerra no intervencionista.

Y qué espléndido almuerzo. Todo, salvo el vino y el café, había sido cultivado dentro de los límites de la ciudad. San Pol producía un poco de vino, dijeron en tono de disculpa, pero no era demasiado bueno. Primero comimos habas en aceite de oliva. Enseguida, un magnífico plato de sardinas frescas. Mis amigos explicaron que la pesca había sido particularmente buena aquel año, y que los pescados se vendían a precios de guerra, así que todo el mundo andaba con dinero en el bolsillo. La pesca de la sardina se hacía sobre todo de noche, con redes flotantes. Los botes tenían motores y grandes baterías de luces de acetileno para atraer a los peces a la superficie. Después de las sardinas comimos pollo asado de la granja del pueblo con patatas y lechuga. Fuera del pescado, explicaron, las patatas nuevas eran su principal cultivo comercial. Las vendían en Inglaterra, comercializándolas a través de una cooperativa. Mi amigo el

secretario había ido a Inglaterra ese invierno para hacer nuevos acuerdos. La cooperativa tenía varios años de existencia y era miembro de la Alianza Catalana de Cooperativas. Por supuestro que ahora, desde el Movimiento, eran más importantes que nunca.

—Si tan sólo nos dejaran en paz los fascistas…

—Y los anarquistas—añadió alguien más.

—Seríamos muy felices en San Pol.

Salimos del pueblo conduciendo en medio de una lluvia torrencial. A medida que el camino escalaba la montaña podíamos darle una última mirada a las calles limpias y sus multicolores casas de estuco, a los jardines con terraza, a los botes pesqueros blancos y azules, verdes y azules, con esas luces apiñadas que surgían de la proa como los ojos de un insecto, alineados a lo largo de la playa de guijarros.

LOS DERROTADOS

Barcelona. Los cuarteles generales del POUM. Es tarde por la noche; estamos en un despacho amplio y desnudo, amueblado con restos de muebles viejos. En un escritorio estilo imitación gótico, grande y maltratado, que parece sacado de una biblioteca ajena, un hombre habla por teléfono. Yo estoy sentado en una silla raída y demasiado rellena; en el sofá frente a mí, un hombre que era editor de una editorial radical de Madrid. Hablamos con desgana sobre los viejos tiempos en Madrid, sobre la guerra. Me hablan del cambio que ha tenido lugar en la población de Barcelona desde la gran explosión de sentimiento revolucionario que siguió a la intentona de golpe de estado militar y que en junio barrió de Cataluña a los fascistas. Dijeron que Barcelona se estaba calmando, se estaba poniendo burguesa otra vez.

—Se puede ver hasta en los vestidos de la gente—dijo entre risas el hombre que estaba al teléfono—. Ahora volvemos a llevar collarines y corbatas, pero hace tan sólo un par de meses todo el mundo llevaba los trajes más extraordinarios… uno podía ver gente con plumas en la calle.

El hombre que estaba al teléfono era corpulento y de aspecto saludable; tenía una risa pronta, infantil, que enseñaba un conjunto de dientes blancos y sólidos. De vez en cuando el teléfono sonaba mientras hablábamos, y el hombre escuchaba atentamente, con expresión seria. Entonces respondía con pocas palabras, demasiado rápidas para que yo las comprendiera, colgaba el auricular, encogiéndose de hombros, y regresaba sonriendo a la conversación.

Cuando vio que yo estaba a punto de preguntar algo, dijo:

—Son los pueblos… Quieren saber qué deben hacer.

—¿Sobre el hecho de que Valencia se haga cargo del servicio de policía?

Asintió.

—Coja usted un coche y vaya por los suburbios de Barcelona, y verá que todos los barrios están cerrados con barricadas—dijo entre risas—. Pero tal vez es mejor que no lo haga.

—Él no tendría problema—dijo el otro hombre—. A los periodistas extranjeros los respetan mucho.

—¿Es un movimiento organizado?

—Es algo muy complejo… En Bellver, los nuestros quieren saber si deben enfrentarse a los anarquistas. En otros lugares, la gente ya está con ellos… Usted sabe cómo es España.

Era tiempo de que siguiera mi camino. Me despedí con un apretón de manos de Andrés Nin y de un joven inglés que ahora también está muerto, y salí a la noche lluviosa. Desde entonces, Nin ha sido asesinado y su partido suprimido. Los diarios no nos han contado lo que ha pasado en los pueblos. Tal vez estos hombres ya sabían que estaban perdidos. No los rodeaba ningún aire de victoria.

SOBRE LA ONDA CORTA

El diario sindicalista acababa de instalarse en un edificio reconstruido que antes había albergado un convento. Todavía las nuevas prensas rotativas no funcionaban del todo, y las particiones entre los despachos del departamento editorial no habían sido terminadas. Me llevaron a una

pequeña habitación donde transmitían noticias y comentarios al diario sindicalista de Gijón, una ciudad de pescadores de Asturias, en la costa norte, del lado opuesto del territorio de Franco. Un hombre leía un editorial. Mientras las frases rotundas (que tal vez encajaban en la idea americana del mundo lo suficientemente bien para que yo las aceptara) irrumpían en el silencio con tono cadencioso, no pude evitar pensar en la noche lluviosa y los trabajadores armados con ametralladoras y fusiles que montaban guardia en puestos de sacos de arena a la entrada de las ciudades, y en las esperanzas de libertad y una nueva vida y en las frases políticas, confusas y contradictorias, que les martilleaban los oídos; y después el frente, las ciudades atestadas de tropas y los puestos de avanzada y las trincheras y toda la soledad que hay en el medio; y más allá, la vieja vida, los oficiales de academia con sus uniformes lujosos, los arzobispos y los curas, las damas piadosas vestidas de seda negra con sus rosarios, los moros y los beréberes de piel oscura vengándose cuatrocientos cincuenta años después por la pérdida de su civilización, y los especuladores y negociantes italianos y viajantes alemanes de cara cuadrada; y aún más allá los puestos de avanzada y los campesinos vascos que le rezan a Dios en sus trincheras de la colina y los mineros asturianos con sus cartuchos de dinamita en el cinturón y los estibadores y los pescadores de las ciudades costeras que esperan buenas noticias; y otra habitación pequeña, como ésta, donde los editores se agolpan alrededor del receptor que, salvo por quienes burlan los bloqueos, es su único contacto con el mundo exterior. ¿Cómo pueden ganar?, pensaba yo. Cómo puede el nuevo mundo, lleno de confusión y desencuentros e ilusiones y deslumbrado por el espejismo de las frases idealistas, derrotar a la férrea combinación de hombres acostumbrados a mandar, a quienes une sólo una idea: aferrarse a lo que tienen.

Sonó un estruendo repentino en la distancia. El hombre que estaba leyendo se detuvo. Todos estiraron el cuello para escuchar mejor. Ahí estaba de nuevo.

—No, no son disparos, son truenos—dijeron todos, entre risas de alivio. Encendieron el receptor de nuevo. La voz desde Gijón llegaba débil, en medio de un tartamudeo de estática. Había que repetir el editorial.

Estática. Una lluvia negra azotaba la ventana. Mientras el operador hacía los ajustes necesarios, la voz distante de Gijón se perdió en la aguda estridencia de la estática.

Antibes, mayo de 1937

Notas

* Altanero y petulante / Cha de noite / El mar aún alto / Y el cielo sucio. (*N. del t.*)

* Canto al estilo tirolés. (*N. del t*.)

* Baile parecido al claqué. (*N del t*.)

* Popularizado por el poema satírico *The Deacon's Masterpiece*, de Oliver Wendell Holmes (1809-1894). Un diácono decide construir una carroza irrompible utilizando sólo piezas fuertes, para que ninguna se rompa primero. El resultado es que, pasados unos años, todas se rompen al tiempo. (*N. del t*.)

* Unidad de distancia persa equivalente a unos 5,5 kilómetros. (*N. del t*.)

* Mil millas de besos y abrazos… Aquí estamos, papá,
Tan lejos ya de Omaha. (*N. del t*.)

Viajes de entreguerras
John Dos Passos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Journey Between Wars*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada: Ed Carosia

© 1922, 1927, 1934, 1938 by John Dos Passos
© renewed 1950, 1955, 1962, 1966 by John Dos Passos

© de la traducción del inglés: Juan Gabriel Vázquez, 2005

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-9942-616-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com